

ANTONIO GÓMEZ RUFO

**EL IDIOMA
DE LOS
RECUERDOS**



«Madrid tenía que volver a ser eterna, y a ello se entregaron todos los madrileños supervivientes; y a los que permitieron sobrevivir. Madrid, siempre épica, se convirtió en una ciudad vencida; y, tras la derrota, muchos madrileños lloraron de rabia y de impotencia. Era el tiempo del final de la guerra y los inicios de mi amor por Elena».

Un hombre en el ocaso de su vida pasa un último verano frente al mar. Durante esos días de soledad, recuerda aquel otro verano en que su vida cambió para siempre: el de 1939. Fue en los meses siguientes a la entrada de las tropas nacionales en Madrid, en una ciudad derrotada que luchaba desesperadamente por abrirse de nuevo a la vida, cuando el protagonista —entonces un adolescente hermano de un alto cargo de Falange— se enamoró de la hija de un anarquista fusilado...

Esta novela es una mirada nostálgica a la Historia y a la vida, un homenaje a la Literatura con mayúsculas, y una reflexión sobre los recuerdos que regresan a nosotros cuando todo parece perdido.

Antonio Gómez Rufo

El idioma de los recuerdos



Título original: *El idioma de los recuerdos*
Antonio Gómez Rufo, 2019

Revisión: 1.0
02/07/2019

A todos mis colegas escritores. Unos pocos son reconocidos; la mayoría, no. Pero todos se esfuerzan y trabajan para alimentar el espíritu de los seres humanos con la Literatura, esto es, con la Cultura.

EL AUTOR

La soledad es peligrosa: cuando estamos solos mucho tiempo, poblamos nuestro espíritu de fantasmas.

GUY DE MAUPASSANT

PRIMERA PARTE

*... en las más veces está el pecado en el que lee
y no en el que escribe, aunque sea el pobre
escritor el que siempre lleva los azotes.*

DIEGO DE TORRES VILLAROEL
(1694-1770).

Marbella, 1999

He matado a dos hombres en mi vida: a mi hermano mayor y a mi mejor amigo. Pero no siento el menor arrepentimiento por ello.

Quizá debería experimentar algún tipo de culpa, pero no es así; solo ahora, a mis setenta y siete años, cuando acabo de acordarme de ellos, me ha revoloteado por la cabeza el recuerdo de aquellas escenas lejanas, sorprendiéndome. La culpa, la culpa... concepto que no forma parte de la naturaleza sino de la educación. El ser humano nació sin el sentimiento de culpa, fue algo que vino después. *Por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa...*: un mantra del cristianismo que busca una emoción más íntima que la idea de responsabilidad, del deber, de incumbencia. Pilatos se lavó las manos para eludir su competencia, su vínculo con lo juzgado, pero no pudo sentir la culpa como tampoco la sintió Atenas por la cicuta bebida por Sócrates ni Bruto por conjurarse con Casio, Cina y los demás. No, no es esa mi sensación. No.

Lo cierto es que nunca me hirió pensarlo. Seguramente porque en lo más íntimo de mí sé que tuve poderosas razones para hacerlo, para sacarles su último billete con mis propias manos. No me inquieta ese recuerdo, no; en

cambio, lo que pienso ahora es que la noche debería estar prohibida. Que la soledad debería estar prohibida. En consecuencia, que la noche pasada en soledad no debiera existir. Es aterradora, sí. Le tengo miedo.

Me acabo de meter en la cama. Todavía no me he atrevido a apagar la luz. Miro fijamente la pared blanca de enfrente en esta habitación de hotel poblada por el silencio y contemplo un televisor reposando en una balda atornillada en la pared, apagado, y allá al fondo una ventana negra con las persianas medio bajadas que no refleja nada, siquiera la luz de la lámpara dispuesta sobre la mesilla de noche. Un sillón estilo Victoriano y al lado un pequeño escritorio de madera, que quiere ser noble, reposan debajo del ventanal, cubierto por cortinas traslúcidas que se agitan con la liviandad de un vals a causa de la brisa que penetra por el resquicio que he dejado abierto para ventilar la habitación, con el frescor de la noche veraniega, sin necesidad de poner ese aire acondicionado que me molesta en la garganta y me desvela con un zumbido que parece inapreciable, sin serlo. También hay dos mesillas de madera lacada sobre las que descansan las lámparas de noche. Solo tengo encendida una, la de mi lado de la cama, y su luz mortecina envuelve la habitación con un halo que resalta la soledad y el desasosiego que ahora respiro. Miro al frente, dudando si poner la televisión para alejar las sensaciones que empiezan a ahogarme, y a su alrededor, en esa pared blanca, comienzan a escribirse unos pensamientos que duelen como la peor de las noticias. Más aún: como un presentimiento de muerte; la más angustiosa, la propia.

El miedo es un ente que no deja de crecer una vez que se asoma por cualquier grieta sin avisar. No tiene rostro, por ello es aún más inquietante, más intenso. Y se extiende con alas negras, ribeteadas de afiladas puntas, como un murciélago informe punzando en lo más hondo del estómago, los pulmones, el corazón y la garganta, a la que convierte en un camino empedrado; y las manos, a las que agita como tiemblan las de un alcohólico con síndrome de abstinencia. El miedo llena las piernas de oquedades y al armazón de sus huesos lo inunda de espuma y agua. El miedo llega sin motivo y se queda sin razón, acrecentándose inexplicablemente. Yo me encontraba bien, recién llegado al frontispicio del mar, y no contaba con su compañía esta noche; menos aún ahora, que acabo de acostarme y esperaba dormirme pronto

después de un fatigoso día de viaje. Pero de repente algo se ha abierto en algún lugar de mis debilidades y un pensamiento, disfrazado de recuerdo, ha horadado el hueco por el que se ha adentrado el murciélago que ya no ha cesado de revolotear y de extender su negritud por todas partes.

Los pensamientos son impredecibles. E imparables. Inevitables. Es la maldita memoria, que tiene vida propia y se ha adueñado de todo en el ombligo de esta noche, en esta soledad. No sé por qué, pero he pensado que quizá esta sea la última y que, tras dormirme, nunca más despertaré. Que durante la noche podría venir la muerte a buscarme. Y lo que ha empezado siendo una idea fugaz se ha enredado con el recuerdo de la muerte de mi hermano, y la de mi amigo, y como si se hubiese levantado un cielo de nubes negras a punto de vomitarse en aguas se ha oscurecido todo dentro de mí y estoy asustado, encogido, desaguándome también como si yo me hubiera vuelto de espuma y pavor. Soy mayor, muy mayor, y a nadie podría sorprender mi fin. Cuando se han cruzado varias fronteras, la de los setenta, la de los setenta y cinco... ¿qué puede esperarse de alguien, salvo que tiene el deber de morirse? Pero una cosa es decirlo y otra aceptarlo. Porque yo deseo morir, pero no esta noche.

Aceptar el deber de morir es como admitir que el horizonte ha desaparecido y que el sol nunca volverá a asomarse tras él; es como rendirse, como cortar el cordón umbilical que nos une al pasado y al futuro. Desearlo es una cosa, pero resignarse a que ha llegado la hora y compartir con serenidad lo inevitable es otra muy diferente. El reo de muerte termina acudiendo sin resistencia a la cámara de gas o a la inyección letal porque sabe que no hay otro camino y el destino es indeleble como una aleación de acero. Se ha resignado a aceptarlo y no lucha, se deja arrastrar. Como seguramente se arrastra el verdugo, también. Aceptar morir es negar la esperanza, como si todo lo que queda por conocer fueran cromos repetidos carentes de interés o episodios ingratos que da más pereza compartarlos que apartarse para dejarlos pasar. Aceptar es renunciar.

Tengo miedo.

La muerte no es grave; es morir lo que resulta aterrador.

«Eres alguien que por principio no espera ya nada de nada. Hay muchos, más jóvenes que tú y menos jóvenes, que viven a la espera de experiencias

extraordinarias; de los libros, de las personas, de los viajes, de los acontecimientos, de lo que el mañana guarda en reserva. Tú no. Tú sabes que lo mejor que uno puede esperar es evitar lo peor». (Italo Calvino, *Si una noche de invierno un viajero*^[1]). ¿Qué ha sido de mí en los setenta y siete años que he vivido, tantos años, tantos...? Ofuscado por el miedo, de repente vuelve ese recuerdo que nada me ha alterado en la vida, pero sin explicación alguna se me presenta y solo vislumbro con nitidez que tuve que matarlos, que los maté porque no podía hacer otra cosa. Maté a mi propio hermano y al que fue mi mejor amigo. Nunca rendí cuentas por ello, tampoco creí necesitarlo. Fueron justas sus muertes. Era mi tarea, por eso nunca me violentaron, ni me arrepentí tampoco. Sigo convencido de que hice lo que hice porque tenía que hacerlo. A veces es obligado rendir culto al diablo. No siento la culpa, no me arrepiento. En realidad, ni siquiera creo que tenga importancia.

Pero entre esta bruma de terror y la incapacidad de pensar en otra cosa que no sea en el miedo que siento, las imágenes de aquellos cadáveres se unen a la soledad, a la noche y a los recuerdos en que se ha envuelto la habitación y me dificultan la respiración. Angustia. La angustia es una tortura que nos infligimos a nosotros mismos con la naturalidad de quien se unta de crema bronceadora o se acicala con unas gotas de perfume. Ahora sí que creo morir; ahora sí que me han vestido entre los tres —la soledad, la noche, los recuerdos— con un sudario que va a asfixiarme.

Me incorporo en la cama. Busco el aire a bocanadas, como un pez fuera del agua. Me sudan las palmas de las manos y las arrugas del cuello. Tengo paralizada la espalda y niebla en la cabeza, los ojos no parpadean, no puedo. Me siento en la cama, me levanto, corro al baño tambaleándome y bebo agua del grifo sin reparar en la botella y el vaso que reposan en la mesilla de noche. Me aferró al lavabo, encorvado, y levanto los ojos para mirarme en el espejo. Me veo viejo, despeinado, temeroso... débil. No me ayuda esa visión. Vuelvo a la cama y me siento en el borde. Imposible quedarse quieto. Tal vez debería llamar a recepción y pedir con urgencia la visita de un médico. Voy a morir solo. Creo que moriré como he vivido durante tantos años. Aunque no lo creamos, todos vivimos solos, esa es la única verdad.

En realidad, nos rodeamos de los demás para olvidarnos de lo que somos y de cómo viajamos por la singladura de la vida. Es la única manera de

transitar entre dos, compartiendo; fingiendo que hay quien puede cumplir la función de bastón en el sendero abrupto de la travesía.

Ahora sí. Ahora veo la botella de agua sobre la mesilla. Voy a beber. Con manos temblorosas trato de levantarla y se me resbala igual que lo haría el lomo escamado de un pez. Cae al suelo y se rompe. Oigo un estrépito de cristales acompañando el ruido de una explosión minúscula. Un cristalito se clava junto a mi tobillo y apenas duele, es solo una punzada, pero ese pinchazo, ácido, resulta que al final es como un disolvente. De pronto el miedo se retira igual que una gota de detergente cae en medio de un plato lleno de agua grasienta y el cerco sucio se abre, huye, desaparece. Un insignificante corte ha rasgado la oscuridad y ha vencido al miedo. Qué extraño fenómeno es el miedo imaginario: el temor real, aunque sea tan nimio como esa herida envuelta en una mínima gota de sangre, devuelve el instinto de supervivencia. Un pañuelo de papel arrastra la sangre, limpiándola. Me pongo las gafas y basta pinzar los dedos índice y pulgar para extraer el cristalito, apenas perceptible. El miedo huye con la realidad. No importa lo anciano que se sea o lo enfermo que se esté. Alguien aseguró que morir no es una opción, que lo último que se pierde es el deseo de seguir buscando un motivo para perpetuarse. Que «solo se aprende a vivir cuando se ha vivido una vida entera». (Schopenhauer). No lo creo. Para ello habría que levantarse cada día aferrándose a un motivo para sobrevivir; de lo contrario, la vida nos castiga con un deambular innecesario, sin rumbo, perdidos entre tinieblas finalmente insoportables.

Mañana tengo que advertir al servicio de habitaciones de que limpie todo con cuidado porque habrá muchos cristales rotos por el suelo, por ahí, también debajo de la cama. Y tengo que tener cuidado al levantarme, no vaya a pisar alguno. Me tiendo en la cama. Doblo la almohada, pongo sobre ella un cuadrante y respiro profundamente. Ya no siento ningún miedo. El techo es blanco, tiene un pequeño dispositivo con una lucecita roja que parpadea y acompaña como una estrella protectora. Será un mecanismo de esos inventados para caso de humo o incendios. Me quedo mirándolo y entonces lo recuerdo. Lo recuerdo perfectamente. Como si lo acabara de vivir. Luces rojas en el cielo. Sirenas. Aviso de bombardeo. Peligro. La gente corriendo hacia los refugios de las bocas del Metro, o sin correr, habituados a la amenaza de

cada día. Estábamos tan acostumbrados...

Era 1939. Era Madrid. Y un día, como se esperaba, acabó la guerra. Puede que fuera el 1 de abril. O el 2. Es igual: para mí fue igual que si fuera domingo.

Madrid, 1939

Era primavera y yo tenía diecisiete años. Supe que mi hermano Julián, al frente de un pelotón de tres falangistas, había entrado en el portal de nuestro edificio vociferando, gritándole al portero que se preparara si faltaba alguien en casa, seguramente acompañando la amenaza con algún insulto que sin duda desencajaría el rostro del pobre José, licuándolo hasta hacerlo tiritar como una hoja seca y cuarteada en otoño. A lo que él respondió entre jadeos, balbuciendo una serie de *noes*, que no, no, no..., mientras movía la cabeza repetidamente de un lado a otro y los ojos se le agrandaban, empañados, suplicantes. Mi hermano Julián le abrasó con la mirada y subió los peldaños de las escaleras de tres en tres con la mano apoyada en la culata de la pistola que colgaba del cinto sobre su camisa azul hasta el segundo piso, aporreó la puerta y llamó varias veces al timbre como quien teclea en código morse.

Mi madre, que llevaba mucho rato asomada al balcón viendo pasar camiones y coches llenos de soldados y banderas rojinegras y rojigualdas, se apresuró a abrir, convencida de que se trataba de mi hermano, su hijo mayor. Y yo, por primera vez en el último año, no busqué el armario para correr a esconderme y la seguí con la mirada, expectante. No tuve miedo. Por primera vez desde que recordaba no tuve ningún miedo.

El miedo te lo enseñan, no nace con uno. Si desde el verano del 36 tenía miedo era porque vi con nitidez en los ojos de mi madre que ella empezaba a tenerlo. En cambio nunca lo descubrí en la mirada de la abuela, siempre callada, sentada en su sillón, contemplándolo todo sin decir palabra, sin expresar otro sentimiento que no fuera el de la indiferencia y, algunas veces, pocas, el de la tristeza. Ojos de lista, los de mi abuela. Luminosos siempre, sobre todo cuando se sentía compensada.

En cambio, eran opacos y acobardados los ojos de mi madre. Siempre atemorizados, cautelosos, desconfiados y tristes. Yo tenía miedo porque mi madre lo tenía y, sin palabras, me enseñó a tenerlo; y más cuando fabricó un doble fondo en el armario ropero de mi dormitorio y me obligó a obedecer para que siempre que llamaran a la puerta, siempre, corriera a esconderme allí y permaneciese sin hacer movimiento alguno, respirando sin ruido, enterrado en vida, como un cadáver de mentira para no terminar siéndolo de verdad. Para que no me descubrieran si iban a buscarme para alistarme en el ejército republicano, porque empezaron a reclutar nuevas quintas para la defensa de Madrid con muchachos de dieciséis y diecisiete años. Y mi madre no quería que fuera soldado, menos aún de un ejército que estaba desmembrándose antes de la derrota final.

Pero aquel sábado 1 de abril, ahora recuerdo que era sábado, no tuve miedo porque los ojos de mi madre tampoco lo tenían. Era la suya una mirada alegre, esperanzada. Desde muy temprano, habíamos oído en la radio un comunicado leído por el locutor, también actor, Fernando Fernández de Córdoba, que desbordó sus lágrimas y le contagió una sonrisa que ya no se le borró en toda la mañana. *Parte Oficial de guerra correspondiente al 1.º de Abril de 1939, III Año Triunfal. En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado. Burgos, 1.º de Abril de 1939. Año de la victoria. El generalísimo: Franco.* Ella sabía, lo sabíamos todos, que mi hermano Julián estaba a punto de llegar a Madrid y que lo primero que haría sería, seguramente, presentarse en casa. Lo haría en cualquier momento. Y ahora estaba allí, lo intuyó mi madre y lo supuse yo. Era él quien llamaba, el que aporreaba la puerta con esa brusquedad que siempre le caracterizó. Julián el bruto, lo llamaba mi padre. Cuando murió, en 1930, lo último que hizo en su agonía fue decirme, apenas sin voz, que tomara ejemplo de mi hermano, que siguiera sus enseñanzas y fuera obediente, que ya sabía que era un burro pero que a veces hay que derribar la vida a embestidas para que no sea ella la que lo deslome a uno. Ahora creo que Julián salió a él.

A mis diecisiete años esperaba un abrazo de mi hermano, tan intenso y breve como el que le dio a nuestra madre, pero en vez de eso me dio una bofetada que me dejó sordo durante un buen rato.

—¿Y tú, qué, chaval? ¿Te has portado como un hombre? Porque debes de tener ya los cojones floridos, ¿o no?

—Hijo, no digas esas cosas —le recriminó ella, sin dejar de sonreír.

—Mírelo usted, madre. Ya no es ningún crío. —Volvió a sacudirme en el pescuezo con la mano abierta—. ¿Y usted qué, abuela? Con esa salud de hierro, ¿no?

Mi abuela no respondió. Lo miró de arriba abajo con una de esas miradas que sin decir nada quieren decirlo todo, y luego entornó los ojos.

—Sí, también está bien —se apresuró a responder mi madre por ella. Y añadió—: Pero no te quedes ahí. Anda, pasa; siéntate a descansar un poco. Y diles a tus amigos que pasen también. Sentaos todos aquí, por favor. Tienes que contármelo todo, Julián, hijo.

—Usted primero, madre —respondió mientras se dirigía al sillón que ocupaba siempre mi madre—. Y vosotros, ya habéis oído. Entrad y sentaos por ahí. Y cuidadito con manchar algo, que esta es una casa nacional, católica, decente y muy limpia.

Yo miraba a mi hermano dictar órdenes con tal aplomo que no sabía si lo que me provocaba era admiración, orgullo o intimidación. Puede que fuera un poco de todo. Los hombres le obedecieron sin abrir la boca y él se dejó caer en el sillón como un rey antiguo en su trono, queriendo demostrar con aquel gesto que tomaba posesión de su feudo. Mi madre corrió a sentarse en el brazo del sillón y, mientras le abrazaba, lo llenó de besos. Fueron unos momentos de un silencio ceremonial solo alterados por los chapoteos del maternal besuqueo, interminable. Julián se dejaba hacer y yo, sin saber cómo comportarme ni el trato que debía dispensar a mi hermano, que me resultaba tan desconocido, tan extraño, tan lejano y tan mayor —tenía ocho años más que yo—, me senté junto a la abuela Rosario y tomé su mano, acariciándola. Ella me miró un instante. Vislumbré en aquellos ojos una de esas miradas de indiferencia que apagaban sus pupilas y luego observé cómo los cerraba y movía los labios, tal vez rezongando, o acaso dejando escapar por la boca algún pensamiento mudo, inaudible, imposible de desentrañar. Quizá de desprecio, o de recriminación, o de admonición, no podría asegurar si fue así.

Fuera aumentaba el alboroto callejero de vivas a España y a Franco y se mecía un oleaje de banderas agitadas al viento, todas con los colores y

enseñas del ejército vencedor, nacionales, falangistas y carlistas. Me pregunté entonces de dónde podían salir tantas, y no me extraña porque, recordando ahora esas imágenes, cabría concluirse que todo el mundo guardaba en casa una o varias banderas de aquellas, lo cual era imposible; y que, en tal caso, Madrid había vivido un largo engaño de tres años. Aunque luego, unos días después, supe la razón de la existencia de tanta enseña con las dos franjas rojas y la amarilla del medio y dónde se confeccionaban. Al final, las experiencias vividas nos dan las respuestas que no encontramos en el momento de asomarse las preguntas.

—No tengo nada para convidaros. —De repente mi madre interrumpió los besos, les miró a todos ellos con la vergüenza dibujada en los ojos entornados y, ruborizada, se excusó ante su hijo—. No hay de nada, hijo, pero nada de nada. Si supieras por lo que hemos pasado...

—Ya imagino, madre, ya lo imagino. No te apures... —replicó Julián—. Tú, Calatrava, busca en la mochila. ¿Qué nos queda?

—Chocolate y una botella de anís. Tres tabletas.

—Pues venga, ¡dale!

Creo que nunca he comido con tal avidez un manjar como lo hice con una tableta entera de aquel chocolate tan recio que me ofreció el llamado Calatrava mientras me revolvía el pelo con un gesto cariñoso, como si me considerara un crío. Mi madre mordisqueó una punta que seccionó con dos dedos y se mojó los labios con anís y la abuela Rosario negó dos veces con la cabeza, rechazando tanto el cacao como el licor. Después volvió a entrecerrar los párpados y continuó su letanía silenciosa.

La abuela Rosario era una mujer construida con materiales resistentes a la tragedia. Nació en el seno de una familia humilde del barrio de Carabanchel en una choza con huerto que ella misma cultivó desde los cinco o seis años, tal y como nos lo contó alguna vez sin aparentar exageración. Hija única mientras crecía, porque los otros tres hijos que nacieron en la casa murieron al nacer o pocos meses después, a los doce años fue destinada por su padre a trabajar en la casa de unos señores del barrio de Chamberí y en aquella casa se fue convirtiendo en mujer hasta que a los dieciséis o dieciocho —nunca declaró

su verdadera edad ni aportó indicios que pudieran delatarla—, decidió integrarse en el oficio de cigarrera hasta que se casó trece meses después. Antes había muerto su padre, de un resfriado agarrado al pecho en la mitad del invierno, y poco después su madre, de unas toses persistentes que no tuvieron médico que las visitase ni medicina que las aliviase: todo costaba demasiado dinero. Rosario, sola, huérfana y sirvienta en casa de unos señores que la trataban peor que al perro grande que parecía el verdadero amo de la vivienda, decidió ser cigarrera para reencontrarse con la libertad y después, un año después, buscó la salida del matrimonio como punto de fuga de la fatiga, la humillación y la rutina. Estaba enamorada de Francisco, pero no pudo ser: él era pobre y no tenía trabajo con el que ofrecer un futuro a ninguna mujer. Entonces se casó con otro hombre que la pretendía, de buen porte, dueño de un empleo y con vivienda propia, y se trasladó a vivir a su casa de la calle de Torrijos, donde cumplió con honestidad e inteligencia, virtudes ambas reconocidas por todos. Aunque, eso sí, sumida en el silencio que guardó por siempre con respecto al verdadero amor de su vida.

Fuerte como un viento cantábrico, esforzada como el arrebato del mar contra el malecón, lista como una huérfana temprana y calculadora como un bufón real, sostuvo la casa en pie y a un marido tan apuesto como borracho; tuvo una hija —mi madre— y nunca se quejó de nada, pero tampoco consintió que nadie le levantase la voz ni susurrasen a sus espaldas comentarios inapropiados. Forjada con materiales indestructibles, supo vadear la vida en los peores años de los principios de siglo y encontró el modo de adaptarse y acomodarse a las circunstancias, fuesen adversas o favorables; con todas pudo, con todas. Incluso la guerra, sin sorprenderla, le dio un hueco en un sillón para atravesarla sin alterarse, contemplándola con la templanza con que se observa la lenta agonía de un cerdo en matanza. La abuela Rosario era tan firme como callada, pero cuando miraba daba lecciones que no se aprenden en la universidad, sino en la necesidad, la precariedad, la pobreza y la sumisión fingida que logra apaciguar las hambres sin extender la mano de la mendicidad. A nadie quise más que a la abuela, o al menos creo recordarlo así. Tal vez porque me bastaba acurrucarme en sus rodillas, sentado en el suelo a sus pies, para que me dijera con tres palabras o una mirada lo que debía hacer, lo que no me convenía y cómo resolver las dudas de mi

adolescencia confortable, despreocupada, solitaria, enclaustrada y urbana.

—¿Te vas a quedar en casa, hijo? —quiso saber mi madre.

—¡Claro! —replicó Julián—. ¡Es mi casa!

—Por supuesto, hijo. ¿Y tus amigos? —La pregunta se convirtió en mucho más amedrentada.

—No. Solo venían por si os había ocurrido algo y teníamos que hacer una buena limpia de rojos en el edificio. Pero ahora se irán.

—Ya... claro. Pero yo... —intervino Calatrava, apocado—. Como no me des cuartelillo me veo durmiendo al raso.

—Ah, es verdad —asintió Julián—. Madre, le presento a Federico Calatrava. Es de un pueblo de Salamanca y no tiene dónde quedarse, así que será nuestro invitado hasta que encuentre algo. Es un camarada que...

—Pero, hijo... Las camas... —le interrumpió mi madre.

—Se queda. Es mi amigo, así es que no hay nada más que hablar —ordenó otra vez mi hermano, seguro y firme, incorporándose en el sillón y confirmando con el gesto y la voz que había tomado posesión de su imperio.

—Por supuesto —concedió ella.

—Y si no hay camas, madre, usted se arregla con la abuela y deja el dormitorio libre. Calatrava es un soldado español. Supongo que sabe lo que significa eso. ¿O es que ha olvidado quién ha ganado la guerra, quiénes le vamos a devolver el pan y la paz? Ninguno hemos llegado hasta aquí para que nos nieguen lo que merecemos.

—Sí, sí... si yo... —se disculpó ella, lo que me pareció un gesto exagerado de sumisión. Y añadió—: Ahora mismo prepararé el cuarto. Pero no quiero que te enfades, por favor. Yo solo...

—Ande, madre. No empecemos a discutir ya. Tome otra copita de anís que hoy es un día grande.

—Sí, sí. Me serviré otra chispita. —Mi madre cambió el tono y por el brillo de sus ojos me pareció que su corazón navegaba entre la humillación y la alegría por el regreso de su hijo mayor—. Un poquito, a ver si voy a terminar piripi... Pero cuéntame, anda. Cuéntame. ¿Qué tal te ha ido? ¿Has corrido algún peligro durante todo este tiempo?

Era la primera vez, aunque no iba a ser la última, que veía a mi madre volcada en una especie de temor incomprensible. Un miedo que, al menos, yo no comprendía. Cuando se marcharon los demás y se quedaron solo mi hermano y Calatrava, no supe si debía permanecer en el saloncito, junto a ellos, o ir junto a mi madre a ayudarle a hacer la cama, a preparar la mudanza y dejar el cuarto disponible para el invitado. Miré a la abuela y me sorprendió verla con los ojos cerrados, moviendo los labios y cabeceando, inmersa en ese silencio perpetuo que denotaba el oleaje bravo de pensamientos que se estrellaba contra las rocas de su rebeldía muda. Y cuando me iba a ir al dormitorio con mi madre, Calatrava me hizo una señal con la mano y me dijo:

—Ven, chaval.

—¿Qué?

—Siéntate con nosotros, anda. Y cuéntanos tú.

—¿El qué?

—Madrid. ¿Cómo lo has pasado este tiempo por aquí? ¿Mucha juerga? Porque tú ya... —El gesto, obsceno, hizo que me sonrojara, pero fui a sentarme junto a ellos.

Federico Calatrava parecía un hombre simpático, siempre con una sonrisa abierta y franca, como si cualquier cosa le hiciese gracia y el infierno lo imaginase como un rincón junto a la chimenea en una noche de invierno o frente a una galería de espejos deformantes. Era muy distinto a mi hermano Julián, del que cualquiera creería que el mundo tenía con él una deuda pendiente y estaba decidido a cobrársela aunque para ello necesitara alzar la mano, derramar sangre y causar lágrimas. A los diecisiete años esas cosas se aprecian ya con claridad. No sé si porque las percepciones son más vivas o por la necesidad de establecer vínculos selectivos con quienes se produce una empatía generacional. Y Calatrava, por su alegría permanente, se aproximaba más a mi edad que mi hermano, a todas luces un viejo prematuro con intenciones imposibles de descifrar.

—Pero... ¡si apenas he salido de casa! —Alcé los hombros ante la pregunta de Calatrava, que no dejaba de sonreír.

—No te creo. —Me palmeó el cogote con fuerza, pero sentí más el ruido que el dolor—. Entonces te divertirías a solas, claro.

—No, no. —Me volví a ruborizar. Aunque me parece que la nula

importancia que le dio a los gozos íntimos me provocó una sonrisa que no pude disimular—. Bueno, alguna vez...

—¡Pues claro, chaval! —soltó una gran carcajada antes de sentenciar—: ¡El amor a la patria empieza por el amor propio de los patriotas!

—¡Deja al crío en paz y no le digas guarradas! —le regañó Julián sin aliviar su rostro avinagrado—. Y tú, a ver si voy a tener que cortarte las manos, Vicente. Que aún no estás en edad.

—En septiembre cumpliré dieciocho años. —Alcé la barbilla y fijé los ojos en el suyos, desinhibido—. Y puede que no esté para lo que tú dices, pero los rojos han venido siete veces a buscarme, para alistarme. No pensarían que soy tan crío...

—¡Rojos de mierda! —Julián soltó el exabrupto y apuró de un trago la copa de anís que tenía en las manos.

Qué distintos eran mi hermano y Calatrava. Él moreno, de facciones duras, pómulos salientes, labios finos y ojos pequeños de mirada penetrante. En cambio Calatrava tenía el pelo rubiejo, los labios gruesos, los dientes adelantados y un poco separados, de ratoncillo, lo que le confería un aspecto bonachón de sonrisa perpetua, y sus ojos eran grandes, húmedos, brillantes y confiables. Mi hermano parecía haber ganado él solo la guerra; Calatrava aparentaba que lo único que le importaba era que acabase la masacre y volver a disfrutar de la vida, sin sobresaltos, cualquiera que hubiera acabado venciendo en la matanza entre paisanos. Mi hermano era bajo y nervudo, recto de espalda y mentón alzado; Calatrava era robusto, grandote sin ser grueso, apacible en su expresión y pausado en sus movimientos. Eran tan opuestos que resultaba lógica la buena amistad entre ellos porque se la ofrecían sin buscar nada a cambio. Porque igual que la pasión y el amor necesitan la reciprocidad para consolidarse y perpetuarse, la amistad es el afecto más sincero porque se ofrece sin reclamar nada a cambio, nada tienen los amigos para intercambiarse o compensarse, solo la seguridad de estar juntos y de que cualquiera que sea el camino que tome cada cual ese afecto verdadero permanecerá vivo para siempre.

En ello pensaba, mientras los contemplaba, cuando sonó el timbre de la puerta.

Julián me preguntó con la mirada si esperábamos a alguien y yo me alcé de

hombros, no sabía qué responder. Mi madre, corriendo, cruzó el saloncito hacia la puerta de entrada, diciendo que ella iba a abrir, y los tres la seguimos con los ojos hasta que se adentró en el *hall* de entrada.

También mi abuela abrió los ojos.

—Pasa y espera aquí —se oyó la voz de mi madre desde el vestíbulo.

—Gracias, Isabel —respondió el hombre.

—¿Quién es? —me preguntó Julián.

—Francisco.

—¿Y quién es Francisco?

—El del puesto de periódicos del mercado. Nos suele traer libros y revistas.

—Un rojo, claro.

—No sé.

—¡Madre! —gritó Julián—. ¿Quién es ese hombre?

Mi madre se asomó al saloncito y contestó apresurada con un leve temblor en los labios.

—Un buen hombre, hijo mío. Nos ha ayudado mucho.

—Ya. —Julián se puso de pie, ajustó la cartuchera y apoyó la mano sobre la culata de la pistola—. Que pase ese buen samaritano. Ahora veremos lo buen hombre que es.

Entonces pude ver que, al fondo del saloncito, en su sillón, la abuela Rosario esbozaba una levísima sonrisa. Y le brillaban los ojos.

Francisco Muñoz ya era viejo entonces. Un anciano, o al menos eso era lo que me parecía a mí en aquel tiempo. Tenía más de sesenta años, llevaba media vida detrás de una mesa repleta de libros y revistas a las puertas del mercado de Torrijos y así se ganaba la vida, antaño voceando periódicos monárquicos y cristianos y durante los últimos años vendiendo publicaciones republicanas, anarquistas y socialistas. Nunca había ocultado sus ideas, incluso se había afiliado a la UGT durante el asedio porque todo el mundo debía pertenecer a algún sindicato y porque en su gremio era habitual sumarse a los socialistas, pero jamás se le oyó insultar a nadie ni participar en riña alguna. Además había logrado compadrear con el lechero y el carbonero del

barrio, de modo que de vez en cuando conseguía en la trastienda de la vaquería un cuartillo de leche recién ordeñada o en el sótano de la carbonería un puñado de kilos de carbón, incluso en los momentos más difíciles, de mayor escasez. Y no eran pocas las semanas que llegaba en sábado y compartía con nosotros esas necesidades básicas casi imposibles de conseguir durante tantos meses. Tenía los ojos rasgados y acuosos, carecía de algunos dientes y no le sobraba pelo en la cabeza, pero la naturaleza se había portado bien con él y conservaba una piel extrañamente lisa y tersa para su edad, solo cuarteada en las orillas de los ojos a fuerza de sonreír, lo que le otorgaba tanta afabilidad que nadie dudó nunca de su bondad innata. Vestía con pulcritud unos pantalones negros de pana gruesa, una camisa a cuadros rojos y blancos abrochada hasta el primer botón y unas zapatillas de lona, siempre muy limpias. Cuando entró lentamente en el salón, por indicación de mi madre, llevaba la boina entre las manos, a la altura del estómago, y la cabeza erguida, sin apartar la mirada de Julián ni de Calatrava, a los que observó alternativamente sin mostrar inquietud ni siquiera curiosidad.

—Buenos días, señores —dijo, a modo de saludo. Y luego alzó la voz—. Buenos días, Rosario. ¿Hoy está mejor?

La abuela cerró los ojos, dejó de sonreír y afirmó levemente.

—Está mejor, sí —se apresuró a responder mi madre—. Mira, te voy a presentar. Este es mi hijo Julián, acaba de volver a casa. Te he hablado muchas veces de él, ¿verdad?

—Mucho gusto, señorito Julián. Su madre...

—Y este señor es un amigo de mi hijo. Se llama..., se llama... Perdón, no recuerdo cómo...

—Cabo primero de artillería Federico Calatrava —respondió él mismo—. Pero todos me dicen Calatrava. ¿Y usted es?

—Francisco Muñoz, señor.

—Francisco nos ha traído leche y galletas, hijo —explicó mi madre, como si fuera necesario—. Ay, Francisco. Qué hubiera sido de nosotros todos estos años sin tu ayuda.

—Lo que ustedes merecen, doña Isabel —le quitó importancia, moviendo la cabeza a ambos lados—. Yo, con tal de ser útil...

—Siéntate, Francisco —ordenó mi hermano—. Creo que vas a tener que

contarme algunas cosas. Y vosotros —se dirigió a mi madre y a mí—. Dejados solos. Esta es una conversación entre hombres.

A la hora de comer nos sentamos toda la familia a la mesa y también lo hizo Calatrava, que no desaprovechó la ocasión para hacer preguntas hasta enterarse de quién de los vecinos del barrio tenía un coche. Yo no lo sabía, pero finalmente mi madre recordó que había uno abandonado, o simplemente estacionado, en un zaguán de la calle Ayala, sin que supiera con exactitud quién era el propietario aunque se comentaba que había pertenecido a un médico que salió de Madrid con su familia en los días previos al 18 de julio de 1936 para pasar las vacaciones de verano en San Sebastián y que, por viajar en tren, había dejado el coche al resguardo de la cochera del edificio donde vivía. Calatrava se cercioró de la dirección exacta y aseguró que iría a comprobar si seguía allí el automóvil.

—Nos vendría muy bien, Julián —añadió—. Esta noche deberíamos hacer alguna ronda por ahí, ya me entiendes... —sonrió.

—Está bien. —Mi hermano afirmó con la cabeza un par de veces—. Y tú vendrás con nosotros —me dijo, sin dar opción a contradecirle—. No te hará ningún mal ir haciéndote un hombre.

—¡Oye, que yo...! —intenté protestar.

—Tú, a comer y a callar. —Y acompañó la orden con un pescozón que me escoció durante un buen rato en el cuello. Luego se dirigió a nuestra madre—. ¿Tiene dinero, madre?

Mi madre se levantó de la mesa, tomó la caja de lata de galletas donde guardaba nuestros recursos y la abrió, sacando un puñado de billetes.

—Tengo esto.

—Pero... eso es dinero republicano. Desde hoy no vale nada —dijo mi hermano.

—¿Cómo que no vale nada? Es lo único que... —Mi madre alzó los hombros y vistió su mirada de una profunda desolación.

—Para limpiarse el culo —sentenció Julián, despectivo—. Esa mierda solo vale para limpiarse el culo.

—¿Y entonces qué voy a hacer, hijo? No tenemos más...

—Deje eso de mi cuenta —concluyó mi hermano—. Ya se lo cambiaré yo.
—Y siguió comiendo lentejas.

Tras la comida, por empeño de Calatrava, fui con él en busca del automóvil, un Ford T, del que había hablado mi madre. Insistió en que le llevara a la casa de la calle Ayala y mi hermano me obligó a hacerlo, acompañando su mandato de un coscorrón, lo que parecía haberse convertido en su manera preferida de relacionarse conmigo. El zaguán de la calle Ayala estaba muy cerca de casa, pero Calatrava caminaba muy despacio, observándolo todo, se diría que impresionado por todo cuanto veía en un Madrid que desconocía. Edificios altos, grandes portales, algunos coches que todavía circulaban, muchas tiendas con escaparates acristalados aunque desabastecidos, vías de tranvía, puestos callejeros sin apenas mercadería, faroles apagados...

—Debe de ser impresionante vivir en esta ciudad, ¿no? —me preguntó el amigo de mi hermano mirando a lo alto, como si por allí sobrevolaran luces de colores—. No sé si dan ganas de hacerse madrileño o de darse a la fuga.

—No sé. Normal. Yo siempre he vivido aquí.

—Yo no conocía Madrid, chaval —siguió él—. En el pueblo no suben las casas más allá de esa marquesina. Y aquí...

—Te quedarás —le aseguré—. Madrid atrapa como una tela de araña. Una vez aquí, nadie se ha ido nunca. Siglos así...

Calatrava alzó las cejas sin entender a qué se refería mi afirmación de los siglos y se metió las manos en los bolsillos.

—Ya quisiera —cabeceó y luego tardó en su respuesta—. Pero dependerá de lo que diga tu hermano. Aquí solo le conozco a él y no sabes lo que manda.

—Ya, eso también me lo ha parecido a mí —asentí en el momento en que llegamos al portal que buscábamos.

El portero de la casa, en cuanto vio al falangista uniformado y la cara severa que adoptó Calatrava al preguntar por el coche, confirmó que, en efecto, se guardaba ese automóvil en el cobertizo de atrás, que pertenecía a un vecino de la casa, un médico llamado Bustamante, pero que hacía tres años que no sabía nada de él ni de su familia. Y añadió que por él podíamos hacer

lo que quisiéramos con el vehículo, que con tal de que le firmáramos un recibo por si regresaba el doctor Bustamante, él no necesitaba el coche para nada. Si queríamos firmar el recibo, claro, que si no, tampoco pasaba nada.

—La España de Franco necesita ese coche —espetó Calatrava, forzando la robustez de su voz—. Nos lo llevamos.

—Hacen ustedes muy bien —se desentendió el portero, mientras se rascaba la nuca—. Y usted, señorito Vicente, dé recuerdos a su abuela doña Rosario y a su señora madre, que hace días que no la veo por el barrio...

El portero, por tanto, me había reconocido y por eso no le importó en absoluto que nos lleváramos el coche sin recibo ni nada. Calatrava pidió que nos acompañara hasta el vehículo, comprobó que las llaves estaban puestas y trató de arrancarlo, por ver si funcionaba el motor. Y, en efecto, arrancó, aunque tardó en hacerlo.

—Habrà que circularlo para que se cargue por completo la batería —dijo Calatrava. Y preguntó al portero por algún surtidor de gasolina cercano.

—Ni cercano ni lejano, señor falangista —se excusó el hombre—. Por lo que se dice, en Madrid no hay una gota de gasolina desde la Navidad de hace dos años. Como no la traigan ustedes.

—Nosotros traemos de todo, señor mío —Calatrava se hizo el ofendido—. ¡Paz, pan y gasolina! Menos un recibo, claro —sonrió, mientras me miraba—. Así es que hágalo usted mismo y fírmelo por orden del Caudillo de España, el Generalísimo Franco. ¿Sabe usted quién es?

—¡Naturalmente! —El portero se enderezó hasta una posición parecida a la de firmes y abrió mucho los ojos, como si fuera a posar para una fotografía.

—Pues eso —concluyó Calatrava mientras abría con la manivela la ventanilla de su izquierda.

Mientras dábamos unas vueltas por las calles de los alrededores y comprobaba Calatrava el estado del automóvil me preguntó cómo íbamos a sobrevivir sin dinero, porque ni mi hermano ni él tenían más que lo que suponía la paga del ejército, que no era mucha. Le dije que no sabía, que era mi madre la que siempre se ocupaba de esas cosas desde que murió mi padre muchos años atrás; que tampoco me preguntaba nunca por el dinero; que en

casa me seguían tratando como a un crío, que estaba harto y que, por favor, aparcara ya de una vez porque la poca gasolina que tenía el coche haría falta para llevarlo a rellenar el depósito, adonde fuera, advertí. Calatrava me miró sorprendido, no sé si porque no se esperaba mi repentina energía o porque le haría gracia el modo de exponer la situación. Replicó que sí, que sí, que enseguida..., y de pronto soltó una gran carcajada y me revolvió el pelo otra vez, qué fijación.

—Tú y yo vamos a entendernos muy bien, chaval. Ya lo verás.

Y fue a dejar aparcado el automóvil ante el portal de casa.

—¿Es verdad que mi hermano tampoco tiene dinero? —le pregunté mientras subíamos a casa.

—Cuatro perras —asintió, lamentándolo—. Y yo otras cuatro... ¡Pero bueno!... no te preocupes por eso —concluyó con el rostro sonriente que siempre le acompañaba—. Esta noche saldremos por ahí y buscaremos una solución. Siempre habrá algún rojo al que desplumar. Ah, y tú te vienes con nosotros, como ha dicho tu hermano. ¿De acuerdo?

No respondí. De todas formas, no era a mí a quien correspondía hacerlo. Al final, la decisión la tomaría Julián, como siempre, y él ordenaría si salía con ellos o no.

Extraño personaje Calatrava, pensé cuando lo conocí. Parecía sometido a mi hermano mayor, satisfecho con representar el papel de subordinado complaciente, pero en realidad hacía lo que quería sin parecer salirse con la suya. Le ayudaba su inacabable sonrisa, la luminosidad de su mirada y aquella manera de ser que mostraba que la vida, para él, era un territorio feliz al que no temía ni tenía por qué temer. Siempre de buen humor, siempre predispuesto a mostrarse amable, siempre acogedor, comprensivo, seductor. Era un ser imposible, inexistente, solo real en la ficción de una película, pero lo cierto era que existía, que estaba allí, sin una mala cara, contraposición palpable a mi hermano, siempre adusto y enfurruñado, convencido de la trascendencia de su papel en la historia, como si fuese alguno. Juntos, eran tan diferentes como complementarios. Sin mi hermano, Calatrava podría ser considerado un bufón, alguien de quien no cabía fiarse; sin él, mi hermano aparecería como un tirano, un prepotente, un engreído, un indeseable. Supongo que llegaron a conocerse tan bien que consideraron buena su amistad. Lo que ellos llamaban

camaradería. Calatrava no perdía ocasión de mostrarse atento con mi madre, incluso con la abuela, a la que alguna vez arrancó un atisbo de sonrisa. Y a mí no me trató nunca como a un niño, al contrario que mi hermano, al que le costó más aceptar que tenía mi propia manera de pensar y que, por ello, había que tomarme en consideración. Me caía bien Calatrava.

Y creo que llegó a caernos bien a toda la familia.

Marbella, 1999

Estoy en la playa, bajo una sombrilla, protegiéndome de este lacerante sol que hiere mi piel seca, gastada, estriada y débil. La hamaca es cómoda, da gusto acunarse en ella: abraza como un simio a su cría. A mi lado, en una mesita de madera pintada de verde hoja, reposan una jarra de agua de limón, un vaso y un ejemplar de la novela *El jugador*, de Dostoievski. ¿Cuántas veces la habré leído, desde que empezó siendo mi primera lectura? No puedo calcularlo. El cielo sobre el hotel Nikki Beach de Marbella es cristalino, añil, y la primera hora de la tarde es silenciosa como un amanecer nevado en la soledumbre de un valle. Apetece entornar los ojos y dejarse llevar al final. Quizá sería una muerte perfecta, si alguna lo es.

Rumor de agua al fondo. Olas pequeñas rompen en la orilla con tiento, acariciando con persistencia la arena mojada. Del mar sale una joven en toples con un minúsculo tanga blanco que deslumbra sobre su cuerpo dorado, de un bronceado perfecto. Es tan hermosa que no puedo apartar los ojos de ella mientras se aproxima a su tumbona, se revuelve el pelo, venteándolo, toma asiento y se seca la cara y las manos con una toallita azul, tan índigo como el horizonte en el que es imposible distinguir dónde acaba el mar y empieza el cielo. En el Mediterráneo los azules son siempre imprevisibles, a cuál más hermoso.

Duele mirarla. Duele pensar que nunca podría llegar a ser mía. Debió de ser tan hermosa ayer como no lo será mañana. La crueldad del tiempo debería tener prohibido acercarse a seres como ella.

Y duelen los reflejos del sol. Por eso cierro los ojos.

Quiero creer que, antes de tenderse, me ha mirado con curiosidad y ha fruncido los ojos, como asegurándose de que yo también la estaba mirando.

Todo es tan distinto a lo largo de la vida... He vivido mil vidas en una sola. Cada tiempo me ha dado la suya, desde la del hambre a la de la esperanza, desde la que parecía un lujo a la que me resultaba insuficiente. A veces, por ser así; otras porque simplemente me lo parecía al adueñarse de mí la ambición, la insatisfacción, el inconformismo, la búsqueda de más y más, porque nada bastaba. Creo que el tiempo es un mal pasajero que se extiende sobre todos y que se cura cuando la lucidez nos hace ver de dónde se viene y adónde se puede llegar por el camino tomado si no se rectifica. La capacidad de rectificación del ser humano no es como la de adaptación: nos amoldamos a cualquier novedad con cierta premura y sin excesiva dificultad; en cambio para rectificar necesitamos un trueno, o un susto. He vivido mil vidas en una sola y he contemplado la descomposición de la belleza, el derrumbe de lo imponente, el desmoronamiento de lo más sólido y el desmenuzamiento de la construcción más asegurada. He asistido a ello como lo ha contemplado a lo largo de la historia generación tras generación, cuantas nos han precedido y las que nos han acompañado, y sin embargo nunca fuimos capaces de transmitir a los más jóvenes esa realidad. Nunca les dijimos que lo que tenían, fuerza, vigor, belleza, agilidad y lucidez, eran facultades y dones provisionales, efímeros, prestados, tan breves que no podían convertirlos en soportes vitales de su existencia sino que debían aprovecharse de su presencia temporal para edificar una sólida madurez con la que disfrutar hasta el fin de la existencia que les correspondiera. Que «la vida es una continuidad de muertes y resurrecciones». (Rolland). No sé a qué vienen estos pensamientos ahora, aquí, con los ojos entrecerrados, a estas horas sosegadas del inicio del atardecer. Supongo que se habrán encadenado a propósito de la inmensa belleza que ya dormita cerca, sobre su tumbona, al sol, mostrando un cuerpo desnudo que tal vez ni sepa lo que significará en un futuro impensable para ella. Porque se es joven mientras el futuro no es un pensamiento que incomode, ni siquiera se presente, como se es rico mientras no preocupe tener dinero o carecer de lo mínimo para subsistir. Y, de repente, asoma la vejez a mi pensamiento. Otra vez. Y se presenta con nitidez, rememorando ese libro que he leído por la mañana, tras el desayuno, devorándolo como si hablase de mí, o fuera yo el que lo hubiera escrito. Es la novela *El animal moribundo*, de Philip Roth^[2]. Tan real, tan desasosegante. He leído una página conmovedora

que, aunque no me ha llegado a inquietar, tampoco puedo olvidarla. «¿Puedes imaginar la vejez? —escribe Roth—.

Claro que no. Yo no lo hice, no pude hacerlo, no tenía idea de cómo era. Ni siquiera una falsa imagen: ninguna imagen. Nadie quiere que sea de otra manera. Nadie quiere enfrentarse a nada de esto antes de que deba hacerlo. ¿Cómo van a salir las cosas? La estupidez es *de rigueur*. Es comprensible que cualquier etapa de la vida más avanzada que aquella en la que uno se encuentra sea inimaginable. En ocasiones estás en la mitad de la etapa siguiente antes de percatarte de que has entrado en ella. Pero ¿y el final? Al tiempo que observas continuamente tu decadencia (si eres tan afortunado como yo), en virtud de una vitalidad que no remite, te encuentras a considerable distancia de la decadencia, incluso te sientes airosamente al margen de ella. Lo único que entiendes acerca de los viejos, cuando no eres viejo, es que su época los ha marcado. Para quienes todavía no son viejos, ser viejo significa *has sido*. Pero ser viejo también significa que sigues siendo (...). Uno es inmortal mientras vive».

Y seguía la novela. Pero ya no recuerdo cómo. La volveré a leer en cuanto... Pero no; mejor no. Malos pensamientos.

Menos mal que, de repente, una brisa de aire, más fresco, alivia la tarde. Y abandonando esos pensamientos me hace volver a recordar una de aquellas noches, cuando acababa de dejar de ser un niño, pero parecía que todavía no era un hombre completo. Ahora ya lo soy, he llegado a la edad de los recuerdos, y aunque el tiempo también te los va robando muchos se me vienen a la memoria de manera nítida y recrean aquellos días de 1939, tan convulsos.

Días hechos a fuerza de resistir y adaptarse. De confiar en que todo es pasado y el futuro será mejor, tendría que serlo, era obligado que se perdiera el peor de los males que azotan al hombre cuando está solo y desconoce qué será de lo que queda por venir: el miedo. Porque habíamos pasado mucho miedo, mi madre y yo. Quizá la abuela Rosario fuera la única que, por no temer perder nada, tampoco perdiera lo único que le quedaba, la incertidumbre. O que la sabiduría de la edad le dejara ver con claridad que el fin estaba escrito y solo quedaba esperarlo.

Madrid, abril de 1939

Hacía un par de semanas que mi hermano y Calatrava estaban en casa y era tal el cambio producido en Madrid que a mí me parecía que habían pasado mil años desde el final de la guerra. O mejor dicho, me lo habría parecido de no ser porque demasiado pronto las consecuencias se me echaron encima como un alud y me aplastaron, literalmente.

Quince días. En ese tiempo sucedieron varios imprevistos que me subieron a un carrusel de emociones, a una noria sin fin. Por una parte, la abuela Rosario había perdido por completo las ganas de vivir, se había empezado a quedar cada vez más tiempo en la cama y cuando se levantaba, o más bien mi madre la obligaba a levantarse, era una momia inmóvil y moribunda en su sillón del cuarto de estar, con los ojos cerrados, la respiración inapreciable, negándose a comer. No es que hubiera mucho para darle, pero ni siquiera el vaso de leche se lo acababa antes de pedir, al atardecer, que quería volver a la cama. Y de cuando en cuando se le deslizaba una lágrima por la mejilla, una lágrima gorda que caía en zigzag hasta la comisura de sus labios, que temblaban, o rezaban. La abuela Rosario había decidido morirse y yo no entendía por qué.

Hasta que me enteré de lo sucedido porque Calatrava lo dijo, o tal vez se le escapó; el caso es que nada más comentarlo cambió su mirada hacia mi hermano y se le incendiaron las mejillas de rubor, más cuando el inapreciable gesto de Julián fue, hasta yo lo comprendí, de recriminación.

Y lo que se le escapó a Calatrava fue que Francisco Muñoz, nuestro tendero benefactor durante la guerra, estaba preso en la cárcel de Torrijos.

—¿Francisco en la cárcel? ¿Por qué?

Mi hermano disparó una mirada asesina sobre Calatrava y luego se dirigió

a mí.

—Tú de estas cosas no entiendes. Eres muy crío.

—¿Cómo que no entiendo? —Me enfureció su tratamiento, pero aún más la noticia del encarcelamiento del viejo quiosquero—. ¡No ha hecho nada!

—Si es así, ya se verá —sentenció mi hermano—. Pero, hasta entonces, tendrá que depurar sus responsabilidades políticas. Como todo el mundo. ¿O no sabes que es un rojo?

—No. No lo es.

—Un rojo y un sinvergüenza. Eso es lo que es. —Mi hermano quiso dar por acabada la conversación—. ¡Y no voy a consentir nada así en mi familia!

No entendí lo que quiso decir. Y hasta la medianoche no logré descifrar el contenido de sus palabras. Porque a medianoche ya habían bebido lo suficiente y tanto Julián como Calatrava tenían la boca dispuesta a decir cualquier cosa, hasta cantar *La Internacional* si se lo hubiera pedido cualquiera de aquellas mujeres que revoloteaban en torno a las camisas azules de los falangistas que aparentaban llevar en el bolsillo unos cuantos billetes de cinco duros.

En aquellos quince días mi hermano Julián ya había sido favorecido con un puesto en la jefatura del Movimiento Nacional con un sueldo importante y se había llevado a Calatrava de ayudante. Con eso, y con el coche requisado al médico que habíamos hecho nuestro, al menos hasta que el galeno regresara de San Sebastián y nos reclamara su devolución, salíamos todas las noches a los pocos lugares públicos que abrían sus puertas en Madrid. Alternábamos, decían ellos, para divertirnos en los pocos bailes que se atrevían a encender sus luces; otras noches íbamos a la Cuesta de las Perdices, en donde permanecía abierto hasta el amanecer un restaurante con orquesta y pista de baile al que acudían los falangistas menos meapilas y más disolutos, decididos a aprovecharse de los placeres de la vida mientras no llegaran tiempos más organizados y rigurosos por imposición de las jerarquías eclesiásticas católicas, indignadas en esos días por la liberalidad de la soldadesca y la permisividad del mando. En aquel local, siempre lleno, se agolpaban jovencitas y señoras de mediana edad que cambiaban conversación, risas, escotes y carne desnuda en brazos y pantorrillas, e incluso rodillas, por una promesa de comida o un billete deslizado en su bolso mientras se dejaban

besuquear. Y bebían, bebían mucho, como los que allí íbamos a pasar las noches y aprovecharnos de nuestra posición acomodada en el nuevo orden establecido en Madrid. Y fue allí, en la medianoche, cuando mi hermano, borracho ya, brindó por un rápido fusilamiento de Francisco, mi amigo, sin que explicara a qué venía aquello.

—¿Por qué dice eso? —le pregunté a Calatrava que, también beodo, todavía manejaba con cierta soltura las consonantes sin trabucarse.

—Tu hermano —alzó los hombros—. Que está convencido de que tu madre y ese hombre... ya sabes. —Y unió los dedos índice estirados varias veces.

—¿Mi madre y Francisco, qué?

—Que se entienden, chaval —cabeceó Calatrava—. No seas crío. Que ese rojo, con la excusa de llevar cuatro migajas a casa, se ha aprovechado de tu madre. Y que ella no le ha parado los pies porque no sabe, no puede o no se atreve. Ya sabes que los rojos se aprovechan de cualquier...

—¡Pero eso es absurdo! —me indigné—. ¿Quieres decir que Julián lo ha denunciado por eso?

—Por humillar a tu madre, sí. Por indigno y por inmoral. Es su deber, Vicente, muchacho... El honor de tu familia ha sido pisoteado por ese individuo. Y alguien tiene que repararlo. Julián es el hermano mayor y, faltando tu padre...

—Padre murió hace más de diez años, y él...

—Pues más comprensible.

Lo que Calatrava no sabía, ni yo quería contárselo aquella noche, aunque lo mucho que había bebido aturdiría mi cabeza y me impulsaba a abalanzarme sobre mi hermano para tumbarlo a puñetazos, era que mi madre y Francisco jamás tuvieron nada; ni nada podía haber entre ellos porque tanto él como mi abuela llevaban enamorados toda la vida, incluso durante los años en que ella estuvo casada con otro hombre, con mi abuelo. Un amor que nació en la adolescencia de ambos y que nunca había acabado, y que sería por eso por lo que, al enterarse de la detención de Francisco, mi abuela estaba muriéndose en vida, sin querer conocer la noticia del fusilamiento de su hombre, cuya ejecución se cumpliría pronto; eso sería seguramente lo que pensaba y le atormentaba hasta el punto de haberse convertido en una muerta en vida. No

quise decírselo a Calatrava y mucho menos a mi hermano, porque no lo creerían y lo más probable era que empeoraría todavía más la situación.

Todo ello me lo confirmó mi madre al día siguiente.

Entonces no me daba cuenta pero ahora, pensándolo bien, recuerdo cómo era y la percibo como una ciudad vencida. Madrid era una ciudad vencida, y como tal se comportaba. Sus calles, sus gentes, sus ruidos y sus silencios. Era una ciudad vencida de día y de noche, sobre todo desde que la tarde empezaba a declinar. Por la mañana, los vecinos salían a la calle, no muchos, pero sí algunos; y las vecinas, casi todas. Hacían como que iban a la compra, pero apenas había nada para comprar ni ellas tenían dinero para hacerlo. Nunca me detuve a pensarlo, ni sé cómo lo hicieron, porque lo cierto era que el dinero republicano, el que había sido de curso legal hasta el 31 de marzo, dejó de valer algo el 1 de abril. Así, desde el fin de la guerra daba igual tener un montón de billetes de la República Española o no tener ninguno: no valían nada. Imagino que en aquellos primeros días se admitiría vender fiado, o algunos tenderos acordarían seguir aceptándolos como si tuvieran algún valor, porque quiero pensar que los madrileños que tuvieran su capital en los bancos, o se adhirieran a los vencedores, podrían efectuar alguna retirada de fondos en billetes del nuevo régimen, del que ya se usaba en la España gobernada por el general triunfador que tenía su sede en Burgos y todo lo disponía desde allí. Imagino que ellos podrían gastar algo de su dinero en comprar lo que hubiera en el mercado y en las tiendas de ultramarinos; porque algo habría. Al menos yo no recuerdo haber pasado hambre desde que llegó a casa mi hermano Julián. Algo habría.

Y otra cosa, ahora que me acuerdo: de pronto florecieron los madrileños de derechas... Pero, santo cielo, ¿cuántos había? Porque si todos los que salieron a las calles a vitorear a las unidades del ejército de Franco se hubieran manifestado durante la guerra Madrid se habría mostrado como la ciudad más fascista del mundo. Vamos, algo así como una ensalada sevillana con aliño a la berlinesa hitleriana. Porque fue impresionante la cantidad de vecinos y de banderas, tanto rojigualdas como de la Falange y carlistas, que saludaron la entrada de camiones, tanques, tropas y automóviles que

conquistaban el último reducto republicano de España.

Pero ello debió de ser, pensándolo bien, un espejismo. Porque durante el día había vecinos en las calles, salían a comprar o a buscar trabajo, es cierto. En la misma Puerta del Sol, lo recuerdo bien, eran cientos los madrileños que se fueron atreviendo a concentrarse allí desde buena mañana y extendían un trapo en el suelo sobre el que depositaban cualquier cosa que se pudiera vender. Hubo quien ponía platos desportillados y vasos de cristal; también los que fabricaban por la noche camioncitos de madera que vendían como juguetes; o quienes llevaban corbatas, tres o cuatro, colgadas del brazo y las ofrecían «¡a duro, a duro!», o a cuatro pesetas si se compraban dos. Incluso un vendedor de sombreros, media docena como máximo, vociferaba su mercancía al grito de que los rojos no llevaban sombrero.

Pero casi nadie vendía nada porque nadie podía comprarlo. No había con qué. Era el modo, en todo caso, de mantenerse ocupados, buscar trabajo y, en el mejor de los casos, conseguir una peseta para salvar el día. En el rostro de aquellos hombres se leía la necesidad, pero sobre todo el miedo. Yo entonces no lo entendía, pero ahora lo comprendo perfectamente. Porque si durante el día, con las luces de la mañana, la necesidad empujaba y la voluntad se dominaba, en cuanto empezaba a atardecer Madrid comenzaba a mostrar su verdadero aspecto de ciudad vencida.

Sin la luz diurna, Madrid era una ciudad fantasma. Nadie paseaba por sus calles, ni salía por gusto. Pocas luces. Farolas y faroles mudos y ciegos. Quienes callejeaban, porque volvían a casa o tenían que salir por algún motivo, andaban apresurados, sin mirar a los ojos a nadie ni dejarse ver demasiado. Si se les daba el alto en busca de identificación o de algún documento que les acreditara, lo más frecuente era que se les interrogara sobre su pertenencia a algún sindicato o partido de los declarados ilegales y, si titubeaban, la detención era inmediata. Pánico a ser parados, terror a ser vistos, miedo a ser sospechosos de algo, fuera lo que fuese. De noche Madrid mostraba su verdadero rostro de ciudad derrotada, traicionada, oscura, atemorizada, acobardada y moribunda. De ciudad sin sangre. Entonces no fui consciente de aquel aspecto. Al contrario: por la noche solía salir con mi hermano y con Calatrava en el Ford T que nadie reclamó nunca y, con la gasolina que repostábamos en el cuartel al que pertenecía Julián, íbamos de

aquí para allá, de baile en baile por la Gran Vía y a la Cuesta de las Perdices, por Cuatro Caminos y a la Ciudad Lineal a unos hotelitos en los que la noche nunca acababa. Y no me extrañaba que no hubiera gente por las calles, que nunca se viera a nadie «por las venas de la noche». (Sabina). En realidad, yo llevaba tres años sin salir de casa, y mucho menos por las noches, en las que no me asomaba a las ventanas porque no me dejaban, así que no tenía manera de comparar y supongo que pensaría que lo natural era que la gente permaneciera recluida en su casa.

Y si era así en el centro, donde más o menos vivíamos, las calles desérticas eran mucho más manifiestas en los barrios, en donde la gente, literalmente, se escondía. Permanecer escondido era un modo de supervivencia, la forma de proteger la integridad, la manera de tener la ilusión de la seguridad: una mera ilusión porque nadie estaba a salvo en la ciudad vencida. Nadie.

Tanto preso, tanto huido, tanto ejecutado, tanto depurado... Eran tantos, hombres y mujeres, que el nuevo régimen de los vencedores se vio obligado a dictar muy pronto una norma, un decreto (el 25 de agosto de 1939) por el que se reservaba el ochenta por ciento de los puestos de la Administración para que fueran ocupados por quienes habían combatido en el bando vencedor y para los civiles que, tal cual se decía, «hubieran hecho sacrificios especiales por la causa nacional o hubieran padecido el terror rojo», también para sus familias. Madrid, sede de la Administración y capital del Estado, concentraba el mayor número de ministerios, oficinas públicas y puestos de trabajo, pero sus ocupantes, en su mayoría, habían sido represaliados, depurados y apartados, con lo que la nueva Administración se llenó de contratados y funcionarios improvisados llegados de toda España que carecían de conocimiento y de experiencia; lechuguinos que se consideraban dueños del nuevo Estado y por tanto con licencia para ser corruptos y aprovecharse de la situación de caos en que se desenvolvían, un caos natural habida cuenta de que todo volvía a empezar de cero.

Así fue como mi hermano, Calatrava y tantos otros tuvieron pronto un trabajo bien remunerado o completado con especies provenientes del estraperlo que nunca cesó. Y así fue como a mí mismo se me ofreció un trabajo en cuanto acabara el bachillerato y estudiara un par de cursos de Derecho, que

por supuesto aprobaría por ser quien era.

Aunque luego nada de aquello sucedió tal y como se había previsto.

Aquella ciudad viva, cosmopolita, abierta, acogedora y alegre que había sido Madrid, incluso bajo los bombardeos, se convirtió de repente en una ciudad herida de muerte. Yo no lo comprendí entonces, pero hoy lo sé con seguridad. Y, ahora que lo pienso... ¿qué fue de tantas palomas que revoloteaban por la ciudad, de tanto gato que poblaba la noche, de los perros...? Desaparecieron todos. Durante un largo tiempo no recuerdo haberlos visto por la ciudad, al menos como se les veía antaño.

Puede que saciaran alguna que otra hambre insoportable. «En guerra comíamos las ratas. Para mí que son más sabrosas que los gatos. De gato estoy hasta aquí. Los gatos que hemos tomado... Éramos tres. Lucas, Muecas y servidor. Proteínas para el pueblo desnutrido». (Luis Martín-Santos. *Tiempo de silencio*^[3]).

Lamento no haberlo comprendido antes.

—Madre, quería preguntarle...

—Dime, hijo.

—¿Francisco anda preso?

—¿Quién...?

—Anoche me lo dijo Calatrava. ¿Es cierto, madre?

—No sé de esas cosas, hijo. —Mi madre siguió deslizando la plancha sobre la camisola, dejándome ver a las claras que no quería hablar de aquello, disimulando—. De política, yo...

—Pero ¿anda preso o no, madre?

—Creo que sí. Y ni una palabra más, por favor.

—Pero ¿por qué? Si no ha hecho nada...

—Son cosas de tu hermano, Vicentito —cabeceó mi madre como cuando se contempla la travesura inocente de un niño pequeño, del modo en que su gesto quisiera aunar su reprobación y su inevitabilidad, su comprensión—. Yo tampoco sé por qué.

—Dice Calatrava no sé qué de responsabilidades, de depurar, de que es un rojo y...

—Tu hermano habla de honor. ¡Qué sabrá tu hermano de honor! Lo que ha hecho es ofenderme, no ha hecho más que ofenderme. —Y creí ver que estaba

a punto de llorar, o al menos de aguar sus ojos con lágrimas—. Tu hermano...

—Es verdad —asentí, pensativo—. Calatrava habló algo de que tú y él...

—No hagas caso, hijo. El viejo Francisco nunca me ha tocado un pelo de la ropa.

—Lo sé, madre. Pero él dice que Julián, como hermano mayor y cabeza de familia...

—Mira, Vicente, hijo. Siéntate aquí. —Mi madre dejó la plancha de pie sobre la tabla, se alisó el delantal y vino a sentarse a mi lado, conteniendo las lágrimas—. Francisco es un buen hombre. Y no sabes lo que ha sufrido durante toda su vida. Porque desde pequeño anduvo enamorado de la abuela y siempre creyó que algún día podría llegar a casarse con ella. Pero era pobre, más pobre que las ratas del mercado, y llegó mi padre, tu abuelo, que era aparejador, tenía posibles y el aire de galán que siempre conservó, acuérdate de lo bien plantado que era el abuelo, ¿lo recuerdas?

—Apenas me acuerdo, madre. Pero sí, le recuerdo muy alto y...

—Sí, tu abuelo era un hombre de muy buen ver. Y, claro, la abuela aceptó su petición de matrimonio porque le prometió una vida mejor, alejada de la servidumbre en una casa donde no encontró amabilidad ni respeto, y de la Tabacalera, porque tampoco le gustaba el oficio de cigarrera que ejerció durante el último año. Y se casaron; y nací yo. Y, mientras, el bueno de Francisco se resignó a la situación y jamás se entrometió, aunque tampoco estuvo nunca lejos de tu abuela ni de ninguno de nosotros. Y ¿sabes lo que te digo? Que yo creo que tu abuela nunca hizo ascos al buen hombre ni lo apartó del todo de sus pensamientos. Pero, eso sí, sin pasársele por la cabeza nada de nada, ¿comprendes? Que decente, te lo juro por Dios... ¡más decente imposible! ¡En esta casa nunca ha faltado la decencia más escrupulosa!

—Lo sé.

—Y luego, cuando murió el abuelo, tampoco pasó nada entre ellos. Ni Francisco ni tu abuela se dijeron una sola palabra que no fuera digna de pronunciarse ante un altar. Solo se han mirado, se han mirado mucho. Pero ni una palabra, ni un roce, ni se han estrechado la mano en un saludo. ¿Te has fijado en ello?

—No sé, madre. Yo...

—Pues recuérdalo bien y créeme lo que te digo. Y yo sé que siguen

enamorados. Uno y otra. Si lo sabré yo... Y si no, ¿por qué crees que nos ha mantenido alimentados y cuidados estos años? ¿Y por qué crees que se está muriendo la abuela, eh? ¿Por qué?

—¿Porque está preso?

—Porque está condenado, hijo. —Mi madre se llevó la punta del delantal a un ojo, para secar una lágrima antes de que se deslizara por su rostro—. Porque Francisco está condenado y lo van a matar, hijo, lo van a matar...

—Todavía podríamos...

—No. No se puede hacer nada. Ay, tu hermano...

En aquellos días yo me enteraba de pocas cosas, pero solo escuchando lo que hablaban mi hermano y Calatrava durante las comidas y las cenas me iba haciendo una idea de la realidad de la situación que vivimos durante las semanas siguientes al final de la guerra. Con el dinero que Julián daba a mi madre comíamos todos. No mucho, porque tampoco había demasiadas cosas para comprar en el mercado, pero dejamos de pasar hambre. Pronto llegaría el nuevo sueldo para mi hermano, y para Calatrava, por lo que en ese aspecto no habían preocupaciones. Pero lo que sí nos afectaba a todos era la tensión que yo percibía en la mesa. Mi hermano no le hablaba a mi madre, convencido de que había deshonrado a la familia con Francisco; mi madre, temerosa de agitar nuevas reacciones de Julián, y por ser él el soporte del sustento familiar, no le llevaba la contraria ni levantaba los ojos, en señal de sumisión; la abuela, las escasas veces que se levantaba de la cama, permanecía en su sillón, al fondo, sin querer comer, todo lo más picoteaba a sorbos pequeños de un vaso de leche; y yo, expectante ante lo que se decía, me limitaba a atender lo que hablaban Julián y su amigo, escuchar sus planes y esperar a que me dijeran algo sin el consabido pescozón con que mi hermano se acompañaba, no sé si como gracia o para mantener intacta su demostración de poder.

La salud de la abuela nos preocupaba a mi madre y a mí, solo a nosotros. Y la situación de Madrid, y de la política, les afectaba a los hombres mayores, solo a ellos. A mí, desde el tercer día desde el fin de la guerra, me tenía mosca una frase de mi hermano oída de pasada que se refería a que antes del verano tendría que examinarme de una prueba de cultura general para que me dieran,

por mi edad, el título de bachiller, para después ir a la Universidad antes de llegarme la hora de cumplir los tres años del servicio militar. Por eso les escuchaba siempre atentamente, por si especificaban algo más referido a mí, a mi futuro inmediato.

Y así me enteré de que el mismo día 3 de abril, dos días después de la llegada de mi hermano, Franco había hablado por la radio en un discurso que se conoció como el de «las tres alertas» y que Julián lo había elogiado y comentado extensamente con Calatrava. Solo habían pasado dos días desde el final de la guerra y ya se conmemoraba a los caídos a través de Radio Nacional de España, con un lenguaje que a mí me resultaba de comprensión difícil. En el discurso, que luego publicaron todos los periódicos, Franco había llamado la atención de los suyos con tres alertas:

Espanoles, alerta. La paz no es un reposo cómodo y cobarde frente a la Historia; la sangre de los que cayeron no consiente el olvido, la esterilidad ni la traición.

Espanoles, alerta. Todas las viejas banderías departido o de secta han terminado para siempre; la rectitud de la justicia no se doblegará jamás ante los egoísmos privilegiados ni ante la criminal rebeldía; el amor y la espada mantendrán, con la unidad de mando victoriosa, la eterna unidad española.

Espanoles, alerta. España sigue en pie de guerra contra todo enemigo del interior o del exterior, perpetuamente fiel a sus caídos. Con el favor de Dios sigue en marcha, Una, Grande y Libre, hacia su irrenunciable destino.

Por lo que fuera, los mayores entendieron que no habría perdón para los que habían perdido la guerra ni se les dejaría de perseguir hasta que desaparecieran del nuevo Estado que se iba a levantar frente a la República recién derrotada. No habría reconciliación alguna con los vencidos. De hecho, lo que más me extrañó a pesar de mi edad y de mis escasos conocimientos de las cosas de la política fue saber que el mismo día 1 de abril Pío XII, recién nombrado papa, había enviado un telegrama de felicitación a Franco en el que decía que *«Levantado el corazón al Señor, agradecemos sinceramente a usted la deseada victoria de la católica España»*. A aquel telegrama Franco contestó con otro en el que hablaba de la *«Victoria total de nuestras armas que, en heroica cruzada, han luchado contra los enemigos de la religión, de la Patria y de la civilización cristiana»*.

Al poco, quizá cuatro o cinco días más tarde, mi hermano nos contó en la mesa que se había celebrado en Roma, en la iglesia del Gesú, organizado por el Vaticano, un Tedeum por la victoria del bando nacional y después, el 13 de abril, el Papa había impartido su bendición en Radio Vaticano *«con inmenso gozo»* a los vencedores, sin dejar de citar *«los nobilísimos y cristianos sentimientos de que han dado pruebas inequívocas el jefe del Estado y tantos caballeros»*.

En el fondo, mi madre y yo nos sentíamos orgullosos al saber que el Papa y todos los curas eran de los nuestros, estaban con nosotros, con lo mal que lo habíamos pasado durante los tres años de guerra en Madrid, porque entonces significaba que los que estábamos en ese bando éramos los buenos y teníamos razón. Así lo aseguraba mi hermano y así lo creía yo. Y también otros hombres ilustres de la Iglesia, como el cardenal Isidro Gomá, primado de España, que le había escrito a Franco para decirle que *«Dios, que ha hallado en Vucencia digno instrumento de sus planes providenciales sobre la Patria querida, nos ha concedido ver esta hora de triunfo»*.

Marbella, agosto de 1999

En aquellos días de abril o quizá a primeros de mayo, no me acuerdo bien, murió la abuela Rosario. Ha pasado tanto tiempo que ni siquiera tengo en la memoria cómo fue: lo único que recuerdo es que una tarde empezó a respirar con gran dificultad, cerró los ojos, intentó esforzarse por morir y lo logró antes de la medianoche, allá las once o así de un lunes especialmente lluvioso.

Supongo que al día siguiente, o al otro, la llevaríamos a enterrar al cementerio de La Almudena, al nicho familiar en donde se guardaban los restos de mi padre y de algunos abuelos, no sé bien. Pero no lo recuerdo con exactitud porque de lo único que estaba pendiente era de encontrar el momento de decirle a mi hermano que había que informar a Francisco del fallecimiento de la abuela Rosario y pedirle que me diera permiso para ir yo mismo a la cárcel de Torrijos y hacérselo saber. Era evidente que se negaría en redondo, quizá hasta me cruzase la cara de un bofetón; pero tenía que decírselo porque no me darían permiso de visita en la cárcel si mi hermano no me avalaba.

Me gusta estar aquí, frente al mar, en esta terraza del paseo marítimo mientras cae el sol de la tarde y tanto se hace esperar la llegada del anochecer. Es lo que tiene el verano en España: son más de las nueve de la noche y se puede cenar con luz natural. Los días no se acaban nunca y amanece antes de que te levantes por tercera vez a orinar. Me encanta esta placidez, el frío de la copa con un mojito, la gente paseando sin destino ni apresuramiento, el helado que acaba de comprarle esa señora a su perro en La Jijonenca como metáfora del fin de la civilización occidental, los niños que corretean sin hacer ruido, el cigarrillo con que jugueteo entre los dedos y que no encenderé hasta que vaya a levantarme para ir a cenar, el tacto del traje y la camisa de lino sobre la piel, los destellos chiquititos de los barcos lejanos y los ronroneos de los motores

de las lanchas y pequeñas embarcaciones que recorren la costa mientras el sol busca el anochecer. Me gusta Marbella en verano, aunque haya tanta gente. En el fondo, sin ella se desperdiciarían tanta belleza y tanta placidez.

La joven de la hamaca ha recogido sus cosas y se retira de la playa, bolso grande de paja al hombro sobre una camisola liviana que le cubre hasta medio muslo. Sube al paseo marítimo, cruza ante mí y, otra vez, lo veo y no lo creo, ha vuelto a mirarme con cierta insistencia, un par de ojeadas cortas y luego otra más prolongada. Quizá ha sonreído. Y después se pierde por el fondo del paseo, lentamente, con la suavidad de una gacela y la indiferencia de un gato. También es pura luz al anochecer, vestida ya.

Me ha extrañado asistir a sus miradas, pero descarto que sea algo más que pura casualidad y vuelvo a centrarme en mí mismo. Y lo que no sé es por qué me estoy acordando tanto en este viaje de aquellos días del final de la guerra. Es como si mi hermano me hubiera echado una maldición para no dejarme reposar en estos tiempos de vejez, cuando no debería tener ni recuerdos. Quizá se esté vengando de su muerte, tan merecida, el muy cabrón, y tan serio se ha tomado lo del servicio frío de la venganza que se ha retrasado más de medio siglo en practicarlo. No sé, pero llevo un día entero recordando aquel tiempo tan absurdo y glorioso, tan festivo para alguno como ridículo para todos. El final de una guerra no es siempre el principio de la paz; a veces es el comienzo de otra guerra más dolorosa aún: la del resentimiento, la furia, el rencor y la injusticia. El comienzo del miedo, el gran miedo. Todos los miedos.

Teme el vencido qué será de su futuro. Tiene miedo el vencedor por si la noche le pasa cuentas. Se amilana el inocente por si le confunden con un culpable. Se ocultan todos porque siempre tuvieron una palabra, una frase, un gesto o una actitud que, según cómo se cuente, puede pagar el precio de una bala que lleve su nombre en las tapias del cementerio cualquier alborada sin fecha. El fin de una guerra no es el comienzo de la paz, sino el nacimiento del miedo. Solo los inconscientes, los tiranos, los descamisados y los pistoleros disfrutaban de los finales bélicos porque coinciden con el inicio de sus fechorías. A mi hermano Julián le pasó.

Me alegra, en todo caso, recordar a la abuela Rosario. Qué mujer. Salvo los últimos años que pasó sentada en aquel sillón, enlutada, como ida y sin pronunciar más palabras que las imprescindibles (y si lo pensamos bien las palabras verdaderamente necesarias son muy pocas; la mayoría de las veces hablamos sin parar porque nos asusta el silencio o nos incomoda permanecer callados), la abuela Rosario tuvo una vida bastante más agitada que otras mujeres de su época. Empezando porque fue cigarrera, y ya se sabe el carácter de las empleadas de la Tabacalera. Cómo se las gastaban. Nunca me lo contó ella, no hablaba de esas cosas, pero he llegado a leer en algún sitio que las mujeres que trabajaban las hojas de tabaco, haciendo cigarros, eran muy de temer.

Toda esa historia comenzó cuando un gran incendio en la fábrica de coches y carruajes de Lavapiés, allá por el año 1800, no causó muchos muertos pero dejó sin empleo a una gran cantidad de madrileños y el hambre empezó a hacer estragos. No había manera de encontrar trabajo y los hombres se empezaron a desesperar, pero sus mujeres no se resignaron y comenzaron a fabricar cigarros en sus casas, a escondidas, al abrigo de toda sospecha y contra la disposición de la ley. Luego, en 1808, cuando los franceses invadieron Madrid, la Real Fábrica de Aguardientes fue ocupada por los soldados napoleónicos y se detuvo la producción. Pero nunca faltó suministro de tabaco en Madrid porque esas mujeres tenían sus talleres ocultos de elaboración de cigarros. Y cuando se enteró Pepe Botella de la situación buscó una manera legal para que el oficio y los impuestos del tabaco no quedaran sin recaudarse e hizo que se empleara a más de ochocientas cigarreras en la nueva fábrica. Y muchas de ellas eran las mujeres de los obreros de la incendiada fábrica de carruajes. Así, la elaboración del tabaco se convirtió en una empresa de éxito y en continuo crecimiento. Cien años más tarde la Fábrica de Tabacos tenía seis mil trescientas cigarreras, y hasta llegó a crearse una escuela para hijos de cigarreras, un asilo para huérfanos y una sala de lactancia. La mayoría de las cigarreras eran hijas de Lavapiés, pero también provenían de otros barrios de Madrid, como el Rastro y Embajadores. Mi abuela Rosario, por ejemplo, había nacido en Carabanchel. Eran mujeres

que se iniciaban muy jóvenes en el oficio, incluso siendo niñas de seis o siete años, normalmente las hijas de las cigarreras más habilidosas y eficaces. Entraban bajo la vigilancia de una maestra que les iba enseñando poco a poco los secretos del oficio y su salario era proporcional al número de cigarros que elaboraban en una jornada. En realidad no eran malos sueldos comparados con otros oficios femeninos, aunque cada una de ellas debía aportar su propio material de trabajo, consistente en unas tijeras, una espuerta, el tarugo o tablero en donde se redondeaban los cigarros y, curiosamente, su propia silla. También las mujeres se pagaban la comida y las reparaciones necesarias a las cintas de amarre de los cigarros. Ellas mismas, que tendían fácilmente a las disputas y a las riñas, marcaban con una señal los mazos de puros para que se supiera quién los había elaborado a la hora de cobrar por el trabajo realizado.

Seguramente por su carácter fuerte, por su energía y por la conciencia de la importancia de su trabajo, pronto se supieron poseedoras de un poder que no desaprovecharon: fue el primer colectivo femenino que se amotinó en defensa de sus derechos como trabajadoras y el primero también en realizar diferentes huelgas, desafiando el poder de reyes y gobernantes. El motín de 1887, cuando las cigarreras se enfrentaron a un gran número de guardias civiles (se habló entonces de más de un centenar), tuvo una enorme repercusión en los periódicos y en las calles de Madrid. Como fue notorio el caso de la defensa de sus puestos de trabajo cuando, por los avances de la industria, pretendieron sustituirlas por máquinas que realizaran su cometido; sin dudarlo, se conjuraron, se enardecieron y, tal cual, arrojaron a los mozos que llevaban las nuevas máquinas al pilón del Patio de las Monjas.

Con el tiempo, también fue un colectivo muy solidario con las huelgas de otras industrias. Se recuerda, sobre todo, a Eulalia Prieto y a Encarnación Sierra como líderes obreras cigarreras que participaron en la Guerra Civil española.

Porque la gran conciencia colectiva de las cigarreras fue muy lejos. Se comentó popularmente con hilaridad el caso de un oficial con uniforme de gala que iba a casarse en la iglesia de San Cayetano en 1855, momento en el que entró en la iglesia una cigarrera con un bebé en los brazos, fruto de su relación con el oficial. El oficial la despreció y amenazó, pero no contaba con la fuerza de sus compañeras: las cigarreras organizaron tal escándalo en el interior y

exterior de San Cayetano que la boda tuvo que aplazarse. Y cuando el oficial, creyéndose muy astuto, intentó días después celebrar su boda en la iglesia de San Antonio de la Florida, a las afueras de Madrid, las cigarreras, enteradas de la artimaña, se personaron y volvieron a impedir la boda, esta vez de manera definitiva.

Grandes mujeres, en fin, muy reconocidas en la vida y en el arte. La ópera *Carmen*, y novelas como *La tribuna*, de Emilia Pardo Bazán, quizá la primera novela naturalista en castellano, tuvieron como protagonistas a las cigarreras. Un oficio que, con el establecimiento de un proceso de fabricación mecánico, fue perdiéndose en Madrid. Lo que hacían sus manos (picar hebras, empaquetar, cerrar la cabeza de los cigarros...) fueron haciéndolo las máquinas, hasta que la empresa Tabacalera acabó cerrando. Pero el recuerdo de las cigarreras madrileñas perduró siempre en una ciudad que las vio trabajar en defensa de sus familias desde el incendio de 1800 hasta que la tecnología industrial ocupó sus sitios.

Una de ellas fue mi abuela Rosario. Dejó su empleo en la Fábrica de Tabacos para casarse, a principios de siglo, y creo que siempre lo recordó con afecto porque las pocas veces que, siendo yo muy pequeño, la oí hablar del oficio de las cigarreras, todo lo contaba con emoción, pero en ningún caso con nostalgia. Siempre terminaba diciendo que no era un empleo que le gustara. Me acuerdo ahora de ella... Sería una mujer muy actual en estos tiempos de prevalencia de lo femenino en el discurso social.

No como entonces, pobres... Sobre todo en la dictadura, en donde ellas quedaron relegadas a ser consideradas seres inferiores al hombre, como si aún no se hubiera celebrado el Concilio de Trento. Qué estúpidos fueron siempre los detentadores del poder, los autores de las leyes, los creadores de un mundo que prescindía de ellas. Mao dijo que las mujeres sostienen la mitad del cielo porque no se atrevió a pensar que lo sostienen por completo, que son los hombres los que disfrutan de lo que ellas soportan. Tampoco es que ahora vaya a creer que Mao fuera un faro o guía, ni él ni nadie: cada uno somos el guía de nosotros mismos.

Me voy a cenar.

Madrid, finales de abril de 1939

Elena. Elena Robles. 19 años

Apareció en mi vida una mañana, muy temprano, a las puertas de la cárcel de Torrijos. Lloraba. Lloraba desconsolada, y no pude evitar quedarme mirándola con ternura y compasión, sin decidirme a acercarme y hablar con ella, a consolarla, tratar de saber por qué sufría de un modo tan evidente y si podía hacer algo para aliviar su congoja o su duelo.

Yo estaba allí porque había logrado, de un modo casi milagroso, que mi hermano me permitiera visitar a Francisco en prisión. No sé cómo lo conseguí pero el caso es que un par de noches antes estábamos en el arcén de la Cuesta de las Perdices, junto a Villa Romana, como niños falangistas que se acaban de poner el corraje, haciendo prácticas de tiro contra unas botellas de vidrio verde delante de una de las paredes de La Pérgola, muy a las afueras. Calatrava, mi hermano y yo íbamos a pasar una noche más en el baile, para beber y fumar, para conquistar mujeres fáciles de conquistar. Y mientras mi hermano bebía a morro de una botella de coñac que llevábamos en el coche, me repetía que tenía que hacer de mí un hombre.

—A ver si aprendes a manejar esto de una vez.

—No me gusta disparar —protesté.

—Tú, ni eres un hombre ni, si por ti fuera, lo serías nunca. ¡Vamos! ¡Coge la pistola y apunta a esa botella! ¿O prefieres ir a un billar a ver poner «posturitas» a los jugadores?

—Que no muerde, joder. —Reía Calatrava—. Vamos, chaval.

—Pero, ¿para qué quiero aprender a tirar? Si nunca me dejarán llevar pistola.

—Tres años de servicio militar —me amenazó mi hermano—. ¡Te vas a

pasar tres años de servicio militar! Porque, como no aprendas conmigo, allí se encargarán de hacerte un hombre. ¡Te juro por Dios que yo mismo me ocuparé de eso!

Antes me había asegurado que él conseguiría que no fuera a la milicia si le demostraba que era un hombre y para eso tendría que aprender a beber, a luchar y a fornicar. Y que, o aprendía con él durante el verano o me enviaría al ejército en cuanto empezara septiembre.

—No seas tonto, chaval —intervino Calatrava—. Aprende de tu hermano. No tendrás nunca un maestro mejor.

—No, si yo...

—Pues no lo dudes y hazle caso. Un día le enseñaremos a tirar, ¿verdad, Julián?

—¿Un día? ¡Mañana mismo!

Y así fue como estuvimos gastando balas contra botellas de vidrio aquella noche. Y no se me dio mal, la verdad, porque una vez que aprendí a dominar el retroceso del arma al disparar y la elevación del cañón, rompía las botellas en añicos con más precisión que él y su amigo. Julián bebía de la botella y se reía, satisfecho de mis progresos y orgulloso de lo que había logrado de mí en tan poco tiempo.

—¿Lo ves, muchacho? —me dijo—. ¿Cómo no vas a aprender deprisa? Si eres mi hermano. Con lo que yo te quiero, además. ¡Vamos, dame un abrazo, Vicentito!

Y, aprovechando su euforia y la neblina que el coñac le debía de estar produciendo en las entendederas le hablé de que, por humanidad, debíamos informar a Francisco de la muerte de la abuela Rosario y que un permiso suyo bastaría para que me dejaran visitarlo en la cárcel. Por favor.

—Vale, vale, chaval, no me des más la murga —terminó cediendo—. Ve a verle y di en la entrada que vas de mi parte. No te impedirán verlo.

—¿De verdad? ¿Puedo ir mañana? ¿Puedo?

—Este chico es gilipollas —cabeceó—. ¡Ya te lo he dicho!

—¡Gracias, Julián! —Me abracé otra vez a él y traté de darle un beso.

—Anda y que te den por culo. —Se zafó de mala manera—. A mí mariconadas no, ¿te enteras?

Mi madre se alegró mucho cuando le dije que iba a ver a nuestro amigo y

Francisco agradeció que le informara de la muerte de la abuela. Por el modo en que me miró a partir de ese momento, durante los diez minutos que me permitieron verlo, supe que aquello era para él un alivio, que desde ese momento ya no le importaba lo que fuera a ser de su porvenir y que la muerte, si le llegaba, ya no iba a ser lo mismo. Debió de pensar que la muerte no es una tragedia cuando no hay con quién compartir la vida.

Se llamaba Elena, Elena Robles. Qué difícil intentar describir ahora lo que produjo en mí la visión de aquel ángel desamparado. Era menuda, no solo por su edad sino porque estaba encogida como si se protegiera el alma envolviéndose en sí misma, haciéndose pequeña, diminuta, para no ser vista. Lloraba con tanta hondura que las lágrimas bañaban sus mejillas antes de irse a esconder por las entretelas de su camisa abotonada al cuello. Palpitaba su pecho, su cara, sus hombros, su cuerpo todo en un hipido pausado, espasmódico, como si cada brinco minúsculo acomodara su anatomía para aparentar cada vez un tamaño menor. Cuando la observé, me estremeció lo que vi. El pelo, negro, lo llevaba recogido en un moño que empezaba a deshacerse; sus manos, blancas y fuertes, cubrían por completo su cara; su cuerpo, sentado en el poyete que sostenía las verjas de la cárcel de Torrijos, estaba cubierto por el negro de una falda que llegaba casi hasta el suelo y una toquilla del mismo color luctuoso que se anudaba a su pecho; y los pies, tan minúsculos como el resto de su cuerpo, se habían encerrado en unas albarcas de esparto en buen estado.

En aquel tiempo habitaban la prisión muchos presos, entre ellos Francisco y en una celda contigua un hombre que luego sería célebre, un poeta de nombre Miguel Hernández que durante aquel verano escribió un poema titulado «Nanas de la cebolla» que con el tiempo llegaría a ser muy popular. También estaban, junto a otros muchos presos, el poeta Germán Bleiberg, el humorista Miguel Gila, el doctor Luis Calandre, el periodista Fernando Fernández Revuelta y el químico Moles Ormella. Lo supe porque la propia Elena me lo contó alguna vez, no recuerdo cuándo. Porque aquel día, en el que no sabía qué hacer para acercarme, apenas logré saber algo de ella, además de su nombre. Tardé mucho en atreverme, mucho, pero cuando la lluvia acudió en mi

ayuda descubrí cómo hacerlo. Abrí el paraguas que llevaba, fui hacia ella y la cobijé debajo.

—¿Quieres que te tape? Te vas a empapar...

Ella apenas se movió. Levantó la cara, apartó su mano de los ojos y, tras descubrir quién le hablaba, alzó los hombros, queriendo expresar con aquella actitud que en el fondo le daba igual.

—Vamos, está cayendo una buena. ¿Me puedo sentar a tu lado hasta que pase el aguacero? Y así...

Otra vez alzó los hombros, y se removió un poco, como si de ese modo estuviera dejándome sitio a su lado y, por tanto, aceptando la proposición. Permanecimos en silencio. Ella no tenía nada que decir y yo no sabía qué podía decirle. La contemplaba llorar, lo hacía cada vez más despacio, y luego yo miraba al cielo, disimulando, como queriendo demostrar que me preocupaba la duración de la tormenta, aunque en realidad deseaba que no acabara nunca. Porque, qué guapa era Elena, de verdad. La recuerdo tan hermosa, bajo la lluvia, incluso con los ojos inundados y el abatimiento dibujando dolor en sus labios pálidos y temblorosos, en su ceño apretado, en su nariz enrojecida, que nunca hubiera querido alejarme de ella. Qué hermosa estaba aquel día. Y qué vulnerable con la debilidad estrechándole la respiración.

—¿Cómo te llamas?

—Elena.

—Yo, Vicente. Vivo ahí mismo, frente al mercado.

—Yo... también cerca...

Salía de la cárcel después de enterarse de que a su padre, que además era su único pariente, le habían trasladado a un presidio de Segovia, una información que lo mismo quería decir que había sido trasladado, en efecto, o que había sido fusilado ese mismo amanecer ante las tapias del cementerio de La Almudena, en donde luego se supo que habían sido ejecutados 2934 presos rojos por sus ideas, su filiación política o las denuncias motivadas por la envidia o por la venganza, o por ambas cosas a la vez. No le habían dado ninguna otra explicación, ni detalle que le permitiera comunicarse con su padre. Ni siquiera que había sido fusilado o que iba a ser ejecutado en algún otro presidio. Elena conocía a la perfección que su padre pertenecía a un

comité de la FAI, que se había enfrentado a los vencedores de la guerra desde el primer momento y que usaba pistola. También supo que había sido condenado a muerte, como tantos otros, pero le habían asegurado que no se cumplía la condena con todos, sino que a veces se conmutaba por la cadena perpetua. Y ella esperaba que fuera así. Pero lo que le habían dicho esa mañana en que pretendió visitar a su padre, y sobre todo los modos que habían empleado al informarle, entre sonrisas cómplices y gestos obscenos, no le permitió conservar íntegra la confianza. Todo lo contrario: no sabría explicarlo, pero lo que sintió fue que ya no volvería a ver a su padre. Como así fue. Y se echó a llorar, envuelta en un dolor indescriptible.

—¿Puedo acompañarte a casa?

—Bueno.

Se incorporó con esfuerzo, echó a andar hacia la calle Padilla y giró a la derecha. Yo la seguí de cerca hasta que, después de un par de pasos largos, me puse a su lado y la cubrí con el paraguas, lo que aceptó sin mirarme, tan solo levantando un poco los ojos para ver el envés de la tela negra que la cubría y protegía de la lluvia.

—¿Trabajas en algo?

—Ya no —respondió, mientras se arrancaba las lágrimas con el dorso de la mano y trataba de recuperar la normalidad en su respiración—. Estuve trabajando este año, pero al acabar la guerra me despidió el señor Salgado.

—¿Qué hacías?

—Cosía. —Elena bajó la cabeza, volvió a pasarse el dorso de la mano por sus mejillas y respiró profundamente—. Cosía banderas.

—¿Banderas? —La respuesta me dejó sorprendido. No sabía qué quiso decir exactamente con coser banderas y la miré con extrañeza.

—¿Quieres decir... banderas?

—Sí —repitió—. Cosía banderas de esas que llevan los que han ganado la guerra. Una franja roja, otra amarilla y otra roja.

—¿Banderas nacionales?

—No sé cómo se llaman. Las de los que están con Franco.

Elena, tan joven, tan ingenua, pensé, era hija de un anarquista al que acababan de fusilar y ella fabricaba durante la guerra, y en Madrid, banderas de la España nacional. ¿Sabría lo que hacía? No sabía cómo preguntárselo.

—No lo entiendo...

—Vivo ahí, en Porlier. ¿Quieres venir hasta mi casa?

—Sí, claro —asentí—. No tengo prisa.

—Como quieras. Pero déjame en la esquina. No quiero que me vean con nadie.

—Pero explícame eso de coser banderas —le pedí.

—No sé de qué te extrañas. —Ahora se volvió para mirarme con el ceño fruncido, intrigada—. Necesitaba trabajar y me salió eso.

—Pero ¿se hacían banderas de Franco en Madrid? ¿Quién las hacía?

—No lo sé. —Pareció fatigarle la insistencia de mis preguntas—. Un señor que vive en la calle de Claudio Coello me contrató para coser banderas de esas. Me ha estado pagando un dinero que hacía falta en casa y, aunque nunca le dije nada a mi padre porque él las odia, al menos tenía siempre uno o dos duros para la compra.

—A ver, a ver, Elena, no lo entiendo. —Mi asombro debió de parecerle excesivo a ella—. ¿No sabías lo que hacías?

—No. —Alzó la nariz, casi ofendida—. Pero tenía hambre.

—Ya.

—Y no pensaba para qué las hacía. Creí que eran colgantes para vender lejos de Madrid.

—Pues ya lo ves —abarqué con el vuelo de mi brazo todos los alrededores, como señalando lo que habíamos presenciado los días previos—. ¿Y no llegó a saberlo tu padre? Creo que te hubiera...

—No. Nunca se lo dije. Yo iba al trabajo tres mañanas a la semana, de nueve a dos, y a mi padre le decía que iba a la escuela popular para aprender mecanografía y que nosotros tres días de la semana iba a escribir a máquina a la Casa del Pueblo de las Juventudes Socialistas.

—Ya...

—Por eso nunca me preguntó nada del dinero que llevaba a casa. El día que acabó la guerra me dijo el señor Salgado que ya regresaba su familia de no sé qué pueblo de Valladolid y que no me necesitaba más. Me dio cinco duros y un papel en el que escribió que yo era de buena conducta o algo así, que había colaborado con una quinta columna del ejército en Madrid y que tenía los principios de un movimiento nacional que eran gloriosos, o algo así,

no me acuerdo, y seguidora de los mandamientos de una Iglesia santa y madre, católica, romana y no sé qué más. Me dijo que guardara bien ese papel porque con él no me pasaría nada después, pero no sé en dónde está. Lo único que tengo es el dinero que he ahorrado, doscientas veinticuatro pesetas, pero ahora me han dicho que ya no valen.

—Sí, mujer —le dije—. Yo puedo hacer que te cambien el dinero por los nuevos billetes. Ya verás.

—¿Lo harías?

—Claro que sí.

—Bueno, gracias. —Por un momento me miró y percibí en su mirada un atisbo de sonrisa—. Salud. Quiero ir sola a mi casa.

Habíamos llegado a la esquina de su calle y, como había anunciado, se separó de mí. Pero antes de hacerlo, le pregunté:

—¿Puedo volver a verte?

—Bueno.

—¿Cuándo?

—No sé. —Alzó un hombro.

—¿El domingo a las cinco? Te espero aquí mismo, si quieres.

—Vale. Pero ¿podrás cambiarme el dinero, no?

—Espero que sí —primero titubeé, pero pronto resolví enérgico—: Sí.

Marbella, agosto de 1999

En mi edad temprana no entendía nada de lo que estaba sucediendo, me dejaba ir como una rama podrida flotando en la corriente de un río manso, y cuando mi hermano y Calatrava hablaban a los postres de lo que sucedía yo intentaba prestar mucha atención para comprender algo, aunque a duras penas conseguía ordenar toda la información para asimilarla. Calatrava comentó en algún momento que el rey Alfonso XIII, que era un tacaño, un avaro, un *cuentaduros*, dijo en expresión muy castiza, había dado dos millones de libras esterlinas a la cruzada, a Franco, para ayudarle a ganar la guerra. Al parecer, lo había contado una tal tía Eulalia, una infanta que era pariente del rey. No sé si sería verdad, aunque luego he leído en algún sitio que sí, que hizo esa donación; lo mismo que se sabe que escribió a mano una carta a Franco un tanto sumisa y vergonzosa, alabando al general victorioso de la guerra, poniéndose a sus órdenes *«como siempre, para cooperar en lo que de mí dependa a esta difícil tarea»*, a la que denominó *«su magna labor regeneradora y patriótica»*, añadiendo que estaba *«seguro de que triunfará y llevará a España hasta el final por el camino de la gloria y la grandeza que todos anhelamos»*. Calatrava fue sarcástico al contar esas cosas y utilizó diversos adjetivos peyorativos para calificar a Alfonso XIII, burlándose de él, al igual que hizo Julián a continuación. Incluso yo sonreí porque me gustaba integrarme en sus conversaciones, haciéndome el mayor. No entendía casi nada, pero me gustaba sentirme partícipe de las cosas de los hombres. Mi hermano contó luego que lo más patético de todo era que Alfonso XIII había escrito también desde Roma a Franco unos años antes pidiéndole que restaurara la monarquía y Franco le había contestado que nanay, que de eso nada, que bastante se había equivocado ya como para darle otra vez el poder

al monarca. Pero que a pesar de esa displicente respuesta, rotunda y seca, Alfonso XIII continuó dando jabón a Franco, incluso ofreciéndole la Cruz Laureada, la más alta condecoración militar española. Se lo escribió en la misma carta manuscrita, desde Roma: *«Y ahora, mi General, creyéndome autorizado para ello por haber sido jefe nato de la Real y Militar Orden de San Fernando, permítame le exprese cuán dichoso me consideraría si, recogiendo el común sentir y justificado anhelo del gloriosísimo ejército de Tierra, Mar y Aire español y de todos los buenos compatriotas, viéramos sobre su pecho esa invicta y heroica condecoración, jamás tan bien otorgada al caudillo que tan brillantemente salvó a España y la llevó a la victoria»*.

—Ridículo. —Río mi hermano.

—Sin duda —asintió Calatrava.

—Una monarquía otra vez... —negó Julián—. ¡Jamás! ¡Falange no lo consentirá nunca!

—¡Nunca! —afirmó Calatrava.

Lo cierto es que a mi edad yo no entendía casi nada de lo que había ocurrido ni de lo que estaba sucediendo en aquellas semanas postreras al final de la guerra. No lo recuerdo muy bien, pero me parece que en aquellos días, como en los meses siguientes, el único pensamiento que me ocupaba eran los ojos de aquella mujer que se me habían clavado como una herida y no me dejaba de herir de ansiedad, miedo e ilusión. Elena.

Aunque ahora creo recordar que también había algo que no comprendía, sin atreverme a preguntar a nadie, mucho menos a mi hermano. Con el tiempo lo tengo todo mucho más claro, como es natural, pero entonces pensaba que aquella había sido una guerra entre fascistas y comunistas, sin que me gustara ninguno de los dos. Creo que algo había leído, porque Francisco me dejaba de vez en cuando algún libro de los que vendía en su puesto del mercado, y con uno de ellos había llegado a esa conclusión. Creo que era algo escrito por Ortega y Gasset, aunque hoy me es imposible estar seguro de quién se trataba. Pero lo cierto es que no me había llegado a plantear que podía ser una guerra entre monárquicos y republicanos, porque Julián era republicano y hacía la guerra a la República, así que lo descarté; y tampoco sabía que podía ser una guerra entre los partidarios de la democracia, como la existente en Francia e

Inglaterra, contra los otros, los que gobernaban en Italia y en Alemania. No lo sé. Tenía un enorme galimatías que ahora me parece imperdonable porque a los diecisiete años se es un hombrecito y no debería haber sido tan analfabeto.

Y peor todavía fue cuando unos días más tarde, no sé si empezado mayo o aún en abril del 39, mi hermano me obligó a ir a trabajar con él, para que anduviera ocupado hasta septiembre, cuando empezarían las clases, y ganara algunas pesetas para ayudar en casa y disponer para mis gastos.

Julián había sido destinado a una oficina que tenía a la entrada una placa en la que se podía leer algo referente a la depuración. Quizá pusiera algo así como Oficina Auxiliar de Depuración y algo más, quizá añadiendo adjetivos como patriótica o nacional. El caso es que mi hermano disponía de una gran mesa sobre la que se amontonaban carpetas y a su izquierda había otra pequeña y una silla en la que me sentaba yo, con el cometido de tomar nota de lo que allí dijeran los que acudían al despacho, y la encomienda de no equivocarme a la hora de apuntar nombres, direcciones y causas para la depuración —también disponía de una máquina de escribir con la tinta desgastada—. Porque de lo que me di cuenta enseguida era de que allí iba gente a denunciar a vecinos, conocidos, amigos e incluso familiares bajo la acusación de haber pertenecido durante la guerra a algún partido político o sindicato, de leer tal o cual periódico, de haber recibido en su casa a gente uniformada de la CNT, o de la FAI, o sencillamente con el ropaje de soldado republicano; o también de no haber ayudado a algún quintacolumnista, de haber expresado opiniones contrarias o vejatorias contra tal o cual general del ejército nacional o de haber votado a las candidaturas republicanas o del Frente Popular en las elecciones de 1936. De todo ello tomaba declaración mi hermano y anotaba yo, apuntando el nombre y la dirección del denunciante y del denunciado en unas fichas amarillentas, así como de por qué se le denunciaba: republicano, comunista, anticlerical, masón, anarquista, judío, gitano y ladrón, socialista, impresor, profesor, actriz, homosexual... Lo que sucediera después, no lo sabía, aunque luego, a lo largo de mi vida, no me ha resultado difícil deducir que de aquel despacho salieron órdenes de detención de muchos madrileños y, casi con total seguridad, una relación nominal de detenidos y fusilados que, si me detuviera a pensarlo, me causaría escalofríos.

Como alguna vez me ha ocurrido a lo largo de la vida.

Solo recuerdo que algunas semanas después cerraba y archivaba aquellas fichas en carpetas con una nota simple que firmaba después mi hermano y que, por ejemplo, decía: José López. Maestro. 43 años. Causa de la muerte: fractura de cráneo.

Era el eufemismo al uso. Yo entonces no lo sabía. Simplemente lo creía. Si mi hermano lo decía y firmaba...

Recuerdo estas cosas aquí, en la playa, y con esos pensamientos acabo dormitando en mi tumbona porque de pronto me avergüenzo de mí mismo y no quiero seguir acordándome de que, por ingenuidad o ignorancia —las dos cosas, creo—, participé de algún modo en la tragedia de la paz cuando todos teníamos que haber pactado disfrutar de la serenidad de un tiempo en el que se habían acabado el odio, los enfrentamientos, el dolor, el miedo y el hambre. De ello sí tengo remordimientos. Sí. Fui un inconsciente a la edad en que ya no se es un crío. Nadie me enseñó a ser de otra forma, nadie. Solo la llegada de Elena a mi vida encauzó el rumbo de un viaje que dejó atrás un año, 1939, que muchos de los que lo recuerdan afirman que, ya sin bombardeos, fue aún más cruel que los anteriores.

Madrid, mayo de 1939

—Julián.

—¿Qué?

—El domingo he quedado con una chica.

—¿Tú? ¿Con una chica?

—Sí. ¿Te extraña?

—Creía que eras maricón.

—¡Calatrava! ¡Dile a mi hermano que yo no soy eso!

—¡Y yo qué sé! —Rio Calatrava—. Igual sí. Tan guapito...

—¡Calatrava! ¡Eres un...!

—Un cabrón, dilo —sonrió mi hermano, guiñando un ojo a su amigo—. Ahí donde lo ves —lo señaló con un dedo—, Calatrava es un cabrón.

—Y tú un gilipollas...

Volví a inclinar la cabeza sobre las fichas que estaba rellenando, tan ruborizado que me ardían las orejas, y adopté un gesto de irritación inundado de rabia.

—Mira la criatura, cómo se ha puesto. —Volvió a reírse Calatrava—. Lo has ofendido, camarada.

—¿Y se puede saber de qué conoces tú a una chica? —me preguntó Julián.

—¡Dejadme en paz!

Encendiendo un cigarrillo, Julián hizo un gesto con la mano para desentenderse de mí, puso los pies sobre su mesa y empezaron a hacer planes para la noche. Calatrava comentó que había unas hermanas huérfanas que quizá se mostrarían dispuestas a ser amables con ellos si les facilitaban un certificado de adhesión al nuevo régimen, y que por la noche podían ir a verlas a su casa, situada justo enfrente de la antigua plaza de toros ya

demolida. Su padre había muerto en el frente de Madrid, un rojo empedernido, añadió Calatrava, y la madre ya había sido fusilada dos semanas atrás. Dos hermanas, detalló Calatrava, bastante guapas, eso me han dicho, y sin haber cumplido todavía los veinte años.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—No lo sé, déjame pensarlo —respondió Julián—. Porque... ¡hay que ver cómo eres, camarada! Siempre pensando en lo mismo.

—¡A ver! Qué le voy a hacer... ya sabes lo de las tetas y las carretas... ¿Qué? ¿Vamos a las ocho?

—No sé, no sé. Abusar de esas chicas... No, no me parece bien. Déjalas en paz. Sería una canallada y nosotros no somos así, Calatrava —cabeceó mi hermano, decidido a ignorar el plan de su amigo. Y se volvió hacia mí—: Y tú, a ver, qué querías decir con eso de que has quedado con una chica.

—Que necesito dinero para convidarla —dije, en voz baja.

—Ya lo supongo —asintió Julián y se echó mano a la cartera—. ¿Te basta con dos duros?

—Necesito doscientas veinticuatro pesetas.

—¡Joder! —exclamó Calatrava—. ¡Pues sí que es cara la pelandusca que te has buscado!

—¿Cuánto? —se escandalizó mi hermano.

—¡No es una puta! —protesté, colérico. Tras una pausa, pensé que lo mejor era contar la verdad—. Y no es para pagarle nada. Es para cambiarle el dinero antiguo que tiene por el nuevo.

—O sea, que te has citado con una roja —Julián negó con la cabeza, despectivo.

—¡Pues como todos en Madrid, Julián! —aclaré casi en un grito, altivo, alzando la barbilla para que los dos comprendieran que yo podía ser joven, pero no tonto—. También mamá tenía solo dinero antiguo. Y todos nosotros. Era el dinero que había.

—El de los rojos —insistió Calatrava, mostrando sus dientecillos de ratón con su proverbial sonrisa.

—El que había —repetí yo, sin apear-me de la contundencia y seriedad—. ¿Me lo prestarás o no? Te lo devolveré en cuanto ella me dé el otro dinero, el antiguo. A ti te lo cambiarán sin problemas.

—Hay que fastidiarse con el crío —suspiró mi hermano, abriendo el cajón de su mesa, sacando un sobre con dinero y contando billetes hasta la cantidad que le había pedido y una peseta más, hasta las doscientas veinticinco—. Anda, toma. Pero me lo devuelves, ¿eh? Que no es mío. Es de la patria.

—El mismo domingo por la noche.

—Y estos dos duros más para que la convides. —Mi hermano se mostró comprensivo—. Pero me tendrás que decir quién es la muchacha, no vaya a ser que te andes enredando con una indeseable.

—Es de confianza —respondí, solo por defenderla, porque en realidad no la conocía como para responder por ella, necesitaba saber más. Y mentí—. La conocemos del barrio, desde siempre.

Elena Robles. No había mujer más preciosa en todo Madrid. Su pelo negro, recogido en un moño bajo, dejaba escapar dos mechoncitos que se descolgaban por delante de sus orejas finas, blancas, de piel transparente y lóbulos pálidos sobre los que resaltaban dos lágrimas de plata que los perforaba. Unos pendientes tan minúsculos que parecían dibujados en lugar de engarzados. Miraba con pena, porque la tristeza había anidado en ella y todavía tardaría mucho tiempo en limpiarla del alma, y no sonreía porque no sabía que se pudiera. En aquellos días la sonrisa era una fortuna de la que muy pocos disponían para gastar con desconocidos. Bueno, para ser sincero del todo, Elena no era una mujer bella; al menos, no como las que luego he visto por la calle y entraban las ganas de extender la gabardina sobre un charco para que lo cruzara sin ensuciarse los zapatos ni los pies, agradeciéndolo ellas con un apunte de sonrisa o alzando un mentón henchido de íntima satisfacción. Elena no era de esa clase, no gozaba del don de la perfección en la armonía de sus facciones y lo escultural de su cuerpo, pero la sencillez, la indefensión y la tristeza la dotaban de una belleza cautivadora. Pocas veces miraba directamente a los ojos; más bien desviaba la mirada como si evitara incomodar, y muchas otras la posaba en el suelo, o en sus zapatos, como si de ese modo recogiera el alma y la cobijara. Aquellos ojos del color del castaño, protegidos por unas cejas anchas y del color de las hojas en otoño; como su pelo siempre recogido, con algunos mechones minúsculos enmarcando su

frente despejada y que se los apartaba de vez en cuando como si fuera lo primero que desnudara de su cuerpo pequeño, fibroso y bien formado, bajo un cuello pálido y fino, quizá demasiado largo. Siempre tuvo las orejas pequeñas, la nariz recta y afilada hasta terminar en un ligero alzamiento que convertía su rostro en agraciado, y sobre unos labios finos y descoloridos, huella de las múltiples carencias que sufrió hasta convertirse en mujer. Cuando descubrí su cuerpo, la primera vez que hicimos el amor, me pareció desvelar un cuerpo distinto al imaginado, con formas redondeadas en caderas, muslos y cintura, de vientre terso y pechos mucho más pequeños que los que había visto en revistas y en otras fotografías sicalípticas. Pequeños sí, pero perfectos, redondeados, espléndidos, seductores, coronados por dos pezones desvaídos que apenas destacaban del resto de su piel como si fueran de niña, de impúber, de mujer sin terminar. Las manos ágiles de dedos largos, los pies pequeños de dedos recogidos y la sonrisa..., bueno, la sonrisa. Su sonrisa. Cuando alguna vez llegó a sonreír de verdad enamoraba hasta la locura. Yo la quise sin verla sonreír y la adoré cuando la vi hacerlo. Elena fue el amor de mi vida, la mujer más hermosa del mundo, y eso sin ser bella, en apariencia. Pero lo cierto es que no pudo serlo más. Mucho más de lo que yo merecía.

Porque yo era un joven apocado y enteco, por dentro y por fuera. Creo recordarme larguirucho y pálido, de ojos lánguidos y pelo rizado, ensortijado, medio rubio y medio castaño a partes iguales y cambiante según de qué parte mediera la luz. Al sol era más rubiales; de noche, más pardo. Y de cuerpo... enclenque. De la inmovilidad de los últimos años me faltaba musculatura y formas varoniles, pero no me preocupaba de ello porque nunca me miré al espejo ni reparé en mí. Mi madre decía que tenía cara de listo y mi abuela, que tenía cara de bueno. Con esto me quedé, nada más. Ni siquiera recuerdo si me consideraba listo o bueno, jamás pensé en mí. Bastante tenía con lo que sucedía a mi alrededor como para detenerme un instante a observar cómo era. En aquellos días solo tenía pensamientos para Elena, sobre Elena, hacia Elena. No sabía quién era ni me importaba saberlo, me bastaba disfrutar y sufrir por la mujer que había conocido y que tuvo la generosidad de confiar en mí. Todo lo demás, referente a mi persona, era superfluo. Con decir que casi no me reconozco en aquel joven inexperto, indeciso e insustancial... Hoy no lo distinguiría de los demás, aunque me diera de bruces con él. Pero ella me hizo

más fuerte, me convirtió en hombre en pocos días. Ella y cuanto nos sucedió.

Caminamos despacio por las calles hasta adentrarnos en el parque del Retiro, en donde nos sentamos en un banco frente al estanque. Estaba seria y guapa, siempre fue así. No me preguntó por el dinero que me había comprometido a cambiarle, pero el trueque lo hicimos sin palabras. Yo extraje del bolsillo interior de mi chaqueta un sobre con los billetes que me había dado mi hermano y ella, sin manifestar ninguna expresión, sacó de su bolso el dinero y me lo dio, sin contar el suyo ni el mío. Sus billetes eran de poco valor, de una y de cinco pesetas, y estaban doblados muchas veces hasta convertirse cada uno de ellos en un minúsculo pedazo de papel mil veces plegado sobre sí mismo. Los fui desdoblando uno a uno y rellené el sobre en el que traía mis billetes de cinco y veinticinco pesetas, y ella guardó los que le di en su bolso. Que nos fiáramos el uno del otro en la primera cita era buena señal. A mí me gustó mucho que se comportara así.

—Me debes una peseta —le dije, tan solo.

Me miró extrañada. Luego miró los billetes que había guardado y cayó en la cuenta.

—Ah, claro. Te he dado doscientas veinticuatro pesetas. Tú, una más.

—Es que el dinero no es mío, ¿sabes? Tengo que devolvérselo a mi hermano.

—Sí, sí. Tienes razón. Perdona.

—O puedes invitarme a merendar —sonreí yo, para aliviar la incomodidad del momento.

—No, no —respondió. Y rebuscó en su bolso hasta juntar cuatro monedas de dos reales—. Toma. También estas las cambiará tu hermano. Un trato es un trato. Ahora, si quieres, te dejo que me invites tú a la merienda.

—Me parece estupendo —asentí, muy feliz—. Vamos.

La merienda. ¿Desde cuándo no empleaba esa palabra? Con el hambre que pasé durante la guerra, merendar no era un lujo, era una ficción. Hambre, necesidad, privaciones, alegría incontenible ante un plato con dos cebollas y una patata cocidas... En la guerra, en Madrid, todos éramos pobres. Pero no inmersos en esa clase de pobreza que leíamos en los libros, fueran *Los*

miserables de Víctor Hugo o aquel relato breve de Rilke, sino en una carencia por inexistencia, sin nada que comprar aunque hubiera monedas para gastarlas. Gastar ¿en qué? Nada había. Por eso, hablar ahora de merendar, como si fuéramos ricos, como si pudiéramos permitirnos sentarnos ante un café, o un chocolate con suizos, ensaimadas y churros, o un té, era un lujo, la corporeización de un mundo que hasta hacía cuatro días no existía. Iríamos a merendar, sí, solo necesitábamos encontrar una de esas cafeterías que estuviera abierta al público y que tuviera un pastel o un café con leche para servir a su clientela.

La pobreza de los obreros del siglo XIX no era mayor que la que habíamos sufrido durante los años de la guerra en Madrid. Recuerdo que he leído hace poco un cuento de Rainer María Rilke titulado *¿Por qué alborotan los paganos?*,^[4] escrito en 1896, que me hizo comparar nuestras miserias con aquellas otras que al poeta debieron de parecerle insoportables. Y tengo la sensación de que nosotros, Elena y yo, y por supuesto mi madre y mi abuela, lo pasamos peor. Rilke describía el ambiente miserable urbano con una cierta conmiseración, apiadándose de sus habitantes, pero desconociendo el dolor de las tripas cuando piden pan y no hay ni saliva para tragar y engañarlas: «El frío gris de la media luz hacía aparecer aún más repugnantes las sucias fachadas de los altos bloques de viviendas. Desde las bóvedas de los locales comerciales, que exponían sus mercancías desordenadamente delante de sus puertas, [...] salía un olor húmedo y cargado que cambiaba de un local a otro según el tipo de género que se ofrecía o se mezclaba con el olor vecino. Niños medio desnudos jugaban con sus camisetas sucias y raídas delante de las puertas y arrastraban con cordeles trozos informes de madera, que tenían que hacer las veces de caballitos dando gritos insoportables. Entre ellos pasaban carros pesados, [...] y de vez en cuando intentaba abrirse paso el ostentoso coche privado de un nuevo rico que volvía de su fábrica a la confortable vivienda urbana. [...] Y en ese momento comenzaban a sonar en todas partes los pitidos agudos y malsonantes de las sirenas de las fábricas que anunciaban el fin de la jornada laboral. [...] Allí emanaba al exterior ese género pobre, desheredado, cuya oscura existencia transcurre penosamente entre la miseria y la vileza». ¿Miseria? Han pasado mil años desde 1939 y todavía puedo sentir la verdadera miseria de Madrid cuando a los quince o dieciséis años pasé

tanta hambre que a lo largo de la vida no he logrado saciarla nunca.

Fuimos a merendar a un quiosco de la calle de Ibiza, en donde tomamos un granizado de limón y unas mantecadas de Astorga que había conseguido el quiosquero de unos parientes que regresaron a Madrid y las vendía a dos reales la mantecada, un auténtico lujo en los años en que la ciudad se había quedado en los huesos. Total, seis reales, una peseta con cincuenta céntimos me costó la primera merienda con Elena, la primera de las muchas que vendrían después.

Aquella mantecada le devolvió el ánimo y el granizado le limpió la garganta de las piedras de la pena honda. Y por eso pudo hablar y yo le pude preguntar mil cosas, oyendo cuanto me decía mientras contemplaba ensimismado su atractivo y facilidad de expresión, admirado. Hablaba como respiraba, pausadamente, pero no sobraba ni faltaba un suspiro, un aliento o una inflexión de voz que desnudara emociones y sentimientos. Creo que fue entre la mantecada y el granizado cuando me enamoré de ella. Entre un bocado y un sorbo. Entre una miga que se le quedó prendida en la comisura de los labios y la gota de limonada que resbaló del vaso para, como una lágrima, posarse en la piel frágil de su escote.

—¿Vives con tu madre?

—No. Ella murió.

—Lo siento.

—No la conocí. Murió al nacer yo.

—Entonces, ¿con quién vives?

—Ahora, sola. Ya lo estaba antes, pero por lo menos mi padre venía a casa de vez en cuando. Ahora ya no tengo a nadie.

—Algún pariente tendrás... tíos, primos...

—No. A los parientes de mi madre nunca los conocí. Creo que vivían en Zamora, en un pueblo perdido por allí. Algo así me dijo una vez mi padre, pero no lo sé.

—¿Y los parientes de tu padre?

—Esos viven, los que queden, en sus pueblos de Asturias. Unos en Mieres, otros en La Felguera... Eran gente de mina y no sé si quedará alguno. Dos tíos y un primo murieron en el frente, eso lo supo mi padre. Los demás, no sé en dónde encontrarlos para informarles de que seguramente mi padre ha muerto

también. No lo sé...

Elena calló. Se le notaba a la legua que le dolía profundamente hablar de aquello.

—No estás sola —musité.

Me miró como si me perdonara por decirlo, o tal vez evaluando si alguien como yo, tan joven como ella, o más, podía protegerla, o si podía confiar en un señorito tan atrevido y, a la vez, tan ingenuo. Ella había vivido mucho más que yo, estaba acostumbrada a defender a diario su honra de los tenderos del mercado y de los soldados borrachos del anochecer si se demoraba en regresar a casa de sus labores de costura de banderas. Me miró de un modo que me intimidó y para evitar la herida de sus ojos sorbí el último trago del granizado mientras me ruborizaba y miraba a lo lejos.

—Gracias —se limitó a decir.

Y yo no supe qué más decir.

—¿Quieres volver ya a casa? —pregunté.

—Sí. Se hace tarde.

A primeros del mes de mayo habíamos recuperado un tanto la normalidad, o al menos una cierta tranquilidad porque en apariencia la situación se había serenado y, a mis ojos, Madrid empezaba a disfrutar de un discurso cotidiano sin sorpresas, lo que transmitía algo parecido a la rutina, tan apreciable cuando se sale del sobresalto. (Solo al amanecer oíamos descargas de fusilería cercanas, pero no verbalizábamos que eran ejecuciones en las tapias del cementerio. No nos atrevíamos. Nos escondíamos también de aquello). Habían pasado un puñado de semanas desde que el 28 de marzo las primeras tropas nacionales se adentraron en la ciudad en camiones llenos de soldados y diversos pelotones de infantería entre tantas banderas de bienvenida que convertían la situación en irreversible. Un par de días más tarde dejaron de oírse disparos aislados y el primero de abril se hizo oficial el fin de la guerra. Desde entonces, salvo las ráfagas de disparos al amanecer, el resto de la jornada transcurría sin olor a pólvora ni ruido de muerte, sin sabor a sangre ni miedo en el cuerpo.

En ese mes solo me rasgó la calma la muerte de la abuela Rosario.

Impedida, silenciosa y elocuente en sus miradas, tenía setenta y un años, una edad que entonces era más que natural para echar el cierre a los párpados y que se sellaran tan firmemente como la tapa de su ataúd. No lloré su muerte, al contrario que mi madre, que se deshizo en lágrimas y todavía un mes después seguía guardando silencios inesperados y se quedaba colgada de sus pensamientos de luto. A los diecisiete años se asume la muerte en la vejez como un hecho natural, tan lógico como inevitable, y se contemplan los setenta años como una cima milagrosa, improbable de sobrepasar. Natural la muerte; se me apareció con tanta normalidad que lo único que me apenaba era el sufrimiento de mi madre, no la tragedia que representaba la huida de la abuela.

La otra noticia triste, por imprevisible para mí, por sorprendente, fue el encarcelamiento de Francisco, con lo bien que se había portado con nosotros durante esos años, y aunque no comprendí la actitud de mi hermano denunciándolo y exigiendo su depuración, tampoco creí en ningún momento que fuera a pagar con su vida la detención, algo que no tenía razón de ser. Por eso le iba a visitar a la cárcel con frecuencia y sin temor, tratando de que se animara y contagiarle de mi convicción. Que pronto obtendría la libertad, seguro, le repetía.

Mi hermano ya había sido destinado en la Oficina Nacional de Información Patriótica, de delegado local, con la categoría de director. Su amigo Calatrava también formó parte de la Oficina, con un sueldo suficiente para alquilar un piso propio en la cercana calle de Goya, una entreplanta de varias habitaciones en donde vivía durante el día y en la tarde de los domingos organizaba unas fiestas en las que no faltaban las bebidas alcohólicas ni las mujeres, todas ellas jóvenes, que parecían asistir complacidas a esos encuentros aunque más tarde conociera la realidad de su presencia forzada allí.

A mí también me impuso mi hermano trabajar en la Oficina de Información hasta que después del verano retomara mis estudios, esa era su decisión. Solo falté un día al trabajo, a mediados de junio, para examinarme y recibir el título de bachiller, un examen que se limitó a un interrogatorio sobre mí, mi hermano y la materia de mi vocación universitaria para labrarme el futuro. Dije que quería ser ingeniero, por decir algo, y me otorgaron la nota de sobresaliente entre sonrisas de complacencia y asentimiento. Así es que en ese mes de mayo

ya tenía un salario semanal que me permitía atender a mis pequeños gastos y, sobre todo, estar seguro de disponer de unas pesetas en el bolsillo para invitar a salir los domingos a Elena Robles.

Nos gustaba pasear por la avenida de Rusia, que de inmediato volvió a denominarse Gran Vía hasta que fue bautizada como avenida de José Antonio, aunque a efectos puramente administrativos porque todos la conocimos y llamamos siempre con su nombre original. Igual que a la Cibeles se la conocía popularmente como «la linda tapada» y a Neptuno como «la plaza de los emboscados», por la cantidad de espías y confidentes que hubo en el Hotel Palace durante toda la guerra y aun después, mientras duró la Guerra Mundial. Paseábamos por la Gran Vía y merendábamos en Sicilia Molinero, o llegábamos hasta las ruinas producidas por los bombardeos en el viejo parque del Oeste y en las calles adyacentes, lo que había sido un frente de guerra. Y una vez allí comprábamos alguna chuchería o nos repartíamos un reato de churros fríos y acabábamos la tarde siempre antes del anochecer, porque ella no quería volver a casa después de oscurecida la ciudad.

Así, desde aquel 28 de marzo surgió una paz relativa para los partidarios de los vencedores, una asfixia insomne para los vencidos y un terror generalizado porque no se podía asegurar que no llamara a la puerta la policía de repente y procediera a hacer realidad una denuncia verdadera o inventada. Una guerra que había comenzado en 1936 y anunció su final cuando un golpe de Estado del coronel Casado el 5 de marzo de 1939 contra el gobierno de Juan Negrín, es decir, la rendición incondicional del jefe del ejército de la Región Centro sin contar con el respaldo del gobierno y de los vecinos, puso en bandeja la entrada de las tropas de Franco en Madrid el 28 de marzo. Con aquella rendición, o sumisión, o traición, como muchos la consideraron, terminó todo. O empezó la paz del silencio, el miedo y la esperanza, dependiendo de cómo lo viviera a quien se le preguntara.

Marbella, agosto de 1999

Ahora, con la perspectiva de los años, no comprendo cómo pude sortear aquellos meses sin darme cuenta de que estaba viviendo indiferente e insensible ante un mundo que se estaba desmoronando a toda prisa. Alemania había invadido la vieja Austria el año anterior, o se la había anexionado, llámese como se quiera, pero la realidad era que Hitler había comenzado a adueñarse de Europa y Mussolini, por su parte, gobernaba Italia bajo la ideología del fascismo, convirtiéndola en un país rendido a la imposición de un régimen autoritario. Los totalitarismos alemán e italiano, por una parte, y el implacable estado soviético por otro; con Stalin adaptando el ideal comunista a un menú diario para degustar poder y devorar adversarios, iban a provocar millones de muertos en breve, una guerra sin precedentes de crueldad y devastación en un mundo supuestamente civilizado, el europeo, provocando un retroceso económico y social que tardaría veinticinco años en recuperarse y recomponer su fractura, y casi cincuenta en apaciguarse, lo que no empezó a suceder hasta la caída del muro de Berlín, las piedras de otra ofensa a la dignidad humana. El caso era que, como producto de la edad o por culpa de la inconsciencia (también de la incultura, qué enfermedad más cruel es la ignorancia...), viví la inmediata posguerra española con los ojos puestos en una niña que me embriagaba, los oídos sordos a las conversaciones soeces de mi hermano y los suyos y las manos frías para las personas que de verdad me importaban, mi madre y el bueno de Francisco, que se iba consumiendo en la cárcel a la espera de una decisión sobre él. Leía los periódicos, sin comprenderlos; oía las noticias del parte diario, sin escucharlas; veía la tristeza en la gente que deambulaba por las calles sin preguntarme a qué se debía ese caminar cabizbajo, ese temor a mirar a los ojos, ese dolor

silencioso y muchas veces sigiloso, atemorizado. No tenía preguntas porque solo me ocupaba de sentirme libre y lo único que me preocupaba era alcanzar la confianza y el amor de una mujer de la que me había enamorado con la intensidad con la que solo se rinde uno en el primer amorío de la adolescencia que acaba en la pasión de una juventud que arranca con la fuerza de la sangre prieta de un millón de generaciones precedentes.

También es verdad que es posible que los recuerdos no sean fieles a lo ocurrido entonces. Es lo que sucede con la recreación de la historia: lo explicaba el filósofo Karl Popper con un barroquismo propio de su tiempo y —por qué no decirlo— de su pedantería intelectual (tan común en quienes se creen con el derecho de enredar el lenguaje para que solo le entiendan los suyos y le piropeen, y si es posible le den algún reconocimiento, premio, cátedra o magisterio), decía algo así como que no había que abominar de todos los libros de historia ni le parecía mal dar a conocer lo que sucedió antes para que la narración enriqueciera a quienes la leyeran y ayudara a la humanidad a prepararse para el futuro; pero de inmediato escribía que «toda descripción de un hecho histórico es parcial, subjetiva, arbitraria y limitada, reflejando solo una minúscula parte de la realidad y sin abarcar en toda su extensión el contexto social, político, cultural y económico en el que se produjo, por lo cual la verdadera historia es imposible contarla ni nadie es capaz de describirla fielmente^[5]». O sea, que, como tituló su libro, no tiene sentido contar la historia, contradiciéndose. Ah, Popper... Y esto es lo que me hace dudar precisamente de mí y de los recuerdos que llevo días amasando con lentitud, como el tahonero amasa el pan antes de ponerlo a cocer en el horno. Esos recuerdos que me asaltan a toda hora y que a veces me hacen dudar de su verdadera naturaleza. Porque no sé a qué se debe, pero desde mi llegada al mar mi cabeza anda continuamente reviviendo los hechos de mi primera juventud, obligándome a pensar en ellos, a recrearlos, sin estar seguro de si todo lo que se me presenta ahora es fiel a lo sucedido entonces o se ha recompuesto como se cuece la masa de harina, sal y levadura para formar el bollo de pan que después nos alimenta. La memoria... No se habla de otra cosa que de la memoria, de la memoria histórica concretamente, y la

calificamos como derecho, como necesidad, como símbolo. Y será verdad, aunque para mí la memoria es ahora un bien máspreciado que cualquier riqueza. He llegado a Marbella con la intención de descansar unos días antes de enfrentarme al final de mis días y en lugar de descansar entre paseos, lecturas, deleites sensuales, caprichos de restaurante y trasnoches con un licor suave humedeciendo mis labios, no consigo dejar de vivir el tiempo en que se me abrieron los ojos a la vida, que fue el mismo que cerró el de tantos otros y cegó, silenciando, los de muchos más. Pero ¿será verdad que lo que recuerdo es la verdad? ¿Es posible que los años hayan esculpido otra realidad entre pensamientos, sueños, imaginaciones y lecturas y lo que recuerde como cierto solo sea lo que se ha erigido en verdad absoluta, sin serlo? ¿Qué importa, al final de una vida, si algo fue verdad o no lo fue, ni mucho menos cómo y cuándo sucedió lo que nos ocurrió mientras vivíamos otra edad, otros años? Al final no se sabe con exactitud lo que fue ni lo que pudo ser, lo que hicimos ni por qué lo hicimos. Todo es ceniza, también la verdad. ¿Yo lo recuerdo? No lo sé, ahora no lo sé y, lo que es peor, no lo puedo saber. Porque hace ya tiempo que me faltan las palabras, que se han oscurecido nombres y lugares, que veo desaparecer recuerdos de horas atrás, que no sé lo que he desayunado ni con quién me encontré esa mañana cuando bajé a la compra del periódico o a refrescarme con un vaso de zumo. Qué razón tenía mi amigo cuando decía que para él la peor censura no era la política, la de la dictadura franquista; que la peor censura es la del olvido. Olvidar, olvidarse, olvidarlo... hasta no saber cuál es el nombre de uno antes de que llegue la muerte sin saber lo que es. Ahora comprendo tan bien sus palabras... Es posible que no valoremos lo suficiente los dones mientras disponemos de ellos sin darles importancia, como si fueran derechos inalienables que nadie nos va a arrebatar ni tienen derecho a que prescindamos de ellos. La vista, el lenguaje, el tacto, la memoria... tan naturales, tan consustanciales a la salud. Como si estar sano fuera una obligación. No. No lo es. La obligación es saber que la única puerta siempre abierta es la de la muerte. A la que con setenta y siete años me dirijo, como debe ser. La salud es como el agua de la charca que termina evaporándose con la llegada de la época del calor, la bebida del estío insaciable que la absorbe y deja la tierra cuarteada, yerma, desnuda, sedienta. La salud es la antesala de la pérdida. Algo destinado a desmenuzarse,

resquebrajarse, pudrirse. Y uno de sus pilares, la memoria, es esa parte de la salud que se desagua palabra a palabra, recuerdo a recuerdo, rostro a rostro, nombre a nombre.

Dudo de mis recuerdos porque la memoria es un teatro en el que cada función es diferente cada vez, la misma obra no se repite nunca porque la interpretan los humanos y sus emociones. Así, la memoria la interpreta quien recuerda y con distintas emociones en cada recreación, imposibilitando repetir el matiz, el detalle, la identidad de las imágenes que la construyen, el fotograma del hecho recordado y su luminosidad, tono, brillo y gama de penumbras. Por ejemplo esta mañana al despertar he recordado de repente unas luces que crecían, la música que vibraba, el paisaje de una fiesta. Bueno, una fiesta o un baile, cualquier cosa podía ser, pero había bombillas de colores, una orquestina, mesas con jarras de sangría y rosquillas del santo, *tontas y listas*. Era San Isidro, el 15 de mayo de 1939, y yo estaba allí, con ella. Y al fondo un grupo de muchachos alborotados, entre los que reconocí a mi hermano y a Calatrava. He despertado con esa imagen y esa música, no sé qué canción se interpretaba, no creo que fuera un chotis porque las parejas bailaban con los brazos extendidos, separados los cuerpos, con el pudor de quien se siente vigilado por la mirada censora de un fraile viejo. Un pasodoble, debía de ser un pasodoble, *La campanera o Ecos españoles*, seguramente. Porque no era *Paquito el chocolatero* ni *Suspiros de España*, seguro que no, ni el *Ya hemos pasao*, que luego oí muchas veces con vergüenza, como muchos que se enrabetaban al oírlo; yo no, lo mío no era rabia porque no lo tomaba en consideración y me parecía solo humor, un mal chiste, pero chiste al fin.

¡No pasarán!, decían los marxistas.

¡No pasarán!, gritaban por las calles.

¡No pasarán!, se oía a todas horas por plazas y plazuelas

con voces miserables.

¡No pasarán!

¡Ya hemos pasado!... y estamos en las Cavas.

¡Ya hemos pasado!, con alma y corazón.

*¡Ya hemos pasado!, y estamos esperando
pá ver caer la porra de la Gobernación.*

¡Ya hemos pasado!

*Este Madrid es hoy de la Falange,
siempre garboso y lleno de cuplés.*

*A este Madrid que cree en la Paloma,
muy de Delicias, y de Chamberí.*

(...)

Ja, ja, ja, ja...

¡Ya hemos pasado!

Cuántas veces me he preguntado si Celia Gámez, pasado el momento, se sentiría orgullosa de haber cantado ese chotis, y lo mismo el autor de la letra, Manuel Talavera, y la música, Francisco Cotarelo. Hay acciones de las que uno se arrepiente toda la vida, sin margen para enmendarlas ni olvidarlas, pesando en la conciencia cuando la soledad lo deja a uno desnudo frente al espejo de los pensamientos atroces de la medianoche. Yo no me arrepiento de lo sucedido con mi hermano, nunca me arrepentí, y menos aún del desenlace con Calatrava, pero me gustaría disponer de un artilugio de los generados por las nuevas tecnologías donde se pudieran leer los arrepentimientos de unos españoles en sus acciones, omisiones o silencios con otros españoles tras una guerra civil, la más dolorosa de todas las guerras.

Hoy hace un buen día. El sol brilla y tonifica con su aliento, mientras una brisa marina alivia el calor cuando parece a punto de volverse exagerado. Me

he levantado temprano, he leído un par de periódicos mientras me desayunaba un té con dos galletas, un yogur con sabor a fresa, que es el que más me gusta, y una mandarina. Y ahora he bajado a la playa y pienso aquí, debajo de esta sombrilla, sentado en la tumbona cubierta con una colchoneta blanca y limpia, que estoy muy bien, no me duele nada, no tengo hambre ni sed, no siento frío ni calor, todo es perfecto, tan sumamente perfecto que dan ganas de detener el tiempo y permanecer así hasta que los ojos se cierren y lentamente se vaya dejando de respirar. Estoy muy bien, sí, y para interiorizar esta sensación de máximo placer entorno los ojos, respiro hondo, ruego a la naturaleza que me permita morir en este momento sin que sienta nada; y, sin buscarlo, vuelvo a verme a los diecisiete años, junto a Elena, jugueteando con una pajita dentro del granizado de limón esperando a atreverme a preguntarle si le apetece bailar.

Y ahora puedo oírlo con claridad. Sí. La orquestina está tocando la habanera *Veinte años*.

Madrid, mayo de 1939

Y, de repente, suena la música, se encienden las luces, la pista está llena de parejas bailando y las acacias se unen con cordones umbilicales de bombillas amarillas y rojas que convierten la terraza del solar en un alborozo de fiesta. Sobre el escenario, formado por una arquitectura de tablones de madera que se sostiene por anclajes también de madera que parecen inestables, sin serlo, una orquesta formada por dos guitarristas, un trompetista, un batería y un cantante de edad, se arrancan con la habanera *Veinte años*. El cantante es menudo, con unas entradas que anuncian una calvicie inminente, su alopecia es profunda como la voz con que se adorna para dar empaque a su corta estatura, su delgadez, su rostro lánguido, sus ojos necesitados, su mano izquierda huesuda amarrada a un vaso de agua. A la legua se le nota el hambre, la miseria; lo sorprendente es que aún tenga fuerzas para cantar y que se le oiga. No difiere mucho de sus compañeros de orquesta, tan hambrientos como él y peor vestidos incluso. Porque el cantante usa chaqueta de esmoquin blanca visiblemente raída, camisa del mismo color y pajarita negra, y un pantalón negro con brillos viejos que le viene grande. Igual de amplia le está la chaqueta, como si tuviera un hermano mayor y más grande en la familia y le hubiera prestado el atuendo. Pero seguramente es un vestuario propio, de años atrás, cuando las actuaciones de su orquestina reunían las pesetas necesarias para comer y vestir, vestir y trasnochar, salir hasta tarde y dormir hasta la hora de comer, comer un cocido, o callos, o lentejas y pan y, cuando pudiera ser, cordero y pollo, como se comía antes, antes de la guerra, antes de la República, antes de la Dictadura, antes de todo; antes. Actuando para las tropas republicanas en 1936 y 1937 y para el ejército nacional desde 1938, cuando tras un baile con orquesta en un pueblo de la sierra de Madrid

aprovechó la noche para pasarse con los suyos a Segovia, y de ahí a Burgos, en donde exhibió pasaporte de falangista de toda la vida, sin serlo. Pero esa transmutación ideológica falsificada le permitió vivir, actuar en algunas ocasiones y cantar su repertorio, pero no le sació las hambres, sino que se las agudizó hasta hoy, y aquella tarde en el solar de la calle de Alcalá justo antes de llegar a la plaza de toros de Las Ventas donde los domingos y festivos se celebraba un baile popular desde las cinco de la tarde hasta las nueve, hora más que prudente para regresar a casa sin temer identificaciones, detenciones y depuraciones. Un baile que ese día de San Isidro de 1939, el 15 de mayo, se celebraba para alegrar a los alegres, solazar a quienes nada tenían que temer y entretener a soldados, falangistas, carlistas y quintacolumnistas de la capital con mujeres invitadas que, por ser elegidas así, se libraban por un tiempo de ser investigadas y que se desmenuzara a su parentela, por ver de quiénes se trataba y de dónde manaba la muchacha puesta bajo sospecha.

—¿Quién es este pimpollo? —preguntó Julián, acercándose adónde estábamos Elena y yo, tomando ella una gaseosa con vino tinto y yo un granizado.

—Déjame en paz —repliqué a mi hermano, mostrando mi enojo. Sabía a lo que venía y el riesgo que corría Elena, a poco que iniciara uno de sus interrogatorios, más policiales que personales.

—Mira el chaval cómo se pone —sonrió Calatrava, que también se incorporó al grupo precedido por sus dientes de roedor minúsculo—. ¿No nos vas a presentar a tu novia?

—No es mi novia.

—Vicentito, alma de cántaro —pareció lamentarse Julián—. Ahora en Madrid solo hay novias y busconas. ¿Qué prefieres?, ¿que crea que eres un golfo?

—Es Elena, una amiga. Dejados en paz —intenté cortar la conversación.

—Yo soy Julián —respondió mi hermano, estrechando la mano de Elena, que la extendió blanda y temerosa tras dudar unos instantes—. Soy el hermano de este pieza, con el que por cierto tienes que tener mucho cuidado porque me han dicho que en Madrid, en estos años, era célebre y —conocido como el seductor más peligroso del barrio. Un calavera.

—¿Yo? —me indigné, sin comprender la broma—. ¿Yo un seductor? Pero

si apenas he salido de casa.

—Anda, anda —cabeceó mi hermano. Y se dirigió a Elena—. Mira, jovencita, este es mi amigo Calatrava, que además de ser un tipo estupendo tiene un piso fantástico en Goya y nos vamos a ir allí a continuar la fiesta. Porque esto está cada vez más aburrido y tiene pinta de que va a caer un buen chaparrón. ¿Por qué no avisas a un par de amigas tuyas y os venís todas con nosotros? No te arrepentirás, te lo aseguro.

—Es que... —titubeó Elena, sin alzar mucho los ojos del suelo—, yo no tengo amigas.

—Alguna tendrás, mujer. Una chica tan guapa como tú...

—Le prometo que no, señorito. —Los labios de Elena temblaban como manos febriles. Apenas le salía la voz.

—Déjala en paz —repetí yo.

—Bueno. —Julián pareció relajarse, metiéndose las manos en los bolsillos y alzando los hombros—. Calatrava y yo vamos a tomar una consumición más y buscaremos algunas chicas más amables que tu novia. Y luego nos iremos todos a su casa, a seguir corriéndola. ¿Conforme?

—Ya veremos —repliqué.

—Tú harás lo que yo te ordene, ¿entendido?

—Sí. —Me acobardé ante la fiereza de su mirada. Conocía de sobra a mi hermano y sabía que seguir discutiendo no me conduciría a ningún sitio.

Por el suroeste avanzaba un ejército de nubes ribeteadas de un negro amenazador, con los vientres cargados de agua, arrastrado por un viento vespertino y húmedo que cruzaba Las Ventas; pregonaba una tormenta grisácea, murmurando huraña.

Imaginaba la clase de fiestas que organizaban entre mi hermano y Calatrava y no me parecía el lugar más adecuado para llevar a Elena, con la que entonces empezaba a intimar y me parecía que podía asustarse, formándose un mal concepto de mí. Pero tampoco podía desobedecer a mi hermano, impasible cuando decidía algo e irrefutable cuando lo hacía por mí. Así es que antes de que cayera la tarde y se volcara el cielo en aguas de mayo estábamos en casa de Calatrava con unas chicas que no sé de dónde sacaron y que se mostraron desde el primer momento encantadas de estar allí, con abundantes botellas de diversos licores, pastas de té, pastelitos comprados en

Viena Capellanes, muchas cajetillas de cigarrillos americanos dispersos en mesas, alacenas y estanterías y, sobre una mesa auxiliar redonda, un gramófono gramola La Voz de su Amo con altavoz junto al que se apilaban una docena de discos de pizarra con coplas, valeses y otras canciones y músicas. Cuando la noche se hizo fuera, en el salón de la casa solo se encendió una pequeña lámpara de mesa en una rinconera, dejando la estancia con una luz tenue que se diluía en penumbras al otro lado de la sala. No había acabado el segundo disco que sonaba en el gramófono, que se alimentaba a cuerda, tras completar los giros de la manivela, cuando mi hermano y Calatrava estaban besuqueando a las chicas recién llegadas, que se dejaban hacer entregadas en un sofá y un sillón, respectivamente. Elena no dijo palabra, me miró de un modo que entendí perfectamente y, tomándola de la mano, salí con ella de la casa a expensas de lo que pudiera hacer o decir mi hermano en cuanto se diera cuenta de nuestra fuga. Pero no me importó: lo principal para mí era Elena y no iba a arriesgarme a perderla por una orgía de tres al cuarto a la que ninguno de los dos queríamos asistir.

Las calles estaban húmedas, había llovido, pero no hacía frío y solo quedaban restos de aguaviento que chispeaban de un modo inapreciable. Caminamos despacio por la calle de Goya arriba hasta la de Porlier, en silencio. Yo no me atrevía a pedirle perdón ni estaba seguro de que tuviera que hacerlo, a fin de cuentas ella había sido testigo de que nos habían obligado a ir allí, pero me preguntaba si las disculpas tenía que presentarlas en nombre de mi hermano. Ahora, ¡qué difícil era disculpar un comportamiento tan autoritario y vergonzoso, tan inmoral y despótico! Por momentos la miraba por el rabillo del ojo y comprobaba que permanecía seria, inexpresiva. No estaba enfadada, al menos así lo creí, sino avergonzada y sin saber qué decir. Elena fue así siempre: silenciosa y discreta, comprensiva y renuente a participar en cualquier discusión, reacia al enfrentamiento, con una moral comunista o anarquista rígida, puritana, lejos de cualquier frivolidad o desmesura. Su educación, recibida en casa, fue impecable, muy firme en sus convicciones ideológicas y muy alejada de cualquier veleidad en lo referente a la transgresión de la ética aprendida. Tuvo una infancia breve y una prematura

adolescencia, madura, en la que le correspondió ser la mujer de la casa y la cuidadora de su padre, y esa madurez no casaba con ningún desliz de los naturales a su edad. Se hizo mayor antes de convertirse en mujer y se hizo mujer antes de que le correspondiera, y por eso mismo era una persona de fiar, digna de un absoluto respeto y merecedora de ser amada. Elena fue siempre un roble con raíces ancladas en la dignidad y la honestidad al que ningún viento o vendaval doblégó.

—Gracias —susurré.

—¿Por qué? —dijo, mirándome con cierta sorpresa.

—Ha sido una tontería.

—Tú no has tenido la culpa.

—Debí haberme opuesto.

—Lo hiciste.

—Tengo que aprender a enfrentarme a mi hermano.

—No será fácil.

—Si tú me ayudaras...

—Te ayudo si así lo quieres, pero yo no soy nadie. No soy nada.

—Eres maravillosa.

Dejó caer los ojos al suelo y sonrió de un modo casi imperceptible, pero deliciosamente. Aquel gesto me sacudió todo el cuerpo y convirtió en fuego mi pecho y mis piernas. Creo que llegué a trastabillar.

—De todos modos, muchas gracias por comprenderlo —repetí.

—No ha sido tan grave. —Alzó la mirada y la depositó en mis ojos—. La verdad es que temí que no se comportaran y me ofendieran. Pero no ha pasado nada. Al fin y al cabo tu hermano y su amigo están ahora aprovechándose de esas pobres chicas, ni a ti ni a mí nos han puesto en una situación difícil.

En aquel momento no me atreví a decirle que si hubiesen bebido menos o no hubieran encontrado a esas mujeres de su agrado habría sido más que posible que la hubieran tomado con ella y, tras un interrogatorio de los suyos, al final se encontrara en problemas. Mi hermano no me habría consentido alternar con la hija de un rojo al que habían fusilado días atrás, incluso por orden suya, no sabía hasta dónde llegaba su poder de decisión en esos casos. Y, naturalmente, me habría prohibido volver a verla, incluso hubiera dictado una orden de detención para depurar sus responsabilidades políticas, porque

de tal palo tal astilla y una hija de rojo tenía que ser más roja que el demonio, o así lo considerarían ellos. Al final tuvo suerte de no ser preguntada por orígenes, filiación, parentesco y oficio, porque a poco que hubieran encontrado motivos para ir más lejos habrían llegado hasta allí.

Elena no sospechaba nada parecido y no me atreví a ponerla en alerta. En primer lugar porque no quería que se asustara en modo alguno y en segundo lugar porque yo quería seguir viéndola, permanecer a su lado, compartir con ella mis días. En esos momentos, bajo la nubarrada de mayo, entre gotas de lluvia fina que volvían a caer sobre Madrid, mientras caminábamos deprisa en busca de nuestro destino o de un soportal o zaguán bajo el que cobijarnos, estuve absolutamente convencido de que me había enamorado de ella. Si hasta entonces solo lo pensé, en aquel preciso instante lo supe con nitidez. Amaba a Elena, la amaba sobre todas las cosas, y mi único deseo era que ella también llegara a quererme a mí.

—Gracias —le dije otra vez, ante su portal, antes de extender mi mano para estrechar la suya en la despedida.

—No me lo digas más, Vicente. Me haces sentir una niña y no lo soy.

—Es que... si no te lo digo, no creo que pueda dormir esta noche.

—Pues ya lo has dicho. Pero piensa una cosa: aunque no lo creas, yo soy una mujer y tú pareces todavía un muchacho. Serio y formal, pero un muchacho de diecisiete años.

—En septiembre cumpliré dieciocho.

—Ah —sonrió, y me pareció que con esa mueca bordeaba la burla o el sarcasmo—. En ese caso no he dicho nada.

—Y sé lo que es querer —mi afirmación no estuvo exenta de gravedad, quizá de malhumor. Me sentí herido.

—¿Y la vida? ¿Sabes lo que es la vida?

—Solo sé que me gustaría compartirla contigo. Sea lo que sea. Porque te quiero, Elena.

—Gracias —respondió, lacónica, con la misma frialdad de un camarero al recibir una parca propina—. Hacía mucho que no me sentía querida por nadie. Ojalá dentro de un tiempo sigas pensando lo mismo. Ojalá.

Tardé en volver a verla unos cuantos días. Empezaron a sucederse los acontecimientos en Madrid y mi hermano me vistió con camisa azul, correa y pantalón militar sobre botas de campaña y así caminaba por las calles desde la mañana, cuando iba a trabajar a su oficina, hasta el anochecer, cuando regresaba a casa. Y con ese uniforme no me atrevía a pasear por los alrededores de su casa porque sabía que a ella no le gustaría verme de tal guisa ni tendría manera de explicarle por qué me disfrazaba con vestimentas e insignias que no significaban nada para mí. Por eso apenas hacía otra cosa que acudir al trabajo y a los actos públicos de exaltación al nuevo régimen que se repetían con cada vez mayor frecuencia en la ciudad. Porque en cuanto acabó la guerra se inició por parte de todas las fuerzas vencedoras una enorme campaña de apoyo y de homenaje a la figura de Franco, que empezó a ser denominado por todos, y en todo momento, como el Generalísimo. A imitación del grito de exaltación al dictador italiano Mussolini, al que vitoreaban al son de *Duce, Duce, Duce*, en Madrid se cantaba Franco, Franco, Franco, al igual que en todas las ciudades y todos los pueblos de España, incluso en aquellas que, como Barcelona, presumían en privado de su diferencia y resistencia. Las calles se llenaron de la palabra Franco en fachadas y edificios, en vallas y muretes, desde luego en todas las dependencias públicas, al igual que poco después su efigie se asomó a todas las monedas y sellos y su fotografía en oficinas, colegios, institutos, universidades y dependencias oficiales, en cada despacho, en cada rincón, en todo lugar visible. La presencia del rostro y el nombre de Franco fue tan agobiante que nadie podía dudar de que él era más que un jefe de Estado, más que un rey. Una deidad.

Cuando el 19 de mayo se celebró el primer desfile de la victoria ante el dictador, mostrándose unidades de infantería, caballería y artillería, así como vehículos militares, tropas de la guardia mora y unidades de falangistas, carlistas y otros grupos uniformados que no sé quiénes eran, se produjo tal exaltación de ese *Generalísimo* que supuso una convulsión popular rayana en el paroxismo. En efecto, no parecía un rey sino un dios. A mí me obligó Julián a desfilar, y lo hice, qué otra cosa podía hacer.

Un dios. Y más aún al día siguiente, cuando también me obligó a acudir a

una misa en la iglesia de Santa Bárbara, a una ceremonia que después fue definida como «medievalizante» porque quería representar en forma de drama sacro la ideología de la guerra santa que acababa de terminar, una ceremonia en la que Franco llevaba el uniforme de capitán general aderezado con la camisa azul de la Falange y una boina roja de requeté. Franco entró en la iglesia bajo palio, acompañado por Carmen, su mujer, a los sones del himno nacional tocado al órgano. Franco se había hecho traer de Barcelona el Santo Cristo de Lepanto y a sus pies depositó su espada, diciendo: «Señor, acepta complacido el esfuerzo de este pueblo, siempre tuyo, que conmigo, por Tu Nombre, ha vencido con heroísmo al enemigo de la Verdad en este siglo. Señor Dios, en cuya mano está todo Derecho y todo Poder, préstame tu asistencia para conducir a este pueblo a la plena libertad del Imperio para gloria tuya y de Tu Iglesia».

Por si no fuera simple la grandilocuencia del discurso ni escasa la parafernalia organizada para la ocasión, el cardenal encargado de presidir aquel acto, Goma, que estaba acompañado por el nuncio del Vaticano, monseñor Cicognani, y por otros diecinueve obispos, se hincó de rodillas ante Franco y le bendijo, con estas palabras: «El Señor sea siempre contigo. Él, de quien procede todo Derecho y todo Poder y bajo cuyo imperio están todas las cosas, te bendiga y con amorosa providencia siga protegiéndote, así como al pueblo cuyo régimen te ha sido confiado. Prenda de ello sea la bendición que te doy en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». Un fuerte abrazo entre el general y el cardenal selló el acto, sin que, al acabar, yo comprendiera qué había pasado allí, porque ignoraba si había asistido a un acto militar, civil o religioso, ni qué significaba esa manera de doblegarse los curas a un militar, por mucho que hubiera ganado una guerra. Mi hermano me explicó al día siguiente, leyéndome el diario *Arriba*, que después de la gran victoria militar tanto la Iglesia como el Ejército y el pueblo habían consagrado a Franco como caudillo de España.

No fueron los únicos actos a los que me vi obligado a acudir. A primeros de junio hubo una reunión de Franco con el Consejo Nacional de FET y de las JONS en el monasterio de Las Huelgas, de Burgos, y allí nos dijo a los presentes que había que interpretar constantemente los veintiséis puntos programáticos del partido, lo que constituía el imperativo indeclinable y

exclusivo del caudillaje que representaba él, o sea, su propio poder y liderazgo.

Pero he de confesar que me gustó estar allí. No solo por lo bien que nos dieron de comer sino porque, por fin, podía salir de viaje y conocer algo más que mi ciudad. Era el primer viaje que hacía y, aunque estuve nervioso durante los últimos dos días antes de la partida por la novedad que representaba, preparándolo todo, una vez realizado me hizo una gran ilusión. Viajar me pareció desde entonces magnífico. Es como abrir una puerta sin saber lo que pueda haber al otro lado, y lo que hay siempre es una sorpresa.

Marbella, agosto de 1999

Aunque me encuentro razonablemente bien de salud, cuando les hablé de mi insomnio, de mi dificultad para conciliar el sueño, los médicos amigos me hicieron un chequeo general y concluyeron que no tenía nada, tan solo un poco de estrés, y me recomendaron que aprovechara las vacaciones para descansar, que durmiera mucho, que comiera bien y que no me privara de nada de lo que me pidiera el cuerpo. De nada. Solo olvidaron advertirme, aunque tampoco era necesario, de que mi cuerpo ya no pide demasiado. Los paseos se agradecen, pero enseguida las piernas y los pulmones miran golosos un banco donde sentarse o una terraza en la que recuperar fuerzas. La comida apetece, pero se sacia antes el estómago que la glotonería. La bebida está tasada, incluso el alcohol no apetece porque mareta y debilita en lugar de enfervorizar. Y dormir sigue siendo un deseo frustrado cada noche. Las escasas noches en las que no asaltan pensamientos impredecibles, imágenes aterradoras, ideas atroces, miedos furtivos, duermo a ratos, cuatro o cinco horas. Luego, cada amanecer es una fiesta, la bendición del sol anunciando que se ha superado otro homenaje a la soledad y al silencio, a la nada. Lo mejor del día son los atardeceres cálidos, sin agobios ni necesitar trincheras para agazaparse de las heridas del sol del verano junto al mar Mediterráneo. Es el gran momento, cuando apetece sentarse a mirar, a observar, a distraer los pensamientos con visiones hermosas y envidiables. Lo último que se pierde no es la esperanza, es la ilusión de que aún, quizá, se puedan recuperar los años perdidos, gastados como se gasta la vida, despilfarrada igual que si quedara todo el tiempo por delante, cuando es el tiempo el que se queda atrás, irrecuperable. La puerta de salida está cada vez más cerca, pero hasta que no se vislumbra no se piensa en su existencia. Nadie llega a comprenderlo hasta que es demasiado

tarde. No recuerdo haber pensado en la finitud hasta que me asaltó el primer rottweiler de la vejez y me mordió en el cuello, anunciándome que el breve desmayo era solo un aviso, que la próxima vez sería algo más que el amago cariñoso de un juego canino. Y al comprender que lo que vendría después ya no serían juegos, sino advertencias y finalmente el ataque letal, fue cuando vislumbré que la vida no iba en serio, pero el desenlace sí lo sería.

Un hombre no es más que un hombre, dice Sándor Márai, un pobre desgraciado, nada más, un ser mortal, haga lo que haga... «Luego envejece tu cuerpo, no todo a la vez, no, primero envejecen tus ojos, o tus piernas o tu estómago o tu corazón. Envejecemos así, por partes. Más tarde, de repente, empieza a envejecer el alma: porque por muy viejo y decrepito que sea ya tu cuerpo, tu alma sigue rebosante de deseos y de recuerdos, busca y se exalta, desea el placer. Cuando se acaba el deseo de placer, ya solo quedan los recuerdos, las vanidades, y entonces sí que envejece uno, fatal y definitivamente. Un día te despiertas y te frotas los ojos, y ya no sabes para qué te has despertado. Lo que el nuevo día te traiga, ya lo conoces de antemano: la primavera, el invierno, los paisajes, el clima, el orden de la vida. Ya no puede ocurrirte nada imprevisto: no te sorprende ni lo inesperado, ni lo inusual, ni siquiera lo horrendo, porque ya conoces todas las posibilidades, ya lo tienes todo visto y calculado, ya no esperas nada, ni lo bueno ni lo malo... y esto precisamente es la vejez. Todavía hay algo vivo en tu corazón, un recuerdo, algún objetivo vital poco definido, te gustaría volver a ver a alguien, te gustaría decir algo, enterarte de algo, y sabes que llegará el día en el que ya no tendrá tanta importancia para ti saber la verdad, ni responder a la verdad, como creíste durante las décadas de espera. Uno acepta el mundo, poco a poco, y muere.»^[6].

Ya se ha aceptado la realidad, repitió Márai. Uno envejece poco a poco, primero envejece su gusto por la vida, por los demás... Todo se vuelve tan real, tan conocido, tan aburridamente repetido. Y sabes que un vaso no es más que un vaso. La vida llega a su fin cuando todos son cromos repetidos. Este lo tengo, este también, este también... *Sile, sile, sile, sile...* No queda ningún *nole*.

Y es que «la vida es una breve visita a una tienda de juguetes que dura desde el nacimiento a la muerte». (Morris).

Camino ahora por el paseo marítimo intentando acordarme de cuándo llegué a entender que lo que me pasaba era lo natural, lo que tarde o temprano iba a suceder. Tenía que suceder. A los setenta años me tomé los achaques como un catarro sin importancia, a los setenta y cinco como una maldición proveniente de la mala suerte, pero superable con un poco de cuidados y un rato en el quirófano, y a partir de entonces como la visión lúcida de la realidad. Fue a los setenta y seis cuando aquel desmayo me anunció que algo extraño quebrantaba mi salud y, aunque me aseguraron que no era nada, que con un poco de descanso lo iba a superar, lo único que comprendí era que el juego estaba a punto de terminar y pronto aparecería el *game over* en el paisaje en el que dormitaban mis retinas cuando los ojos se quedaban mirando a lo lejos, ciegos, en una introspección total. Así es que paseo por el borde del mar y llego hasta Puerto Banús para compartir el capricho de su arquitectura con tanta gente que, indiferente, todavía no ha empezado a vislumbrar que existe una puerta de salida y con quienes les sobra el tiempo para deambular sin hacer nada más que enfundarse en el anochecer, en sus luces tenues y en la invitación de bares y terrazas para completar otro día más, como si les sobraran las fechas del calendario. Se acaba el siglo, el milenio, empezará en unos meses el año 2000 y yo... ¿qué haría en un siglo que ya no es el mío, que no me corresponde, que no será presente sino un recuerdo permanente del pasado? El año 2000 no me interesa, el nuevo siglo es el territorio de los demás, no el mío, un universo lleno de perspectivas que no formarán parte de mí ni las concebiré como propias. Lo que suceda en el siglo próximo será de toda esta gente que ahora pasea al atardecer junto al mar con la inconsciencia de que alguna vez serán lo que yo ahora: la reliquia de un tiempo que llevó al mundo a la época más criminal y cruel de la historia. Tiempo de guerra y de falsa paz. Tiempos en los que me tocó vivir, sin buscarlo.

Asisto a su indiferencia mientras abro el libro que hoy llevo en mis manos. Es de Pierre-Ambroise Choderlos de Laclos, el escritor que acopió fama en la posteridad con *Las amistades peligrosas*, autor también de un ensayo titulado *De las mujeres y su educación*^[7]. En él se habla en el capítulo VII «De la vejez y de la muerte», obra publicada por la editorial mexicana Siglo XXI Editores con traducción de Julio Seoane Pinilla. Lo abro para volver a leer sus palabras, tan certeras, y entonces me pregunto qué somos todos, si hombres

naturales u hombres civiles, en una distinción que me alertó desde la primera vez que leí aquellas páginas. Al final, todos deberíamos pensar si somos personas naturales o civiles, porque de ello dependerá el final cuando atravesemos la última puerta, bien con los ojos abiertos^[8] (Marguerite Yourcenar) y en sosiego o, en cambio, lo haremos arrastrados, pataleando, sufriendo ante la inevitabilidad de cruzarla. Lacios era sabio, sin duda, aunque quizá también un cínico porque no es tan sencillo, ahora lo veo, decidir qué ser, a lo que aspiramos o nos dejan ser, cómo nos definiríamos ante un instante del que desconocemos su naturaleza y significado: natural o civil. Pero tendré que descubrirlo por mí mismo; quizá de ese modo encontraría la forma de confortar mi ánimo cuando toque confortarlo. Leo una vez más el capítulo, sentado en un bar, ante una copa de vino Pingus cosecha de 1984 sin importarme el precio del néctar con que voy a premiar a mi lengua. Porque la gran verdad que he descubierto es que «todos queremos vivir muchos años pero nadie quiere ser viejo». (Swift).

Las vidas empiezan y acaban. La mía se inició en los días que estoy recordando cada vez que me quedo ensimismado, a solas conmigo mismo, aunque esté rodeado de gente. Comenzó cuando al acabar la guerra tuve la ocasión de conocerlo todo. Tenía diecisiete años, a punto de cumplir los dieciocho, y a la vida le dio por revolverse y me convirtió en hombre. Elena despertó mi pasión romántica, Calatrava fomentó mi gusto por saborear la vida sin echar cuentas y mi hermano me mostró el camino de la crueldad sin arrepentimiento. Él aseguraba que ser cruel no era perverso cuando se ejercía en nombre de ideales altos, asegurando que los suyos, los nuestros, los de los vencedores, eran esos ideales sublimes. Y que yo tenía que participar en defenderlos y ensalzarlos a cualquier precio, aunque los cobardes, los vencidos, lo consideraran crueldad, exceso o impiedad. Y en esa convicción inicié mi crecimiento personal, ayudado por un correa y una camisa azul.

Es curiosa la transformación que puede llegar a producir en las personas un disfraz, un uniforme. En realidad, nos disfrazamos todos los días. Nos vestimos de una u otra manera para mimetizarnos con el lugar que hemos de visitar o para armonizar con la gente a la que veremos. Un traje no significa lo

mismo que una chaqueta de *sport*; un pantalón vaquero representa lo contrario de uno de algodón planchado a raya; un jersey de cuello vuelto se diferencia en todo de una corbata; un pantalón pirata y una falda transmiten mensajes distintos, lo mismo que unas playeras y un medio tacón en unos zapatos de piel. Aún más se muestra el poder de la vestimenta cuando se trata de un uniforme, lo que implica que no es un vestuario personal sino colectivo y que tras él hay una legión de otros uniformados que, solo por llevar el mismo traje, la misma ropa, están dispuestos a responder por el uniformado incluso con violencia, aún hasta la muerte. Otros son disfraces que también implican colectividad, da igual que se trate de una cofradía, una asociación, una secta, una banda o una representación. Cada mañana nos vestimos para resultar agradables, para uno mismo y para los demás; cada fin de semana encontramos en el armario lo apropiado para mostrar que se congenia con lo festivo; cada evento tiene su etiqueta, cada noche su desnudez. Cada indumentaria es un reclamo, una llamada. Y una demostración de aquello a lo que aspiramos. Cuando me tocó ponerme una camisa azul, un pantalón negro, unas botas militares, una boina roja y un correa, salir a la calle era para gritar al mundo, en silencio, que yo era una parte del poder, una minúscula parte, pero al fin y al cabo un eslabón más del inmenso poder de los vencedores, un pedazo de totalitarismo, un miembro del nuevo régimen. Y eso, desde el primer momento, permite sentirse más alto, más importante, más adulto, más respetable. A un crío de diecisiete lo convirtió en hombre un uniforme, un correa. Y de inmediato un deseo de tener una pistola para completar el disfraz, aunque fuera de juguete, aunque no supiera dispararla ni pretendiera disparar nunca con ella.

Le pedí a mi hermano una pistola.

Y me la dio.

Debíamos de estar todos locos en aquellos días, porque ni me preguntó para qué la quería ni dudó en darme una cartuchera con el arma, creo recordar que era una Luger 08, de 9 mm *parabellum*, que pesaba mucho, cerca de un kilo me parece. Tenía un cargador de ocho cartuchos y me la dio cargada, sin recordarme siquiera cómo se utilizaba, ni para qué la quería, seguramente convencido de que me acordaba de las prácticas de tiro a las botellas de vidrio o pensando que ya había manejado alguna así durante la guerra en

Madrid. Supondría que quería matar rojos, no sé. Y sí; una pistola convierte a un niño en un hombre. O al menos así lo cree quien la lleva al cinto.

Solo recuerdo que me preguntó, al verme uniformado y armado, si pensaba participar en la revolución.

—¿Qué revolución? —repliqué, sin entenderle.

—La nuestra. ¿Cuál va a ser? La nacional-sindicalista. ¿Eres idiota?

—Ah, sí —respondí, más para que no se enfadara que porque supiera a qué se refería.

—Pues ya lo sabes —concluyó—. Toda revolución empieza por quemar todas las novelas románticas.

Extrañas ideas tenía mi hermano sobre los libros. Él, que nunca había leído ninguno, yo al menos nunca le vi hacerlo, tenía siempre a mano una afirmación que debía de haber constituido parte de su formación militar e ideológica. Para mí los libros han sido siempre la universidad de los desheredados, el almacén de sabiduría de quienes no pudimos formarnos en una escuela superior. Empecé a leer durante los tres años de encierro en casa durante la guerra y ya nunca he podido dejar de sentirme acompañado por algún libro, porque quien lee nunca está solo y con ellos nunca lo estuve. Julio Verne, Robert Louis Stevenson, Emilia Pardo Bazán, Bécquer, Alejandro Dumas, Rosalía de Castro, Pérez Galdós... me acompañaron. Pero a mi hermano, no. Ni leyó ni quería leer, incluso le oí decir cosas como que la literatura es una tontería que corrompe a los hombres de acción (algo así decía también Rousseau), o que no hay más libros necesarios que los de religión. Para Julián la lectura era el modo de envenenar a la gente sencilla y honesta, inocente, al igual que el cinematógrafo era el modo de extender por el mundo la perversión y la inmoralidad con sus películas; o el teatro, la más ridícula de las expresiones burguesas y la más maligna e indecente, insistiendo en que estaba seguro de que cualquier madre preferiría ver muerta a su hija antes que contemplarla subida a un escenario. El espectáculo, cualquiera de ellos, era antipatriótico, subversivo, impúdico, obsceno y corrompido. Mi hermano repetía frases como un papagayo con la lección aprendida, era un vocero de la cultura que afirmaba aquello de «muerte a la inteligencia» y no dudaba en asegurar que hasta que no fusilaran a todos los intelectuales, fueran filósofos, escritores, profesores o artistas, no se lograría edificar el único Estado

nacional salvador de la patria, de la religión católica y de los sagrados ideales del imperio.

No sé hasta qué punto la radicalidad de mi hermano fue la causante de que se reforzara mi devoción por la lectura, mi afición al teatro y mi gusto por el cine, ahora ya no lo recuerdo ni estoy seguro de que fuera así, pero sabido es que basta la prohibición de algo para acrecentar el fervor por lo prohibido, de igual modo que no hay mejor modo de aumentar el prestigio de un escritor que perseguirlo.

Madrid, junio de 1939

«La piedad, sentimiento anterior a la reflexión, es más fuerte en el salvaje que en el hombre civilizado». Así lo sentenció Rousseau.

Pasados los días de eventos de exaltación patriótica y de viajes, busqué a Elena. Durante dos días deambulé por los alrededores de su casa esperando verla llegar, a última hora de la mañana y al atardecer, pero no conseguí coincidir con ella. Solo al cabo de tres días, yendo en la anochecida a cumplir un recado de mi madre al mercado de Torrijos, la encontré en el puesto de la tahona, atendiendo al público. Por su mirada supe que se alegraba de verme; por la mía, seguro que comprendió que lo mío era un deseo finalmente satisfecho.

—Hola.

—Hola.

—¿A qué hora terminas?

—Acabo de llegar. No saldré hasta el amanecer.

—¿Tan tarde?

—Hacemos pan...

—Ah, claro.

Elena trabajaba todos los días de siete de la tarde a siete de la mañana, domingos incluidos, y luego dormía hasta la hora de comer. Por la tarde arreglaba la casa, se preparaba un bocadillo para cenar a medianoche y volvía a la tahona. En mi caso, iba a la oficina de mi hermano de nueve a dos y de cuatro a siete de la tarde, por lo que coincidir con Elena resultaba imposible. Comprendí que solo los domingos podría verla, desde después de comer hasta antes de las siete, al atardecer.

—¿Podríamos quedar el domingo para vernos?

—Sí.

—Te tengo que contar.

—Y yo a ti. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

—De viaje. ¡He ido a Burgos! ¿Te imaginas?

—Seguro que es muy bonito.

—Sí. ¿Y tú?

—Yo, ¿qué?

—Que en dónde has estado.

—Aquí. Al final me dio trabajo el señor Mateo. Era amigo de mi padre y sabe por lo que hemos pasado.

—¿Se porta bien contigo?

—Sí. Pero otro día hablamos. Ahora ya tengo que entrar. Hay que preparar la masa y...

—¿El domingo a las cuatro?

—Bueno.

—¿Paso a buscarte por tu portal?

—Como quieras.

—Hasta el domingo.

—Hasta el domingo.

Me di la vuelta para irme, pero no había terminado de dar el segundo paso cuando me volví para mirarla. Me costó trabajo, pero le dije lo que nunca creí que me atrevería a decirle.

—¿Sabes una cosa? He pensado mucho en ti estos días.

—Yo creía que te habías olvidado.

—¿Cómo puedes decir esas cosas?

Se ruborizó y miró al suelo un instante antes de responder:

—Los señoritos..., ya se sabe.

—Pero yo...

No supe acabar la frase. Iba a decirle que yo la quería, pero por algún motivo se me cerró la garganta y deduje que aquella frase podía asustarla y que huyera como un pajarillo al abrir la mano. No dije más y salí del mercado de Torrijos a toda prisa. La cobardía es la prudencia de los enamorados, aunque a veces también su perdición.

Francisco. 68 años. Quiosquero y con carné de la UGT. Y en ese momento preso en la cárcel provincial de Torrijos. Tenía que ir a verlo, saber de él, comprobar que estaba bien y que la humedad, el frío, la ración raquíca del rancho y el maltrato no estaban debilitándolo hasta acercarlo a un final fatal. Mi madre me había preguntado en repetidas ocasiones si sabía algo de él, pero a mi hermano no: es extraño observar a una madre atemorizada ante su hijo, aterrada por sus reacciones, sus respuestas inapropiadas, sus inadmisibles gestos, su desprecio, su desdén, su altanería e insensibilidad hacia su propia madre. Pero era así. Durante las comidas en familia y las escasas cenas que compartíamos, porque la mayor parte de las noches los hermanos salíamos y las pocas que nos quedábamos encasa mi madre alegaba cualquier pretexto para acostarse pronto, no cenar con nosotros y limitarse a dejar la mesa y la sopera preparada en el comedor. Luego se ausentaba, aduciendo en ocasiones un fuerte dolor de cabeza, en otras un principio de resfriado y alguna vez dolores de estómago o vientre que no le permitían cenar y prefería acostarse pronto.

—Yo creo que madre no está bien —comentó una noche mi hermano.

—¿Por qué lo dices?

—Casi siempre está enferma.

—Lo hemos pasado muy mal, Julián.

—Como todos. Pero lo de madre me preocupa.

—En Madrid han sido tres años horribles. Apenas teníamos para comer.

—¿Y qué crees? ¿Que el frente era una fiesta?

—Tú y yo somos jóvenes. Ella ya es mayor.

—Y débil. Y ahora está acobardada. ¿Sabes lo que creo? Que está liada con ese viejo que os traía huevos y carbón, ese tal Francisco, y teme que lo descubran los vecinos. Y, si es verdad, como creo, significa la mayor indignidad porque ha perdido todo el respeto por nuestro padre.

—No, Julián. Te equivocas.

—No. No me equivoco. Por eso voy a ordenar fusilar a ese hijo de puta. Ya verás que pronto se le pasa la tontería a nuestra madre...

—Te equivocas, hermano. Te equivocas.

—¿Y tú qué sabrás? Y te digo más: como oiga toser a nuestra madre una sola vez, solo una vez más, la interno en un hospital para tuberculosos hasta

que se cure. Hay un montón en Navacerrada y por ahí.

—Te equivocas, Julián —insistí por tercera vez.

—Déjame en paz.

Julián tiró la servilleta sobre la mesa, sin acabar el plato y se levantó a servirse una copa de anís del Mono, del aparador. Y, desplomándose en el sofá, repitió:

—Mañana ordenaré dar matarile a ese viejo. Mañana mismo.

Era más que una advertencia: era una amenaza. Y conociéndolo, una proposición cierta de mi hermano, para el que la muerte era como una venganza que alimentaba su cuerpo y saciaba su espíritu, un deseo que él investía de deber, la manera de cumplir, a su manera, el servicio al que se había consagrado como demostración de amor a la patria, a Dios, a España y al caudillo. Comprendí de inmediato que lo había dicho como información, no como un pronto que se le pasaría durmiendo durante la noche. No sé qué pensaría de verdad, aunque lo más probable es que estuviera persuadido de que era el amante de mi madre y, por tanto, una traición a su marido fallecido, nuestro padre. Una infidelidad imperdonable. Por eso decidí que debía aclarar las cosas. De no hacerlo, me terminaría sintiendo cómplice de la muerte de un hombre que solo nos había demostrado bondad y cuya catadura moral me pareció siempre irreprochable.

—Mira, Julián. Déjame que te diga una cosa. —Me acerqué a él y tomé asiento en un sillón a su lado—. Madre y Francisco nunca han tenido nada entre ellos. Nunca. Te estás equivocando si lo piensas así. Era nuestra abuela, Rosario, quien estuvo siempre enamorada de él, y Francisco de ella. Solo entre ellos...

—¿Qué dices, insensato?

—Así es. La abuela y él nunca se rozaron ni una mano, ni un pelo, ni lo dijeron jamás. Fue un amor secreto... Aunque tan evidente... Imposible que no se descubriera si se les observaba un instante. Nunca hubo nada entre ellos que los delatara, pero con la mirada se lo decían todo; contemplarlos era como ver deshacerse el hielo. Una sonrisa inapreciable era más cálida que cualquier abrazo. Él jamás se casó, y ella estuvo prendada de él antes de casarse, durante el matrimonio y después de enviudar del abuelo. Lo ha amado con una intensidad indescriptible hasta que ha muerto. Y lo cierto es que se ha

muerto de pena cuando supo que andaba preso, cuando encarcelaron al amor de su vida.

—Tú eres gilipollas.

—Puedes creerlo o no, como quieras.

—O sea, que yo maté a la abuela. —Meneó la cabeza Julián, indignado—. ¡Vete a la mierda!

—Tómalo como quieras —bajé la voz—. Yo no estoy diciendo que la mataras tú, por supuesto. Si no lo hubieras hecho tú, lo habría detenido cualquier otro. Pero que la abuela Rosario se murió de pena al saberlo, de eso puedes estar seguro. Yo la conocía demasiado bien y sé lo que le pasó. Lo sé muy bien.

—No es verdad...

—Hazme caso —insistí, con toda la suavidad de que fui capaz porque también temía la reacción de mi hermano si pensaba que estaba acusándolo a él—. Yo me di cuenta enseguida. Durante los últimos días, cuando la miraba, yo...

Julián se levantó y dio un puñetazo en la mesa. Mis palabras lo habían herido de verdad.

—Oye, imbécil. Óyeme y óyeme bien. ¡Nunca más! ¿Lo entiendes? ¡Nunca más se te ocurra volver a decirme lo que me has dicho! ¡Te mataré sin importarme un carajo! ¿Lo oyes bien? Yo habré matado muchos rojos, y firmo ejecuciones todos los días, pero a la abuela no le he tocado ni un pelo, ¿lo oyes? Y si le dio pena que encarceláramos a ese viejo, ese era un asunto suyo, no mío. ¡Yo solo cumplí con mi deber! ¡Solo eso! Así es que nunca, nunca más me repitas lo que has dicho, porque te apiolo, ¿has oído?

—Claro, Julián. Yo solo quería...

—Y con madre, díselo tú, que te hará más caso: o se cura, o la interno. ¡Que estoy hasta los huevos de todos vosotros!

Julián estrelló la copa contra el suelo y, dando un portazo, se marchó de casa. Seguro que pasó la noche emborrachándose, o quién sabe, quizá practicando el tiro al blanco con cualquier incauto que, tan borracho como él, osara mirarle de mala manera.

Francisco seguía preso. Y Julián no cumplió la amenaza de ponerle en el listado de ejecuciones para la semana siguiente porque es más que probable que pensara que debía a nuestra abuela el indulto de aquel hombre; o tal vez recapacitó y valoró las ayudas que nos había prestado en los peores momentos. A saber. Con Julián era imposible saber lo que se le pasaba por la cabeza y mucho más lo que se proponía hacer.

Incluso cuando, pasados los días, le dije:

—Quiero verlo.

—¿A quién quieres ver tú?

Ni siquiera levantó los ojos de la cuartilla en la que estaba escribiendo.

—A Francisco. Quiero verlo.

—¿Quién es Francisco?

No sé si me tomaba el pelo o no. Quizá estuviera concentrado en su escrito y, en efecto, no supiera de quién le hablaba. Hasta Calatrava, que estaba en nuestra oficina sentado en una silla, al fondo, con los pies subidos a la esquina de mi mesa, sonrió divertido, con malicia y buena gana.

—Seguro que lo sabes si te lo pinto —volvió a sonreír risueño, como hacía cuando preparaba alguna de sus bromas, o de sus travesuras—. ¿Te lo describo?

—No sé qué quieres decir. —Julián siguió redactando su escrito, o lo que fuese que plasmara en la cuartilla, y lo más probable es que ni oyera lo que había dicho su amigo.

—Pues mira —se reclinó Calatrava en la silla aún más y miró a las alturas, como si fuera a perfilar su gran obra en la bóveda de un altar mayor, o en el proscenio de un escenario—. Tiene la color oscura, tiene la su voz velada, la su cabeza es pequeña y algo braquicefalada. Tiene rubios los cabellos, tiene la barba afeitada, breve el naso, noble el belfo, la su frente despejada, y una mirada tan dulce, tan triste, tan apenada, que hay que preguntarle al velle: ¿qué tienes en la mirada?

—Pero ¿qué coño dices? —Mi hermano, incrédulo, levantó los ojos del papel y le clavó una mirada más propia de un sanguinario sargento chusquero que de la ingenua soldadesca cuando alguna novedad causa asombro.

Calatrava sonrió burlón y a mí se me escapó una carcajada que irritó todavía más a Julián, que compartió la misma mirada asesina conmigo.

—Pero ¿no ves que está recitando *La venganza de don Mendo*? —traté de excusarlo sin dejar de reír—. Es una obra de teatro de Muñoz Seca, uno de los nuestros...

—¡Largo de aquí! —vociferó—. ¡Los dos! Aquí se viene a trabajar, no a hacer payasadas.

—Vamos, hombre, no te enciendas tanto —lo amansó Calatrava, sin inmutarse ni moverse de su silla—. Tómate un descanso, que el chaval te está pidiendo permiso para visitar a su amigo.

—¿Qué amigo?

—Pues al viejo Francisco, ¿a quién va a ser?

—Ese rojo no es amigo de mi hermano, Calatrava, a ver si nos ponemos cada uno en nuestro sitio.

—Pero me gustaría verlo, Julián —reiteré yo—. Sabes de sobra que nos ha ayudado mucho durante la guerra. Es una buena persona, te lo aseguro.

—¡Haz lo que quieras! —Mi hermano no se interesó en absoluto por el asunto y volvió a su escrito. Estaba claro que estaba redactando algo importante.

—Pero necesito que me des una autorización por escrito. Si no...

—Bien, luego la hago. Pero ahora dejadme solo. Tengo cosas que hacer. ¡Largo de aquí!

Calatrava y yo nos fuimos a tomar un café. Pero antes de salir me volví a mirarlo desde el umbral de la puerta y, por primera vez, vi a mi hermano como alguien importante, ocupado, responsable, serio... Era un hombre joven pero ya parecía un dirigente con responsabilidades de gobierno. Un hombre joven y, aunque de corta estatura, con buena planta y manos huesudas en las que se traslucían venas poderosas; los dientes grandes y muy blancos, algo separados; el rostro tostado, curtido al sol; las mejillas como vieiras de unas mandíbulas afiladas, notables, de robustez facial; los ojos azulados, unos ojos que cuando se irritaba se volvían de zafiro o aguamarina hasta humedecerse, como si dentro de su cuerpo esbelto anidara un puñado de granadas de mano a punto de perder la argolla de seguridad y explotar. Ojos de un azul frío, cortante, de cianitas azules, de apatitas... Una furia que se intensificaba hasta

oscurecer las córneas y agrandar las pupilas, vestidas de un negro azulado como si fueran rayos de Zeus. En la comisura de sus labios se escondía un gesto silencioso y agresivo que advertía que quien le buscara le iba a encontrar, o, como escribía Melville, un mohín abrupto muy parecido a lo que los marineros llaman *tempestad seca*, durante la que no hay lluvia ni relámpagos pero los imprevisibles vientos, los intangibles, hacen que el buque naufrague. Un hombre, en fin, que desde donde lo observaba parecía alguien a quien respetar. Y es posible que en aquel momento se ganara un punto de respeto por mi parte.

—¡Ah! Otra cosa... —Julián levantó la cabeza y me señaló con un dedo, como si me condenara—. Podrás visitar a ese rojo, pero no sueñes con el perdón. Aquí ni se perdona ni se olvida, entérate bien.

—Como tú digas.

Fue cierto que el nuevo régimen vencedor de la Guerra Civil no tuvo intención de buscar el menor atisbo de reconciliación con los vencidos, con quienes perdieron la contienda y, tras rendirse, fueron encarcelados y presos, muchos de ellos posteriormente ejecutados. No solo estaban convencidos de que tenían razón, sino de que su victoria era justa porque era el deseo de Dios y de la gente de orden, la única merecedora de respeto. Alguien oyó decir a Franco que «si hubiera alguna clase de reconciliación sería siempre bajo el supuesto de que, abandonando resentimientos, pudieran participar todos los españoles en las consecuencias de esa misma victoria». El Estado surgido de la contienda era una dictadura, como ya lo era la portuguesa, pero de una intensidad mayor, más profunda, y su contrarrevolución era social, política, económica y cultural, sin resquicios, sin nadie que osara situarse en la oposición política. De hecho, el propio general lo expresó sin titubeos en una entrevista el 1 de enero de 1939, en el *Diario Vasco*, a un periodista de nombre Manuel Aznar, diciendo que la guerra había creado «un número excesivamente alto de delitos, que han de ser purgados a fin de que quienes los cometieron puedan reintegrarse en la sociedad. Pero amnistía, no: “los criminales empedernidos” no deben volver. El arrepentimiento es la condición imprescindible». Franco pensaba que sería un suicidio reconciliarse con los

vencidos. Incluso se prohibió la difusión de una pastoral del cardenal primado de España, Isidro Gomá, que se publicó en el Boletín de la Archidiócesis de Toledo el 8 de agosto, porque daba a entender que sería bueno el perdón a los derrotados. Esa sugerencia irritó al dictador porque sus principios se fundamentaban en un espíritu de triunfalismo combativo. Y esos principios se extendieron por todas las capas de su poder, por autoridades y fuerzas policiales y militares, por los nuevos funcionarios llegados a la capital de todos los rincones de España y por cuantos se alinearon con el nuevo Estado. También se aferró a ellos Julián, mi hermano, y por lo mismo me advirtió de que no contara con ninguna clase de perdón hacia mi amigo Francisco.

Tan lejos llegó la rabia del nuevo régimen que durante unos meses Franco tomó en consideración trasladar la capital del país a Sevilla, porque Madrid había sido impermeable durante tres años de resistencia republicana y no merecía el honor de ser la capital española. La ciudad rebelde, la ciudad invencible e insobornable durante tres años, no merecía ser la capital de España; y Franco, su cuñado Serrano Súñer y un general de nombre Queipo de Llano fueron hasta la ciudad del Guadalquivir para estudiar las posibilidades que ofrecía la población hispalense. Pero algo, no sé qué, les hizo concluir que no convenía el traslado.

Los encuentros con Elena se convirtieron poco a poco en más frecuentes. No solo quedábamos los domingos, el único día que ambos teníamos unas horas libres para vernos, sino que con el buen tiempo y la escasez de trabajo en la oficina de mi hermano a la menor ocasión pedía la tarde libre y me iba a verla, dábamos una vuelta por el Retiro y tomábamos algo en alguna de las cafeterías y terrazas que iban abriendo sus puertas. Y hablábamos, hablábamos mucho. Yo era quien le contaba los acontecimientos que oía narrar a mi hermano y a Calatrava, los proyectos que se iban a realizar, según los rumores que se empezaban a extender, las intenciones hacia los encarcelados y las novedades previstas para devolver a Madrid la integridad perdida a base de bombardeos durante los últimos años. La calle de Alcalá, la Gran Vía, todo el viejo barrio de Argüelles, el mismo parque del Retiro, las huertas y solares abiertos en los alrededores de la Ciudad Universitaria, la glorieta de Bilbao...

Ese Madrid herido con bombas descontroladas destinadas a dañar, solo dañar y amedrentar, destrozar vías y edificios, atemorizar a los vecinos, dar la sensación de que la guerra se ganaría de un momento a otro, cualquier día, el siguiente, o el otro, o el otro... Dar sensaciones, que era como dar sustos, como amenazar con petardos de feria a una población que compartía los temores y la esperanza como se comparte el lecho en las noches frías del invierno cuando no hay carbón para caldear la casa ni vela para desgastar durante demasiadas horas. Una población que lo compartía todo, el miedo y la fe en una entelequia, la de ganar sin buenas cartas, mejor dicho sin ninguna, sin baraja. Y mientras yo le hablaba de lo que había llegado a mis oídos, ella no parecía escuchar, más bien pensaba en otras cosas, y cuando yo terminaba y permanecía en silencio me hacía preguntas, alguna indescifrable.

—¿Cuántos años tienes, Vicente?

—Ya te lo dije. Cumpliré dieciocho este septiembre. ¿Y tú?

—Diecinueve. Soy mayor que tú.

—A mí eso me da igual.

—¿Igual, para qué?

—Para estar contigo.

—¿Y qué es lo que buscas en mí?

—No lo sé.

—¿Es que te gusto?

—Sí.

—Gracias.

No entendía qué era lo que me agradecía. El valor era suyo, por lo que era, por cómo era. Yo era quien debía agradecerle que quisiera estar conmigo, que se sintiera bien a mi lado. ¿Cómo no me iba a gustar una mujer tan discreta, inteligente, valiente y con tanta entereza? Desde que mataron a su padre no volvió a hablarme de ello, ni de él siquiera. Era como si no hubiera habido culpables de su muerte, o como si yo no formara parte del batallón de los culpables, de quienes fabricaban víctimas como se manufacturaban sombreros o guantes, sin piedad, despreocupada y rutinariamente, sin un ápice de sensibilidad. Pero ella jamás me incluyó entre los vencedores ni los carceleros, o al menos se guardó de decirlo. Después supe que nunca me imaginó en el pelotón de fusilamiento que robó la vida un amanecer a su padre

en las tapias del cementerio de la Almudena sino que, desde el principio, me consideró un crío sin maldad, un inocente. Puede que por ello me aceptara, se prendiera a mí sin rencores ni pedir cuentas; tal vez tampoco tuviera tanta gente en la que confiar, o ninguna, y para ella llegara a ser el brazo amigo al que aferrarse cuando el frío estruja el corazón o las lágrimas se secan antes de desbordarse. Elena no solo me gustaba. Si puede hablarse de amor, estoy seguro de que yo estaba enamorado de ella. Y ahora sé que, poco a poco, como crece un hijo, ella llegó a quererme y terminó también enamorada de mí. Una preciosa historia de amor que surgió de un imposible, un vencedor y un vencido, pero que se hizo de hierro porque cada uno comprendió que pocas veces somos culpables de nuestros pecados, solo de nuestros delitos, y yo no había tenido edad para cometer ninguno.

Marbella, en la mitad del verano de 1999

Llevo en Marbella una semana y me siento bien aquí, descanso cada vez más y duermo mejor, por lo que los días son más placenteros y solo al anochecer comienza esa sensación de incertidumbre que no me abandona. Por eso prefiero seguir despierto y sentir la vida de las calles hasta la medianoche. Será porque me levanto tarde, allá las diez de la mañana, y entre el aseo diario, vestirme y bajar a desayunar al buffet del hotel se anuncian las once. Luego hago mi recorrido por el paseo marítimo durante una hora, más o menos, depende del día, y a la una me siento en una de sus terrazas a tomar un vermut, o un combinado de ginebra y tónica en vaso corto, o incluso un dedo de *whisky* si me apetece algo más fuerte. Después vuelvo al hotel alrededor de las dos de la tarde para comer y elijo entre echarme un rato la siesta en mi habitación o bajar a la playa, tomar asiento en una tumbona bajo una sombrilla y observar el mundo silencioso y feliz de esa sobremesa playera entre mujeres de una hermosura deslumbrante y cuerpos jóvenes de hombres que también seestean a esa hora sin ruidos, en la que el mundo entero parece tomarse un respiro y dejar correr el tiempo porque fuera no hay nada que requiera de urgencias ni distracciones. Leo un rato, igual que durante la mañana y por la noche antes de intentar dormir, y la lectura me entretiene y me hace pensar en muchas cosas, en cosas que creía olvidadas o que nunca se me ocurrieron. Leer es mucho más que un entretenimiento, qué lástima no haber dedicado más tiempo a la lectura años atrás: ahora sería un poco más sabio o, al menos, tendría menos miedo a casi todo, como lo tengo ahora. Levanto los ojos del libro y compruebo que la joven semidesnuda que me deslumbra está ahí como todas las tardes, impasible, para explicar mejor que el universo tuvo un propósito al iniciar su expansión. Cuando va a bañarse y regresa del mar con

esa parsimonia de gacela confiada, indiferente a lo que ignora que provoca, o sabiéndolo tan bien que disfruta haciéndolo, daña mirarla, pero dolería más no hacerlo.

Hoy, al regresar a su hamaca, me ha sonreído. Estoy seguro. Ha sido a mí. No lo comprendo, y tan sorprendido me ha dejado que cuando he llevado mi mano al sombrero de paja para devolver el saludo ya no miraba, había completado su acción de tenderse al sol. ¿Con quién me habrá confundido?

Decido olvidarlo y abrir de nuevo el libro. Leo otra vez a P. Roth: «¿Debería un hombre de setenta años involucrarse en el aspecto carnal de la comedia humana? ¿Ser un hombre mayor que rechaza sin disculparse la vida monástica, todavía susceptible de excitarse humanamente? No es esa la condición simbolizada en otro tiempo por la pipa y la mecedora. Pero ¿qué puedo hacer ante el hecho de que, por lo que puedo decir, no hay nada, absolutamente nada que se apacigüe, por muy viejo que sea uno?». Con ello, de repente recuerdo la belleza juvenil de Elena Robles en el momento en que empecé a conocerla y comencé a estrechar con ella los nudos de una atadura que ya no se desharían nunca. Entonces empiezo a pensar en la naturaleza del amor y las palabras que un día del verano de 1939 me dijo, algo que hoy no repetiría ninguna mujer pero que en aquellos tiempos me parecieron indiscutibles. No recuerdo con exactitud cómo lo explicó, pero sí escribó algo similar Chirbes, en *París-Austerlitz*^[9], y lo anoto para compartir mi admiración por ese escritor que esculpe las emociones con precisión de orfebre y describe situaciones con la pulcritud de las esculturas en mármol de la Capilla Sansevero de Nápoles, de los cuadros de El Bosco o de algún pintor renacentista como Tiziano o Giotto; o porque simplemente me sorprendió y soy mucho de guardar pensamientos con los que algún día —ya no— me identifiqué o compartí. «Una mujer necesita tener a alguien para quien arreglarse, ir a la peluquería, maquillarse, perfumarse. La compañía del hombre la vuelve femenina [...]. En Francia es así. Y cuando el hombre la acaricia, la folla, la está llevando a la plenitud, porque ella confirma que lo ha seducido». Rafael Chirbes ponía esas palabras en boca de uno de sus personajes al igual que hoy las recuerdo, más o menos, en labios de Elena, pero ella pensaba así en 1939 y eran tiempos en los que podían encajar cosas que hoy serían inadmisibles. Hoy la mayoría de las mujeres no necesitan ser

así; todo lo contrario: se siente mujer porque es libre, independiente, dueña de sí y de sus decisiones. Y la que no lo es, debería serlo. Una cosa es ser mujer y otra manifestar a su antojo el amor que pueda sentir hacia su pareja, lo que no menoscaba su condición, su poder largamente negado. Su feminidad. Su condición humana. Porque el amor (sea el sentido por mujeres u hombres) es algo muy diferente, va mucho más allá. No es solo que el amor sea la más fuerte de las pasiones (Voltaire decía que ataca al mismo tiempo a la cabeza, el cuerpo y el corazón), o la capacidad de reír juntos; también es como la tos o el enrojecimiento de la nariz, que nunca pueden ocultarse; o «el arquitecto del Universo». (Hesiodo). El amor es la necesidad de salir de uno mismo, decía Baudelaire, y hoy no tendría nada que ver con los maquillajes, la perfumería, el planchado o la cocina. Pero en 1939 Elena había sido educada para ser libre y, además, para el matrimonio, e incluía lo que ella decía (que se sentiría feliz junto a un hombre, cuidándolo, disfrutándolo y dejándose disfrutar por él) y lo que después describió Chirbes en su relato. Por eso, en comunión con su tiempo, me habló de ese modo alguna vez, cuando ya estábamos juntos.

A los setenta y siete años hay mucha gente que todavía quiere vivir un poco más. Si te llaman anciano te irritas, si te dicen que estás muy joven te irritas, si te alaban la buena apariencia que tienes, te irritas. La irritación es la enseña de mi edad. No sé por qué, pero es así. O sí: porque uno siente el cuerpo viejo, por dentro y por fuera, y lo percibe como una burla, un insulto o una mentira innecesaria. Uno sabe cómo es a los setenta y siete años y si además tiene añadida una condena que tiene que pagar, sin conocer el desenlace del presidio, es preferible que no le digan nada, que lo dejen en paz. A los setenta y siete años yo solo quiero que me dejen en paz. Que me dejen mirar al pasado con serenidad, como si el futuro no existiera o no me perteneciera porque lo cierto es que, si hay algo inescrutable, es el futuro. Un año más; basta vivir un año más, un mes más, una semana más. Un día más. Contándolos según pasan, acostándose pensando que lo vivido es un día más, y un día menos. Y conformarse. En definitiva, la vida está tasada, aunque se desconozca el importe. Comprenderlo es el modo de no arrastrarla por el fango de la tristeza o de la melancolía.

Lo vivido fue hermoso. Lo que vivo ahora está muy bien. ¿De qué he de quejarme si mis días consisten en estar frente al mar, hospedado en un hotel de lujo, comiendo y bebiendo sin medida lo que me apetece en cada momento, careciendo de cualquier dolor físico y contemplando crecer la plenitud de los demás a mi alrededor? Y a unos meses de un fin de siglo que también es el fin de «mi siglo» de mi propio fin. Si no supiera valorarlo, no me lo merecería.

Aunque a veces tenga miedo.

La soledad es la gran enfermedad de los setenta y siete años. Desde que murió Elena, no he vuelto a buscar ni a tropezarme con ningún resquicio en el que cobijarme durante la noche, que es cuando me asalta el miedo a no ver llegar el amanecer. Solo mirar al cielo y contar estrellas, galaxias, planetas y constelaciones me alivia, encontrarlas me conforta y distrae. La Osa Mayor, El Carro, Andrómeda, Pegaso, Casiopea, Virgo, Osa Menor, Piscis, Venus... Pero ¿por qué ese miedo? ¿Por qué durante el día no siento ningún temor? ¿Qué tiene la noche para abrazarme con esa fuerza que impide respirar? Son tantas las noches desnudas, solitarias y amenazadoras... De hacerlo, quisiera vivir en un día eterno, sin anocheceres ni despertares, siempre al sol, a la luz, a la orilla del mar Mediterráneo, mecido por la serenidad. Y qué placer contemplar el momento exacto en el que la noche y el día se separan..., el momento en el que los temores despiertan de sus pesadillas, resurge la paz y los enfermos se alivian porque la oscuridad huye y al sol todo es más soportable.

Vivir sin miedo. Es la receta que le pedí al médico y ante lo que se encogió de hombros. Porque era un hombre joven: me entenderá cuando cumpla los setenta y siete años. Supongo que tiene que ser así. Lo comprendo. Ningún joven tiene por qué perder un instante pensando en un futuro tan lejano.

Me voy a cenar y a cerrar otra vez el día. Ojalá dormir sea la medicina que me suministre esta noche el destino. Ojalá. Antes leeré un rato, por si otras vidas nublan la mía y me acunan en sus brazos.

Necesito superar otra noche. Necesito volver a contemplar que la noche y el día se separan y me permiten continuar la vida plena que en estos últimos días deseo vivir, más que nadie, más que nada.

SEGUNDA PARTE

Son los libros unas copias de las almas de sus autores, vivísimas representaciones de sus vicios, virtudes, capacidades y sentencias.

DIEGO DE TORRES VILLAROEEL
(1694-1770).

Madrid, 2 de mayo de 1939

Era día de fiesta. El Dos de Mayo se conmemoraba el inicio de la guerra de la Independencia contra los franceses en 1808 y el nuevo régimen la convirtió en fiesta nacional a falta de fechas que ensalzaran y recordaran gestas y efemérides de las tropas victoriosas en la recién acabada Guerra Civil. Lo recuerdo bien porque aquella tarde de mayo fue cuando Elena y yo nos besamos por primera vez.

Me había levantado temprano, apenas rayando el alba, y me apeteció salir a dar un paseo por las calles desiertas de la ciudad. De hecho, en la mía no se veía a nadie, el mercado estaba cerrado y no encontré a mi paso ningún vehículo que rasgara el persistente silencio del amanecer. Caminé despacio y aun así podía oír mis pasos, resonando con una reverberación sorda y escandalosa a la vez, inoportuna en aquella hora en la que puede que los vecinos todavía siguieran durmiendo. Las acacias habían verdeado sus hojas nuevas y se alimentaban de un sarpullido de gotas de rocío que a su vez desprendían un aroma extraño, desconocido para mí. Me encantó ese Madrid de la alborada en un día que se anunciaba soleado y cálido, predispuesto para acompañar la festividad que se conmemoraba e ideal para una tarde con

Elena, con la que había quedado porque el señor Mateo le había dado el día libre. Ahora ella también estaría durmiendo, recién acostada, o puede que todavía permaneciera despierta preparándose para descansar tras la noche pasada en la tahona, cociendo el pan que se pondría a la venta un poco más tarde, en cuanto abriera el chiscón de la panadería del barrio. Nosotros habíamos quedado en vernos a las cinco de la tarde para ir a dar un paseo o dirigirnos al baile, lo que ella quisiera. Lo que prefiriera. Me gustaba que Elena decidiera nuestros planes.

Por eso fuimos al baile de Ventas, frente a la plaza de toros. Le apetecía bailar, dijo, y pensando que así sería paseé al amanecer con la excitación del encuentro, muy ilusionado por verla por la tarde y el pecho abierto, respirando todos los olores de una mañana hermosamente soleada y reconociendo el tañido de algunas campanas que empezaban a llamar a la misa de ocho.

En el baile, la orquestina empezó su actuación alrededor de las cinco de la tarde y Elena y yo llegamos poco después, mientras el cantante se rompía la garganta con una balada modulada en tono bajo, muy grave, intentando darle emoción a una canción de amor que no recuerdo cuál era. Pero era una balada arrulladora, lenta, envolvente, sugerente y tan melodiosa que permanecemos en la entrada del recinto como hipnotizados por el embrujo de su armonía y seducción. Y nada más acabada la tonada sentí que ella me tomaba de la mano y entrelazaba sus dedos entre los míos, como si fuéramos novios. Nunca podré olvidarlo. Luego nos sentamos a una mesa de madera en dos sillas de tijera, pedimos una gaseosa cada uno y me dijo que quería invitarme porque me agradecía..., no recuerdo qué era lo que me agradecía, supongo que el cambio de moneda, o la compañía que le hacía, o que le ofreciera de modo tan honesto mi amistad, quizá sin saber que era algo más que afecto porque para mí ya era verdadero amor, un amor indescriptible, desconocido, nuevo y tan completo que me abarcaba todo. La primera vez en la vida que sentía algo así.

No recuerdo cómo acabó la frase ni el motivo de su agradecimiento, pero el caso es que se empeñó en pagar ella las gaseosas y al fin no me opuse, tras intentar convencerla de que no hacía falta, que la convidaba yo. Bailamos, bebimos, hablamos y nos reímos de algunas cosas, supongo que de bobadas circunstanciales sin malicia. Hasta que, anochecida ya la velada, con la escasa iluminación del merendero y a la minúscula luz de las cadenas de bombillas

rojas y amarillas entrelazando los árboles del jardín, le pasé el brazo por el hombro, le dije que era la chica más guapa que había visto en mi vida y la besé en la mejilla. Elena sonrió, entrecerró los párpados, giró un poco la cabeza, me miró con la ternura dibujada en sus ojos y me besó despacio en los labios. Nunca olvidaré aquel beso. Ni la emoción que se me agarró al pecho, haciéndome volar, levitando, liviano y etéreo, como si me hubieran desalojado de encima un peso de mil toneladas. No sé si es posible respirar mejor, ni más profundamente. Tampoco si se puede ser más feliz. Un beso de la mujer que idolatras es brisa y lluvia de julio, caricia y liberación, felicidad y alimento, el agua del sediento y el abrazo que recibe el desconsolado: la llegada al final de los días deseados, tan solo imaginables.

Aunque, como no hay heroicidad sin sacrificio, ni ensoñación sin despertar luego a la realidad, de aquel estado de éxtasis me sacó con una colleja dolorosa mi hermano Julián que, sin yo saberlo, andaba por allí con Calatrava. No les había visto entrar ni les descubrí en el mostrador ni en ninguna mesa, ni siquiera en la pista de baile; pero él a mí sí, nos había visto, y no dudó en venir por detrás y arrearne un coscorrón con la palma de la mano abierta que me escoció un buen rato y me vistió de rojo el cogote.

—¿Qué quieres? ¿Que te detenga, pervertido?

—Pero ¿por qué...?

—¡Esto es un escándalo! ¡Un escándalo público! —gritó, igual que si me hubiera descubierto desnudo en medio de la Puerta del Sol un Jueves Santo—. ¿Se puede saber qué hacéis sobándoos en público, delante de todo el mundo? ¡Qué inmoralidad! ¿Podemos consentirlo, Calatrava?

—Pero si nosotros...

—No sé, no sé. —Calatrava fingió gravedad en su respuesta.

—A ver, ¿quién es esta fresca?

—Es Elena. La conoces de sobra.

—Ah, ya. Esa novieta que te ha vuelto tarumba.

—¡Julián! ¡No te consiento...!

—No me consientes, ¿qué? —Volvió a sacudirme otro manotazo en la nuca—. Y puedes dar las gracias por ser mi hermano, pero como vuelva a verte hacer guarradas en público te llevo detenido.

—Y a ella también —añadió Calatrava, riéndose—. Los dos a la trena por

exhibicionismo. ¡Hay que ver qué desfachatez! ¡Teniendo mi casa para estas cosas...!

—Cállate, Calatrava —pareció que le recriminaba mi hermano, aunque yo no me di cuenta de que, en realidad, le estaba guiñando un ojo, lo que sí percibió Elena—. De este pervertido me encargo yo.

—¿De verdad no quieres que les llevemos detenidos a mi casa esta noche, al acabar el baile? —continuó Calatrava, sin poder contener su sonrisa—. Por hacer un favor al chico, más que nada.

—Pues no es mala idea, no. —Mi hermano trató de contener la risa, pero no pudo—. Quizá sea lo más adecuado. ¿Y a ti qué te parece, chaval?

—Además, el otro día os fuisteis cuando empezaba lo mejor. No sabes lo que te perdiste... —Calatrava me guiñó un ojo, malicioso y sonriente, como era él.

—Perdone, señor —intervino Elena, con gesto adusto y mirada enojada—, pero no queremos ir a su casa. No.

—Anda, mira la muchacha cómo se pone —se burló Calatrava, sin dejar de sonreír—. ¿Y tú qué dices, Vicentito?

—Que no —respondí, también enfadado—. Digo lo mismo que ella. No queremos...

—Oye, chaval, que todo ha sido una broma —aclaró Julián, volviendo a la seriedad—. No aguantas una.

—¡Vete a la mierda! —exploté.

Y tomando a Elena de la mano nos dirigimos a la salida del baile con la ira arrugando mi cara y la irritación royéndome las tripas. El mejor momento de mi vida, el beso de Elena, me lo había amargado Julián con algo que calificó como broma, una broma estúpida en todo caso, pensé yo. Y Elena, disgustada también, me siguió calle arriba sin hablar hasta un buen rato después, cuando ya estábamos a dos pasos de su casa.

—Lo siento mucho —intenté excusarme, disculpándome por tener un hermano tan maleducado y aborrecible—. Siento mucho lo que ha pasado —repetí.

—Tú no tienes la culpa —respondió Elena, sin levantar los ojos del suelo—. Estaban de broma, pero no me ha hecho ni pizca de gracia. Eso me pasa por...

—Por favor, Elena, no te enfades conmigo. Por favor, por favor... Yo...

—No lo hago.

—Es que, no sé cómo explicarlo, ¡maldita sea! Pero yo..., siento unas cosas por ti...

—Gracias, Vicente. Sé a lo que te refieres. Yo también, también siento cosas. Pero lo hablaremos otro día, ¿te parece? Hoy no estoy de humor.

—Como quieras.

Estábamos en su portal y, sin decir nada más, me estrechó la mano unos instantes con una frialdad que me dolió y entró en el edificio. Tal vez no lo fuera, pero ahora me parece recordar que lo viví como la despedida más triste de mi vida.

Aquel 2 de mayo Franco recibió un mensaje del Führer Adolf Hitler en un telegrama en el que decía: *«Expreso a Vuestra Excelencia, con ocasión de la fiesta nacional de la España regenerada bajo vuestra dirección enérgica y victoriosa, mis más cordiales felicitaciones. Todo el pueblo alemán os expresa en este día su solidaridad sincera y sus votos más calurosos por vuestra salud personal y por un feliz porvenir de la valerosa nación española»*. Al día siguiente el embajador de Rumania en España presentó sus cartas credenciales al Generalísimo brazo en alto, el saludo fascista, y una sonrisa propia de la hiena antes de aplicarse a un festín. Y el representante de Noruega, con idéntico protocolo que el rumano. Empezaban a manifestar su adhesión al régimen totalitario español países que poco después, incluida la mussoliniana Italia, iniciarían o se sumarían a lo que sería la mayor carnicería bélica conocida en Europa y en todo el mundo. Una adhesión que yo interpreté, según lo iban hablando mi hermano y Calatrava, como la confirmación de que habíamos vencido los buenos, los que teníamos razón.

En los días siguientes ocurrieron dos cosas, que recuerde. La primera, que Calatrava se empeñó en que ya era hora de que yo aprendiera a conducir, porque iba a cumplir los dieciocho años en cuanto pasara el verano y pensaba que todo hombre debía saber manejar un vehículo, sobre todo si quería ser un buen falangista. Y con las mismas, no sé si sabiéndolo mi hermano o no, me llevó durante varias tardes a un descampado del Arroyo del Abroñigal, en

Ventas, ya seco y soterrado, y por allí me tuvo dando vueltas, coordinando el freno, el acelerador y el embrague hasta que acerté a compaginarlo con el cambio de marchas del Ford T del que ya nos habíamos apropiado sin consultarlo con nadie ni molestarnos en buscar a su propietario, por si había regresado a Madrid y lo reclamaba. Una confiscación era aquello, pero a ninguno nos importó lo más mínimo. En todo caso, fueron unas prácticas de conducción que me sirvieron para aprender el manejo del coche con la pericia de casi un experto. Calatrava se partía de risa cada vez que me confundía o ahogaba el motor, y su burla, en lugar de intimidarme, me motivaba e irritaba, por lo que me esforzaba en dominar lo antes posible el coche para que acabasen unas risas que, aunque fueran bienintencionadas, como casi todas las chufas de Calatrava, terminaban resultando cargantes. Desde el primer momento le agradecí el esfuerzo y la iniciativa porque aquellas lecciones me sirvieron para ser un buen conductor en apenas dos o tres semanas. O al menos un conductor como cualquier otro, con aplomo y seguridad a la hora de transitar por las calles de la ciudad, en las que por lo demás apenas circulaba vehículo de motor alguno.

Lo otro que recuerdo es que al día siguiente recibí de mi hermano una bronca desmesurada que me intimidó hasta el punto de que empecé a preocuparme de verdad por la seguridad de Elena. Estábamos en la oficina, despachando algunos documentos, cuando de repente se detuvo en seco, levantó la cabeza, me miró con aquellos ojos de hielo que a mí me quemaban como si fueran de fuego, y dando un puñetazo sobre la mesa exclamó, gritándome:

—¿Quién coño se ha creído que es esa golfa con la que andas acaramelado?

—No sé a qué te refieres —respondí, intimidado.

—Ayer, en el baile. —Me señaló con el dedo índice, como un fiscal acusándome de no sé qué—. ¿Cómo se le ocurre negarse a una invitación? ¿Qué se cree, que puede ponerse así?

—No nos apetecía, nada más. A ninguno de los dos —traté de exculparla.

—Además, aún no me lo has dicho. ¿Quién es esa desgraciada? ¿Y de qué la conoces?

De pronto me quedé sin habla. Por mi cabeza revolotearon mariposas

marrones, como polillas sucias y feas, lúgubres y amenazadoras. El estómago se me hizo de pedernal y un ligero temblor se adueñó de mis piernas y manos, quizá también de mis labios. Y todo se volvió aterrador, como una víspera de tragedia. No me esperaba el interrogatorio en ese momento y se me bloquearon los pensamientos sin saber qué contestar. Aunque, tras unos segundos de angustia, se me ocurrió responder:

—Una vecina —dije, con voz agazapada y puede que también temblorosa—. Elena es una vecina del barrio, ya lo sabes, la conozco desde que éramos pequeños.

—Ya —dudó mi hermano—. ¿Y de qué familia es?

—Huérfana. Ahora es huérfana —empecé a recuperar el aliento—. Su madre murió cuando ella nació y su padre también murió, no sé cuándo, pero hace tiempo.

—Entonces, ¿con quién vive?

—Sola —respondí; decir la verdad no me producía inquietud—. Vive sola. Trabaja en la tahona del señor Mateo, en el mercado, y parece que se las apaña muy bien. Te aseguro que es una chica muy lista. Y muy honesta también.

—Una roja, claro.

—¿Roja? No. ¿Por qué lo dices?

—¡Es evidente, chaval! —Palmeó la mesa con una mano y se incorporó hacia mí, amenazador. Parecía furioso—. Tiene trabajo en el Madrid de los republicanos y le van bien las cosas. Lo que yo te diga: una puta roja.

—Durante la guerra, en Madrid, todos éramos rojos, Julián. Al menos así lo creíais desde fuera, ¿no? Pero ya lo sabes: nosotros no éramos nada.

—¿Rojo? ¿Que tú eres un rojo?

—¡Y yo qué sé lo que somos! Solo he conocido la República desde que era así. —Extendí la mano a la altura de mi cintura—. No sé qué es eso de ser monárquico. ¿Tú lo eres?

—¡Un falangista jamás es monárquico, gilipollas! —Volvió a golpear la mesa—. La monarquía es la hez. Somos nacional-sindicalistas, a ver si te enteras de una vez o te lo voy a tener que enseñar a hostias. ¡Monárquico yo!

Por fortuna había recuperado las fuerzas para continuar con la discusión y conseguí que se aplacaran mis temores. Julián ya no parecía tan irritado, o solo lo estaba por haberle insinuado que era monárquico, y se limitó a mover

la cabeza a un lado y otro, como incrédulo de que yo lo pensara. Pasados unos segundos, volvió a trabajar en sus papeles, al parecer sin poder concentrarse, y de pronto levantó la cabeza y retomó el asunto de Elena, que era lo que en realidad le preocupaba. Y a mí, claro.

—Pues a ver si le dices a esa golfa que la próxima vez que se muestre tan altiva con Calatrava o conmigo ordenaré su detención para que depure responsabilidades políticas, que alguna tendrá. Porque no creas que me has convencido. Estoy seguro de que alguna vez habrá flirteado con la horda roja. Y, por tanto, me temo que tú también estés en el ajo...

—¿Yo?

—Pero ¿qué dices, Julián? —Calatrava se rio, al otro lado de la oficina—. Esa solo flirtea con tu hermano. ¿O no te fijaste cómo le besó anoche?

—Como una perra salida, sí.

—No es verdad —protesté, envalentonado—. Elena es una buena chica. Si lo sabré yo.

—Mira cómo la defiende el tortolito. —Aumentó su sonrisa Calatrava—. Este se nos ha enamorado, Julián. ¿No te das cuenta? Hasta pone ojitos de cordero degollado... A ver qué hacemos con él, camarada...

—Un par de hostias y se le acaba la tontería, ya lo verás. —El exabrupto de mi hermano era evidente que ponía fin a la discusión y al mal rato que me había hecho pasar.

—Anda, anda, relájate —le sosegó Calatrava, que lo conocía bien. Y luego se volvió hacia mí, condescendiente—. Y tú, alma de cándido, no disgustes más a tu hermano o esa chica acabará de visita a las tapias del cementerio. Que a saber de qué la terminan acusando si acaba presa en la cárcel de Ventas.

Concluí la disputa cerrando la boca y volviendo a mi tarea. Solo con recordar lo que había oído de la cárcel de mujeres de Ventas se me erizaba la piel. Y no sé cuál de todos fue el motivo, si la amenaza a Elena o la que lanzó sobre mí como un dardo envenenado, encubriendo una acusación de criminal, pero desde aquel instante empecé a temer por Elena y por mí, y por tanto a odiarle. Se fugaron las mariposas marrones, las polillas, y el temblor de piernas y manos, pero ya no pude pensar en otra cosa durante el resto de la mañana ni en los días siguientes, hasta que poco a poco me fui tranquilizando

al ver que no se volvía a hablar de ella ni se atisbaba amenaza que la pusiera en peligro.

O eso creía yo. Ingenuo.

Madrid, 16 de mayo de 1939

Aquel día publicó Wenceslao Fernández Flórez un artículo sobre Madrid en la edición del periódico *ABC*^[10] que me llamó mucho la atención porque no sabía que la ciudad fuera así, se percibiera así, y que yo no me hubiera dado cuenta de ello. Fernández Flórez era un periodista que también escribió más de treinta novelas, y alguna de ellas alcanzó una popularidad que invitaba a su lectura. Yo había leído una o dos, no lo recuerdo, en mi exilio interior en casa, incluso en algunos momentos dentro del armario en el que me escondía cuando sonaba el timbre de la puerta o era aporreada por unos manotazos que sugerían urgencia y provocaban pánico, sobre todo a mi madre. Y me divertí con su lectura, lo confieso, no en vano Flórez era uno de los escritores más ingeniosos y divertidos del momento, como lo era Muñoz Seca, que murió por entonces a manos de unos republicanos que lo sacaron de casa y lo fusilaron en Paracuellos; y también otros escritores como Mihura, Tono, Jardiel Poncela y alguno más de cuyo nombre no me acuerdo.

Aquel día de mayo Fernández Flórez escribió un artículo en la tercera página del periódico *ABC* que decía literalmente: *«Hay tres ciudades de Madrid. Una de ellas es la que ve el que ahora llegue sin haberla conocido antes, y temo que, por mucho que la registre y contemple, no obtendrá completas revelaciones. Otra es la del que vivió en ella los treinta y tres meses terribles y con ella se mira salir nuevamente a la superficie de la civilización, y comprueba que las noches vuelven a estar iluminadas, y las tiendas surtidas y que se le ha devuelto a la vida humana su espina dorsal, que es la Ley. Otra es la ciudad que vemos los que sufrimos tanto entre el horror y el hambre que la hacía y nos hacía míseros, y que logramos abrir con nuestra fuga un paréntesis en el que recuperamos nuestra normalidad, y*

ahora la recorreremos maravillados de no tener que ocultamos en ningún momento. “Todo pasó”, nos decimos al entrar. Pero bien pronto vemos que no es cierto. Las sombras nocturnas nos recuerdan aquella otra sombra de los días crueles, con sus gritos, y sus disparos y sus asechanzas. Una mano se posa sobre las viejas heridas del alma, que ya creíamos cerradas, y aún sentimos dolor. No todo pasó, porque el pasado está vivo dentro de nosotros y es el que ahora nos guía y nos aconseja y nos entristece. Hemos desconocido a algunas personas de nuestro trato habitual. Las dejamos de ver cuando sus mejillas eran tersas y sus cabellos, negros. Tienen la esquelética magrez del hambre y las canas apresuradas del sufrimiento. Nadie les devolverá nunca lo que en ellas murió en esos años. Se derrumbaron de la juventud a la vejez, casi sin tránsito, en lo que se tarda en ver asesinar a un ser querido, en ver arruinado el esfuerzo de una larga labor, en saber que los fusiles que descargaron en un simulacro feroz no tenían balas. Ellos no conocen todo lo horrible de su aspecto cuando nos abrazan con los ojos húmedos. Hemos de contenernos para no gritar. Son medio muertos que no han podido enterrarlo que ya hay en ellos de difuntos y lo pasean espantosamente con lo que aún les queda de vivos. Desde el principio del mundo, ¿qué otra ciudad sufrió tan estremecedora y largamente como Madrid?».

La lectura de ese artículo me zarandeó las tripas y la cabeza y, a la vez, me hizo pensar tan hondamente en lo leído que algo en mí empezó a cambiar de un modo definitivo. Desde luego no había observado lo que Flórez se encontró a su regreso tras la fuga, y esa falta de sensibilidad me hizo sentir un imbécil. Yo no veía ni gente envejecida ni difuntos deambulando por las calles, aunque algunos —es verdad, todavía lo recuerdo— caían desmayados en las aceras por el hambre, pero si él había visto todo lo demás, sería cierto. ¿Cómo había podido estar yo tan ciego y seguir estándolo en el relativo confort actual de mi casa, mi trabajo en la oficina patriótica y la compañía de mi hermano y Calatrava en las noches de juerga? ¿Cómo podía carecer de esa capacidad de visión que, ahora, al leer lo escrito por Wenceslao Fernández Flórez se me aparecía tan real, tan evidente? Y había otra cosa más que me hizo visualizar lo que, hasta entonces, apreciaba con normalidad, con la normalidad de lo cotidiano. Hablaba Flórez de «ver asesinar a un ser querido, en ver arruinado

el esfuerzo de una larga labor», en saber que los fusiles se descargaban..., pero ¿acaso no era eso lo que pasaba a diario una vez acabada la guerra, con las acusaciones que salían de mi propia oficina escritas por mi hermano, en las descargas que oíamos en el silencio del amanecer un día sí y otro también? ¿No se había terminado el horror, la miseria de la guerra, para empezar a disfrutar de la paz? Una paz escrita con encarcelamientos, depuración de responsabilidades políticas, ejecuciones al amanecer y expolio a quienes robábamos por el simple hecho de ir nosotros uniformados de falangistas y considerar rojos y vencidos a todos los que habían vivido «como medio muertos», como «difuntos», los últimos tres años en Madrid. «La ley es inexorable, como los perros: no ladra más que al que va mal vestido». (Pío Baroja). Sin duda que la ciudad podía ser contemplada de las tres maneras descritas por el escritor, y sin duda Madrid había sufrido más, o tanto, que cualquier otra ciudad devastada en el mundo, pero lo que yo no comprendía, y el artículo me abrió las carnes y los ojos, es que siguiera sufriendo tan estremecedora y largamente.

¿Acaso sabía el escritor lo que de verdad habíamos vivido en esos años horribles que describía de modo tan espantoso? Claro que lo habíamos pasado mal, muy mal: unos, por miedo a las pandillas salvajes de milicianos que te conducían sin explicaciones del cuarto de estar a la cuneta de un camino cualquiera; otros, por las bombas que caían indiscriminadamente sobre la ciudad con el fin de atemorizar a los madrileños e instarles a la rendición; unos por lo que podía pasar al día siguiente o durante la noche; otros por no saber nada de sus hijos llevados al frente sin recibir noticias de si seguían vivos o hibernaban eternamente en una fosa común tras caer en una escaramuza o una batalla; y todos, absolutamente todos, por un hambre perpetua que arañaba las tripas, debilitaba, desvanecía y asesinaba a niños y adultos, sin piedad. El hambre: ese era el recuerdo más nítido que permanecía en mí, junto al frío y la oscuridad. Aunque el bueno de Francisco nos echara una mano cuando podía.

De ello, precisamente, le oí hablar a mi madre con mi hermano durante una cena en la que, por sentirse mejor, compartió con nosotros. Estábamos

cenando unas tortillas con patatas fritas cuando mi madre empezó a sonreír sin que ninguno de los dos supiéramos qué le estaba haciendo tanta gracia.

—¿De qué se ríe, madre?

—Estaba acordándome de la tortilla de patatas...

—¿De una tortilla? —Alzó los hombros mi hermano—. ¿Y qué?

—Que en Madrid se inventó la tortilla de patatas sin patatas ni huevo.

—Está usted mal, madre. —Cabeceó Julián.

—No, no, escucha. —Mi madre levantó los ojos y empezó su narración—. Mira, hijo, en Madrid no hemos tenido de nada en estos años y no nos ha quedado más remedio que hacer lo que podíamos. Y una de esas cosas era comer lo que fuera, como fuera, con lo que había... Alguien, no sé quién, inventó la tortilla sin patatas ni huevos y así aprendimos a hacerla todos.

—¿Sin patatas ni huevo? Pues vaya tortilla...

—Sí, así era —continuó mi madre—. Sacábamos la parte blanca de las naranjas, esa parte que hay entre la cáscara y los gajos, y la poníamos en remojo uno o dos días. Luego, una vez que quedaba espesa, la cortábamos como si fueran patatas, en rodajas finas, y ya teníamos el contenido listo para prepararla. —Mi madre respiró hondo y tomó un sorbo de agua. Y, tras cerrar los ojos, como reviviendo aquellos días, continuó—: No teníamos tampoco huevos, así que nos los inventábamos: hacíamos una pasta con harina, agua, una miaja de bicarbonato y una pizca de aceite y otra de sal, todo bien amasado, batiéndolo bien, y después lo mezclábamos todo, las falsas patatas y el huevo inventado, y hacíamos una tortilla como se hace normalmente. No es que estuviera muy rica ni fuera muy nutritiva, pero para engañar al estómago...

—¿Y esa cosa se podía comer? —Mi hermano negó con la cabeza y encendió un cigarrillo, asombrado.

—A ver, qué remedio. —Mi madre recuperó la seriedad y volvió a mojarse los labios con agua. Se quedó triste, se le notaba en sus ojos entornados, la inexpresividad de su mirada, las sombras acentuadas de la penumbra afilando su rostro y afeándolo, el dolor de los días pasados. Julián se limitó a exclamar, en voz baja:

—Putos rojos.

—Hambre, hijo. Mucha hambre. —Mi madre pareció recuperarse y, tras toser un par de veces, se limpió la comisura de los labios con la servilleta y

nos miró a los dos. En ese momento parpadeó la luz del comedor y, tras unos temblores espasmódicos, se fue. Ella se levantó en busca de velas en el cajón del aparador, pero la luz volvió antes de encenderlas.

—Y dale —comenté—. Otro apagón.

—La España de Franco no se apaga nunca, chaval.

—A Julián le molestó mi comentario. —¿Lo ves? Ha sido apenas un instante, quizá por culpa de un atentado de esos cabrones milicianos rebeldes con los que acabaremos en cuatro días. Ya lo veréis.

—Pasamos hambre, hijo; mucha —reiteró mi madre, que seguía sumida en sus recuerdos—. Espero que vosotros, en el frente...

—Sí —sonrió mi hermano, y luego endureció sus facciones para añadir, sarcástico—. El frente era una gran fiesta. Todo el día hartándonos de comer jamón y langostinos... ¡No te fastidia!

—Ya, perdona, hijo —mi madre reculó—. Ya comprendo que...

—Es que no lo entiendo... ¿Es que aquí no hacían nada esos ineptos mandamases ladrones para que los madrileños pudierais comer?

Y entonces mi madre se incorporó, le miró a los ojos resuelta y, con mucha serenidad, le contó la realidad de lo que se había vivido en esos largos años: que el racionamiento se inició en noviembre de 1936 y entonces se fijaron unas pequeñas cantidades de alimentos por persona y día. Que la Junta de Defensa había publicado las cantidades que correspondían por persona y día en la capital, y consistían en un cuarto de litro de leche, medio kilo de pan, cien gramos de carne, un cuarto de kilo de patatas, medio kilo de fruta, cien gramos de legumbres, cincuenta gramos de sopa y veinticinco de tocino. Que luego, muy poco después, eran tres veces a la semana cuando podían adquirirse doscientos gramos de pescado, cien de arroz, cincuenta de azúcar y dos huevos; y una vez a la semana, medio litro de aceite, tres kilos de carbón, medio kilo de conservas de pescado, cuatrocientos gramos de jabón, cien gramos de queso, bacalao o fiambres y cincuenta gramos de café. Pero —explicó—, eso fue solo al principio. Poco a poco las cantidades fueron reduciéndose y limitándose a unos puñados de arroz y lentejas, y todo lo más a un poco de aceite. Entonces fue cuando empezaron a abrirse los comedores colectivos, porque mucha gente pasaba hambre, algunos incluso se morían de hambre. En esa situación, el control de los precios y el castigo del fraude se

convirtieron en la mayor preocupación de quienes gobernaban Madrid, o eso se publicó en los periódicos, todo porque el almacenamiento y la ocultación de víveres para especular con ellos dieron paso a un mercado negro del que se aprovecharon los más vivales, los que tenían dinero, los que habían aprendido a robar. Y algunos comerciantes, los que eran auténticos granujas, guardaban los alimentos sin vender hasta que escaseaban para después sacarlos a la venta a precios exagerados, solo para quienes pudieran pagarlos. Por eso algunas tiendas se enriquecieron, porque obligaban a los clientes a llevarse otro producto que no necesitaban si querían adquirir el que iban a comprar.

—Fue un caos, hijo: a más penuria, más fraude —añadió a su relato—. Aunque hay que reconocer que, cuando se enteraron de esa vergüenza, las autoridades intentaron poner límite a la situación, otra vez, prohibiendo y castigando esas fechorías. Pero lo cierto es que sirvió de muy poco; fue otra vez en vano. Porque los precios —continuó, tras volver a beber un sorbo de agua—, subían sin parar: en septiembre de 1937 el arroz pasó de una peseta a una con cincuenta el kilo; las patatas, de dos reales a cinco pesetas, y los huevos, de tres setenta y cinco a ocho pesetas la docena, por ejemplo. Además, la falsificación de documentos para conseguir los alimentos para los que era necesario receta médica, como el azúcar y la leche para niños, enfermos, ancianos o embarazadas, se convirtió en una práctica generalizada. La gente decía estar enferma, o se inventaba familias inexistentes, o utilizaba el nombre de familias que habían muerto o que ya no vivían aquí. Todos estábamos destrozados y lo único que hacíamos era buscar en los periódicos las noticias sobre el reparto de alimentos. Aunque no te lo creas, esos avisos nos importaban mucho más que los acontecimientos relacionados con la misma guerra. Anuncios que decían «*Hoy habrá carne en abundancia*», con el añadido de «*Damos la agradable noticia de que ayer se han sacrificado 350 vacas y unos mil corderos, que es, aproximadamente, la cantidad normal de consumo*»; o cuando ponían los titulares de los periódicos: «*¡Reparto de jamón!, 50 gramos por persona a 1 peseta la ración*», eran las noticias que más ilusión nos hacían, las más leídas y las más comentadas en el vecindario. Así fueron pasando los meses, los años... hasta que a principios de este año, de 1939, el abastecimiento se convirtió en algo completamente trágico: los niños, sin comida; los enfermos, sin medicinas. Qué te voy a contar... Incluso

nosotros...

Mi madre se echó a llorar. Y Julián, sin decir nada, arrojó la servilleta sobre la mesa, se levantó y, bebiendo de la misma botella, ingirió un tercio del anís que quedaba en el envase. Luego dejó la botella sobre la mesa y se fue a su cuarto, cerrando la puerta de golpe.

Si regresaba, pensé, se iniciaría una discusión a gritos, de esas que yo nunca sabía cómo acababan. Por fortuna no volvió a la estancia. Salió de su cuarto, abrió la puerta de la calle, dio un portazo y se marchó. Fue lo mejor que pudo pasar.

El domingo siguiente volví a ver a Elena. Amaneció un día precioso en Madrid, la arboleda disfrutaba del cálido sol primaveral que anunciaba la inminencia del estío, algunos vecinos habían sacado a los balcones tiestos con flores recién nacidas, llenando de color las fachadas grises y heridas por la negritud sonora de los años vividos, muchos niños jugaban al fútbol en las aceras con pelotas fabricadas con cartón, periódicos viejos, cuerdas y tan esféricas como podían hacerlas, que no era mucho, algunas familias paseaban haciéndose acompañar por una criada silenciosa y rebuscada entre el batallón de las proles vencidas y las primeras terrazas de los bares y cafeterías se dispusieron a colorear una ciudad que todavía conservaba heridas abiertas y cicatrices que el sol del mediodía pretendía suturar, cómplice de la nueva vida que comenzaba. Era un día de una belleza especial: «los árboles se alzaban elegantes, quizá tristes, y las sombras de un sol de membrillo suavizaban el patetismo de una de las últimas vueltas del paseo». (Raúl Guerra Garrido).

Elena salió a la calle sin pretender armonía con el paisaje urbano, pero sin quererlo apareció ante mí más hermosa que cualquiera de las flores ornamentales de las balconadas. Una blusa blanca abotonada hasta el cuello, una falda estampada en verde y amarillo y con el pelo suelto, enmarcando un rostro que, por primera vez, parecía iluminado por la alegría, el buen humor o, al menos, fugado de la tristeza y de la seriedad, como era habitual en ella. La vi acercarse y me pareció el más generoso regalo de un día que ya había amanecido precioso y que en su presencia lo era aún más.

Le brillaban los ojos, y su brillo me contagió. No es que se mostrara

efusiva en su saludo, pero su actitud revelaba que podíamos pasar una tarde inolvidable. Le pregunté qué tal estaba y respondió que bien, sin más, y después le pregunté si prefería dar un paseo por el centro o ir al parque del Retiro. O que podíamos ir a misa, si no había ido ella, aunque yo había santificado ya el domingo por la mañana. No respondió a esto; solo me dijo que quería hablar conmigo, que tenía que decirme algo importante, y por eso prefería un lugar apartado y discreto del parque; luego, si quería, podíamos ir adónde yo decidiese. Y añadió:

—Nunca me has llevado al cine. ¿Es que no te gusta?

—No lo sé. —Alcé los hombros y negué con la cabeza—. Nunca he ido al cine.

—¿Nunca?

—No. Antes de la guerra era muy pequeño y mi madre decía que no eran películas que yo debiera ver. Luego, durante la guerra, no me dejaba ir. Ni siquiera sé si hay cines abiertos, ni cuánto cuesta la entrada, ni nada de nada.

—Pues sí, están abiertos —afirmó ella—. Hay varios y la entrada no es muy cara. Un día podíamos ir. Han estrenado *Buffalo Bill*, con Gary Cooper...

—No sé quién es, pero claro. Me encantará.

En un banco apartado del Retiro volvió su semblante grave y sombrío. Permaneció en silencio un buen rato y yo, intimidado por esa actitud que ya conocía y me amedrentaba, me recosté en el respaldo mirando sin ver la arboleda que lo cubría todo, como un techado verde que cobijaba a unos forajidos sin culpa, guardando un prudente silencio a la espera de que avanzaran las nubes negras, se acumularan sobre nosotros y comenzara la tormenta de las palabras que me anunció importante, empapándome de temores. El amor tiene una cara doble: te ilusiona y te atemoriza, unas veces inundando con su euforia, otras asfixiando con la amenaza de la pérdida o el abandono del ser amado. Cuando la persona a la que amas pide decirte algo importante, siempre se nubla el cielo de los pensamientos. El amor es pesimista, como el anuncio de una noticia inesperada, como un telegrama, como una llamada a la puerta en la medianoche. Entonces fue cuando llegó un niño corriendo tras una pelota que había terminado rebotando bajo nuestro banco, lo que sacó a Elena de su mutismo.

—Tengo miedo.

—¿A qué?

—A tu hermano.

No sabía adonde quería llegar, pero comprendí lo que quería decir. No hace falta ser un lince para saber que cuando te dicen algo que tú ya has pensado muchas veces no es extraño que otros lo hayan pensado también.

—El otro día me asusté. Creo que cualquier día va a indagar sobre mí. Y eso me aterra.

—Ya.

—¿A ti te ha dicho algo?

—Bueno, solo que le ha molestado que no aceptáramos la invitación que nos hicieron de ir con ellos a casa de Calatrava. Y me ha preguntado sobre ti, pero la cosa no ha pasado de ahí. Aunque, conociéndolo, no me extrañaría que hiciera algo de lo que dices. Le conozco y es muy capaz de todo.

—Ya. Pero lo que más miedo me da no es que averigüe quién era mi padre, sino que me lo pregunte en un calabozo. Creo que no podría soportarlo.

—¿Pero tú no has hecho nada!

—¿No? ¿Crees que no? Vicente, no me lo tomes a mal, pero nunca te he dicho nada sobre mí porque tampoco me lo has preguntado. No te he engañado, eso es verdad, pero como sé quién eres tú, a qué familia perteneces y quién es tu hermano, tampoco te he hablado con claridad, nunca te he dicho toda la verdad. Pero ya es hora de que lo sepas: soy hija de un miliciano y yo misma soy republicana, socialista y atea. ¿Crees que si se supiera, si se enterara tu hermano, no me fusilarían?

Para ser sincero, he de confesar que en ese momento no tenía ni idea de lo que era ser socialista, ser ateo, ser republicano, y mucho menos lo que significaban esas cosas. Por eso respondí, indiferente:

—A mí me da igual lo que seas.

—Eso lo dices ahora. Y seguro que es verdad. Pero ¿qué harás si me detienen, si preguntan en el mercado a alguno de los muchos que me conocen de sobra o si me denuncia alguien? ¿Qué podrías hacer? Nada.

—Elena...

—Quiero irme, Vicente. Tengo que irme. Voy a irme de España.

—Por favor, Elena, no digas eso.

—No puedo vivir con miedo, Vicente. No quiero. Vivo aterrada.

—Pero... no puedes irte.

—¿Por qué?

—No puedes irte... sin mí.

Fui sincero al decírselo. Completamente. Y lo dije muy en serio. Pasara lo que pasara no estaba dispuesto a estar sin ella. Puede que fuera la ingenuidad de mis pocos años, o a causa del deseo que lo ocupa todo sin contemplar las dificultades, pero se lo dije porque lo sentía así, sin atisbos de duda. Había empezado la tormenta y yo estaba empapado de amor.

—¿Qué podemos hacer entonces? —me preguntó, con una mirada escondida tras la pena y la resignación. Una mirada que parecía suplicante porque lo era de impotencia.

—Déjame que lo piense. A lo mejor no pasa nada. Por favor, déjame a mí...

Fue el día en que los periódicos anunciaron que habían llegado al Museo del Prado las primeras cajas repletas de cuadros que la República había sacado de sus salas y llevado al extranjero. Camiones llenos de cajones que venían de Ginebra. Y también fue la tarde en que se celebró una gran procesión por el centro de Madrid para devolver a su iglesia la talla del Jesús de Medinaceli escondido durante la guerra y rescatado y devuelto a su lugar habitual. De todo ello dio cuenta la prensa aquel 16 de mayo, en portada y a grandes titulares, como si la España artística y católica empezara a recobrar su patrimonio, su esencia, esa naturaleza que la devolvía a otro tiempo innecesario del que los españoles casi se habían olvidado al abrir el tiempo de la modernidad en 1931, aunque al final solo fueron fuegos artificiales, pólvora de rey, nada. Mezclada con fuego real, metralla de muerte, bombardeos asesinos. Qué mala suerte tuvo siempre este país.

Como si se tratara de literatura romántica con ribetes épicos. Y hubo quien habló, como Dupanloup en su *De l'éducation*, de la conveniencia de que se hiciera en la mitad del patio una gran hoguera con todos los libros y cuadernos que olieran mucho o poco al romanticismo malo, para que solo se amaran y cultivaran con respeto lo verdadero, lo grande, la belleza clásica. Pero nadie hizo caso a la sugerencia porque nada más romántico y épico, aquellos días,

que el fervor falangista y el estruendo con que lo hicieron explotar. Romanticismo malo, pero no en libros ni cuadernos, sino en el lúgubre sembrado de la cotidianidad.

Madrid, 7 de junio de 1939

Mi hermano me llevó a Burgos, otra vez. En esta ocasión porque se celebraba allí el Congreso Nacional de Falange Española Tradicionalista y de las JONS presidido por el general Franco. Y en el salón del ayuntamiento, donde se reunieron los miembros del Consejo, me sentaron en una silla al fondo, detrás del lugar que ocupaba mi hermano, sin saber qué hacía allí ni para qué me había obligado a ir, aunque lo hice encantado por el hecho de disfrutar de un nuevo viaje. Ahora creo que Julián pretendía hacerme ver lo importante que era, que por lo tanto le admirara y que a partir de entonces comprendiera que lo que él hiciera o decidiera era indiscutible, la voz de la nueva España, y cualquier duda u oposición por mi parte me acarrearía graves consecuencias. Hay que ver hasta qué punto la vanidad se abre paso en los territorios de la mediocridad, en la nada; porque en aquella reunión solo hablaron Franco y dos consejeros que se limitaron a glosar, ampulosos y grandilocuentes, la figura del líder y a ponerse a sus pies como si fueran alfombrillas o felpudos, sin el menor carácter ni personalidad, mucho menos sin aportar nada, ni reivindicativo ni cuestionable. Mi hermano fue un asistente mudo, tan mudo como yo, pero la marcialidad de su pose al inicio y al final de la sesión, brazo en alto a la romana y cantando el *Cara al sol*, escenificaba su empaque, su virilidad, su poderío y su autoridad. Solo la mostraba con gestos, porque tras ellos no había nada. Aunque para él fuera el culmen de un poder que no llegué a comprender nunca.

Al regreso, fuimos con Calatrava a celebrar el supuesto encumbramiento de Julián al bar americano Amaya, un local recién abierto en Madrid cuya presentación no solo era peculiar, sino tan clasista que asombraba. Recuerdo cómo se anunciaba en la prensa, de un modo que impulsaba a cualquier

persona normal a evitar acudir a la Carrera de San Jerónimo, 5, y adentrarse en él, aunque quizá por ello mismo se convirtiera en un atractivo nido de bravucones —de víboras— y, después, al poco tiempo, en un fracaso inevitable.

Decía la prensa sobre el Bar Amaya: «En Madrid teníamos que acogernos a los hoteles de primer orden o grandes cafés, en los que la heterogeneidad del público que anima, indudablemente, impide estar cerca de aquellas personas que pertenecen a su buena sociedad. El Club Amaya ha sabido aislarse o esconderse un poco para que sean los elegidos los únicos que puedan saludarse en el anónimo lugar. [...]... por el tamiz de su Junta Directiva no pasan ni el polizón ni el indeseable. El Madrid elegante ya tiene un sitio de reunión, donde no hacen falta las presentaciones, porque cuantos concurren allí se conocen, por constituir el gran mundo de la capital del Imperio».

A pesar de la incalificable publicidad que hacía su dueño, Manuel Remacha, mi hermano eligió ir a semejante lugar para celebrar su privilegiada posición en el régimen al regreso de Burgos; y además vestido de falangista todavía, como lo íbamos Calatrava y yo mismo. Y Julián con el aplomo de un Juan March cualquiera.

Lo único que no tenía previsto mi hermano era que allí no éramos nadie.

Un vigilante, aposentado en las puertas que casi cubría por su volumen, se interpuso en nuestro camino y nos preguntó adónde íbamos.

—Al Amaya, naturalmente —respondió Julián con suficiencia, mostrando su desprecio por el tono del portero, que descubrió insolente.

—Lo siento —respondió el guardián, con el ceño fruncido, el gesto adusto y las piernas abiertas, imperturbable—. No se puede pasar.

—¿Y eso? —Agrió aún más el rostro Julián—. ¡Usted no sabe con quién está hablando!

—No señor. No lo sé. Pero no se puede pasar.

—¡Quiero ver al dueño! —gritó mi hermano.

—Lo lamento, señor falangista. —El tono del portero se me antojó más irónico que formal—. El dueño está ahora mismo atendiendo a sus invitados. Aquí no puede entrar nadie al que no conozcamos ni él ni yo. Y a usted, señor, no le conocemos.

—¡Yo soy un consejero nacional de Falange, imbécil!

—Sin duda —cabeceó el portero—. Pero no puede pasar.

Julián echó la mano al cinto e hizo ademán de sacar la pistola, pero Calatrava puso su mano sobre la de mi hermano e intentó sosegarlo ante un guardián impassible que no movió un solo músculo de la cara.

—Vamos, Julián. Será por Cafés... —trató de disuadirle Calatrava—. Y, además, este no me gusta. Vamos al Gijón.

—¡Pero este impertinente...!

—Anda, vámonos —repitió—. Hoy es día de celebración, no de disputas.

—Está bien —admitió mi hermano. Y dirigiéndose al guardián, le amenazó—. Pero esto no quedará así, mentecato. Dígame ahora mismo su nombre.

—Teogracias Barrachina, caballero mutilado de la guardia personal del general Millán Astray. A su servicio.

Entonces me di cuenta de que, en efecto, tenía un brazo inutilizado y un ojo que, si no lo era, parecía de cristal. Julián también debió de observar algo parecido o simplemente se amilanó.

—Está bien, tomo nota —replicó muy digno.

Y dándose la vuelta abandonó el lugar. Calatrava y yo le seguimos con una sonrisa que tratamos de disimular por la actitud, mitad indignada y mitad resignada de mi hermano que, humillado y enrabiado, gritando, lo pagó con nosotros:

—¡Vamos al Café Gijón! ¡Y al primer comentario de cualquiera de los dos tiro de pistola! ¿Entendido?

Madre no estaba bien.

Por lo que supe después no sé si es que ya había hablado con mi hermano o no, pero su aspecto me preocupaba cada vez más. No es que yo pasara demasiado tiempo en casa, pero desde luego mucho más que Julián, que venía a comer a menudo y algunas veces a cenar, pero durante el resto del día no se dejaba ver. Por el contrario, yo pasaba muchas tardes en el cuarto de estar, leyendo novelas mientras mi madre cosía, o dormitaba, o tosía, o todo a la vez. Algunas tardes se preparaba un bebiblé que decía gustarle mucho y que le sentaba muy bien, una mezcla de vino hervido con un torrezno de tocino añejo y una cucharada de miel. Cuando le pregunté de dónde había sacado ese

potingue me dijo que era una fórmula de la abuela que había leído en una especie de revista, el *Personalia*, de José Garrido. A saber quién sería ese y de dónde había sacado la abuela la receta.

Lo cierto era que a mí me parecía que madre no estaba bien. La palidez de su rostro enmarcaba unos ojos cada vez más hundidos y una delgadez que le afilaba las mejillas y hacía sobresalir su barbilla. Además, una reja de arrugas, como dibujada por un pintor grosero, unía su labio superior con la nariz, igual que si hubiera envejecido veinte años o hubiera tomado prestada esa porción facial de la edad de la abuela, que en ella no era insólita, pero en mi madre parecía un exceso prematuro. Una vez le pregunté cómo se encontraba y me aseguró que no sentía ningún dolor, que estaba bien, pero no pude creerla. Después de conocer lo escrito por Raúl Guerra Garrido sobre el dolor en *Un morroi chino con un higo en la coleta*^[11] me doy cuenta de que el dolor de mi madre no era físico. *«El dolor, como todos sabemos por experiencia propia, es un hecho físico y psicológico, una sensación física y emocional. Debido a ese paralelismo, el dolor, por gracia y desgracia, es la máxima expresividad de la vida y su juego espectacular nos conduce a la encrucijada de la falta de proporcionalidad entre lo grave de una lesión (o enfermedad) y el cómo la víctima (o el enfermo) expresa su padecer, circunstancia que explica el deslizamiento del dolor físico hacia el sufrimiento moral. En el lenguaje propio y descriptivo del dolor se recurre al vocabulario alegórico (agudo, puntual, lancinante, etc.) y al grito cuando las palabras se agotan»*. Eso era lo que yo pensaba de mi madre cuando la miraba, observándola entrecerrar los ojos y, sin palabras ni quejidos, sentía su sufrimiento, un dolor que nunca me dijo de dónde provenía pero que, con el tiempo, llegué a comprender. El dolor es una señal valiosa, un sistema de alarma que nos capacita para responder bien y a tiempo a todas las agresiones del mundo exterior, y en este caso a las embestidas de Julián, mi hermano.

—¿Necesitas algo, madre?

—No, hijo. Estoy bien.

—No es verdad.

Mi madre guardó silencio. Y al cabo de un rato me preguntó:

—¿Sabes algo de Francisco?

—Sigue preso.

—¿Hasta cuándo?

—No lo sé. —Cerré el libro, dejando un dedo entre las páginas que estaba leyendo, a modo de señal o marcapáginas—. Julián lo sabrá. Si él quisiera, mañana mismo estaría libre. Pero como no quiere...

—Tu hermano es... —Y calló. No se atrevió a verbalizar el calificativo.

—Dilo, madre: es malo. No es buena persona.

—No hables así de tu hermano.

—Es lo que pienso.

—La guerra, hijo. La guerra. Nos ha hecho menesterosos o mezquinos. A todos. A los vencidos y a los vencedores. Y Francisco, como tú y como yo, pertenecemos a la ralea de los vencidos. Aunque no hayamos estado en ningún bando.

—¿Y Julián es un vencedor?

—Claro.

—O sea, un mezquino. Y es más: a mí me parece un hijo de Satanás.

—Calla, Vicente.

—Callaré porque soy un pobre, un menesteroso, como dice usted. Me prohibirán las palabras, pero no me podrán impedir pensar lo que pienso. Eso no puede hacerlo nadie. Y con usted tengo fe para decirlo. Me moriría si no lo digo. Explotaría.

—Pues ten mucho cuidado en dónde dices esas cosas. Ahora somos todos sospechosos y no podría soportar que a ti te ocurriera algo, ¿lo comprendes? No podría... porque no puedo más. Ya no puedo, no...

—Ha hablado usted con Julián, ¿verdad, madre?

No contestó. Volvió sus ojos a la costura que tenía entre las manos y quedó muda. No hacía falta que me dijera más.

Mi madre vestía siempre de negro. Hoy sería impropia de una mujer de cincuenta y pocos años tal vestimenta, pero en el año del final de la guerra una mujer de esa edad, viuda y de clase humilde, no se entendería de otra manera ni con otro atuendo. Los estampados y los colores estaban reservados para las jóvenes, las solteras o las casadas en edad de procrear, y también para las señoritas de la clase alta aunque ya no estuvieran en edad de merecer. Algunas

señoras de la alta sociedad, las esposas de los militares de alto rango, las mujeres de los vencedores resguardados del frente y los partícipes como financiadores del bando nacional, las damas del poder, en suma, podían lucir modelos de color, aunque nunca en tonos estridentes, y de lunares, a imitación de ciertas actrices que protagonizaban películas americanas *made in Hollywood*. Pero mi madre, como todas las madres del barrio, vestía un luto eterno, se peinaba con un moño bajo su cabello ceniciento, desde que acabó la guerra salía a la calle siempre con velo y las abundantes canas blanqueaban su edad, agudizándola. A los cuarenta, una mujer era vieja. A los cincuenta, una anciana. Después, una víspera.

No era una mujer vistosa, en absoluto. Entrada en carnes tanto como en edad, no obstante tenía la cara afilada y desde siempre la recuerdo demacrada, silenciosa, amedrentada, triste e introvertida, contando las palabras como contaba las lentejas y los garbanzos sobre el tapete de hule a cuadros rojos y blancos de la mesa de la cocina, mientras apartaba las piedras. A imitación de la abuela Rosario, mantenía un mutismo perpetuo, solo roto para anunciar la comida, el regreso de la compra y las llamadas al timbre de la puerta, que le sobresaltaban y ante las que recitaba una jaculatoria breve, un *avemariapurísima* casi siempre. Desde un par de años atrás le habían florecido arrugas que antes no le había visto por las riberas de los ojos y por la llanura de sus mejillas, en el valle entre la nariz y los labios y en la colina de su barbilla, alrededor de la cual se le descolgaban praderas de piel hasta un cuello que parecía un desfiladero lunar, ajado, rugoso, estriado, seco y apergaminado. Un cuello que alguna vez fue de marfil y ahora era de piel curtida, envejecida. Sus toses permanentes, que no se le fueron desde que se le agarraron al pecho a mediados del último octubre, habían sido su más fiel compañía durante el largo, frío y húmedo invierno. Ni el sol de la primavera ni el calor del verano se las arrebataron. Oía en la mitad de la noche sus ataques desde mi dormitorio y acabé por acostumbrarme, encontrándolos naturales, como una característica más de su naturaleza de mujer mayor.

Cuando llegó Julián, por el contrario, los convirtió en la mejor excusa para sus fines.

Una de aquellas noches estuve hablando con Calatrava mientras mi hermano se sobrepasaba con una joven al fondo de la barra del bar, ignorando las sonrisas forzadas de la mujer que, sin atreverse a rechazar bruscamente al hombre uniformado de falangista que se echaba grosero sobre ella, pugnaba con disimulo por apartarlo y escapar de su aliento de palabras atrevidas y, quizá, intimidatorias, envueltas también en pestilencias de alcohol. Los ojos de la joven lo decían todo, pero la sonrisa falseada debía de hacerle pensar a Julián que había consumado una conquista. En esas situaciones no podía hacerse nada: apartar a mi hermano de su víctima habría supuesto su irritación y represalia; dejarlo continuar, constituía un camino despejado a la vejación de una chica que seguramente solo buscaba alguien que la invitara a unos pasteles para saciar el hambre y tal vez escamotear alguno para poder llevarlo a casa. Así que me di la vuelta para no ver lo que allí ocurría y me distraje con la conversación que en esos momentos mantenía con Calatrava, que tambiénapestaba lo suyo a coñac a granel.

—Mira toda esta gente. —Giró la cabeza para abarcar a los clientes del bar—. La mitad eran rojos y la otra mitad, cobardes. Como tortugas en el fango, han estado estos años en Madrid sin sacar la cabeza del caparazón.

—A ver si te crees que era fácil hacerlo —respondí—. A nadie le gusta jugársela por algo que ni te va ni te viene.

—¿Es que no les iba nada en la guerra? ¡En una guerra no hay sitio para los neutrales, Vicentito!

—Ya, pero a ver qué podían hacer. Callar y callar.

—Si hubieran tenido huevos, habrían hecho algo. Y si ahora no se sintieran protegidos por nosotros, seguirían callados. O se habrían fugado. Somos sus ángeles de la guarda.

—¿Fugarse? ¿Adónde?

—Pues como tantos otros: a Francia, a México, a Argentina, adonde fuera. Porque aquí no va a quedar ni Dios sin pasar por nosotros y lavar sus responsabilidades políticas, ya lo verás.

—¿Todos?

—Todo del que sospechemos —afirmó Calatrava, echándose al gañote

otro trago de coñac. Y añadió—: ¡Sobre todos, absolutamente todos, sobre los que recaiga la más mínima sospecha! Y a propósito de esto, y no te lo tomes a mal —siguió, apuntándome con un dedo en el pecho y hundiéndolo con fuerza —, te diré que tu hermano anda mosca con esa novia que te has echado. Suponiendo que tú creas que es una novia y lo que sea en realidad es una buscona, un pingo, una aprovechada. Me da en la nariz que Julián va a investigarla. ¿Qué sabes tú de ella?

—Nada —reulé, inquieto—. Que es una chica estupenda, muy formal y sensata, nada más.

—Y de su pasado... ¿qué sabes?

—No tiene nada que ocultar. Es una chica que...

—No jodas, Vicentito —me interrumpió—. No sabes quién es su familia; no sabes qué hizo durante la guerra; no sabes si es comunista, una roja... Di la verdad: no sabes nada.

—Yo... —no supe qué responder—. Para mí es una mujer honesta... Nunca hablamos de política ni de nada por el estilo. Si fuera eso que dices, me habría dado cuenta. No soy ningún crío.

—¿La quieres?

—Mucho.

—Pues hazme caso: no le digas ni una palabra a tu hermano de todo esto, pero si tienes ocasión y medios, lárgate con ella en cuanto puedas.

—¿Irme? ¿Adónde?

—Adonde sea. —Calatrava acabó su copa de un sorbo largo—. Mejor al extranjero. Esa chica corre aquí un gran peligro, te lo aseguro. Ya conoces a tu hermano.

—Pero si...

—Y hazme caso, chaval, que mis consejos son sabios y encima gratis: no te la juegues por ella. De hecho, no corras nunca detrás de una mujer ni de un tranvía, que ya vendrá otro.

Aquella conversación me dejó atónito. Si Calatrava me hablaba así, por algo sería. Y yo no iba a consentir que le pasara nada malo a Elena. Si a lo dicho por él se añadían los temores de Elena, sus palabras en el parque, la realidad se presentó ante mí como un puñetazo en la cara, dejándome anonadado. «Negar un hecho es lo más fácil del mundo; mucha gente lo hace,

pero el hecho sigue siendo un hecho». (Asimov). Además, nada es real hasta que se experimenta, y yo no quería llegar a comprobar lo que ya estaba imaginando; y aunque el mundo real es más pequeño que el de la imaginación, lo intuido me empezó a arañar con su zarpa y ya no me permitió recobrar la serenidad hasta mucho más tarde.

Hasta que tomé la gran decisión.

Madrid, 1 de julio de 1939

Hacía calor. Julio había empezado cargando a Madrid con unos días apretados y unas noches caliginosas que dificultaban superar las mañanas sin sofocos y las tardes sin ampararse al resguardo de sombras, regándolas con abundancia de líquidos. Por la noche, contra la costumbre, los vecinos no sacaban las sillas a las aceras con un botijo y sus bocadillos, sino que permanecían al cobijo de sus casas. Con ello se comprobaba que el miedo era más fuerte que los sudores. Atreverse a la intemperie, aún más a la anochecida, era apostar por ser retenido, justificando papeles que no siempre servían y respuestas con las que no siempre era fácil acertar. Hacía calor, mucho calor, y los árboles desmayaban sus ramas como cada vez más viandantes caían desplomados en las calles o tenían que detenerse a medio camino y buscar asiento en un poyete o en un banco de madera —apenas quedaban en la ciudad; muchos fueron usados como leña en el asedio—, para recobrase de la asfixia y reponerse de los aullidos de los estómagos vacíos. De un hambre que no se saciaba, aunque ya se vieran suministros en las tiendas de ultramarinos y en algunos puestos del mercado. Pero lo que no había era con qué adquirirlos. La pobreza es la primera causa del hambre; la segunda es el miedo a seguir sintiéndola, inevitablemente. El mes de julio abrió la posibilidad de iniciar el veraneo para las familias que podían permitírselo, esas familias pudientes que viajaban a Santander, San Sebastián, El Escorial, La Coruña o Ferrol, puesto de moda porque habían cambiado su nombre por el de Ferrol del Caudillo. Y los menos potentados se desplazaban hasta los chalecitos de la Ciudad Lineal, las casitas de Carabanchel o el pueblo de sus mayores, si había medios para abonar el transporte en aquellas tartanas o autobuses que habían sobrevivido a los destrozos bélicos.

A la oficina de mi hermano seguía yendo todas las mañanas y él continuaba haciendo fichas y más fichas, encargándome ordenar los listados de vecinos a investigar. Con cada remesa de fichas se me arrugaba el corazón, temiendo encontrar entre los nombres el de Elena, y cuando acababa cada bloque sin hallarla, respiraba hondo, sin reparar en los demás ni entristecerme por el medio centenar de vecinos a los que aguardaba detención, malos tratos y, quizá, condenas a prisión o a la misma muerte. Puede que fuera por falta de sensibilidad, pero ahora creo que era solo egoísmo: no hubiera podido soportar leer el nombre de Elena Robles y tampoco sé qué habría hecho de encontrarlo. Quizá hubiera rasgado el papel, en un descuido de mi hermano, o no; nunca he sido un valiente, tampoco un hombre decidido. Todavía no sé a lo que me hubiera atrevido.

Al menos un día tuve una satisfacción: en el listado de presos a excarcelar encontré a Francisco. Se dictaba orden de dejarlo libre y devolverlo a casa, con las condiciones de que se le requisara el puesto de libros y revistas, que se incautaran todos sus bienes menos su casa y que no volviera a aparecer por la nuestra ni merodear por los alrededores, previo aviso de que al menor indicio de desobediencia o de colaboración sospechosa sería nuevamente preso y, de inmediato, juzgado. Pero no dejaba de ser una buena noticia. Libre. Francisco volvía a ser libre. Se lo tenía que agradecer a mi hermano.

—¡Francisco! Gracias, Julián.

—Agradéceselo a tu madre —respondió, seco.

—¿A madre? ¿Qué ha pasado?

—Nada. Son cosas entre ella y yo.

—¿Y no me lo vas a contar? Es también mi madre.

—¡Cállate, Vicente, y no me jodas más! —Su respuesta fue una orden cargada de ira—. Si ella quiere, que te lo cuente. Y ahora déjame en paz. Tengo cosas más importantes que hacer.

Tal y como le habían ordenado, él cumplió y apenas volví a saber nada de Francisco, aunque pasado el tiempo supe que tenía un puesto de limpiabotas en la plaza de Manuel Becerra y que todos le conocían como Paco el Comunista —sin duda se había popularizado el nombre de un modo jocoso, imagino—, y por su bondad y simpatía nadie se metió nunca con él ni la policía volvió a molestarlo.

Madre también se alegró al conocer la noticia de su liberación. Pero no le alivió la tristeza que yo seguía observando en su rostro cuando, sin ella saberlo, la miraba, dolorido.

Dedicaba las tardes a leer. Nunca me cansaba de hacerlo y de pensar en lo que leía. Todas eran lecciones de vida que, por no ir a la escuela, no había recibido de maestros y profesores; y que me iban enseñando a pensar, me adiestraban en el arte de conocer cosas nuevas y valorarlas. No sé en dónde leí que el mundo era muy grande, como un libro, y que quien no viajaba era como el que no pasaba de la primera página. Cada vez que leía el verbo viajar se me presentaba de inmediato la imagen de Elena, navegando los dos, no sé si huyendo o disfrutando del viaje, pero siempre con ella. Y si pensaba en lo que me había dicho, y también me aconsejaba Calatrava, echaba cuentas de cómo hacerlo, de dónde sacar algo de dinero para ponerla fuera de peligro y, a la vez, compartir la seguridad a su lado, como quería. En casa no había dinero, solo lo que aportaba Julián para atender las necesidades alimenticias y de higiene, y no sobraba nada para que yo pudiera sisar o escamotear algunos billetes. No era el camino, y en la oficina me daban cuatro perras para mis gastos de tabaco y poder convidar a Elena a una naranjada, de vez en cuando. Ah, y para ir con ella una vez al teatro.

Nunca habíamos ido y nos encantó. Fue al Fontalba, recuerdo perfectamente la obra, *El difunto es muy vivo*, y los actores eran Rafael Somoza y María Bru. No sé muy bien quiénes eran los autores, seguro que uno era Iquino; el otro puede que Prada, juraría que era él, pero no sé. Fue una hermosa tarde en la que olvidamos por un momento los miedos. Desde entonces, siempre he vuelto al teatro cada vez que me agobia algún problema.

En aquellos días, cuando empezaba a bajar la temperatura al anochecer, me gustaba pasear por Madrid. Elena trabajaba y yo no tenía nada que hacer ni adónde ir. Por eso había tardes en que me perdía en un tranvía y llegaba hasta su final de trayecto para luego tomar otro y volver al punto de partida. Y alguna vez para conocer las calles alejadas del centro, ver a la gente, contemplar cómo se relacionaban, observar cómo vivían. Eran mis otros vecinos madrileños, pero se parecían bien poco a los que compartían mi barrio porque los cercanos vestían mejor, no eran ruidosos en sus conversaciones y sus cuerpos no estaban tan esqueléticos ni en la cuenca de

sus ojos se apreciaba en exceso la necesidad. Una tarde tomé el Metro en la estación de Goya y seguí su ruta hasta Cuatro Caminos, ese itinerario que cruzaba Retiro, Banco, Sevilla, Sol, Ópera, Santo Domingo, Noviciado, San Bernardo y Quevedo hasta el destino de la línea en Cuatro Caminos. Y, no sé por qué, pero en cuanto entré en el Metro sentí que la simulación, la apariencia, era otro de los logros del nuevo régimen. No era difícil engañarme al pasar por las calles nobles que había recorrido paseando; pero en el interior de los vagones, donde se unía todo tipo de gente, se ponía en evidencia la miseria de la que me habían hablado. Según el convoy se acercaba a la estación de Sol, la mezcla se diluía en una uniformidad corriente, como de igualdad; pero después de seguir para viajar hasta Cuatro Caminos los vagones se iban vaciando de viajeros en las estaciones intermedias y al llegar a su destino solo se habían quedado los que evidenciaban su aspecto de desheredados, de vencidos y de desesperados. Mujeres de piel cuarteada, sin dientes ni ojos limpios; hombres mutilados, o con aspecto de tuberculosos, o acobardados; niños rapados al cero y sucios, con las rodillas llenas de costras, que miraban letreros escritos sobre las puertas de entrada y salida sin entender qué ponía en ellos; jóvenes sin porvenir ni fuerzas para salir a encontrarlo; adolescentes con tristeza de violadas o de madres prematuras; gente que reflejaba el pánico de volver a su casa, o el pánico de no llegar a ella. Entonces me supe un privilegiado.

Y sentí una rabia que a su vez me hizo ver con claridad mucho de lo que ignoraba hasta ese momento.

Por si ello no me hiciera pensar seriamente en la realidad que vivía, sin preguntarme por qué ellos no podían tener cuanto disfrutaba yo, al día siguiente se me terminó de revelar lo absurdo de lo que estábamos viviendo en un final de guerra inexplicable. Fue cuando mi hermano me obligó a asistir con él a una ceremonia iniciática que resultó conmovedora: en la iglesia del Carmen, en Chamartín de la Rosa, se celebró un bautizo colectivo de sesenta niños y niñas nacidos durante el periodo rojo en Madrid. Era un acto organizado por el llamado Auxilio Social y se denominó como «más niños para Dios y para España». Una celebración a la que asistimos una representación de los falangistas y algunas enfermeras organizadas por unas señoras, me parece que estaba entre ellas Pilar Primo de Rivera, junto a un

ejército de curas, un puñado de bebés, algunos niños entre dos y cinco años y, a su lado, sus padres, progenitores que asistían al ritual con la confianza de quienes saben que aquel evento representaba un salvoconducto en el nuevo tiempo y la garantía de que a partir de entonces podrían espantar los miedos presentes y las incertidumbres futuras.

El mes de julio empezó para mí envuelto en la confusión, mostrándome por primera vez aspectos inimaginables de una vida que, hasta ese momento, había vivido sin preocupaciones y sin hacerme preguntas. Unas preguntas que entonces se me presentaron todas juntas, de repente, revueltas y sin conocer las respuestas. Fue una mezcla de desconfianza, desagrado e incapacidad para integrarme en lo que veía, en lo que representaba para mí. Y una profunda incompreensión hacia los valores que defendía mi hermano y en los que yo no sabía cómo participar ni cómo creer en ellos. Con los valores se nace y se crece, no basta con beberlos luego de un trago y saciarse, hidratando la conciencia. Me decía a mí mismo que la ignorancia de la edad, la falta de estudios, el desgarró de los años enclaustrado en casa por el temor de mi madre, la falta de información y la ausencia de alguien a quien preguntar formaban un laberinto del que no podía salir, un marasmo que me incapacitaba para aclarar las ideas y tomar posición. Pero esas excusas no me satisfacían: podían explicar mi manera de pensar hasta entonces, pero nada justificaban. Sobre todo porque esas ideas me sentaban mal, como un traje estrecho o unos zapatos pequeños. Lo que surgía, a cada momento, era una infinidad de preguntas, unas dudas que, en fin, no estaba preparado para resolver. El que no sabe nada no duda de nada, cierto, pero la duda es el único camino para dar con la verdad. Si existiera, claro, porque la única verdad es que no hay una única verdad y que la verdad anda sobre la mentira como el aceite sobre el agua, ya lo dejó escrito Cervantes.

Todo era de una gran complejidad. Por una parte me negaba a abandonar a Elena a su suerte, expuesta a ser detenida en cualquier momento; por otra, no tenía edad ni medios para ponerla a salvo; y, por fin, no sabía si tendría agallas para huir con ella ni adónde, porque en ningún lugar de España estaríamos libres de peligro y viajar al extranjero no sabía cómo hacerlo. Y además, ¿a qué país?, ¿con qué medios?, ¿qué haríamos solos y alejados de todo lo que conocíamos? Tan complejo que cuanto más pensaba en ello, más

me inquietaba. Empecé a dormir poco y mal.

Hasta que unos días después dejé de dormir cuando supe lo que mi hermano Julián había descubierto sobre Elena.

Madrid, 8 de julio de 1939

—Quiero irme. Voy a irme de España.

—Por favor, Elena, no digas eso.

—No puedo vivir con miedo, Vicente. No quiero.

—No puedes irte.

—¿Por qué?

—No puedes irte... sin mí.

Esa conversación, mantenida tiempo atrás con ella en el Retiro, se repetía una y otra vez en mi cabeza. Lo había dicho tan seria, tan segura de querer cumplir sus deseos que no podía tomármelo como un pronto, como una simple e improvisada declaración de intenciones. Era la verdad, su verdad; y estaba decidida. Lo entendí muy bien. Lo que faltaba por saber era qué iba a hacer yo. O qué podía hacer.

Estaban abiertos al público en Madrid diez teatros: el Calderón, la Comedia, el Chueca, el Fontalba, el Infanta Isabel, el Maravillas, el Muñoz Seca, el Rialto, el Pavón y el de la Zarzuela. Pero el único teatro que presentaba un verdadero drama era el de mi insomnio, que me hacía pasar las noches en el duermevela donde sé entrelazaban las ideas negras y las peores pesadillas, obligándome a sudar más aún que lo que me afectaba lo caluroso de las noches del estío que en esos días apretaba intensamente. Y es que Julián me había obligado a cerrar la puerta del despacho y, al quedarnos solos, me ordenó permanecer de pie, en posición de firmes, ante él. Tenía los codos apoyados en la mesa, prietas las sienes entre las manos cerradas, entre los puños. Y de repente levantó la cabeza y me clavó los ojos con la intensidad con que se apuñala al toro en un descabello.

—Dime quién es en realidad tu pelandusca, esa con la que te has enredado.

—Elena. Se llama Elena. Y no es ninguna pelandusca.

—No, ya lo sé. Es mucho peor: es una comunista.

—No lo es.

—Comunista, socialista, me da igual. Una roja.

—Yo...

—Y tú un mal español.

No sabía qué decir. Su gesto era el que utilizaba cuando se enfrentaba a un enemigo. Su mirada, de hielo, era punzante como un carámbano incrustado en mis ojos, que se protegían parpadeando y cerrándose para aliviar la herida que les producía el arpón de su vista. Hasta que bajó los párpados y convirtió su disparo en ternura.

—Eres mi hermano pequeño. Y por tanto llevas mi sangre y te quiero mucho, Vicente. Pero tienes que entender que esto no es ningún juego.

—Ya lo sé.

—Pues siento mucho decírtelo, pero lo que de verdad tienes que saber es que aquí y ahora no hay hermanos, ni familia, ni nada. No puede haberlo. La patria está por encima de todos nosotros. De ti y de mí. Es el honor, hermano; la fe en Dios y en España. Si te tengo que fusilar, me dolerá mucho, pero lo haré.

—Yo no he hecho nada.

—¿Nada? ¿No has hecho nada? ¿De verdad lo crees? Para empezar eres un encubridor de los judeo-marxistas, un cómplice de la horda roja, un traidor a nuestra patria y a nuestros principios fundamentales. Sabes de sobra quién es esa zorra y no la has denunciado. Y además trabajas conmigo en la oficina responsable de las denuncias de milicianos, rojos y demás antipatriotas y canallas. No sé si te das cuenta de la gravedad de tu conducta.

—Yo...

—Y lo peor de todo es que a mí también me has traicionado.

—No. Yo no...

—¿Qué hago contigo ahora, eh? ¿Qué puedo hacer? —Julián se pasó la mano por la frente y pareció entristecerse, quizá dudando cómo seguir. Hasta que se recompuso, se incorporó en su asiento y volvió a helarme con la mirada —. Dime ahora mismo todo lo que sepas de esa zorra o sales de aquí derechito a la cárcel de Porlier hasta que te sometas a juicio. —La dureza del

tono de voz y la seriedad de su rostro me incendiaron las tripas—. Dime todo lo que sepas sobre esa puta republicana. Por tu bien.

Me derrumbé. No encontré fuerzas para resistir ni valor para enfrentarme a mi hermano. Conocía la cárcel y conocía a Julián: me enviaría a prisión sin el menor remordimiento, estaba seguro, sin considerar que era su hermano o que no tuviera nada que ver con cuanto me acusaba. Para él, diecisiete años era edad suficiente para ser un traidor, por lo mismo que en la guerra se habían alistado jóvenes de mi edad y los había visto morir o los había matado, dependiendo del uniforme que vistieran. O me rendía a su exigencia y decía todo lo que quería saber o no le importaría nada que me lo sacaran los carceleros en presidio cualquiera que fuera el método que emplearan para hacerme hablar. Había puesto sus ojos en Elena y quería cobrarse la presa, sin reparar en el precio. Aunque fuera verdad que me quisiera como hermano y que luego pudiera sufrir por las consecuencias.

—Elena es una buena mujer —insistí—. No te metas con ella.

—¿Una buena mujer? —cabeceó, irónico—. ¡Pero si no la conoces de nada! ¿Qué sabrás tú de lo que hizo durante la guerra? Yo sí, porque, para que lo sepas, tengo documentación bastante para saber que su padre era un asesino. Y la hija de un criminal es una criminal.

—¡Pero ella no tiene nada que ver con eso!

—¡Su hija! —repitió Julián, esta vez gritando—. ¡Es su hija! ¿Lo has oído? La hija que vivió con él, con la que compartió sus fechorías; a saber si participó en alguna saca de buenos españoles e incluso les pegó un tiro en la nuca en cualquier cuneta. Una mala perra...

—No. No lo dices en serio. Durante la guerra era una niña...

—Una hiena es una hiena tenga la edad que tenga. Pero ya está bien, ¡no te permito ni una disculpa más! O me dices lo que sepas de su pasado o ya sabes lo que te he dicho.

Tenía que decirle algo. Algo que lo tranquilizara, que le dejara satisfecho. Cualquier cosa. No importaba cómo, ni qué; lo único que sabía era que no podía permanecer callado porque en ese caso tomaría mi silencio como confirmación de sus acusaciones y la condenaría, pero tampoco quería perjudicar a Elena, lo que haría si confesaba cuanto me había dicho de su padre y de cuál era su modo de pensar. Tardé en responder, rebuscando el

modo de encontrar algo que, dejándolo satisfecho, calmara a mi hermano. Y entonces, por mi educación, supliqué a Dios que me facilitara una respuesta y la encontré precisamente en ello.

—Bueno, sé que no cree en Dios. Es lo único que dice. Cree que las religiones, todas las religiones, son supersticiones, o algo así. Dice que desde pequeña no le gustan los curas y que...

—¡Yaya cosa! —Julián se removió en la silla y dejó el lápiz sobre la mesa—. A mí tampoco me gustan los curas, hay muchos que son rojos y separatistas, y no por eso soy un ateo. Esa tontería la resuelvo yo metiéndola cinco años en un convento. Y cinco hostias. Pero no me importa si es católica, budista o adoradora del becerro de oro. Dime algo más: ¿es partidaria de Hitler?

—Ni idea.

—De Hitler, de Mussolini... El general Franco ha anunciado su adhesión al Pacto Antikomintern al que pertenecen Alemania, Italia y Japón. ¿Qué ha dicho de eso?

—Nada. No creo que sepa qué es eso. —Alcé los hombros y mostré mi sorpresa torciendo la boca—. Yo tampoco.

—¿Tampoco sabes que nuestro caudillo ha ordenado abandonar la Sociedad de Naciones, tal y como prometió a Mussolini?

—Yo... no. ¿Qué es la Sociedad de Naciones?

—¡Eres un burro! Te voy a poner a estudiar mañana mismo ¡O lee los periódicos, imbécil, a ver si te desasnas un poco! —Julián negó con la cabeza y se reclinó en su silla. Empezaba a fatigarle aquella conversación y seguramente albergaba serias dudas sobre mi implicación en cualquier asunto político y tampoco desearía cumplir sus amenazas contra mí—. O sea que tu compinche es tan inculta como tú. —Mi hermano volvió a negar para sí—. Bien, lárgate de aquí. Pero seguiré investigándola, Vicente; seguiré en ello. Y como descubra algo, por pequeño que sea, la fusilo. ¡Y a ti, también! ¡Quedas advertido!

Advertido, sí; pero aliviado. Recuerdo haber sudado más esa mañana que luego, en todo aquel infernal verano.

Parece ser que el 19 de mayo, poco después del Desfile de la Victoria, la Legión Cóndor alemana fue despedida en León con una declaración entusiasta

de agradecimiento de Franco, al igual que los italianos y los portugueses que habían colaborado con el ejército vencedor. Uno de esos actos que salían en los periódicos un día sí y otro también.

Mi única distracción era leer. Lo había hecho durante toda la guerra y ahora, casi todas las tardes, las pasaba leyendo en el cuarto de estar frente a mi madre, que cosía, o dormitaba, o entrecerraba los ojos y no sabía yo si meditaba o se reconcomía con algún pensamiento inconfesable.

—A ver si alguna vez dejas tanto libro —me dijo una noche mi hermano después de descubrirme leyendo varias tardes seguidas—. Que tanta lectura vuelve loco a cualquiera.

—A mí me gusta —le repliqué, defendiéndome—. Aprendo cosas...

—¿Aprendes? —sonrió, despectivo—. Pues a ver si me aclaras una cosa que me he hartado de discutir con unos camaradas cuando estábamos en el frente. ¿En dónde está enterrado don Quijote?

—¿Enterrado? —Fruncí los ojos, sin saber si hablaba en serio o bromeaba—. En ningún sitio. Es un personaje de novela.

—¡Anda ya! —insistió—. Pero si Cervantes escribió su biografía..., que eso sí que lo sé. ¡So listo! ¿Así que no lo sabes?

—Pero si...

—Tanto leer, tanto leer y eres un inculto.

—Don Quijote no existió, Julián.

—Te daba así. —Cruzó el brazo sobre su pecho y escenificó un sopapo—. Que no existió, dice el imbécil. Un día voy a echar todos esos libros a la hoguera. Te están atontando...

En casa había bastantes libros. En el cuarto de estar, en las baldas de la alacena, se apilaban más de cien, quizá doscientos. Y todo por mi padre... Él no leyó nunca, era un obrero pobre y casi analfabeto, pero peseta que ahorraba, peseta que gastaba en libros. Iba a la Cuesta de Moyano y algunos librerías, que ya le conocían, le recomendaban este o aquel libro, alguno demasiado caro para él, pero decía mi madre que a veces se los rebajaban, o se los vendían a plazos para poder adquirirlos. Compró muchos y con ellos me fui haciendo con unos conocimientos que de otra manera habría sido imposible

porque no fui a la escuela durante toda mi adolescencia. Conocí a varios autores españoles, desde Blasco Ibáñez a Clarín, desde Fernández y González a Emilia Pardo Bazán, desde Pío Baroja hasta Larra, Bécquer, Fernán Caballero, Lope de Vega, Moratín, Quevedo..., muchos; también a otros extranjeros, como Moliere, Shakespeare, Victor Hugo, George Sand, Alejandro Dumas, padre e hijo, Kafka, Tolstói, Emily Brontë, Melville, Marc Twain, Dostoievski..., no sé cuántos más. Leer no era solo un entretenimiento; para mí se convirtió en una afición que me ha acompañado toda la vida y me ha dado igual que algunas lecturas fueran malas y otras insoportables. De todo leí y de todo he seguido leyendo, aunque mucho menos en los últimos años. Esto me recuerda algo que escribió Diego de Torres Villarroel, ese salmantino del siglo XVIII, de mil setecientos y pico, que luego llegó a Madrid y se enamoró de la ciudad como todos los que llegaron a ella. Villarroel escribió que *«en las despensas de la retórica tienen los cocineros de libros cuantas sales, dulces y pimientas son poderosas para abrir las ganas del gusto a los lectores; pero ninguno ha sido tan dichoso que haya hecho una pepitoria generalmente agradecida a todos los labios. [...] El libro alegre es enfadoso a los tristes, el serio a los festivos, el grave a los ligeros, y en un mismo plato no se puede servir un manjar tan oportuno en que a un mismo tiempo se ceban con apetito la alegría y la tristeza, la pesadez y la agilidad, las risas y las lágrimas, los desenfados y las circunspecciones»*. Es cierto: no todos los libros que leía me gustaban por igual, unos más y otros menos, incluso alguno lo dejé sin terminar como esa novela célebre de Tom Sawyer o el tostón de «las memorias de un hombre de provincias», o algo así, de Tolstói. Tostón y Tolstói son parientes como vocablos. En cambio me gustaba mucho lo que escribía —y explicaba— Unamuno, un hombre al que creo que criticaron en Salamanca al empezar la guerra, o poco después. Recuerdo haber leído que tuvo unas palabras con el general Millán Astray, uno de nuestros héroes, y al pobre lo dejaron humillado y desconsolado. Se dijo que había dado un discurso, o una conferencia, en la Universidad de Salamanca hablando de las cosas de su profesión, y en un momento se le ocurrió declararse contrario a las ideas que el ejército nacional expandía por todas partes durante lo que Unamuno llamó «la guerra incivil», en especial las expresiones de odio y el uso de «la anti-España» para desacreditar a la República, a lo que un

fiero Millán Astray respondió con una frase que luego se ha repetido muchas veces: «¡Muera la intelectualidad traidora!». No es de extrañar, por eso, que mi hermano me criticara por leer tanto, quizá considerándome parte de esa «intelectualidad» a la que él, y los suyos, tanto odiaban. Pobre de mí; intelectual... ¡Si yo era de una ignorancia superlativa! Y si no hubiera sido por los libros que había leído, y los que seguía leyendo despacio para entenderlos bien (hay que leer como beben agua los pájaros: una mirada al papel y luego levantar la cabeza para digerir lo leído, decía Tierno Galván), mi incultura no sería menor que la que poseía el carbonero sin luces que vendía sus piedras negras a Francisco y que él nos traía a casa, a puñados pequeños, para caldear las habitaciones y que la abuela Rosario no tiritara de frío.

A veces me he preguntado por mi pasión por la lectura. No sé cómo nació, ni de dónde; lo único que recuerdo es que una vez la abuela, señalando la alacena donde se apilaban los libros de mi padre, me contó el cuento de que los libros eran iguales a los huérfanos en un orfanato, esperando a que alguien fuera a elegirlos y a adoptarlos, lo que para los libros significaba ser leídos. Y aquella historieta de la abuela me llegó tan hondo que decidí que tenía que adoptar uno de ellos y leerlo para que no se sintiera abandonado por todos. Quizá por suerte, o porque el azar no es tan caprichoso como dicen, el primero que leí fue *El jugador*, de Dostoievski, porque no era muy grueso y me gustó el dibujo de la portada, con tan buena fortuna que me entusiasmó, obligándome a leer otro, y otro, y otro... Y así hasta hoy, toda la vida, siempre.

El domingo siguiente me pidió Elena que entrara en su casa y pasáramos allí la tarde en vez de ir a ver, como teníamos previsto, la película *Mares de China* a la sesión de las cinco en el Palacio de la Prensa, protagonizada por Clark Gable, Jean Harlow, Wallace Beery y Rosalind Russell, y luego merendar cualquier cosa en la misma Gran Vía o en la plaza del Callao, donde habían extendido la terraza de una heladería.

Me sorprendió su petición, nunca me había dejado acercarme siquiera a su portal, pero la idea me gustó. Pasar la tarde con ella en su casa, solos, hablando de nuestros miedos y de nuestros anhelos, era un buen plan. Además hacía tanto calor en la calle que la penumbra de su casa resultaría un alivio.

Vivía en el piso bajo, en un interior, con las ventanas dando a un patio de luces por las que entraba una claridad tenue que ella misma había rebajado corriendo las cortinas para aislar lo más posible las habitaciones de lo caliginoso de la tarde de julio. A la entrada había un minúsculo *hall* con la única decoración de un calendario de pared sujeto por un cordel ahorcado de una alcañata oxidada. Las paredes estaban cubiertas de un papel pintado desgastado y resquebrajado por los bajos, superviviente de muchos años de servicio. Tras el *hall* se abría un cuarto de estar pequeño amueblado pobremente, con una mesa camilla como protagonista y un sillón de orejas tapizado en lo que debió de ser verde pálido y ahora no podía presumir de ningún color reconocible. Sobre la mesa, cubierta por un tapete de ganchillo circular amarillento, envejecido por el paso del tiempo, reposaban periódicos viejos, dos novelas a punto de desencuadernarse de temática romántica a tenor de sus portadas, un lapicero y un cuaderno desgastado. Al fondo, una silla de enea y junto a la ventana un cuadro representando un jarrón de flores y un pez a sus pies, extraña combinación. Las cortinas estaban hechas con retales estampados en tonos azulados y del techo colgaba una bombilla huérfana al final de un cable amarrado al techo alto, blanco, sin adornos de escayola. No recuerdo si las paredes de la estancia estaban pintadas o cubiertas con papel pintado (seguramente con papel también, como el *hall*); en todo caso, todo era austero, lúgubre, casi mortecino. No crecía la alegría en aquel cuarto, no, ni siquiera porque en los estantes de una minúscula librería estrecha de pie, con cinco baldas, aguardara su turno una botella demediada de aguardiente y tres o cuatro vasos de cristal, un cenicero, la cabeza de un don Quijote de arcilla y media docena de libros de los que no recuerdo sus títulos. Puede que ni siquiera me acercara a leerlos.

Tras una de las puertas del saloncito de estar había otra habitación, que era su dormitorio, y detrás de la otra un cuarto de aseo con lavabo, inodoro, un taburete y una bañera moteada por churretones marrones, con un grifo que goteaba de vez en cuando. En vez de papel higiénico había un clavo en la pared en el que se engancharon trozos de papel de periódico recortados con mimo, de idénticas proporciones y listos para cumplir su función. Azulejos blancos en las paredes y baldosas marrones en el suelo, la mayoría rasgados, vestían el aseo, y un ventanuco alto lo ventilaba.

Su dormitorio, cuando lo vi, me pareció el rincón más lujoso de la casa, tan humilde toda ella. Una cama amplia recubierta por una sábana blanca y una almohada; un aguamanil en un rincón, sin uso, tal vez de adorno porque no sostenía ninguna jarra con agua ni un trozo de jabón; un armario envejecido, muy grande; otra silla de enea, la pareja de la que había visto en el cuarto de estar, una mesilla de noche desnuda y otra bombilla ahorcada era todo el mobiliario del lugar destinado al descanso. No sé si sería el suyo o el de su padre, cuando vivía, porque no me pareció que hubiera otro dormitorio en el domicilio, aunque tal vez lo hubiera y no me lo quisiera enseñar.

Me invitó a que me sentara en el sillón y dijo que iba a la cocina a preparar café, lo que hizo yendo por un pasillo corto en el que no había reparado y en el que seguramente hubiera otra habitación, además de la cocina, desde la que le oí preparar tazas y cucharillas con el tintineo inconfundible de los enseres de loza y metal. Al cabo regresó con una bandeja que dejó sobre la mesa camilla, se disculpó porque se había quedado sin azúcar —quizá nunca la tuviera—, y me ofreció una taza temblorosa sobre un plato pequeño de la misma loza. Ella se sentó en la silla de enea y sorbió de su tacita un pequeño buche. Luego me sonrió y volvió a mirar el fondo de su taza.

—Luego te enseño la casa, si quieres.

—Si quieres tú...

—Bueno, no tiene nada que mostrar. Vivo aquí, nada más.

—Me gusta mucho —mentí; no podía hacer otra cosa.

—Sé sincero —me rogó, en un tono apagado—. Me gustaría que entre tú y yo siempre prevaleciera la sinceridad.

—Tienes razón, perdona —admití—. Pues sí, la verdad es que es fea, muy fea. Pero me gusta porque es tu casa, porque tú estás aquí, porque me has invitado a entrar y porque me muero por darte un beso.

—¿Y a qué esperas?

Hay ocasiones en que una frase que no esperas te paraliza como el veneno de una cobra, dejándote sin palabras, pensamientos ni capacidad de respuesta. Me sonrojé, volví a mojar me la lengua con un poco de café, porque se me volvió seca y dañina como una cuartilla de lija, y tardé en saber qué decir. De lo que estaba seguro era de que de ninguna manera me atrevería a levantarme,

acercarme y besarla. ¿Besar? ¿Cómo se besaba a una mujer? Entonces reapareció su afirmación de que quería sinceridad, sobre todo, entre nosotros, y lo confesé, no sin dejar de sentirme avergonzado.

—Es que no sé besar —callé un instante—. Nunca lo he hecho.

—¿Nunca has besado a una chica?

—¿Qué quieres? —traté de defenderme para salvar mi idea de la masculinidad—. He estado tres años encerrado. Y antes de la guerra tenía catorce años. Yo...

Elena no se burló. Al contrario, se levantó, vino hacia mí, me tomó una mano, me obligó a levantarme y se puso frente a mí. Yo estaba, al mismo tiempo, asustado y excitado. Y expectante.

—Ven. Te voy a enseñar —dijo. Y me condujo al dormitorio, como se arrastra a un condenado a las manos del verdugo. Pero era el camino a la más dulce de las muertes y la seguí embrujado como un cuerpo sin alma, o como persigue un polluelo cualquier pie, sin oponer resistencia alguna.

No puedo explicar con palabras el paraíso que descubrí después.

Dios existía, y se llamaba Elena.

En Madrid se inició ese día el movimiento de estatuas, despojándolas de su paisaje urbano, llevándolas de aquí para allá o haciéndolas desaparecer.

Elena, aquella tarde, dejó de ser la estatua emocional que conocía hasta entonces y su primer beso fue la espita que dejó correr la pasión de dos enamorados sacudidos por la fuerza de un millón de años de deseo. Sus labios fueron un vendaval en la mitad de la tarde en llamas.

La estatua de Mendizábal fue retirada de la plaza del Progreso. El protagonista de la revolución liberal española, político y hombre de negocios, no tenía cabida en el reconocimiento de los nuevos gobernantes, sobre todo a instancias de la Iglesia, por ser el causante de la *desamortización* que mermó los bienes eclesiásticos.

Tras los besos, inacabables, infinitos, inigualables e inimaginables para quien no sabía lo que era besar ni ser besado, como era mi caso, Elena no se detuvo: uno a uno fue desabotonando mi camisa y me desnudó de ella, convirtiéndome en un cuerpo que a veces tiritaba y otras temblaba como si

hubiera nacido el invierno. Entonces sumó a los besos las caricias a lo largo de mi espalda, y empecé a notar que retiraba de mi cabeza toda idea, cualquier pensamiento, desamortizando lo que tenía de hombre para convertirme en lo que ella quisiera, sin reparo ni disgusto por mi parte, ya rendido.

La estatua de Lope de Vega fue trasladada desde la plaza de Rubén Darío a la de Isabel II, por capricho o por mera estética, nadie lo explicó.

Elena me arrastró de la puerta del dormitorio a la cama, dejándome caer en ella sin dejar de mirarme, acaso por capricho, o porque le parecía hermoso verme tendido sobre las sábanas blancas de aquel lecho tan solitario y vacío durante tanto tiempo: pura estética, no lo explicó ni supe preguntárselo.

El monumento a los héroes del Dos de Mayo fue conducido desde la glorieta de Quevedo a la plaza de Alonso Martínez, en este caso con un gran festín de honores y orgullo patrio, pasión nacional y deseo de glorificar la efeméride. Yendo la de Quevedo desde Alonso Martínez a la plaza de su denominación en el nomenclátor de Madrid, lo que parecía certero y adecuado.

Ella parecía sentir el placer recorriendo toda su espalda, desde la nuca hasta el coxis, la pasión y el deseo conduciendo cuanto hacía. Sin dejar de mirarme, contemplándome como el sediento descubre el nacimiento de un riachuelo en la cumbre del mundo, se empezó a desanudar los botones de la blusa con mano temblorosa, incierta. Uno a uno, despojándose de ella y despejando un sostén grande que guardaba el universo. Después, tras dejar caer la blusa al suelo, se desabrochó el sujetador y mostró que la bóveda del cielo es un borrón en la creación comparándose con la belleza que le pertenecía solo a ella y que ahora iba a compartir conmigo.

El monumento a los Mártires de Cuba fue eliminado del parque del Oeste, sin explicación alguna. Un hermoso monumento con cuatro columnas que sostenían el orbe, coronado por un ángel con las alas desplegadas sobre la bola del mundo, tan bello e imponente que merecía ser adorado.

El resto de su ropa también cayó al suelo. Y abriendo los brazos, como un ángel despliega sus alas, se echó sobre mí e inició el más inenarrable acto de amor que jamás nadie ha podido expresar con palabras. Perdí el sentido, me dejé llevar, me arrullé entre sus brazos, dibujé con mis manos todos los perfiles de su universo y sentí posarme sobre el orbe, de todo un mundo

tendido bajo mi cuerpo, el suyo, el mío, el nuestro. Nuestro territorio con vocación eternal. El mundo que te rodea se esfuma en lo indistinto, Italo Calvino *dixit*.

La estatua de Rosales, que estaba en el paseo de Calvo Sotelo, denominado después paseo de Recoletos, fue a adornar el paseo de Rosales, también decisión comprensible. Como es de comprender que las cosas se ordenen para estar en el sitio en que deben estar.

Como Elena y yo estábamos donde debíamos estar, consumiendo la tarde de aquel domingo rebosando miel y sudor, enajenados de un amor que ya no tendría fin.

Ni siquiera cuando mi hermano quiso convertir en dolor la felicidad que tan pocas veces regala la vida.

Madrid, 19 de julio de 1939

Leí en algún lugar, puede que en algún periódico o en la reseña de algún historiador —Payne, Gibson, Ricardo de la Cierva, Fosi, Viñas, Riquer o algún otro de los estudiosos de estos tiempos—, que el 17 de julio de 1939 el general Queipo de Llano había protestado públicamente porque se había concedido la Laureada de San Fernando a la ciudad de Valladolid pero no a Sevilla, culpando al «centralismo de Madrid», a los «carreristas políticos» y sobre todo a la Falange, en clara referencia a Ramón Serrano Suñer, el cuñado de Franco, y al falangismo que todo lo podía sin que nadie pusiera cortapisas ni trabas a sus desmanes y tropelías, a sus intrigas e imposiciones. El cuñado del dictador se sintió tan ofendido como el resto de los suyos y respondió de inmediato con dureza, afirmando: «Si las cosas continúan como hasta ahora, es natural que tontos frágiles como juguetes de barro se conviertan en héroes», refiriéndose al general que protestaba. Entonces Franco llamó a Burgos a Queipo de Llano «a consultas» y, para quitárselo de encima y apaciguar a Suñer y a la Falange, le ofreció enviarlo a Roma al frente de una misión militar duradera, poniendo fin así al *virreinato* que tenía en Andalucía desde los inicios de la Guerra Civil. Queipo de Llano aceptó a regañadientes, resignándose a quedar confinado hasta el viaje en un hotel de Burgos y, por ver si remediaba lo que ya era imposible, expresó en público su lealtad al Caudillo. Fue sustituido por el general Saliquet al frente de la Capitanía General de Sevilla. Se acabó. Su carrera se acabó y su poder quedó reducido a nada. Pero la primera crisis había estallado dentro del nuevo orden y a la larga germinaría en una ruptura entre las familias franquistas.

Nunca se comprobaron las causas de la ira del dictador ni de quienes mantenían intacto el poder bajo su amparo, aunque se supuso que la cuestión

de fondo era que Franco había recibido una carta del coronel Juan Beigbeder, Alto Comisionado de España en Marruecos, según la cual se aseguraba que Queipo estaba involucrado en un complot que tendría su epicentro en el protectorado marroquí y que perseguía formar un Directorio militar que acabase con el indeseable poder de la Falange. Se insinuaba que en el complot también estaría mezclado el ministro de Instrucción Pública, el monárquico Pedro Sainz Rodríguez, que acababa de dimitir de su cargo. En la carta, Beigbeder le decía textualmente a Franco :«*Yo me atrevo a sugerirte en nombre de tu misión providencial, que es tu derecho divino, que liquides toda esa infamia... Tu fuerza está en el pueblo español y en la fe que tiene en ti la masa y los que se han batido. Puedes esculpir España a tu gusto [...] y si tienes tú esa fe y conservas la humildad (comprendiendo que eres un hombre y que Dios te ha elegido) el éxito es seguro*». Se sospechó que otra de las razones de la destitución de Queipo fue que, sin permiso de Franco, el militar había volado a Berlín para recibir allí a la Legión Cóndor, lo que causó una profunda irritación en el dictador.

Una irritación que se sumó a la que compartió mi hermano Julián, más por las acusaciones contra la Falange que por lo del viaje a Alemania, algo que ni le iba ni le venía. Una ira que no disimuló cuando leyó la noticia y que le revolvió las furias hasta pagarlo con cuantos estábamos a su alrededor. Dos días pasó enfurruñado y vilipendiando a Queipo de Llano hasta que encontró a alguien cerca y débil para volcar su rabia.

Y ese fui yo.

—¡Lo sabía, imbécil! —empezó a gritarme en nuestro despacho, mientras Calatrava y yo andábamos distraídos en otra cosa, conversando sobre el buen funcionamiento del Ford T y la extrañeza de que nadie lo hubiera reclamado—. ¡Tu novia es una roja!

—Yo no tengo novia, muchacho —bromeó Calatrava con Julián—. Algunas actrices ligeras de cascos, alguna jovencita, alguna republicana sin un pedazo de pan que llevarse a la boca... Pero novia, lo que se dice novia...

—No hablo contigo, camarada. Se lo decía a mi hermano.

—¿Elena? ¿Elena, una roja? —Mi ceño se frunció por lo imprevisto de la acusación en ese momento y alcé los hombros—. ¿Qué dices?

—Exactamente. Te dije que lo investigaría y aquí tengo los informes. ¡Más

roja que Dios!

—No lo es, Julián —repliqué, muy firme—. Te equivocas. No puede ser verdad.

—¿Ah no? —Golpeó la mano sobre una carpeta de su escritorio—. Aquí lo tengo todo: durante estos años ha estado colaborando con las Juventudes Socialistas, fue la novia de un rojo y todos saben en el mercado que su padre era un criminal anarquista.

—Pero...

—¡Ni se te ocurra rechistar! ¡Voy a ordenar su detención y que sea juzgada por alta traición! Esa zorra no se me escapa.

—No puedes, Julián —supliqué—. No puedes hacerlo, por favor. La quiero con toda mi alma...

—¡Tú qué vas a querer! Te has metido entre sus faldas, nada más. Querer, se quiere a la patria y a la familia; a España y a la Falange. Lo tuyo es solo lujuria y pecado de crío, nada más. Llevas un uniforme que no te mereces. Porque, ¿sabes lo que es ser falangista? Mírame a mí: mitad monje y mitad soldado.

—Entonces comerás solo media ración —se burló Calatrava con su eterna sonrisa desde el fondo del despacho, en donde seguía la bronca que me rociaba como lluvia de barro.

—¡Tú, cállate, Calatrava! —vociferó entonces Julián y se enfrentó también a él—. Y que sepas que me estás decepcionando mucho. Eres un buen amigo y un buen camarada, pero cada día veo en ti más superficialidad y menos patriotismo, menos compromiso con los nuestros, con nuestros ideales sagrados, y menos fe de compañero. Te estás convirtiendo en un pequeñoburgués detestable.

—Ya será menos, Julián —negó Calatrava, sacudiendo la cabeza, poniéndose serio por una vez—. Lo que pasa es que no todos somos unos fanáticos como tú. Parece que te alimentas del daño que haces con tu trabajo.

—¡No te consiento!

—¿A mí? ¿Y por qué no me lo vas a consentir? Te tengo un gran aprecio, camarada; incluso te quiero como a un hermano. ¡Pero no olvides que soy tan patriota y falangista como tú, aunque nos diferencie que yo no ando rebuscando piojos en el pelo de cualquiera! Anda y relájate, camarada, que

para mí te estás convirtiendo en un cazador de humo. —Calatrava volvió a negar y se acomodó en su silla, poniendo los pies sobre la mesa. Y, volviendo a sonreír de esa manera tan suya que le hacía simpático, seductor e inofensivo, añadió—: El otro día lo estaba pensando... ¿Sabes en qué te pareces a un cazador, Julián? En que comes de lo que matas.

—¡Vete de aquí ahora mismo! —Se puso en pie mi hermano y le señaló con el dedo, como si le acusara de la culpa de un asesinato—. ¡Estás despedido! ¡No quiero volver a verte por aquí!

—Vamos, hombre... Estás imposible. No aguantas una broma.

—¡Sal de aquí! —repitió, esta vez con más energía. Y, volviéndose hacia mí, ordenó—. Tú, imbécil, ¡quédate!

Calatrava se levantó despacio, de mala gana, y se encaminó a la salida. Antes de salir, se volvió a mi hermano.

—Y ahora me abrirás un expediente, claro. Pues no se te olvide añadir que te salvé la vida dos veces, una en Guadalajara y otra en el frente del Ebro, por si se te ha olvidado. Puede que quieras demostrarme que no hice bien...

—¡Vete a la mierda!

Lo peor de todo fue que Calatrava dejó a mi hermano más airado y rabioso de lo que ya estaba, por lo que imaginé que lo que se me venía encima sería demoledor. Me senté en mi mesa, acobardado, esperando el dolor inmenso que estaba a punto de provocarme.

—¿Y contigo qué hago, gilipollas? ¿Ordeno tu detención o te olvidas de esa zorra?

—Haz lo que quieras —repliqué, envalentonándome, sin esperármelo yo mismo—. Total, ya lo veo, haces siempre lo que te da la gana...

—¿Te vas a olvidar de ella?

—No.

—Bien. Márchate de aquí. Ya te enterarás de lo que decida. Vete a casa y cuida de tu madre, que está cada día más enferma. Lárgate y no vuelvas por mi despacho hasta que te lo ordene.

Así lo hice. Al irme me reconfortó haber observado que, por lo que fuera, sudor, enajenación o mala leche, Julián tenía la camisa hecha un guiñapo. Y el

tío se había vestido con sus mejores galas porque poco después tenía que asistir, como director de su Oficina Nacional de Información Patriótica, al ceremonial que se celebraba en el paseo de coches del Retiro para la bendición y entrega de estandartes a la CNS, la Central Nacional Sindicalista, en la denominada Fiesta de Exaltación del Trabajo. Y por la tarde a la gran reunión religiosa con motivo del inicio de las obras de reconstrucción del monumento al Sagrado Corazón de Jesús en el Cerro de los Ángeles, demolido por «la barbarie roja», decía la prensa después. Hay momentos en que uno se siente orgulloso porque al otro le va peor que a uno, no sé si por la maldad que anida en las tripas y de vez en cuando asoma su peor rostro o porque estaba tan enfurecido con las amenazas de Julián que me alegraba por cuanto de vergonzoso pudiera ocurrirle, en ese caso el ridículo de su uniforme descuidado y desaliñado.

Volví a casa dando un paseo. Era uno de esos días en los que el sol, implacable, coagulaba el aire. Deseando llegar junto a mi madre, me detuve no obstante en un puesto de bebidas y refrescos de la calle de Ibiza y bebí de dos tragos un vaso grande de granizado de limón y medio litro de horchata, recién traída de Valencia según aseguraba el cartón mordisqueado por el tiempo que, atado con un cordel al soporte del techado, lo informaba con una letra de colegial desatento y sin el menor sentido de la uniformidad ni proporción de las letras mayúsculas y minúsculas, ni tampoco de una correcta ortografía. Decía que había «*orchata de Valencia Recie probenida de la misma ciudad Lebantina*». Reclamo aparte, era la horchata más exquisita que nunca probé en Madrid.

El mismo quiosco u otro similar continúa existiendo en los alrededores de aquel.

Pero antes de llegar a casa recapacité y comprendí que tenía que avisar a Elena del peligro que suponía el descubrimiento de mi hermano y la amenaza que recaía sobre ella. Tenía que advertírselo de algún modo, aunque no sabía cómo hacerlo. Si iba yo mismo a su casa, podría ser delatado como cómplice; si iba al mercado para avisar al señor Mateo para que, a su vez, se lo transmitiera a ella, podría suceder algo similar: no tenía confianza con él y no sabía de qué bando estaba; y no conocía a ninguna otra persona cercana a Elena. Buscando el modo de cumplir con el aviso, me senté en un poyete de un

escaparate y traté de encontrar la respuesta.

Francisco. La respuesta era Francisco. ¿Quién mejor que él para llevar un recado a Elena? Tenía que encontrarlo.

Pero nadie supo darme referencias de él. O no le habían vuelto a ver desde el final de la guerra o quienes sabían de su liberación de la cárcel no le habían visto porque no andaba por el barrio. Desaparecer no es un acto de desesperación, sino de supervivencia. Él había desaparecido para seguir vivo, aunque no es verdad que se pueda cambiar de vida sin dejar alguna huella, al menos en la memoria de alguien. Y yo estaba seguro de que ese alguien era mi madre, pero no me atrevía a preguntarle. Por lo que dijo Julián, había llegado a algún tipo de acuerdo con ella, un pacto secreto del que nada se me había dicho, por eso supuse que mi madre no me diría nada de Francisco, y solo por preguntarle la pondría en un compromiso que no merecía. Así es que lo descarté, pensando en quién más podría darme alguna información sin comprometerse. Y de repente pensé que para esconderse el lugar más seguro es la propia casa: yo había permanecido oculto casi tres años.

Lo encontré donde imaginaba. Tardó en abrir —de hecho oí sus pasos livianos al otro lado de la puerta y el mínimo aullido de la mirilla al descorrerse para buscar a través de ella quién le buscaba—, y se lo pensó un rato. Quizá tardó en reconocermé. Pero finalmente oí su voz preguntándome qué quería, sin abrir, y solo lo hizo cuando le aseguré que solo saber cómo estaba.

Al abrir, me invitó a pasar y cerró de prisa tras de mí.

Había envejecido mucho. Tenía la mirada apagada y el rostro cuarteado como si se le hubiese contraído el miedo y la vida empezara a despedirse de su espíritu siempre jovial y entrañable. Juraría que había menguado su estatura y encorvado su espalda. Sus labios, finos, apenas se abrían al hablar, y se le habían caído algunos dientes. Me hizo pasar al cuarto de estar y me indicó que me sentara en el taburete que tenía debajo de la ventana. Olía a trastienda de viejo almacén. Olía a soledad. Olía a miedo.

—Te prometo —empezó a decirme— que jamás he faltado el respeto a tu madre.

—Lo sé —repliqué.

—Te juro que nunca ofendí a tu padre, ni rocé a tu abuela, ni hice mal a

nadie de tu familia.

—Lo sé, Francisco. Lo sé.

—Créeme, Vicente. —Se limpió la nariz con un pañuelo, una nariz que goteaba como la de un anciano en invierno—. He llorado muchas noches pensando que tu hermano ofendía a tu madre con acusaciones tan injustas. ¿Cómo está ella?

—Bien —le tranquilicé—. Está bien.

—Tu abuela murió.

—Sí.

—Yo también estoy muerto desde que lo supe.

—Murió tranquila, señor Francisco. No pene.

—Murió sin saber que la quería.

—No. Murió de tanto como le quería a usted —le dije, con lágrimas en los ojos. Unas lágrimas compartidas con su tristeza húmeda—. Murió de pena, señor Francisco. La abuela Rosario murió angustiada, segura de que a usted lo asesinarían.

—Pobre...

—Sí.

—Y ya ves, Vicente. Sigo vivo. ¿Para qué?

—Porque morir no es una opción, señor Francisco. No lo es. No es una decisión de valientes; es una locura de cobardes.

—Ya...

—¿Trabaja usted?

—Me han ofrecido un cajón de «limpia» en Manuel Becerra. En cuanto tenga fuerzas para volver a la vida, limpiaré zapatos. Pero esos días, esas fuerzas, todavía no llegan...

—Tiene que recuperarse. Hay que animarse.

—Sí, puede que tengas razón. —Volvió a limpiarse la nariz—. Morir no es una opción, como tú dices. Pero ¿acaso lo es vivir? ¿Tú lo crees de veras?

No supe qué contestar. Me mantuve en silencio durante un rato mientras él bebía agua, contaba los baldosines que pisaban sus pies, dejaba resbalar una gota más de agua de su nariz y movía los labios como si debatiera consigo mismo algún indescifrable enigma. No me acostumbraba al olor a cerrado, a agonía, a miedo, a resignación. No sé a qué huele la indefensión, la tristeza, la

rendición; pero debe de oler así.

—Señor Francisco.

—Sí.

—Necesito que me haga un favor. No sé a quién pedírselo. Y usted...

—Si puede ser...

—Llevar un recado.

—¿A tu casa? No puede ser, no me dejan acercarme.

—No. A una mujer. Tiene que saber que está en peligro; van a detenerla y no ha hecho nada. Debe huir o esconderse.

—¿Vive lejos?

—Detrás del mercado.

—¿Es tu novia?

—Sí. Bueno, todavía no hemos hablado de eso...

—Déjalo de mi cuenta.

Le di un papel que había escrito antes, lo dobló seis veces hasta convertirlo en un cuadrado del tamaño de un sello de correos o poco más y se lo llevó al bolsillo.

—Dame su dirección.

—Es Elena Robles. La conoce usted bien.

—¿Elena? Ya, claro. Una buena chica. Morirá...

—No diga usted eso...

—Morirá. Solo sobreviven los hipócritas; y ella no lo es.

A los soldados italianos que habían luchado al lado de los vencedores les acompañó Ramón Serrano Suñer en su viaje de regreso a su país. Y cuando en Roma se entrevistó con Mussolini le informó, por encargo de Franco, de que España no podría entrar en guerra si se producía un enfrentamiento con Francia e Inglaterra, que por lo menos necesitaba tres años para volver a prepararse militarmente, aunque no dudara de que «España estará al lado del Eje, porque le guiará el sentimiento y la razón. Una España neutral estaría condenada a un futuro de pobreza y humillación», así que no lo sería, pero tampoco podría aportar fuerzas de ejército si empezaba la confrontación europea. Para confirmar esa convicción de estar en contra de los países que se

enfrentaran a Alemania e Italia, yo mismo le oí decir el 5 de junio en su discurso burgalés durante el Consejo Nacional de Falange y de las JONS que España había logrado vencer a la horda roja a pesar de los deseos de las «falsas democracias», como lo eran Gran Bretaña y Francia, y contra la masonería y el comunismo. Y lo repitió un mes más tarde cuando, en otra recepción, le aseguró al embajador de Italia que no lo dudara, que Francia «nunca podrá estar tranquila respecto a España» y que «en las presentes condiciones no podría afrontar una guerra europea», pero que, si estallaba, su neutralidad sería favorable al Eje y España y él no serían «ajenos al conflicto» porque su régimen no sobreviviría a la victoria de esas democracias, de ello estaba seguro. Así lo aseguró, literalmente, y así ha quedado recogido por la historia.

Noticias como aquellas llenaban los periódicos y a mí me interesaba cada vez más leerlas, estar informado, porque ya empezaba a rondar por mi cabeza la idea de huir con Elena y tenía que acertar con el destino más seguro para los dos. Si, como se rumoreaba, podía producirse una guerra europea, no quería volver a vivir otro enfrentamiento; si no se producía, no me fiaba de nadie, porque incluso en Francia había —se decía— partidarios de las ideas de Hitler. Por eso leí con cada vez más avidez los periódicos de cada día, intentando aprender aspectos que hasta entonces me habían resultado próximos y agobiantes pero, en definitiva, ajenos.

Cuando llegué a casa aquel día, antes de la hora de comer, mi madre estaba sentada en el sillón, dormitando. Su aspecto no era bueno. La palidez se había impreso en sus mejillas y no respiraba bien. De vez en cuando tosía un poco y se removía en el sillón. Tardó en darse cuenta de que había entrado en casa, de que estaba frente a ella, observándola, y cuando lo hizo se levantó de un brinco, como si le hubiera provocado un gran susto, y balbució:

—Ah, Vicentito. Ya estás en casa. ¿Quieres comer ya?

—Cuando usted quiera.

—Enseguida está.

—¿Está usted bien, madre?

—Muy bien, sí. —Volvió a toser y se alisó el delantal, para disimular su afección—. He preparado lentejas y salchichas. ¿Vendrá tu hermano a comer?

—No lo sé, madre. Pero, dígame, ¿de verdad está usted bien?

—Claro, hijo. —Se volvió en dirección a la cocina—. En un pispás pongo la mesa.

Y se fue. Por primera vez contemplé en ella un abatimiento que no sabría describir.

Madrid, 30 de julio de 1939

—Es por su bien, madre.

—Hijo...

—Por su bien.

Julián lo aseguró con la firmeza que le caracterizaba cuando se erigía en amo y señor de cuanto le rodeaba. Mi madre lloraba, sin gemir, y las lágrimas se deslizaban por sus mejillas pausada y silenciosamente, rendida a una decisión a la que era incapaz de oponerse. Yo no sabía lo que ocurría; les oía desde mi dormitorio, pero ignoraba de lo que estaban hablando. Imaginaba muchas cosas, aunque ninguna de ellas era cierta. Solo empecé a entenderlo cuando mi hermano, golpeando la mesa, alzó la voz ordenando que dejara de gimotear igual que un perro abandonado.

—¡Deje ya de llorar, por Cristo! —vociferó—. ¡Ya lo hablamos y usted estuvo de acuerdo!

—Pero tan pronto... —replicó ella, apenas sin voz—. Nunca dijiste que fuera tan pronto...

—El suficiente —aseguró—. Aquí el cabeza de familia soy yo y hago lo que creo mejor para usted. Bastante hemos esperado ya.

—Hijo. Yo... Si al menos pudiera...

—¡Basta ya! —Volvió a golpear la mesa con la mano abierta, sin dejar que mi madre opusiera alegato alguno a su disconformidad—. Está usted enferma y en el sanatorio de la sierra podrá vivir tan ricamente hasta curarse. Además acordamos que la casa sería para mí. O sea que vaya a preparar una maleta con lo que tenga que llevarse porque mañana a primera hora vendrá un coche del servicio para llevarla.

Las súplicas de mi madre quedaron vacías como cántaros rotos. Aun así,

insistió:

—Yo quiero seguir en mi casa, Julián. No me eches, por favor... No lo hagas.

—¡Quedamos en eso!

—Me sentí tan... —A mi madre no le salían las palabras. Sabía lo que quería decir pero no encontraba cómo hacerlo—. Me obligaste.

—¡Yo no le obligué a nada! —repitió, indignado—. ¡Le dije que pondría en libertad a ese cerdo de Francisco si a cambio aceptaba que la enviara a curarse! ¡Y aceptó el trato!

—Quiero morir aquí, como tu padre y la abuela...

—No se va a morir.

—¿Y tu hermano? También es la casa de tu hermano.

—De eso ya hablaré con él.

Por fin lo comprendí todo. Lo que Julián había urdido era quedarse con el piso familiar a cambio de la libertad de Francisco y de esta manera lo conseguía. No le importaba nada ni nadie, ni mi madre ni yo. Solo él mismo. Y la excusa de la enfermedad de mi madre, que luego resultó no ser tal porque murió al poco, pero no de tuberculosis como decía él, o tisis, que era el modo de denominar popularmente a esa enfermedad tan corriente entonces, ese subterfugio no fue nada más que la argucia de que se sirvió para lograr su deseo, porque la realidad es que su muerte, ocurrida apenas un mes después, se produjo por suicidio, no sé si a causa de una depresión, una honda tristeza, o porque al fin comprendió que ya nunca podría esperar nada de la vida. En el sanatorio de Navacerrada extendieron un certificado de defunción que aseguraba que había fallecido a causa de una parada cardíaca, sin más. Ningún otro detalle. Solo una enfermera, treinta años después, se atrevió a relatarme la verdad.

Cuando acabó aquella conversación y mi madre se dirigió a su habitación, quizá a preparar la maleta, salí al cuarto de estar y le pregunté a mi hermano qué había sucedido, porque había oído parte de la conversación y no comprendía a qué se debía la marcha de mamá. No se inmutó. Sentado en el sillón, más bien desparramado en él con los pies sobre la mesa de centro, encendió un cigarrillo y expulsó a las alturas el humo de la primera bocanada.

—A ti no te importan estas cosas.

—Es mi madre —le dije—. ¿Cómo no van a importarme?

—Pues tú prepárate. Porque ya he decidido lo que voy a hacer contigo.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Dentro de unas semanas, lo antes posible, te irás como voluntario a cumplir tus deberes con la patria haciendo el servicio militar. Serán tres años, así es que en lugar de detenerte como cómplice de esa zorra que pasa por ser tu novia procuraré dos cosas: que te destinen lejos de Madrid, a África o a las islas Canarias, y que te traten de modo que el servicio a la patria se prolongue con prórrogas, arrestos y detenciones hasta que tú firmes ante un notario la renuncia en mi favor de los derechos sobre tu mitad de esta casa. Porque esta casa va a ser mía, ¿lo has entendido?

—Eres una víbora, Julián. Una auténtica víbora.

—No lo sabes tú bien.

—Y un cabrón.

Me marché de casa mientras se me saltaban las lágrimas. Lo último que vi en él fue una sonrisa de satisfacción que invitaba a estrangularlo despacio, muy lentamente, igual que se deshace el hielo a la sombra de un ciprés en agosto.

Lo que supe después, hablando con Calatrava mientras daba una vuelta en el coche para terminar de dominar la conducción —de hecho ya lo hacía muy bien, me sentía cómodo al volante del Ford T—, fue que mi hermano estaba furioso por lo sucedido unos días antes, el 27 de julio. Estaba tan indignado y ebrio de rabia que solo aplacaba su ira destrozando la vida de los demás, por eso había adelantado el momento de la expulsión de mi madre de casa y había forjado el plan para alejarme de Madrid.

La causa de su estado febril —lo supe entonces— fue enterarse de que ese día su amigo Gabaldón había muerto asesinado. Viajaba en su coche con una hija de dieciséis años y un conductor cuando, en la carretera de Extremadura, a la altura de Talavera de la Reina, sufrió un atentado y murieron los tres. Él era comandante, el comandante Isaac Gabaldón, y por su pasado como quintacolumnista en Madrid durante la guerra había sido recompensado con un puesto en primera línea de la limpieza de rojos en la ciudad como encargado

del archivo de la masonería y el comunismo, en el que trabajaba en muchas ocasiones codo a codo con Julián, enviando la documentación que elaboraba a los fiscales de los consejos de guerra. Mi hermano, al igual que otros altos jefes militares y autoridades del nuevo orden, consideró que el atentado era un desafío imperdonable y se orquestó un amplio proceso de persecución, detención y ejecución de cuantos pudieran resultar cómplices o sospechosos del triple asesinato, un número desmedido de detenidos y fusilados, tuvieran o no que ver con el atentado. Con el tiempo se supo que el verdadero causante de la acción había sido un grupo de antiguos soldados republicanos, como los de otras actuaciones similares de maquis que se negaban a la rendición, pero en aquel momento poco importó la verdad, solo afloró la venganza. Julián estaba furioso por la muerte de su compañero y amigo y la manera de desahogarse fue aquella. Calatrava tampoco lo entendió muy bien, pero ya sabía cómo era mi hermano y se limitó a contármelo sin juzgarlo, únicamente explicando la causa del mal humor que tenía él aquellos días.

Leí aquella tarde en el periódico *ABC* una noticia cuyo significado no alcanzaba a comprender, aunque parecía ser un gran logro para España y para los vencedores de la Guerra Civil. Una de esas noticias que me animó porque pensé que las cosas podían tranquilizarse un poco. La información decía así: «Anoche, a las once y veinte en punto, entraban en el Banco de España cinco camiones de matrícula francesa conducidos por chóferes de esta nacionalidad; contenían 26 783 000 dólares en oro físico, constituido por monedas de veinte dólares cada una. El peso del oro es de 44 589 kilos [...]. El balance de libros del Banco de España, en 31 de diciembre de 1931, comienzo del periodo fatídico de España, eran 2526 millones, que fueron materialmente robados por el gobierno rojo».

Quizá con ello se rebajara la penuria de tantos madrileños hambrientos y desesperados, pensé. Que se repartiera el dinero o se pagaran mejores salarios y a más gente. Podía ser agradable empezar a dejar de ver las huellas de la miseria por todas partes. Y que la gente pudiera recobrar el color del rostro y la esperanza del espíritu, las lentejas y el carbón cuando llegara el invierno; y disfrutar todos de la ciudad. También de un nuevo parque donde

pasear y ver brotar las calenturas de la primavera, porque leí en la tercera página del diario que iban a comenzar las obras del parque del Oeste, informando de que el alcalde de Madrid, el señor Alcocer, había hecho público el propósito del ayuntamiento de comenzar inmediatamente las obras de reconstrucción del parque, del que apenas quedaban vestigios a consecuencia de la tremenda lucha sostenida con los rojos a través de sus frondas durante casi tres años. Acompañaba a la información una fotografía de los destrozos del que llamaban «parque martirizado», que daba cuenta del estado de ruina en que se encontraba en ese momento.

Al salir del portal vi a Francisco en la esquina con la calle Don Ramón de la Cruz, disimulando malamente con un cigarrillo en las manos y exhalando el humo a las alturas.

Con otro aspecto, hubiera parecido un policía de servicio o un proxeneta protegiendo a una de sus pupilas en un servicio a domicilio, pero con su pantalón raído, su camisa de cuadros rojos y las alpargatas de esparto que alguna vez fueron blancas, la imagen de pobre y desarraigado que proyectaba era inconfundible. Un aspecto como el que ya había visto en el Madrid de calles rotas, edificios heridos, tripas de casas, esqueletos de naves, huesos de iglesias, tierras horadadas y socavones lunares, un Madrid bombardeado y hastiado de tanta guerra. Quizá por ello salieran tantos madrileños a saludar a las tropas vencedoras sin euforia, con curiosidad, sin saludar al estilo romano hasta un par de días después, cuando se impuso la coreografía del nuevo régimen. Calles y plazas que sobrevivieron a duras penas, como la del Carmen, Caballero de Gracia, Cibeles, Mayor, Montera, Antón Martín, Preciados, Toledo, Alcalá, Segovia, Atocha, Prado, Delicias, Ayala, Princesa, Neptuno, Plaza Mayor, Estación del Norte, Aeropuerto de Barajas... Y almacenes como SEPU, supervivientes, y tiendas como Electricidad Moreno, en la calle Libertad, 27, o cafeterías como Rodilla, nuevas; sus encantos, como la boca del metro de Callao; sus emblemas (la diosa Cibeles y el rey Neptuno tapados y protegidos de los bombardeos), el descuidado y asolanado parque del Retiro; el mutilado oeste de la ciudad desde Moncloa al parque del Oeste y la Ciudad Universitaria, trincheras de guerra, frentes de combate casi

siempre inactivos. Un Madrid que conservaba su geografía pero que había perdido su elegancia, su distinción, su atractivo, su galanura. Solo quedaba el cosmopolitismo del Hotel Palace, madriguera de corresponsales extranjeros y camarote de embajadores y espías, de bebedores de *whisky* mientras se derretía la ciudad a bocados de bombas que mordisqueaban esquinas de edificios y entrañas de casas deshabitadas. Y luego las escaleras y estaciones del Metro, el refugio de los madrileños desarmados, aterrados, pacientes, resignados. Ancianos, mujeres, niños y hombres que solo querían vivir, sobrevivir, alcanzar algún final, cualquiera que fuera. Por eso, tras el golpe de Estado de Casado y Besteiro, rindiéndose a Franco, la mayoría de los madrileños bajó los brazos, alzaron los hombros y suspiraron sin caer en la rabia ni en la euforia, recuperando la respiración tras la hartura de una guerra interminable, perdida ya desde los últimos meses, innecesaria y cruel como solo los vencedores la saben hacer: implacables, fieros; verdugos por venganza, escarmiento o revancha.

A la entrada de los primeros camiones y tanques del ejército vencedor se los miró con curiosidad; a las primeras unidades armadas, de falangistas y moros, con temor; al primer regimiento, con indiferencia. Hasta que empezaron a alzarse brazos, en saludos romanos (de simbología fascista) y aplausos tibios y prolongados, por si eran observados y ponían en peligro su apariencia de adhesión. Y, de pronto, banderas, muchas banderas y ovaciones, los quintacolumnistas a la calle, y tras ellos los hartos de la guerra que los siguieron como si con ello obtuvieran un salvoconducto al sosiego. Madrid, la ciudad herida, asediada, bombardeada, rendida (que no tomada) entregó lo que era porque había dejado de ser el último reducto de la República de España. Una ciudad en reconstrucción para volver a ser lo que siempre fue y le habían robado. Madrid tenía que volver a ser eterna, y a ello se entregaron todos los madrileños supervivientes; y a los que permitieron sobrevivir.

Como habían dejado vivir a Francisco. Con ese aspecto en reconstrucción que tardaría en volver a vestirse de limpio, o de domingo, como se decía entonces. Le vi al salir del portal, justo en la esquina donde había un puesto de melones de Aranjuez con un enorme cartel que aseguraba que se vendían «a cata y cala / ninguna pieza sale mala»; y él me vio también a mí, porque me hizo una señal para que le siguiera con un leve movimiento de la cabeza y se

adentró en la calle por la que debía ir tras él.

Hasta la calle de Montesa no se detuvo y allí me esperó ante el hospital cercano a la plaza de Manuel Becerra, su nuevo territorio permitido. Entonces me saludó sin un apretón de manos ni una sonrisa. Solo dijo:

—Tengo un recado para ti.

—Dígame, señor Francisco.

—Elena. Que si puede verle, señorito.

—¡Elena! ¿Está bien? —Los ojos se me iluminaron un instante, hasta que se me pasó por la cabeza que me iba a decir a continuación que había sido hecha presa—. ¿En dónde...?

—Está bien, sí, bien... —me tranquilizó Francisco al observar mi inquietud—. Pero ha tenido que dejar su casa y anda por ahí, vagabundeando. Tiene miedo.

—¿En dónde puedo verla?

—El recado que me ha dado es que va a estar en el Retiro esta tarde, al fondo del estanque, entre la espesura de la arboleda. A las cinco. Eso ha dicho. Y que se lo diga por si no la va a denunciar y todavía quiere usted verla.

—Gracias, Francisco. Claro que quiero verla. Dígaselo usted, por favor.

—No. Yo no volveré a verla. ¿Va a denunciarla, señorito?

—Pero ¿cómo puede usted...? No, ni hablar. ¿Cómo se le ocurre? Y sí, sí la veré. Muchas gracias, amigo mío.

Don Francisco Marcos Aguirre, ministro del Ecuador; el coronel Arturo Bray, ministro del Paraguay; don Antonio Álvarez Vidau, ministro del Salvador; don Teódulo Pina Chevalier, ministro de la República Dominicana; don Enrique E. Buera, ministro del Uruguay; el conde Herculani, presidente de la misión extraordinaria de la Soberana Orden de Malta; y así... Eran los mandatarios extranjeros que presentaban sus cartas credenciales a Franco en aquellos últimos días de julio, ante los que la prensa se volcaba como si fueran las grandes potencias las que reconocían el nuevo régimen que, poco antes, había pactado con el Eje Berlín-Roma-Tokio una alianza contra las «caducas democracias» mundiales, Francia, Inglaterra, Estados Unidos,

Holanda... Era un servicio de propaganda que llenaba de orgullo a los que sentían que volvía a reír la primavera. Y los periódicos daban cuenta de ello con distintas fotografías, un gran despliegue informativo, reseñas de uniformes de gala y sonrisas complacientes. A mí aquellas noticias me dejaban indiferente, en realidad no sabía lo que significaba una presentación de cartas credenciales, pero lo leía todo con mucho interés porque no sabía en qué momento podía hablarme de ello mi hermano y tenía que demostrarle que estaba al corriente, en un intento desesperado para que mostrara alguna indulgencia conmigo o al menos no mostrara ese desafecto hacia mí que empezaba a percibir con preocupación. Y con un poco de miedo también, no lo niego. Incluso se lo hice saber a Calatrava, pero él, con quien estrechaba más y más mi relación día a día, tendía a desentenderse de Julián y a asegurarme que era su carácter, solo eso, y que antes o después se le pasaría, seguro, que para eso éramos hermanos. Aunque, a decir verdad, nunca terminó de convencerme.

Caín y Abel también eran hermanos. En nuestro caso, yo era Caín, pero él no era Abel, desde luego. Lo pienso ahora porque significa que la fraternidad no es ninguna garantía de amor y complicidad, y en tiempos de guerra, menos. Como tampoco lo es en los meses o años que se suceden tras acabar una guerra civil porque, a diferencia de una confrontación entre países distintos, la posguerra es más cruel que la misma contienda. Cuando termina una guerra civil, en realidad no acaba. Empieza otra, mucho más repugnante, la del ajuste de cuentas, la represalia, la limpieza social y la depuración individual. Una guerra civil, como la española, ha tardado décadas en firmar el armisticio, suponiendo que haya llegado a firmarse y a dejar de helar el corazón, como advertía Antonio Machado, al españolito que viene al mundo.

A las cinco en punto de la tarde estaba en el parque, tras el estanque, esperando ver aparecer a Elena. Hacía mucho calor, pero mi corazón estaba congelado, otra vez. Y cuando la vi, sentada en un tronco, cerca del verdín del estanque demediado, con los codos apoyados en sus rodillas y la cara en sus manos abiertas, corrí hacia ella para abrazarla y posar un beso interminable en su frente.

Una leve sonrisa fue su respuesta. Luego, una lágrima cayó desde sus ojos a la tierra, que la engulló sedienta.

Madrid, 3 de agosto de 1939

«La dimensión de nuestra Cruzada, los heroicos sacrificios que la victoria encierra y la trascendencia que ha tenido para el futuro de España esta epopeya no pueden quedar perpetuados por los sencillos monumentos con los que suelen conmemorarse en villas y ciudades los hechos salientes de nuestra historia y los episodios gloriosos de sus hijos. Es necesario que las piedras que se levanten tengan la grandeza de los monumentos antiguos, que desafíen el tiempo y el olvido...».

Sería por ello que unos meses después, el 21 de octubre, cuatro días después de haberse instalado en el Palacio de El Pardo, el general Franco anunció su gran proyecto del que sería conocido como el Valle de los Caídos. Y allí en plena sierra de Guadarrama se levantó una enorme cruz de 200 metros de alto, para que fuera visible para todos los viajeros. El 1 de abril de 1940, primer aniversario de la victoria, se promulgó el decreto por el que se erigía este monumento a los caídos del *bando nacional*. Fue leído por el coronel Valentín Galarza, subsecretario de la Presidencia del gobierno, en el mismo lugar en que se iba a construir, ante los miembros del gobierno, jefes de Falange, generales y cuerpo diplomático que habían acudido allí encabezados por el general Franco después del desfile de la Victoria. En el preámbulo del acto se leyeron párrafos como el anterior. Y en la historia se ha relatado que «la obra fue encomendada al arquitecto Pedro Muguruza a partir de una idea del propio general Franco, que pretendía vincular su época con la de los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II. En un principio se previó que la obra duraría doce meses. A la larga, tardaría dos décadas y se convertiría, después de la caza, en la mayor obsesión privada de Franco. En su construcción se emplearon veinte mil presos republicanos».

Era jueves, era 3 de agosto y era rubia la tarde. Elena y yo estábamos sentados sobre un tronco caído, también vencido durante la guerra, al borde del estanque, mirando al infinito, con las manos recogidas en el regazo y los labios sellados, incapaces de decir lo que cada uno quería exponer sin que sonara a impostura o atrevimiento. Eran deseos crecidos en el corazón sin haber cruzado los ríos del cerebro y, por tanto, sin saber ninguno de los dos si se trataba de una utopía o de algo posible. Alguna vez había oído decir que una utopía es un deseo irrealizable en el momento de su formulación, pero que quizá no fuera tan ilusoria en un futuro. Pero incluso así yo quería decirle que nos fuéramos lejos, muy lejos de Madrid, solos, juntos, sin planes, sin saber qué sería de nosotros, ni siquiera adónde; que la vida decidiría por nosotros y que estando unidos seríamos invencibles, como los personajes de las novelas románticas que acababan muertos, pero enterrados uno al lado del otro, para confesarnos a Caronte por nuestros pecados y, absueltos, nos diera el mejor sitio en su barca. En eso pensaba, sin atreverme a decírselo, cuando ella interrumpió mis pensamientos.

—Sigo teniendo mucho miedo —musitó, y encogió los hombros como cierra las alas una mariposa para protegerse el pecho, el corazón, la respiración, la angustia.

—Lo sé —repliqué—. Hay motivos.

—¿Me matarán?

—No lo sé —dije lo contrario de lo que pensaba, para no aumentar su pánico—. Pero detenerte, sí. Eso quieren ellos. Mi hermano, el primero.

—Mucho miedo —repitió. Y se tapó la cara con las manos. Seguramente intentaba no llorar, pero no le obedecieron los ojos.

En las escasas aguas pútridas del estanque jugueteaban chispas de sol como hadas al escondite, apareciendo y desapareciendo con el vaivén de las minúsculas olas con que la brisa suave mecía las aguas estancadas, verduscas, malolientes. Entre las ramas de los árboles se colaban espadas de luz solar, iluminando recodos y destacando piedras, floreciendo restos de césped crecido que sobrevivían a la canícula de la tarde agosteña. Las lágrimas silenciosas de Elena, en el paisaje, eran como un otoño desubicado, a

destiempo, intempestivo. Llorar es en ocasiones una impertinencia a la sombra de un sentimiento que no concuerda con el entorno. Y esa extravagancia me llenó de dolor. Le dije:

—Quizá no pase nada. Ya sabes que mi hermano habla demasiado. A lo mejor es una bravuconada.

—No —aseguró ella—. Ya me han dicho que un hombre muy raro ronda por mi casa. De paisano.

—Ya... Puede ser. No lo sabía.

—¿Qué puedo hacer, Vicente? ¿Qué? —Su mano se aferró a mi antebrazo en una súplica de auxilio a la que no tenía forma de acudir para socorrerla.

—Tenemos que pensar algo...

—Yo ya lo he pensado —dijo, en voz baja. Y luego alzó el tono—. Pero no me atrevo a decírtelo.

—¿Porqué?

—Porque no me debes nada, Vicente. Y creo que es una locura para los dos. Y sobre todo para ti.

Sus palabras me intrigaron. No sabía lo que había pensado, ni siquiera lograba imaginar qué podía ser, pero ya que lo había dicho, ahora quería escucharlo. Aunque solo fuera la curiosidad la que se había asomado a la punta de mis dedos y de mis oídos.

—Dime lo que sea. Dímelo.

—¿De verdad? Quizá sea una ingenua...

Asentí con firmeza. Y entonces Elena me miró, estudió mi actitud, se convenció de que lo decía en serio y respiró hondo antes de desvelarme el plan que había pergeñado. Pero antes de explicarse, quiso sincerarse.

—No pudiste no darte cuenta...

—¿De qué?

—De que no era virgen.

—¿Cómo?

¿Virgen? ¿Qué quería decir con ser virgen? Ah, sí —recordé haberlo leído en alguna novela—: Doncella. Eso era lo que me decía. Bueno, ¿y qué? ¿Acaso tenía importancia? El caso era que no podía decirle que, tratándose de mi primera vez, no habría podido distinguir si lo era o no. En realidad, apenas supe lo que estaba haciendo hasta que después, horas más tarde, deduje lo

sucedido. Luego ya lo aprendí, conocí la diferencia y supe cómo distinguirlo, pero en aquel momento no supe cómo responder.

—Sabes a lo que me refiero. —Elena fue directa, se mostró muy segura.

—Claro —mentí, por no quedar mal. Aunque es muy posible que se diera cuenta de mi ignorancia y no lo tomara en consideración. Por eso insistí—: Pero ¿por qué me hablas ahora de eso?

—Porque no quiero que ignores nada de mí. Quería hablarte de Santiago.

—Santiago. ¿Quién es Santiago?

Y entonces, sin mirarme apenas, fue desgranando lentamente la respuesta.

—Lo conocí hace tres años, nada más empezar la guerra, y nos enamoramos.

—Hace tres años...

—Sí.

Y a partir de esa afirmación empezó a contarme que se habían conocido en un mitin de las Juventudes Socialistas, que él era socialista y que, aunque ella todavía no sabía lo que pensaba, aquellas miradas disimuladas, aquellos ojos claros, aquella personalidad y liderazgo, le impedían apartar los ojos y los pensamientos de Santiago, un hombre de diecinueve años que, aun sabiendo que ella acababa de cumplir los dieciséis, no dudó en corresponderle. Y empezaron una historia de amor de la que todavía sentía rasguños en el alma. Santiago era un líder, organizaba la captación de nuevos afiliados y, dos semanas al mes, vestía el uniforme y combatía en la defensa de Madrid en la Ciudad Universitaria. Fue su primer y único amor, a veces dormía con él y otras paseaban de la mano sin recato, desde la sede de Claudio Coello hasta la casa del Pueblo de Chamberí, en donde él se dirigía a los militantes y animaba a los más jóvenes, recién afiliados. Nunca la obligó a apuntarse a las JJ.SS. ni le pidió nada más que amor. Fueron dos años maravillosos hasta que una tarde, en la que él estaba con unos compañeros sentados en una terraza de la Gran Vía, pasó uno de esos coches abigarrados de quintacolumnistas, de fascistas, y ametrallaron desde aquel vehículo a toda velocidad a cuantos estaban allí sentados. Santiago murió en el acto, tres balas le destrozaron el cuello, el pulmón y el corazón, y ella ni siquiera se atrevió a ir a su entierro porque no podía creerlo, ni siquiera le lloró, solo se sintió más sola que nunca en el mundo. Ahora se sentía sola, otra vez. Pero lo que quería decirme era

que tenía que comprender que, aunque me quería mucho, todavía tenía el corazón sangrando por Santiago, aunque desde que me había conocido había experimentado un creciente alivio porque ya no se sentía tan sola, notaba secarse los pespuntos de su cicatriz, y podía ser porque tal vez me amaba, no estaba segura, tal vez. Que deseaba convencerse de que era verdad.

—Solo quería que supieras que no eres el primero, Vicente.

—Eso no me importa. —Negué con un movimiento de cabeza—. De verdad. Lo que me importa es que no puedas llegar a quererme como le quisiste a él.

—Dejemos correr el tiempo, ¿vale? —respondió—. A lo mejor puede llegar a ser. Al menos, te aseguro que me encantaría.

—Gracias.

Aquella historia ni me impresionó ni siquiera me afectó; tampoco me produjo clase alguna de reticencia o de celos. Lo único que no comprendía era eso de los quintacolumnistas y los disparos desde un coche. Era algo que nunca había oído.

—No has salido mucho de casa, ¿verdad?

—No. Sinceridad por sinceridad, te diré que mi madre me ha mantenido escondido durante toda la guerra. Le aterraba la idea de que me llamaran y me alistaran en el ejército.

—Yo no tengo madre. Nunca sentí tenerla —asintió compungida, sin reparar en el pavor familiar a mi alistamiento con los republicanos—. Pero me habría gustado tanto tener a alguien que me cobijara... Como a ti.

—Ahora puedes contar conmigo, Elena. Te lo juro.

—Sí, sí... Gracias. Lo sé. Ella murió tan joven...

No supe cómo consolarla ni alejar esos pensamientos que le nublaban la tarde. Así es que, después de permanecer un rato en silencio para respetar su duelo, pensé que lo mejor sería volver al principio de la conversación y pedirle que me hablara del plan que había urdido, de esa «utopía», como ella lo calificaba. Me miró, sonrió triste, pero, recuperándose, empezó a contármelo. Y según lo oía, no salía de mi asombro.

¡Qué plan! Era perfecto.

Ese día había publicado el diario *ABC* en la portada la más escalofriante fotografía que podía imaginar. Un grupo de campesinos escuálidos, hambrientos, famélicos, todo huesos y resignación, removían con azadones una tierra vestida de vegetal que incluso así se intuía reseca y doliente, fea, descuidada. Los campesinos y las mujeres que los acompañaban fingían sonreír, seguro que el fotógrafo se lo había pedido, y a la foto le acompañaba un texto que más parecía un insulto que una información descriptiva. Decía: «*Entre Humanes y Griñón, en terrenos de la provincia de Madrid que pertenecieron durante la guerra a la zona nacional, se está haciendo actualmente la recolección de la patata. He aquí, sorprendido por nuestro fotógrafo, un grupo de hortelanos ocupados en esta interesante labor campesina.* (Foto V. Muro)». Tal cual, «interesante labor campesina». Todavía no he podido olvidar esa frase humillante, interesada, falsa, insultante.

Como tampoco olvido, punto por punto, el proyecto que había elaborado Elena para huir del peligro. Se puso a hablar y lo explicó despacio, muy segura de sí misma, como si se tratara de la resolución de un problema de álgebra o de un teorema desbrozado paso a paso hasta hallar lo que finalmente se quería demostrar.

El plan consistía en un conjunto de cuatro acciones que debíamos llevar a cabo entre los dos.

La primera consistía en garantizar nuestra seguridad en el viaje allá adónde fuéramos y después, en donde nos instaláramos. Para ello tenía que valerme de mi trabajo en la oficina y, aprovechando alguna ausencia de mi hermano, redactar dos salvoconductos a nuestro nombre, uno al suyo y otro al mío, declarando que viajábamos en misión oficial para realizar un intercambio de prisioneros en algún lugar, a ser posible del extranjero. Lisboa podía ser un buen sitio para escoger. Con esos dos salvoconductos, sellados y firmados por mi hermano, al que tendría que falsificar la firma, nos sentiríamos seguros cuando nos diera el alto la Guardia Civil o algún grupo que nos buscara fuera de Madrid.

Lo pensé y asentí. No sería difícil para mí obtener esos documentos falsos: eran muchas las horas que permanecía solo en la Oficina y a mi disposición

había cuartillas con membrete oficial, sellos de caucho, sobres con remite oficial y máquina de escribir.

—Sí —afirmé—. Puedo intentarlo.

—Tendrás que ser muy valiente.

—Lo seré. Te lo juro.

—Entonces, sigo...

La segunda acción era más compleja, pero a buen seguro podría realizarla sin levantar sospechas. Se trataba de decir una noche que me apetecía salir a dar un paseo porque tenía mucho calor y quería refrescarme, pidiéndole a Calatrava las llaves del coche que usábamos. Ella tendría preparadas las cuatro cosas que llevaríamos como equipaje y nadie sospecharía nada hasta la mañana siguiente, cuando se dieran cuenta de mi ausencia. Lo ideal, añadió, era que vistiera uniforme de falangista, para darle más verosimilitud a cualquier mal encuentro en el camino. Quedaríamos a medianoche, en el lugar que acordáramos, y también ella buscaría una camisa azul y una boina roja, disfrazándose también de miembro de la Falange.

—No sé. ¿Y si Calatrava no me deja el coche?

—Tendrás que intentarlo.

—Bueno. Lo haré. A ver qué pasa. Sigue.

La tercera parte del plan era llegar a Lisboa, en un día o poco más, tomar un barco a cualquier destino y embarcar, llegar adonde fuera: Argentina, Brasil, Chile o Inglaterra; seguro que fuera de España estaríamos a salvo. Mi hermano no me reclamaría antes de esos dos días: primero pensaría que me había enredado con una fulana esa noche y seguiría dormido en su burdel, o en algunas de las casas de citas que ya existían en Madrid, la de O'Donnell, 27, o en Casa Marta, en Doctor Castelo, o en la casa de la tía Lola, en Regueros, 6, o en cualquier otra. Y tras pasar el día investigando mi paradero en ellas, ordenaría buscarme en algún hospital. Como no me encontraría, dictaría entonces una orden de búsqueda, pero para entonces ya estaríamos lejos, muy lejos, en el extranjero. El inconveniente de la aduana lo pasaríamos sin dificultad con los salvoconductos, porque además el control en Portugal lo ejercían «los Viriatos», los voluntarios portugueses que habían participado en la guerra de España junto al bando nacional, porque Salazar no tenía tropas suficientes para aliarse con Franco y se limitó a permitir labores de espionaje

a favor del dictador y a facilitar la creación de ese grupo de voluntarios que se autodenominaron así, «los Viriatos», en recuerdo y homenaje al histórico general luso. La única dificultad del viaje era encontrar gasolina para llegar hasta Lisboa, pero Elena aseguró disponer de casi mil pesetas ahorradas, lo que facilitaría por completo la reposición del combustible.

—Sí. Con ese dinero, llegaríamos.

—Eso creo yo.

—Sí.

Quedaba una cuarta pata a la silla de su plan: el más difícil de resolver. ¿En dónde se ocultaría ella hasta el momento de la partida? Porque no le era posible volver a su casa, no tenía parientes ni amigos en los que confiar ni se atrevía a hospedarse en una pensión porque todos los huéspedes eran identificados y se pasaba el listado a diario a la policía. De ese modo, localizarla sería cuestión de horas, o de un par de días como mucho. Pero dormir allí mismo, en el parque, al raso, vagabundeando día tras día, sería peligroso y terminaría siendo presa fácil de los guardianes del orden y de los buscadores de rojos, que abundaban en aquellos días. Tampoco era una solución.

Dicho esto se me quedó mirando, intentando descubrir qué me parecía lo pergeñado para irnos juntos. Y ante mi asombro, mi silencio, mi boca entreabierta y mi respiración contenida, optó por preguntármelo.

—¿Qué piensas?

Tardé en recobrarle. Y en buscar la respuesta. Por mi cabeza pasó la película de la trama como si se tratara de un relato de ficción, tan increíble como verosímil. Era perfecto. No podía fallar. Si aceptaba el reto, llegaríamos a nuestro destino y a conquistar la libertad. Me limité a decir:

—Bien.

—¡Qué entusiasmo! —Por el tono comprendí que no se tomó bien mi aceptación. Debió de pensar que me burlaba, o que la consideraba una demente—. O sea que no te gusta... ¡Dilo!

—Al contrario —aseguré—. Me parece perfecto.

—Quién lo diría.

—Que sí, que sí —aseguré, contundente—. Por los salvoconductos no hay problema; por hacerme con el coche, tampoco: incluso ahora ya sé cómo

conseguir las llaves, suelen estar en el aparador de la entrada, en mi casa, no te digo más. Y lo de llegar hasta Lisboa, que no sé a cuántos kilómetros está de aquí, pero bueno..., seguro que es posible. Y teniendo además esa cantidad de dinero que dices..., no habría problemas.

—Entonces, ¿lo hacemos?

—Sí, sí —afirmé sin pensarlo dos veces. Sus ojos brillaban, los míos seguramente también, pero mi cabeza continuaba nublada, asimilando lo oído e intentando ponerlo todo en orden—. Lo único...

—¿Qué?

—Que hay que escoger la noche. Deberíamos aprovechar un viaje de mi hermano, o que Calatrava tuviera algún plan. Imagínate que quisiera acompañarme, por salir también a pasear. No sé.

—¿Marchó tu madre?

—La echó Julián, sí. Se fue hace unos días. Y también eso, querría despedirme de ella.

—No me parece seguro —replicó Elena—. Ahí se podría descubrir todo el pastel.

—Sí. Puede que tengas razón. Mejor escribirle cuando llegemos adónde vayamos.

—Sí. Es lo más prudente. Y luego está lo de mi refugio. ¿Qué crees que puedo hacer?

—Déjame pensarlo.

—¿En dónde está tu hermano?

—¿Hoy?

—Sí.

—Me parece que en Griñón. Han erigido en la plaza del pueblo un monumento en memoria de los muertos de la 18.^a División, porque al parecer se batieron muy bien contra los rojos, al mando del coronel Ríos Capapé y...

—¡No me cuentes historias! —me interrumpió, nerviosa—. ¿Cuándo volverá?

—Esta noche, supongo.

—Entonces tenemos que darnos prisa. Mañana volverá a ordenar buscarme.

Fue el primer momento de la tarde en que observé que Elena estaba muy

excitada. Una vez explicado su plan, y convencida de mi conformidad con él, tenía prisa por llevarlo a cabo. También se me ocurrió pensar que quizá no terminara de fiarse de mí, pero pronto lo descarté porque en ese caso no me habría detallado sus propósitos, nuestros propósitos, con tanta naturalidad. Pero que sus nervios estaban a flor de piel resultaba evidente, y yo no sabía de qué manera podía tranquilizarla. Aunque el recuerdo de la ausencia de mi hermano me dio una idea que empezó a crecer como enredadera por las paredes de mi cerebro, una idea arriesgada pero que podía ser eficaz. Decidí pensarlo un poco más antes de hablarlo con ella. Elena seguía inquieta, ahora se mordía los labios y no dejaba reposar las manos, alisándose la falda, tocándose la nariz, rascándose la nuca y vuelta a los pliegues de la falda, removiéndose continuamente en el asiento del tronco en el que estábamos. Hasta que se levantó, dio dos vueltas sobre sí misma y volvió a sentarse.

—Tranquila, Elena. Tengo una idea.

—¿Seguro?

—Deja que lo piense. Déjame.

—Como quieras, Vicente. Pero ¿no ves que tiemblo? Quiero seguir viva... Quiero vivir... Ay, ay...

El lamento, no sé por qué, me trajo a la memoria una frase de León Felipe que había leído poco antes: *«Creo que la Filosofía arranca del primer juicio. La Poesía del primer lamento. No sé cuál fue la palabra primera que dijo el primer filósofo del mundo. La que dijo el primer poeta fue: ¡Ay! ¡Ay! Este es el verso más antiguo que conocemos. La peregrinación de este ¡Ay! por todas las vicisitudes de la historia, ha sido hoy la Poesía»*.

—Tranquilízate. Ahora no es el momento de ponerse nerviosos. Tenemos que estar como siempre: calmados, serenos. Sosiégate. Si no permanecemos tranquilos, sospecharán.

Madrid, lunes 7 de agosto de 1939

Durante el fin de semana volvimos a vernos dos veces.

Elena me dijo el sábado que había pernoctado en el mismo parque del Retiro, en un recoveco tras el palacio de Cristal, resguardada entre arbustos de un verde apagado y árboles de ramas bajas y hojas grandes. Dos guardas pasaron cerca de ella al amanecer, despertándola con sus pasos recios de viejos soldados de la guerra con Marruecos y sus trajes de pana desgastados, con la guerrera abierta por el sofocante calor que ya se sentía al alba. Fue para ella una noche larga, amedrentada por todos los ruidos de la medianoche, fueran correrías de ardillas —si aún quedaba alguna—, el desplome de alguna hoja seca impulsada por la suave brisa de la alborada, el crujir de maderas o pasos fantasmales de alguien a quien no pudo ver. Por eso el sábado estaba triste, con la mirada apagada, el gesto adusto y los ojos ribeteados por unas ojeras oscuras que daban un aspecto macilento a su rostro, tan hermoso como siempre pero más demacrado, afilado, sombrío y marchito.

Esperaba mis noticias con ansia.

—Tendrás que aguardar un poco más —le dije nada más verla, confiando en que pudiera resistirlo.

—¿Hasta cuándo? —Cerró los ojos, en señal de conformismo o tal vez de resignación.

—Mañana te diré algo. Te lo prometo.

—¿Me sacarás de aquí? —Entonces su mirada había cambiado, se había desvestido de aceptación y cubierto con el manto menesteroso de la súplica.

—Te sacaré —asentí. Y me sentí mayor, poderoso, decisivo. Aun así noté la hostilidad que hervía tras su aparente calma, del mismo modo que se percibe el hielo bajo la nieve, duro y liso. Ella, como diría Joseph Roth^[12],

«en aquellos momentos vivía dentro de una nube, en la aureola grisácea y opaca propia de los mártires que soportan toda clase de dolorosos suplicios por motivos ridículos y con un absurdo objetivo». No podía saber si me quería o me odiaba, si confiaba o desconfiaba de mí, porque en su vida parecía haber más dolor que amor, y no le faltaban motivos.

Elena estaba sola, y confiar en mí era un acto de fe gratuito que comprendí enseguida. Y se lo dije:

—Tienes que fiarte de mí. Por favor.

No respondió. Sus húmedos y pálidos ojos dejaron escapar una lágrima a modo de respuesta. Recuerdo cómo brillaba aquella lágrima al resbalar por su rostro contrito, nunca podré olvidarlo.

—Confío en ti, naturalmente.

No comprendí ese «naturalmente». Porque, además, mientras lo decía, de sus ojos brotó una segunda lágrima que resbaló por su mejilla hasta perderse lenta, titubeante y sin ruido entre sus labios entreabiertos.

—Mañana, de verdad —volví a afirmar para tratar de serenarla—. Mañana te daré alguna solución. Pero tienes que sobreponerte a otra noche. La de hoy. Será la última, te lo prometo.

—Como tú digas.

Luego me besó en la mejilla.

Un beso de agradecimiento, de confianza ciega. Un beso maternal por su pausa, su lentitud, su intensidad. Y se levantó para dar unos pasos y sentir las piernas armadas, otra vez. Debía de haberlas tenido entumecidas hasta entonces.

Nunca me dijo en dónde pasó la noche del sábado al domingo, aunque imaginé que habría repetido experiencia en el parque. ¿Adónde habría ido, si no? El caso es que el domingo, a las cinco en punto de la tarde, nos reencontramos en el sitio de siempre. Le llevé un bocadillo de queso, unas galletas de chocolate y una botella de leche fresca, ignorando si había comido. Supuse que no.

Tuve que apresurarme para cumplir con la cita, porque por la mañana mi hermano me obligó a ir con él a la procesión que se celebró con motivo de la devolución de la imagen de la Virgen de la Paloma a su iglesia, desde el palacio episcopal, una imagen salvada de la «furia roja» —decía la prensa—

por la señora doña Teresa Sánchez de Labiaga. Maceros del Ayuntamiento precedían la multitudinaria procesión en aquel día de calor insoportable; y tras permanecer en el ceremonial hasta el final, cuando ya no quedaba nadie —a él le gustaba hacerlo así, por si alguien le veía y ganaba puntos—, Julián me llevó a comer una paella y un flan a un restaurante de la calle de Claudio Coello que creo que ya no existe. Con todo, me dio tiempo a pasar por casa y preparar una bolsa de comida para Elena, aprovechando que mi hermano decidió ir a casa de Calatrava para organizar juntos algún plan para la tarde, lo que resultó ser acudir a la plaza de toros de Las Ventas a presenciar un festival taurino organizado por una comisión de industriales del distrito de Chamberí, con el fin de recaudar fondos para adquirir una imagen de Nuestra Señora del Carmen y restaurar la parroquia de Santa Isabel y Santa Teresa. Una corrida en la que triunfó el torero Manolete, espléndido en sus volapiés, y calificado por la prensa como heredero de la calidad de Lagartijo y de la valentía de Machaquito.

Llegué a las cinco en punto, y allí estaba ella, confieso que con mucho mejor aspecto que la tarde anterior. A buen seguro había dormido mejor aquella noche. Lo primero que hice fue narrarle lo que había ocurrido la noche anterior, mi encuentro con Calatrava, por insólito que le resultara. Y seguramente también le pareciera arriesgado y peligroso, como a mí, pero había sido una conversación tan importante que no podía ocultársela. Porque por la noche, estando solos Calatrava y yo en mi casa, esperando a mi hermano, que había ido a comprar una botella de vino para acompañar a la cena, se sinceró de tal manera que convirtió más tarde mi dormitorio en la sede de un insomnio eterno que al día siguiente todavía no había despoblado de fantasmas mi cabeza.

—Anoche tuve una larga conversación con Calatrava —empecé a decirle.

—¿El amigo de tu hermano? ¡Como para fiarse!

—No, no... Fue muy... ¿cómo decirte? Muy esclarecedora. Muy interesante.

—¿Ah? ¿Sí? No me digas que ahora, él...

—Aunque te cueste creerlo, fue él quien empezó —inicié a narrar lo ocurrido, titubeante, pero poco a poco fui armando mi relato con cada vez mayor aplomo—. Estábamos solos y me confesó lo que pensaba de Julián, así,

sin venir a cuento; y debía de estar muy seguro de lo que decía, y muy enfadado también, porque empezó a echar venablos por la boca: que si había cambiado mucho, que si se había convertido en una hiena, en una bestia sin corazón, que si enviaba a prisión o al paredón a más de cien detenidos a la semana, algunos de ellos señalados por una simple denuncia que lo mismo podía ser verdadera que una mera venganza..., no sé, habló de él sin parar y, la verdad, no dijo nada bueno. Aunque me temo que lo que había colmado el vaso de su comprensión, o de su paciencia, o de su buena voluntad, quién sabe, fue enterarse de los fusilamientos de anteayer, el 5 de agosto. Creo que ese día fueron muchos los fusilados ante las tapias de la Almudena, más de cien me parece, y entre ellos trece chicas muy jóvenes, alguna sin motivo. Tan jóvenes que alguna de ellas era menor de edad y solo porque pertenecían o simpatizaban con las Juventudes Socialistas, sin haber hecho nada, sin ser culpables de ningún otro delito... No sé, ya me lo contará alguna vez. Pero el caso es que le noté muy furioso, no sé.

—¿Y tú le creíste? —La interrogación de Elena denotaba una gran duda.

—A lo mejor actuaba... Pero no me pareció.

—Como para fiarse —repitió Elena y cabeceó negativamente—. Esa es la forma que tienen de que te confíes y luego...

—Ya —admití—. Pero me sorprendió mucho porque luego, así, de repente, me dijo que lo que debía hacer era preocuparme por ti. Que lo más probable era que Julián no se olvidara de tu nombre y te siguiera buscando. Él parecía convencido.

—Yo también. Por eso sé que están vigilando mi casa. Supongo que será por si vuelvo...

—Bueno, no sé —asentí y continué explicándole lo sucedido—. El caso es que me dijo que, si llegaba a saber algo de ti, que no lo dudara. Que nos fuéramos lejos, y cuanto antes. No solo por ti, sino también por mí, porque mi hermano le había dicho que yo le estorbaba, que me iba a mandar lejos, al ejército. Es lo mismo que me dijo a mí.

Elena se quedó pensativa. Estaba a mi lado pero parecía estar sola, o deseando quedarse sola, como el que necesita la soledad cuando va de visita al cementerio. No sé si creyó lo que Calatrava aconsejaba ni, mucho menos, si podíamos confiar en él. Negó varias veces con la cabeza y respiró hondo un

par de ocasiones, como si le faltase el aire o le sobrara el miedo. Tardó en hablar.

—Dime una cosa, con sinceridad: ¿Tú te fías de él?

—Yo ya no me fío de nadie —respondí, sin detenerme a pensarlo. Me salió así, como una afirmación de una realidad sobradamente demostrada—. Pero lo que verdaderamente me sorprendió fue que dijera que me fuera, que insistiera en que era lo mejor para ti y para mí. No sé, quizá fue el propio Julián quien le dijo que me lo hiciera saber... para que me vaya de casa y lo deje en paz.

—De todas formas me parece muy extraño...

—Sí. Es cierto. Lo es.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? La verdad es que no me tranquiliza lo que dices, me asusta.

La miré con firmeza y serenidad, con una fuerza que de repente había nacido dentro de mí y me hacía sentir un hombre, un verdadero hombre. Se crece a golpe de odio, o de amor, no por biología ni imperativo legal señalado en el documento de identidad. Y fue tanta mi furia que arranqué de mi garganta una voz adulta y, con toda energía, remarqué:

—¿Que qué vamos a hacer? ¡Pues seguir con nuestro plan! Diga lo que diga Calatrava. Si está de nuestra parte, no pondrá dificultades ni se interpondrá en el caso de que algo falle; y si es una trampa, lo sabremos también. Pero sea lo que sea no me importa: quiero estar contigo y lo estaré siempre, en libertad o en la cárcel. Siempre.

—Yo también te quiero, Vicente. —Entornó los ojos, con pudor, y luego los abrió para clavarlos en los míos.

Nuestro beso fue un riesgo más sobre el que sobrevolamos sin reparar si algún guarda nos descubría o si alguna beata nos afeaba la desvergüenza con que hubiera calificado nuestra demostración amorosa.

El sol, poco a poco, rindió su ánimo y decayó sobre la frontera del horizonte, amarilleando las hojas de los árboles, resplandecientes en el atardecer; un sol que rasgó el cielo con hileras de nubes rosáceas, lilas y violetas, en ese incomparable declinar del día que hace de los cielos de Madrid los más hermosos del universo.

Calatrava, a pesar de compartir ideología y afectos con mi hermano, era un hombre muy distinto a él. Para empezar, tenía un carácter que podía parecer superficial, pero cuando escondía esos dientes de ratoncillo y la nariz altiva y afilada, como esas que se maquillan algunos payasos para enaltecer sus facciones risueñas y graciosas; cuando, en definitiva, apagaba aquellos ojos sonrientes que irradiaban destellos deslumbrantes de simpatía, decía cosas con sentido y hondura. Pocas cosas, quizá fueran pocas, pero sí las oportunas en el momento justo. Y aunque hiciera de su conversación cotidiana un chiste continuo, una jacarandosa sucesión de bromas que a él le divertían, y la mayoría de las veces solo a él, no era tan informal como pudiera parecer. Al menos a mí no me pareció en absoluto insustancial cuando le conocí mejor, e incluso llegó a seducirme hasta convertirse en mi mejor amigo. Al final, las sinceras palabras que compartimos sobre Julián, las discrepancias que me manifestó sobre él, su desagrado por la ligereza de su amigo a la hora de detener y condenar madrileños, la disconformidad con su crueldad y la insensibilidad con que le veía ejercer su trabajo de represión le identificó con lo que yo, sin saber expresarlo así, sentía también hacia el comportamiento habitual de mi hermano. Porque nunca entendí que la victoria en una guerra entre españoles tuviera que desembocar en una venganza de unos hacia otros; porque tampoco comprendí que durante el conflicto hubiera que bombardear ciudades, fusilar a civiles ni buscar a alguien para acabar con él con un tiro en la cabeza o una ejecución al amanecer sin ajustarse al orden legal. El miedo que habíamos pasado en Madrid me hizo odiar los bombardeos y a sus ejecutores; las noticias sobre la muerte de maestros, artistas y funcionarios, por el hecho de serlo, y por ser republicanos o sin serlo, me asqueaba, sin saber a santo de qué se cometían esas barbaridades; y lo que se susurraba en círculos cercanos sobre los milicianos constituidos en bandas criminales que sacaban a la gente de sus casas por conocerse que antaño iban a misa o leían periódicos como el *ABC* me parecía tan nauseabundo y aterrador como cuando los quintacolumnistas disparaban sus metralletas al azar desde un coche a la carrera para sembrar el pánico y asesinar. Esa sensación de compartir el rechazo hacia las actitudes de unos y otros, y el futuro que me esperaba según aseguraba Calatrava, me llevó a pensar que no me gustaba en lo que se había convertido mi país, que lo mejor que podía hacer era alejarme. Y hacerlo con

Elena, por supuesto, a quien me sentí en la obligación de salvar como si yo fuera un caballero andante y ella una dama en apuros, cuando lo cierto era que ella se mostraba mucho más fuerte y sabia que yo y yo mucho más indefenso e inexperto que ella. Pero en esos tiempos parecía que las espadas eran armas para que blandieran los hombres y las lágrimas, la defensa emocional de las mujeres. En ambas cosas yo andaba errado —acné de juventud—. Y las conversaciones, pocas, con Calatrava me ayudaron a comprender muchas cosas, desde que la piedad era una virtud hasta que la hombría no estaba reñida con la simpatía, el buen humor y una visión optimista de la vida, tan efímera e importante como para escoger cruzarla con el ceño fruncido y el corazón sediento de sangre ajena. Así calificaba él a mi hermano, una hiena hambrienta —así lo definió una vez—, y a mí como una víctima propicia, cual gacela perdida de la manada en el territorio del tigre. Me lo dijo así, sin perder la sonrisa de sus ojos ni aparentar que se subía a un púlpito o a una cátedra para exponer lo que pensaba, y entonces sus dientes de ratoncillo y su nariz respingona ya no hacían gracia, sino que ayudaban a dar lecciones de sensatez y dignidad. Y aquella mirada brillante se volvió opaca durante un instante, como cuando la verdad precisa ser convincente, madura. Porque «en la verdad no puede haber matices». (Jeremías Bentham).

Creí en él. Se convirtió en más que un amigo, casi en un hermano bueno: un referente para mi ignorancia de joven que todavía lucía granos en las mejillas. Por eso cuando se arriesgó a sincerarse y me dijo que lo mejor que podía hacer era huir, escapar de Julián y esquivar sus amenazas, no dudé de su honestidad. Elena no estaba tan convencida, pero mi seguridad la ayudó a confirmarse en los planes que había urdido y en los que yo estaba decidido a participar, sin reparos. Incluso Calatrava me había dado a entender que dejaba el coche Ford T a mi disposición si llegaba el momento de necesitarlo, que dispusiera de él a mi conveniencia. Más no se podía pedir y así lo terminó entendiendo Elena.

Todo era cuestión de decidirse.

Quedaba un aspecto por resolver. Y no era asunto menor. Había que encontrar una solución para Elena hasta la noche que iniciáramos nuestra fuga,

dónde alojarse y en dónde permanecer oculta hasta ese momento. Pasé la noche dándole vueltas, considerando las diversas posibilidades, y tras descartar su propia casa, un hotel, cualquier pensión y el Retiro como refugio en el que podía ser descubierta e identificada en cualquiera de las noches que allí pernoctara, no se me ocurría dónde albergarla para que se sintiera protegida. Incluso valoré la posibilidad de pedir a Francisco que la ocultara por unos días, pero comprendí que su situación era en extremo arriesgada y que, aunque aceptase, el peligro a ser descubierto era tan grande —significaría para él la ejecución inmediata—, que decidí no involucrarlo en semejante compromiso. Y así estuve buscando salidas hasta que un ángel, o un demonio, me iluminó de repente, como un rayo caído sobre mi cabeza: mi propia casa. Se me ocurrió así, de golpe, al buscar al amanecer la camisa que me iba a poner ese día y toparme con la pequeña rendija que había quedado abierta en el fondo falso del armario cuando abandoné mi refugio al acabar la guerra. Era perfecto: si allí me había ocultado y había logrado estar seguro cada vez que sonaba el timbre de la puerta, por si un grupo de milicianos venía a buscarme o llegaba una orden de alistamiento en manos de una patrulla militar decididos a arrastrarme a un cuartel, Elena también podía permanecer allí mientras mi hermano no estuviera en casa, que era la mayor parte del día y la mitad de casi todas las noches. Solo tenía que esconderse, inmóvil, hasta que él se fuera, o a su regreso. El resto del tiempo podría estar en mi habitación —en donde nunca entraba Julián— y alimentarse con lo que yo le preparara aprovechando los muchos momentos en que me quedaba solo en casa.

Elena no estuvo segura de que fuera una gran idea, era meterse en la boca del lobo, lo dijo con esas mismas palabras, y vislumbró más inconvenientes que ventajas, pero por mucho que lo pensamos no encontramos alternativas al riesgo que suponía mi propuesta, así es que al cabo decidimos juntos que sería lo mejor.

A veces me preguntaba por qué sufría tanto Elena. Comprendía por lo que estaba pasando, el miedo que la atormentaba, pero llegué a pensar que también se alimentaba del propio sufrimiento, que buscaba ese dolor como en otro tiempo, anterior y posterior, buscó el amor, de su novio ya desaparecido y el que luego me entregaría. Pero en aquellos momentos me hacía sufrir porque la veía sufrir, y la contemplación de mi sufrimiento le debía de producir algún

alivio, en cierto modo. Sea como fuere, teníamos que tomar una decisión, con cierta urgencia además, porque nos convenía dejar de sufrir, a ambos. Y la decisión fue esa.

Ella vendría a casa esa misma noche del lunes, y subiría en cuanto yo le hiciera una señal por la ventana indicando que el camino estaba expedito y no había peligro. Mientras, esperaría frente al portal a las diez en punto, procurando pasar inadvertida. Y en eso quedamos al despedirnos alrededor de las ocho y media a los pies de un castaño sudoroso con un abrazo lleno de esperanza y el deseo de que todo saliera conforme a lo previsto.

Así fue. Mi hermano no había regresado todavía a casa y me asomé sin temor a la ventana, eché un vistazo a los alrededores desiertos en la noche del lunes, como casi todas, e indiqué a Elena que se acercara, que yo bajaba a abrirle el portal. Entró, se introdujo hasta mi casa y, una vez en mi dormitorio, buscó con los ojos el armario que sería su escondite hasta nuestra partida.

—Mira, es aquí.

—Me voy a asfixiar. ¿Seguro que se puede respirar ahí dentro?

—Yo he pasado ahí muchas horas. Y te aseguro que no me ha pasado nada.

—Bueno —asintió sin demasiada convicción—. ¿Me meto ya?

—Espera. Te voy a traer algo de comer. Si oyes la puerta de casa, entre tanto, corre a esconderte y quédate inmóvil, sin hacer ningún ruido.

—Necesito ir antes al retrete.

—Pues no te entretengas. Ve. Yo voy a la cocina a ver qué encuentro y te preparo algo. Tienes toallas limpias en una cesta que hay debajo del lavabo.

Nos decidimos por la noche del martes para iniciar la huida. Era lunes y solo tendríamos que esperar un día. Mi hermano iba a asistir a una reunión de mandos de Falange, que solían prolongarse hasta la medianoche, y Calatrava, como de costumbre, le acompañaría.

O no.

Madrid, lunes 7 y martes 8 de agosto de 1939

No fue difícil. No me resultó complicado en absoluto encontrar un rato largo en la mañana para sacar dos folios con el membrete de la Oficina Nacional de Información Patriótica y escribir en ellos el texto de dos salvoconductos idénticos, uno a mi nombre y otro al de Elena, habilitándonos para un viaje oficial y sellando su parte final con un tampón de caucho entintado junto a la firma falsificada de mi hermano. Dos sobres de la misma Oficina, también con el membrete y el sello en el dorso, sirvieron para guardar ambos documentos y escondérmelos en el bolsillo trasero del pantalón. Mi hermano pasó buena parte de la mañana en el despacho del coronel de la ONIP, en contacto telefónico con los falangistas liberados en Alicante que se relevaban haciendo guardia ante la sepultura de José Antonio Primo de Rivera, organizando conjuntamente un posible traslado de sus restos a Madrid y preparando un futuro viaje a Alicante para acompañar a los integrantes de la Centuria Ramón Laguna que constituía la guardia que se relevaba en el cementerio alicantino. También Calatrava estaba con ellos, así que dispuse de más de una hora de tranquilidad en la soledad de nuestro despacho para redactar los pasaportes a la libertad.

Reconozco que al principio me temblaban las piernas por el nerviosismo de lo que iba a hacer y los dedos de las manos tardaban más que de costumbre en machacar las letras de la máquina de escribir en la que redactaba los documentos. El corazón no se sosegó hasta que terminé de escribirlos y falsificar las firmas; sentía sus latidos como puñetazos en medio del pecho. Y sí, pasé un mal rato, horroroso para ser exactos. Por suerte Elena me había facilitado sus apellidos, aunque no tenía ningún otro carné o papel que indicara su nombre, o sea que cualquiera hubiera servido. Pero yo sí disponía

de un carné de Falange y otro de la Oficina, así que yendo juntos supuse que mi palabra sería aval suficiente en caso de duda. Cuando acabé y los guardé en mi bolsillo, recuperé la respiración.

Todo estaba preparado. Así es que, para sosegar me, intenté distraerme leyendo el periódico del día. Y me detuve sobre todo en un artículo editorial del diario *ABC* que me resultó mucho más iluminador de lo que imaginaba, sobre todo porque no era difícil leer entre líneas la verdadera opinión que tenían en el extranjero sobre el régimen político de España y resultó ser la misma que me parecía tener a mí. Titulado «En pie de guerra», decía en síntesis así:

«Se ha desatado en una parte de la Prensa extranjera una campaña de embustes que nacen ya desautorizados y desmentidos para los lectores un poco inteligentes y merecerán desprecio de los que con alguna curiosidad atienden a los asuntos de España. No se olvide que en la esfera internacional están actuando a la par, ayudándose por ahora, la política de ciertos Estados y el espíritu revolucionario, que quiere llevar la destrucción a todas partes. Explicándose así la coincidencia, que puede parecer extraña, de periódicos rojos y burgueses en la propalación de las mismas falsedades referentes a discordias, disturbios, dificultades políticas y económicas y malestar de España. ¿Qué se proponen? Deslucir nuestra Victoria [...]. Con diversos nombres —comunismo, anarquismo, racionalismo, materialismo, masonería, judería—, con formas y apariencias diferentes, los elementos subversivos del orden social andan por todo el mundo, y desde todos los lugares, contribuyen tenazmente a la causa común; recurriendo a la violencia donde pueden. [...] Nosotros, los españoles que ahora vivimos, no presenciaremos otra catástrofe como la que acabamos de padecer, aunque nos entreguemos a las mayores negligencias y alas dejaciones más increíbles. En perpetuo pie de guerra debemos permanecer contra los que, dentro y fuera, reincidan o propendan a reincidir en la quimera catastrófica. [...]».

Al principio me resultó curioso que se informara de los movimientos que permanecían en el extranjero oponiéndose a los vencedores, que eran muchos según se decía, más de los que se habían reconocido hasta entonces; luego también me extrañó que se hablara de negligencias del nuevo régimen; y por

último era sorprendente que se llamara a perseguir a quienes desde dentro de España seguían luchando, que por la forma de alertar, «en pie de guerra», no debían de ser pocos. Así es que no todo era lo que parecía. Una lectura así me convenció de que todavía quedaba una oportunidad.

Ya había tomado la decisión el mismo lunes. Elena y yo nos marcharíamos lo antes posible. Al día siguiente, martes, el mismo martes, en la noche.

Y en ese momento recordé lo que había leído en el periódico. Se lo diría a Elena en cuanto saliera del retrete para que se animase. En cuanto saliera..., porque no salía. ¿Qué estaría haciendo? ¿Por qué se demoraba tanto en volver a su escondrijo? Empecé a inquietarme.

Y entonces oí la puerta de la calle. Era mi hermano, que regresaba, y todavía ella estaba ocupando el aseo, fuera de mi habitación y del armario que teníamos preparado para el escondite. De inmediato entró Julián en casa con su portazo habitual y al ver encendida la luz de la cocina se asomó a la puerta, mientras yo preparaba algo para que comiera ella antes de ocultarse.

—¿Qué haces? —Su pregunta, por el tono enérgico, parecía el inicio de un interrogatorio.

—Preparando algo para cenar —intenté disimular cuanto pude, balbuciendo—. Tengo hambre.

—Pues prepara algo para mí también. Voy a mear.

—¡No, no! —Me di cuenta de que mi grito fue exagerado y me arrepentí, suavizando a continuación el tono en mi manera de hablar—. Dime antes qué quieres que te prepare, ¿no? No tengo ni idea. ¿Qué te apetece?

—Espera, ahora te lo digo. Me estoy meando.

—Pero... —No sabía cómo seguir para retenerle—. ¿Te apetece una tortilla con un poco de chistorra?

—Lo que te dé la gana.

—¿Sabes si hay chistorra en la fresquera?

—¡Y yo qué sé! Y déjame en paz, tengo una urgencia.

—Es que...

No me dejó terminar. Desapareció por el pasillo y abrió la puerta del cuarto de baño, que estaba con la luz encendida.

A mí se me escapó una imprecación desesperada, algo así como un ¡joder! o algo así. Dejé lo que estaba haciendo a la espera de oír un berrido, un golpe,

algo. Pero solo me llegó el brusco cierre de la puerta del aseo producido por el ímpetu, y las prisas, de mi hermano. Antes, gritó:

—¡Y a ver si apagas las luces, coño! ¡Que luego el recibo lo pago yo!

Sin atender a la regañina corrí hasta allí para asistir a lo que iba a producirse, aterrado. Y, para mi extrañeza, no pasó nada. Sorprendido, me asomé a mi habitación y no la vi. Entonces miré el interior del armario y encontré a Elena entre las perchas de la ropa que, con el dedo índice sellándose los labios, me indicó que permaneciera en silencio. Resoplé, asintiendo con la cabeza en un gesto entre el alivio y la recriminación por el mal rato que me había hecho pasar e, imitándola del mismo modo, llevé el dedo a mis labios y le indiqué que pasara al doble fondo, cerré bien las puertas del armario y volví a la cocina, a seguir batiendo huevos. Todavía me temblaban las manos cuando regresó Julián a la cocina y se puso a rebuscar en los cajones y la fresquera.

—Estás pálido, chaval. Podrías tomar un poco el sol.

—Sí. A ver si puedo un día de estos. —La voz todavía me temblaba, enredada en las cuerdas vocales.

—¿Qué te pasa? Estás como idiota.

—Los huevos. Se me han roto dos...

—¡Yo sí que te voy a cascar los huevos como no tengas más cuidado! ¡Que no los regalan! Anda, pon la mesa y saca la cena cuando esté. ¡Deprisita!

—Voy, sí. Ahora mismo.

Dejé la tortilla, las chistorras, el pan y la botella de vino en la mesa de la cocina y me serví a continuación mi cena. Luego me senté frente a él, sin levantar la cabeza del plato ni lograr aliviar mi tiritera, que aumentaba ante el temor a que la descubriera. Comí tan deprisa como pude.

—¿Vas a salir? —me preguntó.

—No. ¿Y tú?

—Calatrava y yo nos vamos un rato por ahí. Puedes venir.

—No sé —titubeé, valorando qué sería más conveniente—. El caso es que quería leer un poco el periódico y acostarme pronto.

—Mejor. Me parece bien. A ver si aprendes algo, que buena falta te hace, acémila.

Se fue después de fumar un par de cigarrillos e ir a su dormitorio para

cambiarse la camisa y al aseo para lavarse la cara y repeinarse con gomina. Se marchó sin decir adiós y yo me asomé al balcón hasta que lo vi alejarse calle abajo hasta Goya, seguramente para encontrarse con Calatrava en su casa. Luego fui a mi habitación, me tumbé en la cama, agotado y recuperé el aliento.

—Ya puedes salir —dije—. ¡Qué susto, por Dios!

—Tranquilízate —replicó Elena, saliendo con dificultades del armario—. También oí su llegada y me dio tiempo a volver. No soy sorda.

—Joder, pues yo no te oí. He pasado un miedo atroz.

—Confía un poco en mí, ¿vale? —Se sentó a los pies de mi cama, evidenciando su indiferencia por mi preocupación.

—Ya, ya... Pero ¿qué haces?

—Puedo quedarme aquí un ratito, ¿no? —saltó un par de veces sobre el colchón.

—Haz lo que quieras —me desentendí—. Pero no te pongas muy cómoda porque hoy te toca dormir en el escondrijo. No me fío ni un pelo de mi hermano.

—Bueno, ya voy —se conformó ella—. Pero déjame que siga aquí un poco. Porque no sé cómo pudiste estar ahí dentro tanto tiempo. ¿Lo aguantabas? Es agobiante. Además, seguro que tu hermano no va a volver tan pronto.

—Por si acaso —acepté a regañadientes—. Un minuto aquí y a tu sitio.

—Vale...

—¿Tú roncas?

—No sé. —Alzó los hombros y las cejas—. Yo no me oigo.

—Pues espero que no. Y otra cosa, prepárate. Mañana por la noche nos vamos.

—¿Ya? ¿Seguro?

—Sí. En cuanto entre la noche, alrededor de las nueve. Mi hermano tiene una reunión de las suyas y supongo que acabará tarde, como siempre.

—Qué bien. Por mí, cuando quieras. Tengo todo preparado. ¿Me dejarás una camisa tuya? Azul, de esas de falangista. Para que vayamos a juego.

—Ahí las tienes —señalé el armario—. Pero no sé si... Mira a ver cómo te quedan.

—Pues bien, como a ti. Somos dos palillos.

—Sí. Pero tú tienes algo que yo no tengo —apunté a su pecho con un dedo—. A ver si vas a reventarla...

—Vaya, ni que fuera una matrona.

—No sé. Yo... —Se iluminaron mis ojos y sonreí pícaro—. Pero ahora que lo dices..., no estás mal dotada, no.

—Eres un guarro.

Se hizo la ofendida, pero no lo estaba. Su actitud de dignidad impostada era la que correspondía, aunque fuera puro teatro. Pero, por si acaso, opté por retornar a lo importante.

—¿Un guarro? Vaya, lo que tú digas —recobré la seriedad—, pero date prisa y pruébate una de las camisas, anda. Que no podemos andar perdiendo el tiempo...

—Te noto muy nervioso.

—Lo estoy. ¿Tú no?

—Un poco, lo reconozco... pero me aguanto. Y tráeme algo para cenar, por favor, que al final, con lo de tu hermano, ni comida ni servida.

—¿Algún capricho tiene la dama? —pregunté, burlón, mientras me incorporaba en la cama.

—Chocolate. Con un poco de chocolate será más dulce la noche. Entre tanto, me pondré tu camisa, de acuerdo. Pero tú no mires, ¿prometido?

—Prometido. —Sonreí, sin apartar los ojos de su escote, inmóvil mientras comenzaba a desabrocharse los botones de su blusa, interpretando burlón una actitud de espera paciente para verla desnudarse.

—Anda que... —Cabeceó ella. Y fue al armario en busca de la prenda—. Si lo que yo te diga. Todos iguales. Igualitos...

La mañana del martes 8 de agosto no terminaba nunca. En la oficina no acertaba a ordenar las fichas ni a cumplir con los encargos de mi hermano, que ni se fijó en mí. Si lo hubiera hecho, me habría visto temblar como un alcohólico. A las once ya estaba agotado. A la una le pedí permiso para salir un rato a dar una vuelta con la excusa de que tenía que comprar algo para comer después.

—Anda. Y que te dé un poco el sol. Sigues blanco como la nieve. Tú no estás bien.

—Estoy perfectamente. —Me levanté para irme—. Te espero en casa, ¿vale?

—Bien. Y procura que comamos pronto, o sea que prepara algo. Y contundente, que luego tengo reunión de la Centuria y acabaremos a las tantas.

—Freiré un buen plato de patatas para acompañar las salchichas y un par de huevos fritos.

—A ver si es verdad.

El resto del día no fue mucho mejor, como si todos los relojes del mundo se hubieran estropeado y no avanzaran a su ritmo habitual. Y todo fue a más cuando se fue acercando la hora de la partida. Porque eran las ocho de la tarde y, aunque lo teníamos todo preparado, a los dos nos atenazaron los nervios como nunca antes. Íbamos a enfrentarnos a algo nuevo y desconocido, extremadamente arriesgado y con un final imposible de adivinar.

—¿Te pondrás el correaje también? —me preguntó Elena, quizá por hablar de algo porque hacía un buen rato que solo nos movíamos de aquí para allá, por el dormitorio, sin atrevernos siquiera a alzar la voz por si nos descubría el silencio.

—Sí —respondí—. Lo hará más oficial.

—¿También con la pistola?

—Pues claro. Es lo reglamentario.

—A ver si te vas a disparar en un pie y tenemos una desgracia... —Sonrió, seguramente por los nervios más que porque la frase le hiciera (me hiciera) alguna gracia.

Anocheía poco a poco, llenando la habitación de sombras. Ni se nos pasó por la cabeza encender la luz. Nuestro secreto era tan oscuro que cualquier acto, más allá de esperar y de amaestrar las hormigas que se habían adueñado de nuestros estómagos, nos parecía superfluo. Ella vestía una de mis camisas azules, que le sentaba tan bien como si fuera suya, y una falda negra que encontró entre las ropas viejas de la abuela Rosario y se ajustaba a su talla, con zapatos de medio tacón también negros. Yo, por mi parte, me había puesto camisa azul, boina roja, correaje de cuero con la pistola al cinto sobre los pantalones negros y los zapatos de cordones, bien lustrosos. Un bolso, al

hombro de Elena, contenía unas mudas de ropa interior para ambos y unas cajetillas de cigarrillos americanos. Y dos bocadillos de chorizo. En los bolsillos izquierdos de nuestras camisas guardamos los salvoconductos y el resto de la documentación que tenía yo. Y las llaves del coche estaban en el bolsillo derecho de mi pantalón.

Antes, a media mañana, había preguntado a Calatrava si usarían el coche esa tarde para ir a la reunión.

—No. ¿Lo necesitas tú?

—Puede. —Mi respuesta se acompañó de un gallo, algo así como una dificultad vocal que, si no me delataba, al menos cualquiera que estuviera en nuestro secreto la hubiera considerado sospechosa. Como supongo que le resultó a Calatrava, porque se limitó a decir:

—Pues si quieres usarlo, anoche lo dejé aparcado a la entrada de la calle de Don Ramón de la Cruz, a la vuelta de tu casa.

—Gracias.

No dije más.

Creo que me ruboricé, al menos sentí que me ardían las orejas. Calatrava hizo como que no se daba cuenta de nada pero su última sonrisa mostró sus dientes de ratoncillo y se dio la vuelta sin decir palabra. Ahora sé que sabía de sobra lo que me proponía, lo que pretendía hacer.

—¿A qué hora crees...? —Elena no terminó la pregunta.

—A las nueve nos vamos. No aguanto más —respondí, sin dejar de dar cortos paseos por la habitación.

—No habrá anochecido del todo...

—Pues a las nueve y media. Ya veremos.

—Deberíamos comer algo antes —sugirió ella—. Además, así se nos hará más corta la espera.

—De acuerdo. Voy a la cocina y preparo otros bocadillos. ¿De qué lo prefieres? Hay tocino, mortadela, sardinas en lata...

—Me da igual.

—Voy.

—Y trae un poco de agua también. O vino, lo que tengas...

Se volcó del todo la noche, bien pasadas las nueve. Miré por la ventana y comprobé que la calle estaba desierta, como cada oscurecida. Solo un taxi, a lo lejos, quizá el primero que se veía, se perdía por el fondo de Torrijos hacia el norte.

Le dije a Elena que había llegado la hora e iniciamos la huida. Bajamos los dos pisos por las escaleras casi a tuestas, escasamente iluminadas por una bombilla anémica por rellano, tan despacio que parecíamos habitar un territorio hostil. Ya en el portal, permanecemos tras la puerta hasta que volví a comprobar que no se veía a nadie, ni al portero —que andaría cenando a esa hora—, ni al sereno, que aún no habría empezado su ronda.

—Andando —decidí.

—Vamos, sí —asintió ella.

—Pero no corramos. Iremos como si estuviéramos dando un paseo. Con marcialidad, eso sí: levanta la barbilla y no mires a los ojos si nos cruzamos con alguien.

—Entendido.

Llegamos hasta la esquina sin ver un alma. Una leve brisa del este salió a nuestro encuentro para aligerarnos el paso. Cruzamos la calle sin coches y entramos en la de Don Ramón de la Cruz. Allí estaba el Ford T, el único aparcado en toda la calzada, limpio, brillante, reflejando la luz de la farola huérfana en la acera, encendida, despierta, sobre el automóvil.

La noche era negra, se había cuajado de estrellas allá en las alturas y todos los edificios colindantes ahorran luz, con todas sus ventanas apagadas.

Y sobre el capó del Ford T, sentado, con un pie en el suelo y el otro apoyado en el parachoques, Julián nos esperaba, sonriendo como el cazador que ve llegar de frente las dos gacelas que va a cobrar. Calatrava, con la espalda desplomada en la fachada, al lado, con las manos en los bolsillos y un cigarrillo en los labios, sin levantar la mirada del suelo, movía la cabeza a un lado y otro, lamentando lo que iba a suceder a continuación. Cuando lo miré, enfurecido, se limitó a alzarse de hombros y a adoptar un gesto de impotencia, como si no lo hubiera podido evitar.

Elena y yo nos quedamos petrificados a unos metros de Julián, que no

dejaba de sonreír, suficiente y victorioso.

—¡Anda, mira! ¿Los has visto, Calatrava? —dijo, con la mano derecha apoyada en la cartuchera de su pistola—. ¿Adónde crees tú que irá esta pareja de tortolitos?

TERCERA PARTE

Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito. A mi trabajo acudo, con mi dinero pago el traje que me cubre y la mansión que habito, el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.

ANTONIO MACHADO

Marbella, agosto de 1999

Vivir es un trabajo apasionante que al final siempre está mal pagado.

Esta noche tampoco he podido dormir bien, me ha costado muchísimo conciliar el sueño. El calor no se ha aliviado con la brisa marina que entraba por la ventana que he dejado entreabierta para respirar un poco. El aire acondicionado no me gusta, y me desagrada en las noches que duermo con él porque al amanecer me araña la garganta una molestia que dura el resto del día. Por eso no lo conecto y prefiero que sea la ventana abierta la que refrigere la habitación del hotel, por mucho que apriete el calor. No he dormido mucho, no. Y he pasado la noche recordando lo que sé o lo que me acuerdo de la guerra civil que pasé en Madrid.

Era joven, pero yo vivía en nubes demasiado altas. La verdad es que hasta que acabó contemplé con bastante distanciamiento aquellos años que, tal y como los viví y como los recuerdo ahora, fueron duros, afilados, secos y dolorosos. Sobre todo por el hambre; es lo que más recuerdo de ellos. No sé cómo sobrevivimos. Y también tengo retazos de memoria de todo lo demás que ocurrió y es que, pensaras como pensaras, en la guerra todos perdimos a

alguien.

Con el tiempo, entre remembranzas y lecturas, he podido armar mi verdad de lo ocurrido en aquella época de adolescencia. Aunque ya se sabe que la recreación de lo recordado casi nunca responde a la realidad porque se construye a fuerza de reavivar los dramas y de arrinconar lo que, creyendo superfluo, pudiera ser trascendente para ajustar la certeza. Memoria y recuerdo... dos conceptos diferentes. Por eso nunca se ha escrito bien la historia. No cabe duda: «el pasado es una fábula, hay que inventar sus vacíos». (M. Yourcenar).

La guerra civil llegó a Madrid como un ladrido intempestivo en la medianoche, pero también, en ciertos aspectos, como una fiesta para la que nadie se había preparado. Los turbios ríos del miedo se entremezclaron con gritos de algarabía y temblores de incompreensión y aunque hacía días en los que no se hablaba de otra cosa, incluso en los que se temía una escalada de violencia tras los asesinatos del teniente Castillo y del diputado de Renovación Española José Calvo Sotelo, no era previsible que tal riada desembocara de repente en una guerra, arrasándolo todo.

Los que lo vivimos, contemplamos perplejos que el 18 de julio de 1936 amaneció vestido con el disfraz de la sorpresa. Una especie de incendio pavoroso. Un auténtico terremoto. Pero también se conjugó todo para convertirse en un motivo justificado para que los madrileños se unieran en defensa de lo suyo, otra vez, como había ocurrido tantas veces a lo largo de la historia. En la defensa de la libertad; de su libertad. Otra vez.

Hasta entonces, hasta aquel momento de confusión, pocas cosas habían cambiado en la vida cotidiana de los vecinos por muchos que fueran los avatares y las alternancias políticas, por diversas que fueran las llamadas al orden, por variados que fueran los anhelos de quienes no se resignaban a perder su poder secular, dentro y fuera de Madrid. En la ciudad, durante los años de la República, habían cambiado muchas cosas: se había aprobado el Plan General de Extensión de Madrid, en 1933; en 1934, el 1 de octubre, se había inaugurado la nueva Plaza de Toros de Las Ventas; el 4 de octubre de ese mismo año se había destituido al alcalde Rico tras la victoria de la CEDA en

las elecciones, y el 31 de octubre de 1935 se hizo pública una ley especial de capitalidad para Madrid, la llamada Ley Municipal. Luego, en el mes de febrero de 1936, en las elecciones del día 15, de nuevo el Frente Popular ganó las elecciones, reponiéndose el anterior ayuntamiento socialista. Entonces Manuel Azaña fue elegido presidente del gobierno, y poco después, el 30 de abril, elegido presidente de la República. Solo los rumores de una sublevación militar que corrieron de boca en boca durante los días anteriores al 17 de julio alteraron la paz ciudadana y ese mismo día, cuando algo grave se intuía inminente, algunos manifestantes se dirigieron a los cuarteles reclamando a la oficialidad la distribución de armas entre los civiles. Los preparativos para lo que algunos rumiaban para sus adentros habían comenzado.

La sublevación de las tropas golpistas del Ejército duró en Madrid apenas dos días. El 20 de julio de 1936 el ejército republicano se repuso de la sorpresa y se hizo cargo del Cuartel de la Montaña, y desde ese día Madrid se preparó para resistir al largo asedio que esperaba y se le anunciaba.

Para empezar, se ajustaron algunas cuentas: el 22 de agosto los civiles armados incendiaron la Cárcel Modelo, sacaron de sus celdas a una cuerda de presos políticos de derechas y los ejecutaron. Horas de calles ensangrentadas, de cunetas improvisadas como camposantos salpicados, desordenados... La guerra, en Madrid, comenzó con sangre propia, pero muy pronto fueron los indiscriminados bombardeos de obuses de las tropas «nacionales» y los llamados «paseos» de ajusticiamiento sin juicio previo realizados por milicias formadas por algunos elementos izquierdistas sin control político los que protagonizaron la contienda madrileña interna.

Cuando el 6 de noviembre de 1936 el gobierno decidió dejar atrás sus despachos en Madrid e instalarse en Valencia, la ciudad quedó en manos de unos únicos defensores: los madrileños.

Por eso, el 7 de noviembre de 1936 fue cuando, realmente, comenzó la batalla de Madrid.

Algunas calles y plazas cambiaron de nombre. Cibeles pasó a ser la «Plaza de la Linda Tapada», por los sacos terreros que la protegían; a la plaza de Neptuno se la llamó la de «Los Emboscados», por la cantidad de espías que se hospedaban en el hotel Palace; el paseo de Recoletos fue el del «Ocaso

de los Dioses», y otras calles dedicadas a reyes cambiaron su nombre por otros más propios del momento. Hasta la Gran Vía pasó a denominarse Avenida de Rusia.

La vida de los madrileños durante los años que siguieron al inicio de la defensa de Madrid fue, por una parte, heroica, y por otra, desesperada. La vida continuó aparentemente como si nada ocurriese, salvo las carreras a los refugios tras el ulular de las sirenas de aviso, anunciando la llegada de la aviación enemiga, o la recogida de las víctimas de las bombas inesperadas que caían en cualquier lugar y en cualquier momento. Pero los madrileños siguieron con sus hábitos y costumbres, seguros de que la dignidad estaba por encima del miedo. Así, mientras otras ciudades se fueron rindiendo, a veces sin disparar un solo tiro, Madrid resistió.

*Puente de los Franceses,
puente de los Franceses,
puente de los Franceses
mamita mía nadie te pasa, nadie te pasa.*

Entonces no nos lo dijeron, no lo supimos, pero resultó que solo un golpe de Estado del coronel Casado el 5 de marzo de 1939 contra el gobierno de Juan Negrín, es decir, la rendición incondicional del jefe del ejército de la Región Centro sin contar con el deseo de los vecinos, puso en bandeja la entrada de las tropas de Franco en Madrid el día 28 de marzo. Con aquella rendición, o sumisión, o traición, como muchos la consideraron, terminó la guerra civil española.

Lo comentaba mi madre, en voz baja, para que la abuela y yo lo conociéramos y lo recordáramos: el abastecimiento fue el mayor problema con el que convivimos durante los tres años en que la Villa fue una ciudad sitiada. Empezaron muy pronto a faltar los productos de primera necesidad, hasta casi desaparecer. Y a veces era preciso conseguirlos solo a cambio de una receta médica. Un racionamiento que se fue haciendo habitual y al que los vecinos

tuvimos que acostumbrarnos, soportando mi madre largas colas ante tiendas y puestos callejeros, o en el caso de algunos vecinos y conocidos acudiendo al mercado negro cuando se produjeron imprevistos más graves o perentorios.

Pero a pesar de ello continuó la escasez, y en vista de ello, ante la imposibilidad de remediar las carencias ciudadanas de todo tipo, intentaron convencer a muchos vecinos de que debían evacuar la ciudad con el argumento de que, de ese modo, también sería más sencilla la defensa de Madrid, pero al parecer la explicación no terminó de convencer a muchos madrileños porque apenas unos pocos optaron por tomar el camino hacia Valencia.

Y entonces llegó el hambre. Un hambre inimaginable, difícil de soportar. Aunque muchos países se hicieron eco del drama de lo que sucedía en Madrid, y trataron de remediar a jirones el dolor de una población tan valerosa como terca, tan heroica como tenaz, toda la ayuda recibida resultó finalmente escasa. En París, las Jornadas de las Amas de Casa obtuvieron siete camiones de víveres; desde Copenhague se enviaron 126 cajas de leche en polvo, 48 cajas de carne en conserva y 750 kilos de jabón. Pero no bastaba. Ni de lejos. Como tampoco fue suficiente que en Checoslovaquia se organizara una cotización de un franco por trabajador y por mes a favor de los combatientes del Frente Popular español; o que la C.G.T. de Bélgica promoviera suscripciones y aportaciones de víveres; o que desde Holanda se enviaran alimentos; ni que desde Inglaterra se donara tonelada y media de leche en polvo y seis cajones de ropa; ni que en Noruega, el periódico *Arbeiderbladet*, de Oslo, patrocinara una suscripción que consiguió reunir apreciables cantidades de dinero. Nueva Zelanda envió 2000 libras esterlinas y los mineros ingleses compraron para sus compañeros republicanos españoles 2000 toneladas de carbón. Y tantos otros casos... Pero eran pequeños parches a grandes jirones que apenas sirvieron más que como gritos de ánimo y voces de aliento porque, a pesar de su buena intención, abastecer Madrid era muy difícil, y solo alguna esporádica bajada de precios, en muy contadas ocasiones, rearmaba anímicamente a los vecinos.

Mi madre nos dijo que faltaba toda clase de productos básicos y en consecuencia se produjo el acaparamiento de víveres, la especulación y el mercado negro. En Madrid, el Comité Popular de Abastos, del Frente Popular, se encargó de combatirlo al principio; luego, tras el fracaso, lo intentó la

recién creada Comisión Provincial de Abastecimientos, y en última instancia, viendo la imposibilidad de poner coto a los desmanes, lo hizo la Consejería de Abastecimientos de la Junta de Defensa de Madrid, nacida en los peores momentos del asedio. Pero tampoco tuvo éxito y, tras los intentos fallidos de las organizaciones creadas a tal fin, fue el propio Ayuntamiento madrileño el que tomó las riendas del problema y se encargó del reparto público de lo poco que llegaba a los mercados.

La lluvia de obuses no hacía distinciones entre los vecinos. Todos juntos, de alpargata o cuello blanco, de medias de lana o sombreritos de tiendas de moda, madrileños y madrileñas, corrían a los refugios en cuanto las sirenas anunciaban la llegada de la aviación de las tropas de Franco. El miedo sobrevolaba la ciudad, como aquellos aviones, pero no impedía a nadie ir cada día a su trabajo o a la cola del establecimiento con la cartilla en la mano. Una bomba era un susto. Luego otro. Y otro. Pero tras el refugio, o el «cuerpo a tierra» donde a cada cual pillara, los madrileños volvían a salir, a levantarse, y a seguir con lo suyo. Todos, menos los muertos, los heridos, los mutilados, los descuartizados... Y si eran bombardeos por sorpresa, y no daba tiempo a que se avisaran con sirenas, las masacres eran mayores.

Muchos, al oír el chillido de las sirenas en la madrugada, se daban la vuelta en la cama y seguían durmiendo. Porque el miedo es paralizante en la novedad; pero, a fuerza de repetirse, el drama deja de serlo y termina convirtiéndose en un suceso más, hermano de la indiferencia.

También se producían muertes causadas por ejecuciones llevadas a cabo por partidas armadas de civiles, soldados o milicianos, que sacaban de sus casas a personas denunciadas por pertenecer a ideologías de derechas. Los llamados «paseos», obligaron al gobierno a dictar unas normas estrictas para las detenciones y condenas. Para ello se crearon las Milicias de Vigilancia de la Retaguardia que eran las responsables únicas de los registros y de las detenciones.

También se crearon, muy diferentes, unas Milicias de la Cultura, maestros voluntarios que se ofrecieron a conformarlas y cuyo objeto fue acabar con el analfabetismo entre los soldados. A ello se acompañó el cierre de los colegios religiosos y muchas casas y palacetes de ricos, convertidos en escuelas públicas, tanto para enseñar a leer a los niños y darles una educación básica

como para erigir Institutos Obreros para los mayores de dieciocho años. Los escritores, en su Congreso de Escritores Antifascistas de 1937, también se adhirieron a la política cultural republicana apoyados por representantes de las asociaciones de escritores de casi un centenar de países. Todos ellos, cualquiera que fuera su área de creación cultural, declararon cuál era su principal preocupación: salvar el patrimonio artístico español de los bombardeos indiscriminados de las tropas enemigas. Así lo manifestaron en su revista *Hora de España*, en la que firmaban autores como León Felipe, Luis Cernuda, Antonio Machado, Dámaso Alonso y Emilio Prados. O en *El mono azul*, órgano de la Alianza de Intelectuales Antifascistas.

En ese Madrid de poco más de medio millón de habitantes las noticias de lo que sucedía fuera se seguían por la radio, un medio que se convirtió además en una eficaz arma de propaganda universal porque llegaba a todas las casas. Incluso alguna emisora de derechas se oía también, porque algunos madrileños de su ideología la escuchaban protegidos con una manta, una emisora clandestina partidaria de las tropas franquistas que era conocida humorísticamente como «Radio Hostia». También los periódicos continuaron publicándose, desde *El Sol* al *ABC*, y desde *La Voz* al *Informaciones*, *El Socialista*, *Mundo Obrero*, *Ahora* o *El Herald*. También salían a la venta *La Libertad*, *El Liberal* y *Política y Claridad*. Eran los periódicos y las emisoras de radio los encargados también de informar a los madrileños de las películas que se estrenaban, las obras de teatro, los espectáculos, las conferencias... La guerra civil, en efecto, paralizó muchas cosas, pero no la cultura.

A los madrileños les gustaba el cine de Hollywood, porque además muchos actores se manifestaron simpatizantes de la República española: Franchot Tone, Bette Davis, Silvia Sidney, Joan Crawford, Robert Montgomery, Errol Flynn... También acudían a ver películas españolas, como *Morena Clara*, con Imperio Argentina y Miguel Ligeró. Y *Charlot bombero* y *El vagón de la muerte*; y a Stan Lauren y Oliver Hardy, *el Gordo* y *el Flaco*... Y muchas películas rusas, muchas. Porque cine español, lo que se dice cine español, se hizo poco durante la guerra, y apenas nada en Madrid. Solo algún documental, como *La revolución en Madrid*; y poco más. En cambio, los dieciocho teatros abiertos en Madrid se abarrotaban con diferentes tipos de obras, ya fueran zarzuelas, dramas o comedias... *La Chulapona*, *La del*

manejo de rosas, Los intereses creados, La Patria Chica, Yerma, Fuenteovejuna, El alcalde de Zalamea, Mariana Pineda..., protagonizadas por actores como Valeriano León, Aurora Redondo, Carola Fernán-Gómez, Matilde Vázquez, Emilio Thuiller, Carlos Fufart, Juan Espantaleón, Loreto, Chicote, Manuel París...

Madrid, siempre épica, se convirtió en una ciudad vencida; y, tras la derrota, muchos madrileños lloraron de rabia y de impotencia, se resignaron a ser unos ciudadanos asustados, temerosos de cualquier represalia producto de sus afinidades políticas o de venganzas personales ajenas.

Leí algo así como que la gacela no tiene que ser más rápida que el león; solo tiene que ser más rápida que las otras gacelas, quizá escrito por Coelho, Jodorowsky o algún arquitecto de frases afortunadas de ese estilo. Un pensamiento de ese jaez fue el que debió de pasármese por la cabeza aquella noche en el callejón frente a mi hermano, pero ni Elena ni yo éramos gacelas, sino que yo era un león decidido a defenderla, fuera lo que fuera lo que iba a pasar.

Madrid, martes 8 de agosto de 1939

—No hay para tanto, Julián. —Calatrava levantó la cabeza y, sin sacar las manos de los bolsillos, negó con la cabeza, disconforme—. Deja a los chicos en paz.

—¡Ni hablar! —vociferó mi hermano, enfrentándose con su amigo, bajando del capó encolerizado, fuera de sí—. ¡A esta zorra le ha llegado la hora de pagar sus crímenes! ¡Y no solo por roja, también por engatusar a este imbécil!

—Lo siento, Vicente —trató de excusarse Calatrava, mirándome con los ojos entrecerrados y alzando los hombros—. Ya sabes cómo es. Me ha obligado a delatarte. Sabes que, por mí...

—¿Por ti qué, cabrón? —rugió mi hermano—. ¿Es que tú también estás con ellos?

—Estás loco. —Calatrava dio una última calada a su cigarrillo y lo arrojó al suelo, pisoteándolo. Y sin mirar a mi hermano, dijo—: No haces bien. No puedes imponer siempre tu voluntad. Déjalos ir.

—¿Dejarlos? —Julián desabrochó la canana y sacó la pistola—. ¡Ya verás adónde van a ir estos dos!

Y entonces se aproximó despacio hacia nosotros sin dejar de apuntar a Elena con el arma y la elevó, dirigiéndola a su cabeza.

—¡Julián! —gritó Calatrava, convencido de que la iba a matar allí mismo—. ¡Por lo que más quieras!

Mi hermano no se inmutó. Yo, que hasta ese momento no podía creer que se atreviera a hacerlo, de repente comprendí que no solo era capaz de matarla sino que iba a disparar de inmediato, rompiendo el silencio de la noche con el estruendo de su asesinato.

—Déjanos en paz —dije, levantando la voz, temblorosa.

—¿Dejaros en paz? —Se revolvió Julián hacia mí—. ¿Pero no te das cuenta de lo que nos está haciendo esta zorra?

—No nos ha hecho nada —repliqué—. Juro que...

—Lo que te está haciendo a ti y lo que intenta hacer conmigo. ¡Eres mi hermano, Vicente, y te ha engatusado!

—No es verdad.

—¿No lo comprendes? ¿Es que no lo ves? —Me miró enrabiado—. Nos ha obligado a enfrentarnos, tú y yo. ¡Y somos hermanos, joder!

—Pues déjala entonces —respondí aturdido, con la voz quebrada—. Tú y yo no tenemos por qué discutir.

—¡Esta asquerosa roja está destrozando una familia! —repitió Julián, y sus ojos estaban desorbitados, como si hubiera enloquecido—. ¡Nuestra familia! ¡Esta zorra!

—Por favor —acerté a suplicar.

—La mato. Te juro por Dios que la mato. Y todos saldremos ganando, ya lo verás.

Mi hermano levantó aún más la pistola y apuntó de cerca a la cabeza de Elena.

—¡Julián!

—¡Zorra!

El pánico me inundó. Un pitido agudo me nubló la cabeza y de repente me dio un vahído que me hizo tambalear y sacudió mis piernas en un espasmo interminable. Luego, no sé lo que pasó: todo se volvió negro, y después rojo, y otra vez negro, y ya no recuerdo lo sucedido después. Supongo, pensándolo ahora, que debí de apartarme un poco al trastabillar porque cuando volví a ver su imagen yo estaba a su lado, aterrado, viendo cómo el cañón de su arma se acercaba a la cabeza de Elena y Julián la cargaba, echando hacia atrás el percutor. Todo me daba vueltas. Los ojos de Elena se cerraron y con las manos se cubrió la cabeza. Los míos miraban, pero no veían nada, solo la negritud de la noche y sombras, muchas sombras, dando vueltas, todo girando. Y no oía nada, aunque intentaba esforzarme para escuchar el estallido de la explosión del disparo inminente.

No sé cuál fue mi impulso, ni de dónde surgió, y solo me acuerdo de que

mi mano se fue espontánea al cinto, sin ordenarlo yo; que saqué la pistola y, sin más, empecé a disparar. Una, dos, tres, cuatro veces, ya no lo recuerdo. Lo único que sé es que el ruido fue ensordecedor y me hizo volver a la realidad. Allí, mi hermano se desangraba sobre la acera, en un charco de sangre que manaba de su cabeza y corría calle abajo como un riachuelo que, a la escasa luz de la farola, parecía, más que roja, azul.

Elena emitió un grito sordo y se echó a llorar, temblando como si la malherida hubiera sido ella; se tapó la cara con las manos, ahogando un nuevo grito, esta vez de pánico, y cayó de rodillas. Calatrava, con el rostro demudado, pálido, corrió a observar de cerca el cuerpo de mi hermano que permanecía desmadejado en el suelo como un saco de nueces, cada vez más ensangrentado, con la cabeza irreconocible, destrozada. Y yo, inmóvil, sin estar seguro de lo que había pasado, ni ser consciente aún de lo que había hecho, le contemplé sin inmutarme. Seguía apuntándole con mi arma, enloquecido, sin experimentar otra emoción que la rabia, todavía agarrada a mis tripas. Lo sé porque solo dije:

—Muérete, cabrón.

Y propiné una patada innecesaria a aquel cuerpo ya inerte. Después, respiré hondo un par de veces, lo que me alivió de mi perturbación, y me acerqué a Elena, la levanté del suelo y miré a Calatrava, esperando con la pistola todavía caliente, en mi mano, su reacción. En aquel momento, estoy seguro, también habría disparado sobre él si hubiera intentado atacarnos de cualquier manera.

Pero no lo hizo, todo lo contrario.

—¡Vamos, largaos inmediatamente! —nos ordenó, ayudando también a Elena a levantarse y apresurándonos—. Tienes las llaves del coche, ¿no?

—Sí. —Las saqué del bolsillo y se las mostré, todavía anonadado, como un sonámbulo.

—Está bien. Vete de aquí y no vuelvas.

—Pero...

—Escucha. Y escúchame bien, Vicente —me dijo con sus puños cerrados en mi camisa, zarandeándome—. ¿Sabes lo que ha pasado aquí? ¿Eres consciente?

—Sí —afirmé, con firmeza.

—Pues olvídale. Nada, no ha pasado nada.

—Pero, mi hermano... —empecé a ser consciente de lo sucedido.

—Una partida de milicianos. Han sido ellos. Cuatro rojos, soy testigo, yo los he visto —explicó con un convencimiento que me sorprendió—. Han pasado en un coche a toda velocidad, se han detenido aquí mismo y lo han matado. Han huido sin que yo pudiera hacer nada. Mañana tu hermano será un héroe y celebrarán un desfile en su honor. Y tú te olvidas de todo, te vas ahora mismo y no te detienes hasta cruzar la frontera. ¡Vamos! ¡Lárgate!

—Nos van a buscar...

—Nadie sabrá nada. Nunca, te lo juro. Solo yo —añadió en una de las excepcionales ocasiones en que no le vi sonreír. Y luego, conservando el gesto serio, circunspecto, se detuvo un instante a reflexionar y, tras mirar a un lado y otro de la calle por ver si se aproximaba alguien, explicó, de carrerilla—: Mira, cuando llegues adónde vayáis, escíbeme a tu casa. Yo atenderé el correo. Alquilaré vuestro piso y podré enviarte el importe del alquiler todos los meses al sitio que me digas. Así tendrás algo para empezar una nueva vida. Pero ahora olvida todo lo que ha sucedido esta noche y ponte a salvo lo antes posible. Yo te cubriré, te lo juro. ¡Pero ahora no te entretengas más, que alguien habrá dado ya aviso, seguro! ¡Subid al coche y marchaos! ¡Corred!

—A ti... ¿no te traerá problemas?

—¡Ya te he dicho que no! —Me empezó a empujar con brusquedad hacia el coche y él mismo me arrebató las llaves para abrir la portezuela—. ¡Lárgate ya, coño! ¡Corre y escapa! Yo me hago cargo de todo.

—Bien. Vamos. —Con un gesto enérgico indiqué a Elena que subiera al Ford T. y, volviéndome hacia él, a través de la ventanilla, le dije—. Gracias, Calatrava. No lo olvidaré.

—Somos amigos, ¿no? —respondió—. Adiós, Vicente. Y recuerda lo que te he dicho. Escribe.

Cuando arranqué y salimos de allí, algunas ventanas de los edificios se habían encendido, pero nadie se había asomado a ellas. El miedo, tan presente, tan ácido. Por la calle de Torrijos, escasamente salpicada por farolas mortecinas que apenas daban luz a la calzada, no circulaba ningún vehículo, ni pude ver a nadie por las solitarias aceras sumidas en la penumbra; pero al doblar hacia Goya un vehículo de una patrulla militar se dirigía ya al lugar en

donde se habían producido los disparos que despertaron a la noche.

Mi intención era salir lo antes posible de Madrid, tomando la Gran Vía y luego, girando a la izquierda, buscar la carretera que conducía a Extremadura. Pero Elena, todavía temblando pero al parecer recuperada la razón tras la impresión de cuanto había vivido, tenía otra opinión.

—¿Adónde vamos? —me preguntó.

—Lejos. Lo antes posible —afirmé, sin dudarlo.

—¿Tú crees? —Se giró para mirarme—. No estoy segura. Me parece muy peligroso.

—Peor sería quedarse, ¿no? —argumenté.

—No sé —volvió a dudar—. Esta noche estará todo el mundo muy nervioso y buscarán por todas partes a los culpables que haya indicado Calatrava. Habrá controles en muchas carreteras, las habrán cortado... estoy segura.

—Pero nosotros..., así como vamos... —alegué, confiando en nuestros uniformes y en la documentación que llevábamos.

—No tiene nada que ver. Porque lo que pasa es que nos estamos fiando de... ¿Tú te fías de Calatrava?

—Es mi amigo.

—¿Seguro? También lo es de tu hermano. Y desde mucho antes.

—Ya.

Otra vez tenía razón. Elena no solo era inteligente; también prudente y muy precavida. Seguramente fueron los difíciles años de la guerra los que le habían proporcionado esas dotes. En ninguna universidad se estudia una carrera sobre las guerras, pero esa licenciatura es en la que se había graduado ella, a su pesar. Me limité a asentir con un gesto y a preguntarle:

—Entonces... ¿qué propones?

—No sé.

—¿Qué hago? —repetí—. Piensa en algo.

Ella calló. Se mantuvo en silencio un buen rato, dándole vueltas durante todo el tiempo que tardamos en cruzar la Puerta de Alcalá y la plaza de Cibeles, en dirección a la Gran Vía. Fue al entrar en ella cuando afirmó un par

de veces con la cabeza, como si hubiera encontrado la solución, y me respondió.

—Creo, Vicente, que... No sé: salir esta noche de Madrid sería muy arriesgado, estoy segura. Mejor hacerlo por la mañana.

—¿Al alba?

—No. Más tarde. Bien entrada la mañana —se quedó otra vez en silencio unos instantes, antes de continuar—. Cuando el sol esté en lo alto, porque por lo general eso tranquiliza mucho a la gente. Nos podríamos convertir en una especie de patrulla de las muchas que habrá por todas partes en busca de los responsables. Y si Calatrava nos ha denunciado, será más fácil esquivar los controles y pasar inadvertidos.

—¿Y esta noche, qué hacemos? Porque no podemos volver a mi casa.

—Ya lo he pensado —afirmó, muy segura—. Vamos al único sitio en el que no se le ocurrirá buscar a nadie. Sigue adelante, yo te indico el camino.

No recuerdo el itinerario que seguí al volante, pero hubo tramos en los que conduje entre ruinas, escombros y edificios impúdicos que mostraban su esqueleto de madera y retorcidos andamiajes de hierro; y calzadas destrozadas sarpullidas de montículos, cascotes y socavones que me obligaron a esquivar obstáculos y a avanzar con gran lentitud para no destrozarse el chasis y los neumáticos del Ford. Luego nos adentramos en un paisaje dantesco, sugerido por la luz de la luna que mostraba los restos de un campo de guerra. Elena me dijo que estábamos a la entrada de lo que sería la ciudad universitaria, cuando la recompusieran tras haber sido el frente de guerra de Madrid, y que debíamos atravesar las líneas y buscar resguardo en una trinchera, pero no de las de defensa, más expuestas a ser revisadas, sino en las del ejército vencedor, a las que nadie imaginaría como escondrijo de milicianos y rebeldes al nuevo orden.

—¿Sabes adónde vamos?

—Más o menos —respondió Elena, forzando la vista para descubrir el itinerario a seguir—. Mira, al lado del Asilo de Santa Cristina hay un refugio anti-bombardos. Era la vanguardia de los facciosos, ahí se pasaron dos años y medio, no hubo forma de hacerlos retroceder. Era su posición más avanzada del frente de guerra. Sí, mira..., creo que es por allí —indicó un paso de tierra liberado de alambradas y aspas de madera.

—Vamos a destrozar el coche con tanto bache.

—Ve despacio. Por ahí, sigue... Sí, por ahí. Ahora de frente. Allí. Sí, allí, ¿ves esa trinchera? Es de las tuyas.

—¿De quién?

—De los vuestros.

—¿Los míos? —No comprendí—. ¿Quiénes son los míos?

—Déjalo, yo me entiendo —replicó, sin querer responder—. Ahí es.

—Paro al lado, ¿no?

—Sí.

Cuando apagué el motor y las luces de los faros sentí que estábamos en el fin del mundo. La oscuridad, livianamente matizada por reflejos de luna que aparecían y desaparecían al baile de las nubes que cruzaban el cielo de Madrid, se sumaba al silencio que no se rompía ni por el correteo de alguna rata que hubiera sobrevivido a la hambruna del frente o por la llamada de una lechuza en celo. Tampoco oí grillar a los grillos que frotaran sus patas en busca de saciar hambres de apareamiento ni graznido de ninguna ave nocturna. Oscuridad y silencio. Resultaba impactante, pero a Elena no pareció impresionarle. Bajó del coche, repasó los alrededores y me dijo:

—Ven. Por aquí.

Tras seguirla a través de un pequeño montículo bajamos un par de escalones de tierra y se abrió ante nosotros un espacio abierto, protegido por paredes de tierra, sacos terreros y unas traviesas de madera que daban paso a lo que podría ser una galería subterránea. Nos sentamos, recostados en una pared formada por parapetos de sacos, y esperamos hasta acostumbrar los ojos a la oscuridad para tener una idea más ajustada del lugar en el que nos encontrábamos. Algo que me dejó estupefacto cuando al fin se habituaron a la negritud y empecé a distinguir con claridad todo cuanto nos rodeaba.

—¿Te has fijado?

—Sí, ya veo —asintió Elena—. ¡Cómo vivían estos!

—Con lo mal que lo hemos pasado en casa...

Allí se distinguían cascotes de botellas de jerez y de sidra, restos de piernas de cordero y platos repletos de conchas de chirlas. También muchos casquillos de bala, varias granadas de mortero formando una pila, proyectiles sin usar, cruces esvásticas esparcidas por el suelo junto a un pozo, un lavadero con un

montón de insignias de Falange y botas militares, chaquetas de uniforme, varios orinales... Y múltiples pedazos de platos de loza y tazas de metal. Incluso distinguí, por el suelo, algunos anillos que resultaron ser alianzas de boda^[13]. Estaba claro que eran los restos de un festín, las últimas horas en su trinchera de los soldados del bando nacional cuando el coronel Prada —un hombre con gafas y abrigo de cuero— llegó junto al coronel Losa para anunciarle, el 28 de marzo, que la guerra había terminado (un encuentro que quedó fotografiado en una edición especial del *Noticiero Español*). De todos aquellos restos lo que más me impresionó fue encontrar un tazón medio roto ilustrado con dibujos infantiles, unos niños jugando con un patito y un coche de bebé... Todo ello lo relató mucho después Nuño Domínguez en el diario *El País*^[14]. Las tropas nacionales tenían botellas de vino y sidra, carne y pescado. Muy distinto que en las trincheras republicanas, que no había de nada salvo algunas cajas de medicamentos contra la avitaminosis, la única receta para paliar la anemia de tantos soldados.

—Vamos, no lo pienses más —me aconsejó Elena al observar mi estupefacción y la impresión que me produjo contemplar todo aquello—. Intentemos dormir un rato; al amanecer pensaremos mejor lo que hay que hacer.

—No creo que pueda. He matado a mi hermano...

—Es la guerra, que no ha acabado, Vicente. Las guerras civiles no acaban nunca. No le des más vueltas.

—Ya. Ojalá pudiera...

No conseguí dormir en toda la noche. Cualquier ruido, por pequeño que fuera, me sobresaltaba y me obligaba a incorporarme, impulsado por el pavor. Vi dormir a Elena en una pausada placidez y sentí envidia, como tantas otras veces me ha pasado a lo largo de la vida, en la que tanto llegué a admirarla. A mí me resultaba imposible no permanecer en guardia, asustado en ocasiones por oír mi propia respiración, que me parecía demasiado ruidosa. El corazón, latiendo, también es escandaloso en el silencio de la noche cuando sobrevuela el murciélago del miedo.

Solo al amanecer se rindieron mis párpados y logré conciliar un sueño que, a la postre, fue breve porque Elena se despertó enseguida y me tocó un hombro, aterrada, alertándome.

Marbella, agosto de 1999

Pasear por la orilla del mar al atardecer me produce una extraña sensación de melancolía. O quizá sea tristeza, no lo sé. Seguro que en el siglo XIX se llamaría romanticismo a esa placidez insatisfactoria que en lugar de proporcionar serenidad inquieta el espíritu. Cosa distinta es la añoranza: es la suma de la alegría y la tristeza, recordar un hecho que fue feliz (estar al lado de Elena) y de inmediato entristecerse por su ausencia. Puede, en fin, que no sean melancolía ni tristeza, sino añoranza. Quién sabe. Pero es lo que siento. Porque pasear junto a este mar en calma rodeado de gente anónima no alivia la soledad sino que la acrecienta, mostrándola como paisaje absoluto, como el personaje principal del entorno.

Me cruzo con niños, con jóvenes y con adultos de distintas edades y el sentimiento de envidia también se expande como la noche que, poco a poco, va oscureciéndolo todo. Envidia de los niños porque desean llegar a ser mayores; envidia de los jóvenes que viven ensimismados pero que, si se detuvieran a pensarlo, vislumbrarían que alguna vez dejarán de serlo; envidia de los adultos que presienten la vejez, aunque sin dolerles. Pero, ¿a qué puede aspirar un viejo como yo? Solo a dignificar el viaje final de un modo breve y sin ruido. No hay otra edad en el más allá del tiempo; tal vez alguien pueda consolarse convenciéndose de que se puede lograr ser más viejo, y más, y más..., pero siempre viejo, eternamente, lo que dure el juego. La vejez no solo conlleva las enfermedades; la única realidad es que la misma vejez es una enfermedad.

Contemplo a todo el mundo disfrutar del paseo marítimo y pienso que lo hacen sin darse cuenta de que están gastando, despreocupados, algo precioso: el tiempo; que la pérdida del día —de este día— es una mutilación más en el

devenir de lo que les corresponda vivir. Porque se muere todos los días, al igual que se empieza de nuevo con cada amanecer. Así hasta el último, cuando se agota el *bonus* que nos han regalado al nacer. Es un pensamiento triste, como algunos que me van persiguiendo desde que he llegado a este lugar para descansar junto al mar antes de la despedida. Un pensamiento extraño, como cuando imagino que las fotos viejas se vuelven de color sepia porque son fotos de muertos, fotografías del pasado, de nuestros antepasados, recordándonos que también nosotros seremos mañana una imagen virada a sepia, cuando ya no estemos. Que dejaremos de ser algún día, de hecho yo ya estoy preparado para dejarme vencer por la misma vejez, una enfermedad incurable. («No sé si me da miedo la muerte, no sé casi nada desde que llegué al mar», escribió Marguerite Duras). Creo que yo tampoco sé casi nada, es todo tan confuso... Tan solo he comprendido que «la salud y la enfermedad son dos inquilinos inseparables de la naturaleza humana. Y aunque pagan igualmente el hospedaje, la enfermedad tiene más familia que la salud». (Diego de Torres Villarreal). Por eso sobrevivo a estos días previos al fin y trato de disfrutarlos de la mejor manera posible, reflexionando sobre todo lo que me rodea y sobre lo que nace de mi interior, mostrándome formas de extraer a cada hora sus sesenta minutos completos, sin perder ninguno. Conociendo los límites, aunque disfrute por ahora de un saludable viaje que no quiero desperdiciar en ninguna de sus estaciones de paso; y tratando de vencer la melancolía, o la tristeza, o la añoranza, o lo que sea que me embarga ahora mientras paseo junto al mar.

Qué rápido sucede todo: ya ha anochecido. Nadie parece haberse dado cuenta. Quizá porque miles de luces se han encendido por todas partes para hacer visibles los restaurantes, bares, terrazas y tiendas de regalos que compiten con su iluminación exagerada porque las polillas también escogen la luz más potente para revolotearla. Y yo me voy a sentar en ese banco, mirando el mar, rendido, vencido por la soledad que no encuentro modo de ahuyentar, por esta melancolía que no hay manera de digerir. Sentado y cómodo, contemplándolo todo y a todos, exhibiendo mi decrepitud por si a alguien le sirve para comprender que este es el fin que espera al final del viaje, un final que les deseo tan liviano como el que me ha sido concedido por la naturaleza hasta que le ponga fin muy pronto. Setenta y siete; y en septiembre, setenta y

ocho, el último que cumpliré. Como es el último año del siglo que he compartido con esta España tan amante de la tragedia.

«No pienso huir. Mi vecino, con cáncer, pasó los últimos días de su vida mirando el techo, quizá preguntándose si no se arrepentía de no haber hecho nunca nada, de no haber bailado nunca un foxtrot con una puta de dos mil dólares en un *cabaret* de París. Pero yo no tengo ningún arrepentimiento, no me quedaré mirando al techo. Yo no necesito más de lo que he tenido. Ha estado muy bien». Estas palabras, más o menos dichas así, las oí en una película y se me quedaron muy dentro, conciliándome con lo que ha sido mi vida. La película es *Cosas que hacer en Denver cuando estás muerto*^[15], de Gary Fleder, con guion de Scott Rosenberg; y me resultó reveladora. No, no me arrepiento de nada. Nunca me arrepentí. Ni siquiera de la muerte de mi hermano porque hay momentos en los que hay que elegir y yo aposté por Elena, sin equivocarme. La mujer a la que amé y a la que echo de menos todos los días, todos, desde que murió. No hay día en que no piense que, con ella a mi lado, no habría hueco para la soledad, ni la melancolía, ni la tristeza, ni ese miedo que no me deja en paz noche alguna cuando me voy a dormir y apago la luz. Añoranza.

Ella perdió la vida. Hace veintinueve años ya. Se agarró la muerte a su hermosura y no la soltó hasta llevársela en la medianoche entre espasmos que compartí al verla sufrir de aquel modo. Qué maldición es perder al ser que se ama cuando el único deseo es iniciar antes el viaje porque, sin la persona amada, vivir es atroz. Qué desgarrador es contemplar el cuerpo yerto del ser amado que duerme para siempre con el rostro plácido, relajado, sin asomo de la angustia de contemplar la angustia de quien llora a su lado. «Nada te prepara para tocar la piel de una persona a quien has amado con todo el corazón cuando ya ha perdido el calor. Es una desolación que no se parece a ninguna otra». (Carmen Romero Dorr^[16]). Murió Elena y seguir fue tan difícil que solo pude continuar dejándolo todo atrás, regresando a casa, confiando en que algún día llegaría a recuperar el recuerdo de lo que es sonreír, de lo que significa eso de lo que todos hablan: la alegría. Creyendo que acaso la vejez fuera un arma de defensa, el obsequio del egoísmo, el desafío de la naturaleza para llegar a perdonar a la vida.

Pero se alcanza la vejez y uno empieza a darse cuenta de muchas cosas, no

todas absurdas. Que la vida comienza a dejar de darnos cosas para empezar a quitárnoslas; que a todos los de nuestra generación los encontramos más viejos que uno mismo se ve; que solo lo quieren a uno por rutina, costumbre o interés. La vejez. Una edad inútil si no fuera porque peor es no llegar a ella, aborrecible si no fuera por la naturaleza de su alternativa. Por eso, es el reino de la conformidad o el de la locura. No hay senda intermedia. La muerte es una mosca en un salón, quebrando su vuelo, sin saber la dirección que tomará ni, mucho menos, dónde se posará y cuándo. Salvo que se ponga un cebo de miel, que es el suicidio, tan resolutivo. Miel y suicidio: las dos caras de la dulzura.

Dejémoslo. Basta ya. Ahora no quiero pensar más en ello.

Prefiero continuar observando a la gente cruzar ante mí con su pausado deambular en la anochecida, a los niños corretear ajenos al mundo exterior, a los jóvenes besarse en cualquier sitio y en cualquier momento y al mar, allá, a lo lejos, oscuro ya, ondulante apenas y reflejando esa luna que otra vez será la mejor compañera esta noche.

Aquella noche de agosto también fue nuestra mejor compañera cuando nos tendimos juntos, cogidos de la mano, a intentar dormir en la trinchera del frente que ya había dejado de servir para algo. Cuando acaba una guerra son muchas las cosas que se convierten en inútiles, las trincheras son una de ellas, también los obuses que no han estallado, el miedo a las balas que silban, el silencio en la víspera de las batallas, las órdenes de los oficiales obligando a calar la bayoneta y saltar a campo descubierto, los muertos desperdigados, los brazos mutilados, las piernas y manos seccionadas, los supervivientes que no pueden arrancarse el terror y la locura de sus cabezas y deambulan por doquier hasta que se suicidan o son encerrados en un manicomio... Todas ellas cosas inútiles, sin condición humana ni servidumbre. Aquella noche de agosto la luna me prestó su compañía hasta que el amanecer nos abrió el nuevo día. Noche larga, interminable.

Sí. Recuerdo que yo pasé miedo, mucho miedo, hasta que me rendí al sueño. Puede que sin motivo, porque muchos miedos son culpa de la ignorancia, o de esa otra ignorancia que es la superstición, o a causa de la

imaginación torturada, esa imaginación que se desboca mucho más de lo que es la realidad. Elena me aseguró que ella no había temido nada, que el miedo no se había cebado con ella porque había reflexionado sobre nuestra situación y concluido que no había de qué preocuparse. Siempre fue más lista que yo; y además estaba mejor preparada para la vida, sabía muchas cosas, había estudiado, había leído. Pero la ignorancia... esa otra gran miseria del ser humano, uno de esos jinetes del Apocalipsis que describió Blasco Ibáñez. También lo expresó muy bien la escritora y filósofa Hannah Arendt cuando afirmó que «el propósito de la educación totalitaria nunca ha sido inculcar convicciones, sino destruir la capacidad para formar alguna», pero en mi caso no había recibido ninguna educación, no tuve tiempo, y Elena se había rodeado de maestros y libros que enseñaban en libertad, formando y construyendo convicciones sólidas, esa era la diferencia. Una educación heredada del krausismo, desarrollada por la Institución Libre de Enseñanza (inspirada por Sanz del Río y Giner de los Ríos y de sus discípulos y seguidores) hasta construir un modelo educativo igualitario, participativo, en armonía con la Naturaleza, mixto y laico que intentó la imprescindible modernización de España y en él se formaron muchas generaciones jóvenes hasta 1936. Por eso yo tenía miedo y Elena no. Bueno, no lo tuvo hasta que al amanecer los vio llegar y no supo qué hacer, solo alertarme de su presencia tocándome el hombro, con los ojos desorbitados.

Hoy habrá una buena luna también. Ojalá logre conciliar pronto el sueño y no me visiten los fantasmas del miedo, como tantas noches. Qué poco me gusta la soledad. Dicen que vivir solo es envidiable, porque significa disfrutar del regalo de la libertad. Pero no, no es tan fácil. «Por la mañana, es verdad, te das cuenta de la libertad que tienes, pero de noche, a veces, la libertad se te cae encima». (J. Llamazares^[17]). Y a mí esa libertad nocturna me pesa y me duele, llenando mi imaginación de murciélagos o mi memoria de recuerdos del tiempo de la guerra, cuando empecé a saber mirar y comprendí que nada de lo sucedido, o por suceder, estaba bien. Los últimos días pasados en Madrid me enseñaron mucho más que los años que había vivido hasta entonces. Los madrileños... esos madrileños que se cruzaban por la calle o que eran

obligados a asistir a los fastos de la victoria. Los había descrito muy bien un aristócrata metido a escritor, Agustín de Foxá, en esa novela que leí más tarde, *Madrid, de corte a checa*^[18], en la que se decía que por las calles, durante la guerra en Madrid, «pasaban masas ya revueltas: mujerzuelas feas, jorobadas, con lazos rojos en las greñas, niños anémicos y sucios, gitanos, cojos, negros de los *cabarets*, rizados estudiantes mal alimentados, obreros de mirada estúpida, poceros, maestrillos amargados y biliosos. Toda la hez de los fracasados, los torpes, los enfermos, los feos; el mundo inferior y terrible, removido por aquellas banderas siniestras». No sabía Foxá que esos mismos madrileños, a los que había descrito con rabia y repulsión, eran los que siguieron existiendo muchos años después por la ciudad tras la victoria —su victoria—, y que además habían añadido a su condición la maldición del miedo a que les dieran el alto en cualquier momento y a ser encarcelados o fusilados. Madrileños a los que he recordado en estos días en los que me he obsesionado con recrear aquellos días con Elena, días de gloria y resarcimiento, de redención, hasta que se convirtieron en días de terror y fuga, de convicción.

Aunque son recuerdos, nada más. A estas alturas, ya no puedo estar seguro de nada. Porque ya sé que, efectivamente, «hay dos tiempos, pero que no son realidad contra ficción, sino ficción contra ficción». (Walter Benjamín).

Madrid, miércoles 9 de agosto de 1939

—Mira, Vicente.

—Pero... ¿Quiénes son esos...? ¿Qué hacemos?

—No sé... Muéstrate firme —me aconsejó Elena.

Todavía somnoliento, frotándome los ojos, supuse que tenía razón, que tenía que mostrarme seguro de mí mismo y me dispuse a hacerle caso. Me levanté, alisé la pechera de mi camisa con ambas manos y esperé a que se acercaran. Iban en un todoterreno militar, eran cuatro o cinco falangistas uniformados armados con fusiles y habían detenido el vehículo a unos cincuenta metros de nosotros. Nos miraban titubeantes, incluso alguno con el arma dispuesta, apuntando en nuestra dirección. Solo uno, que parecía el jefe de la escuadra, estaba de pie en el lugar del copiloto, sin quitarnos los ojos de encima.

—¿Voy yo?

—Espera. Bueno, no —rectificó Elena—. Adelántate, no tengas miedo. Recuerda que eres alguien importante, el hermano de Julián.

Enseguida comprendí lo que quería decir Elena al recordarme quién era y respiré hondo, viéndolo todo con más claridad. Firmeza y serenidad. Avancé unos pasos hacia ellos y me detuve con los brazos en jarras, chulesco, esperando su reacción. El que parecía su jefe descendió entonces del vehículo, se ajustó las gafas de sol sobre el puente de la nariz y también se adelantó hacia mí, decidido.

—¡Arriba España! —gritó, alzando el brazo con el saludo fascista.

—¡Arriba España! —respondí, con idéntica marcialidad y el mismo saludo.

—¿Quién eres? —me preguntó.

—¿Yo? No me jodas... Lo que quiero saber es quiénes sois vosotros y qué hacéis aquí —respondí, con la misma energía que habría utilizado mi hermano.

El falangista arrugó el entrecejo, sorprendido por mi actitud. Se arrancó las gafas y adelantó la cabeza hacia mí.

—Por ahora las preguntas las hago yo, ¿entendido?

—¡De eso nada! —volví a mostrar una arrogancia que desconocía en mí—. Han asesinado a mi hermano y hoy no me da órdenes ni Dios. Y para empezar no sé si vosotros sois esos cabrones a los que voy a dar caza. Así que, por ahora...

—¿Tu hermano? —se sorprendió el falangista y me interrumpió—. ¿Tú eres el hermano del camarada Julián?

—¡Por supuesto! —repliqué, mientras sacaba mi carné y se lo mostraba sin soltarlo de la mano—. ¿O crees que llevo toda la noche buscando a sus asesinos por diversión?

—Perdona, camarada —respondió el falangista tras leer mi apellido en la identificación, cambiando por completo de actitud—. A tus órdenes. Somos también una patrulla de búsqueda de esos criminales, hemos salido al amanecer.

—Enséñame tu carné, camarada —exigí—. No pienso fiarme de nadie.

Volvió la cabeza hacia sus hombres, como asegurándose de que no les parecía vergonzoso que se doblegara a mi petición y les informó en alta voz:

—Es el camarada Vicente, el hermano del camarada Julián. También está buscando a los asesinos.

—Sí, eso es —añadí, mientras hacía como que miraba el carné que me mostraba el falangista—. Los he buscado por todas partes y supongo que esta es tan buena zona para esconderse como cualquier otra. He venido a ver si daba con alguna pista.

Y de repente, todos ellos bajaron del vehículo y, brazo en alto, me saludaron a su modo. Uno de ellos, mientras permanecía en posición de firmes, declamó, marcialmente:

—Nuestro pésame, camarada. Los culpables no quedarán sin castigo, ¡te lo juramos por Dios, por la Patria y por José Antonio Primo de Rivera!

—Pues a ver si es verdad... —respondí, con un cierto aire despectivo que cuadraba con el papel que estaba representando.

Falangistas. Todos tan decididos, tan épicos, envueltos en sus románticos ideales. De hecho, tres años después de su muerte sucedida el 20 de noviembre de 1936, los restos del fundador de la Falange, José Antonio Primo de Rivera, fueron trasladados por ellos en un ataúd cubierto por la bandera rojinegra de la organización desde la ciudad de Alicante hasta el monasterio de El Escorial, en Madrid. Lo hicieron en el mes de noviembre de 1939, un noviembre frío y lluvioso, y recorrieron los casi quinientos kilómetros de distancia en diez días. Trasladaron sus restos entre miembros del Frente de Juventudes, de los sindicatos verticales, de la Sección Femenina y de algunas unidades del ejército. Un viaje sin pausas, durante el día y durante la noche, todos a pie, desde la capital alicantina a la basílica del monasterio, frente al altar mayor. Un entierro provisional hasta que los restos pudieron llevarse finalmente al Valle de los Caídos cuando se concluyó su construcción. Durante el viaje se celebraron múltiples ceremonias religiosas, se prendieron grandes hogueras en su honor al paso del cortejo y los relevos de portadores se realizaron entre salvas de artillería y el tañer de campanas de las iglesias del camino. Hasta en los colegios se interrumpieron las clases para, brazo en alto, imitando el saludo romano convertido en símbolo fascista —también llegaron coronas de flores enviadas por Mussolini y por Hitler—, vociferar «José Antonio, ¡presente!». Unos fastos redoblados a la llegada a Madrid de la comitiva fúnebre, saludada por las más altas autoridades civiles y mandos militares y por las delegaciones italianas y alemanas, que evidenciaban con su actitud y expresiones que la guerra no había concluido, ni mucho menos. Aún quedaba la labor de incinerar las ideas y exterminar a las personas que previamente habían sido derrotadas en el frente: la manifestación del odio al vencido, la exhibición de una decisión que sentenciaba que nunca, nadie, sería perdonado. No habría reconciliación. No la habría. Ni perdón. Los falangistas tampoco lo iban a consentir.

—¡Arriba España! —repitió el jefe, ante mí.

—Bien, camaradas. —Me sentía completamente relajado y junté mis manos a la espalda, con una fortaleza de ánimo que debió de impresionar a Elena. De hecho, la miré y estaba pálida, seguramente aterrada y pensando que, aunque lo estaba haciendo bien, yo era un loco. Continué—: Veamos; la camarada Elena y yo vamos a seguir con la búsqueda. El crimen será vengado.

¿En dónde habéis buscado vosotros?

—Nos ha correspondido el frente de guerra. Pero otros muchos grupos de camaradas están repartidos por todo Madrid y las carreteras de salida.

—¿Y...?

—Hasta ahora han sido detenidos más de un centenar de sospechosos, pero los muy cabrones no han soltado prenda. —Y añadió, suficiente—: Y ya nunca podrán soltarla.

—¿Ejecutados?

—Ajusticiados, camarada —respondió—. Si no eran los culpables, eran sus cómplices. Hoy, todo rojo es cómplice del asesinato de tu hermano, un hombre glorioso al que nunca olvidará la patria. Te doy mi palabra.

—Bien —asentí. En aquellas circunstancias, no podía decir otra cosa.

—Pero tú deberías descansar, camarada —me recomendó, amable en exceso—. Se te ve cansado, es comprensible porque llevas despierto toda la noche. Y tienes que prepararte para los funerales. Habrá un desfile en su honor.

—¿Descansar? ¡De ninguna manera! —volví a fingir mi ira—. ¡Tengo que encontrarlos! No volveré a dormir hasta dar con ellos, ¿entendido, camarada?

—Como quieras —aceptó—. Mi admiración, camarada. ¿Deseas que te acompañemos?

—¡No! —exclamé. Y, dándome cuenta de lo radical de mi negativa, rebajé el tono y suavicé mi respuesta—. No hace falta, gracias. Es mejor que sigamos buscando cada uno por su lado. La camarada y yo —señalé a Elena—, sabemos lo que tenemos que hacer. Supongo que tú también. Tendrás tus órdenes...

—Desde luego.

—¡Pues a ello! —exigí, sin observar resistencia por su parte sino todo lo contrario, algo así como sumisión, obediencia. Estaba claro que seguían acostumbrados a que decidieran por ellos.

—Buena suerte, camarada —concluyó el jefe antes de volver a saludar brazo en alto y regresar a su coche, indicando a sus hombres que hicieran lo mismo.

Cuando empezaron a alejarse, entre trincheras, ruinas y altibajos del terreno, fue cuando sentí que las piernas me temblaban. No me había dado

cuenta de ello y confié en que los falangistas tampoco, y me senté, mejor dicho, me desplomé sobre el borde de nuestra trinchera sin poder creer cómo me había atrevido a tanto. Por lo menos —observó Elena—, Calatrava no nos había denunciado porque de lo contrario nos habrían detenido y fusilado allí mismo, y esa era la mejor noticia. Admití, entre sudores fríos, que parecía ser así, en efecto, y le pedí que me diera un poco de agua, en el coche debía de quedar alguna botella de algo.

—Necesito beber. Tengo la boca seca. Dame agua, anda, o vino, o lo que sea. Y en cuanto descanse un momento nos vamos de aquí. Hay que salir de Madrid cuanto antes. Esos tíos están locos.

—Cuanto antes —coincidió ella, alejándose hacia nuestro coche en busca de la bebida—. Pero ahora es evidente que no estaremos seguros hasta que salgamos de España. ¿Les has oído? Han fusilado a más de cien personas esta noche.

—Sí. Locos e implacables.

—¡Qué horror!

—Y lo que más me preocupa es que se han ido muy pronto. Muy pronto y muy calmados. Demasiado, me parece a mí. ¿Habrán sospechado de nosotros?

—Eres su hermano. Mejor coartada, imposible.

—Ya —admití—. Espero que sean así de fanáticos como para haberse ido convencidos. Porque como tengan la mitad de astucia de Calatrava, volverán a buscarnos. A mí me hubieran parecido sospechosos dos tipos como tú y yo. No me hubiera creído nada ni por el carné ni por este uniforme.

—No seas pesimista...

—No lo soy. Al contrario, soy demasiado optimista al creer que son tan burros como para habérselo tragado todo.

Una hora más tarde estábamos conduciendo camino a Extremadura sin habernos topado con ningún control de carretera ni haber vuelto a tener noticias de la patrulla falangista que nos abordó en la trinchera donde pernoctamos. Al final del día ya pudimos dormir en Badajoz, elegido para evitar cruzar la frontera al anochecer por si despertaba alguna sospecha lo intempestivo de la hora. La portuguesa ciudad de Elvas estaba a tiro de piedra,

apenas diez kilómetros, pero suponíamos que la frontera estaría especialmente vigilada y al amanecer todo el mundo estaría más relajado.

Durante el día cruzamos muchos pueblos y en bastantes de ellos fuimos saludados marcialmente a nuestro paso, en cuanto vislumbraban nuestra camisa azul. En los pocos que nos detuvimos, para aliviarnos, comer algo o reponer gasolina, no solo se nos vitoreó sino que las autoridades acudieron para estar junto a nosotros y pronunciar palabras de honor y gloria a Franco, a la victoria, a la Falange y a la nueva España. En ninguno nos detuvimos más de lo imprescindible, inseguros de nosotros mismos y de las dudas que pudiera levantar nuestro viaje, aunque lo que decidimos fue no revelar en ningún caso mi nombre ni dar explicaciones sobre el motivo ficticio de llegar a Portugal, que no era otro que el inventado de ir en busca de un comunista salmantino huido y detenido en Lisboa por la PIDE, la policía política salazarista, al que debíamos devolver a Madrid para ser juzgado y ejecutado.

Pero no fue un viaje apacible, en absoluto.

Temíamos por nuestra seguridad, acaso ya estuviéramos siendo buscados a poco que Calatrava hubiera cambiado de opinión, y los kilómetros se nos hacían interminables. Temíamos por nuestro presente y por el futuro, del que lo desconocíamos todo. Lo único que queríamos era salir de España y luego de la península, salvar la vida, esa vida que se nos había roto en unas pocas semanas, una vida «que nos pasaba por encima como una tormenta. Había que lograr que esa sensación de pérdida constante que era la vida tuviera sentido, hasta que la memoria fuese disolviéndose y se relativizaran los daños». (Ignacio del Valle^[19]). Otras veces habíamos sentido el miedo, tanto Elena como yo, conociendo que podíamos perder la vida de un minuto a otro, pero durante aquel viaje la sensación fue tan constante, tan continuada, que era como si ni el reloj ni la carretera avanzasen un ápice. Solo recuerdo una conversación entre nosotros en las horas de silencio que nos acompañaron durante todo el día.

—Gracias —dijo Elena en cierto momento.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Por haber cambiado mi muerte por la de tu hermano. Debió de ser muy duro para ti.

—En absoluto —aseguré, alzando los hombros para mostrar la

indiferencia que me producía lo sucedido.

—¡Pero era tu hermano! —replicó ella, observándome sorprendida por mi respuesta—. Murió a tus pies.

—Lo sé.

—Lo mataste tú.

—Sí. Lo recuerdo. —La respuesta sonó a sarcástica, aunque no lo pretendí. Solo quería hacerle comprender que lo ocurrido no me afectaba, ni sentía ningún arrepentimiento por ello.

—Perdona, pero me cuesta entenderlo.

Lo que me extrañaba a mí, por el contrario, era que no se diera cuenta de que había apostado por ella sin dudarlo un instante, que la amaba sobre todas las cosas y que lo que no me hubiera perdonado jamás habría sido asistir a su asesinato sin hacer nada por impedirlo. Aunque fuera como resultó finalmente, vaciando el cargador de la pistola sobre mi hermano.

—Eras tú —dije.

—Era tu hermano —objetó ella.

¿Cómo explicárselo? Tenía razones para protegerla, y eran tan poderosas que no entendía por qué le costaba tanto ver que dos vidas estaban en la balanza y para mí una era imprescindible y la otra solo soportable. Que una era propia y la otra ajena. Que su vida formaba ya parte de la mía mientras que la de mi hermano nunca me había importado. No sabía cómo explicárselo, pero lo intenté.

—Sí, era mi hermano, pero apenas le conocía —empecé diciendo—. Tenía yo nueve o diez años cuando se fue de casa. Y lo único que recuerdo es que hasta entonces todo eran discusiones en casa, entre él y mi madre.

—¿Se fue de casa? ¿Adónde?

—A estudiar. Dijo que no quería hacer la carrera en Madrid y se fue a Salamanca, a trabajar y a estudiar Derecho. Pero de lo que más me acuerdo es de las discusiones, de los gritos. Mi madre le daba algún bofetón de vez en cuando, pero él no cambiaba. Cuando se enfurecía, gritaba como un loco, daba un portazo y se iba. A lo mejor tardaba uno o dos días en volver a casa.

—¿Y tú?

—No sé. Yo era muy pequeño. Él me pegaba, nunca sabía por qué.

—¿Te pegaba?

—Hasta que murió mi padre no empezó a hacerlo. Mi padre me protegía de su brutalidad, creo que siempre me quiso a mí más que a él, y Julián nunca lo soportó. Llegó a odiarme, seguro, y también a mi padre y a mi madre. A los dos. Cuando murió mi padre, asistió al entierro sin derramar una lágrima, todo lo contrario: a mí me pareció que era como si lo festejara. Ni siquiera se esforzó en disimularlo. Y desde entonces se creyó capaz de humillar a mi madre y de pegarme con cualquier excusa, viniera o no a cuento. Convirtió mi casa en un infierno de gritos y discusiones, pero yo no tenía edad ni fuerzas para defender a mi madre ni para esconderme de él. Hasta que se cansó, supongo, y entonces se marchó de casa. Se fue a Salamanca y apenas sabíamos nada de él, casi nunca escribía. Mi madre le enviaba cartas para preguntarle qué tal estaba, para interesarse por él, pero él solo respondía con una postal muy de tarde en tarde.

—Pero volvería, ¿no? Por Navidad, durante las vacaciones... No sé, supongo.

—No. Nunca regresaba. Mi madre me decía, si le preguntaba por él, que tampoco ese año volvería, que había decidido irse de vacaciones con unos amigos, a Santander, o a La Coruña. Y que en Nochebuena no podía ir a casa porque tenía mucho trabajo. Supongo que era cierto, que trabajaba, al menos era eso lo que decía mi madre.

—¿Y era verdad?

—No lo sé. —Me encogí de hombros, sin darle importancia—. Como tampoco sé por qué se fue luego a seguir la carrera a la Universidad de Oviedo. Mi madre comentó con la abuela que, en Salamanca, los profesores eran unos huesos y que en Oviedo aprobar era más fácil. Que era lo que decía mi hermano. O sea, que en Oviedo le pilló la guerra y tampoco lo volví a ver hasta abril, cuando vino. Ya lo ves, apenas le conocía.

—Claro.

Me quedé pensándolo hasta que, tras unos momentos de silencio, confirmé:

—En realidad, pensándolo bien, era un perfecto desconocido para mí — comenté en voz alta mientras seguía conduciendo por aquellas carreteras desiertas. Durante trechos larguísimos solo adelanté a alguna bicicleta y a unos pocos carros tirados por un mulo, o un buey. Luego miré a Elena y añadí —: Comprendeme. No quiero decir que no fuera mi hermano, lo que te digo es

que nunca sentí nada por él.

Ni afecto ni, mucho menos, cariño. Al contrario, mientras fui niño le tuve mucho miedo. Siempre traté de estar lo más lejos posible de él y de sus palizas. Y ahora, desde que ha regresado a Madrid, me ha parecido un tirano. Yo creo que disfrutaba enviando a la gente a la muerte. Por no hablar de lo que ha hecho con mi madre..., pobre.

—Quizá no lo hayas conocido bien...

—No. Lo he conocido demasiado bien. Hasta Calatrava dijo que era una hiena. No sé si en serio o en broma, pero lo dijo. También le espetó a la cara que era como un cazador, que solo se alimentaba de lo que mataba. Lo recuerdo perfectamente porque lo oí, se lo soltó delante de mí.

—Lo siento.

—¿Comprendes por qué no me arrepiento de haber cambiado tu vida por la suya?

—Mi muerte por la suya, querrás decir.

—Llámalo como quieras —negué con la cabeza y junté los dedos pulgar e índice para asegurar—: Pero te juro que no me arrepiento ni un tanto así.

Esa noche nos hospedamos en uno de los establecimientos que proporcionaban comida y alojamiento en la ciudad de Badajoz. Mientras nos preparaban la mesa para cenar, tras tomar nota de nuestra identidad y darnos las llaves de las dos habitaciones individuales que solicitamos al no poder demostrar con un Libro de Familia que estábamos casados, y por tanto no permitirnos compartir estancia, me senté en un silloncito situado a la derecha de la recepción, al fondo, y me puse a leer un periódico del día abandonado sobre la mesa esquinera junto a una lámpara de luz escasa. En él no había referencia alguna al crimen de Madrid —no había habido tiempo de recoger la noticia—, que era lo que buscaba en el diario, y en cambio leí algunas informaciones en las que se intuía que pronto podría desencadenarse una guerra entre países europeos, Alemania e Italia por un lado y Francia, Inglaterra y alguno más por otro. Se podía leer en el diario que el almirante Canaris, el jefe de la *Abwehr*, había visitado al general Franco y ambos habían pactado que España prestaría sus puertos a los submarinos alemanes en

Santander, Vigo y Cádiz, y quizá Barcelona, para atracar y abastecerse si previsiblemente estallaba la guerra. Esas facilidades a los alemanes se iban a acompañar con algunos cambios en el gobierno, cesándose a los ministros anglófilos, partidarios de Gran Bretaña, como era el caso de Gómez Jordana, nombrando en su lugar a ministros germanófilos, del gusto de Hitler, como lo era Beigbeder. Y lo más curioso de todo era que se estaba preparando un pacto entre Alemania y la Unión Soviética que, al firmarse, convertía a España, paradójicamente, en aliada de los comunistas. En consecuencia, no me extrañó nada que luego, cuando estalló por fin la guerra, Franco proclamara «la más estricta neutralidad» de España, acaso por las precarias condiciones económicas del Estado pocos meses después del final de la guerra, pero también porque no creo que a los vencedores les encantara la idea de ser aliados de los rusos, avalistas de los republicanos a los que acababan de derrotar. Solo los periódicos y las radios tomaron abiertamente partido por la Alemania nazi, una estrategia sin duda impuesta por la diplomacia del nuevo régimen.

Leía esas noticias y descansaba del viaje del largo día cuando nos avisaron de que podíamos pasar al comedor, donde nos esperaba una sopa de fideos y una pescadilla mordiéndose la cola que sabía mejor de lo que olía, pero a la que ni Elena ni yo hicimos ascos porque a esa hora ya estábamos hambrientos.

Mientras acabábamos la cena con unas natillas oímos un coche frenar con estrépito ante la fachada del hotel y de inmediato vimos entrar a dos guardias civiles, fusil en mano, acompañados por el dueño del hotel que nos señalaba con el dedo.

—Son ellos —indicó, en voz baja.

—Buenas noches y Arriba España —se aproximó a nosotros uno de los guardias—. Hagan el favor de acompañarnos.

—¿Por qué? ¿Qué sucede? —preguntó Elena, ante mi estupor y silencio.

Yo había enmudecido, paralizado. Era una de esas ocasiones en que la vida nos asfixia con una incertidumbre macabra, un temor mutilador que incapacita para ver más allá de lo que imaginamos, convencidos de que algo terrible nos ha alcanzado y no hay forma de escapar. Una de esas veces en que nos sentimos indefensos y condenados a pagar un alto precio sin haberlo

esperado, al menos en ese momento. El drama es siempre traicionero, un acontecimiento que nos sorprende inesperadamente, justo cuando el cuerpo descansa en el sosiego y la mente en la indiferencia. Quizá por ello Julio César afirmó que la mejor muerte es la inesperada. Con la presencia de aquellos guardias me quedé agarrotado, confundido y sin poder reaccionar. Quizá Elena respondió así porque vio en mis ojos el reflejo del pánico, de la rendición. Y seguro que eso era lo que podía verse en ellos porque no recuerdo lo que se me pasó por la cabeza, aunque seguro que era un único pensamiento imponiéndose sobre todos los demás. Porque la idea que lo ocupaba todo era trágica, esto es que, de forma abrupta, nuestra fuga había llegado a su fin.

—Tenemos órdenes de llevarles a ustedes al cuartel, de inmediato —se limitó a explicar el guardia, sin alterar el rictus severo de su cara ni aliviar la dureza de su mirada.

—Estamos cenando, señores —ensayé una excusa absurda, sabiendo que lo era. Pero no podía dejar sola a Elena en la conversación con los guardias.

—Son órdenes. —El cabo se mantuvo inflexible—. Mis órdenes son llevarlos y custodiarlos.

Arrojé la servilleta sobre la mesa, mientras protestaba con alguna frase que no recuerdo, algo así como «esto es incomprensible», o quizá la repetida prepotencia de «no sabe usted con quién está hablando», pero sin más nos introdujeron en el coche policial. Estaba cansado, muy cansado, tenía ganas de oponerme y elevar el tono de mi protesta, pero Elena puso su mano sobre la mía indicándome que me calmara, que no teníamos escapatoria y que no mejoraría nuestra situación por enfrentarnos a ellos. Fue la primera vez en mi vida que la muerte se me presentó de una manera ineludible y, lo que son las cosas, no me pareció tan grave. Al fin y al cabo, ¿qué pasaba por morir? Morían tantos... La realidad es que el hombre lleva sobre la tierra un millón de años y, mientras, nuestra vida es un relámpago entre las nubes que cubren un cielo ennegrecido y grisáceo; la vida dura lo que dura un parpadeo, y encima pretendemos llenarla de esencia de inmortalidad. Pensé en algo muy distinto: la humildad; el ser humano necesita humildad. Todo iría mejor. Nos habían descubierto, nos detenían, seríamos juzgados y fusilados. Como tantos otros. No era cuestión de rebelarse; era pura lógica y la única respuesta a su

matemática era la resignación. La lógica de los vencedores, la lógica que, con nosotros, se cumplía una vez más.

Con el tiempo he llegado a pensar que España es un país que venera la risa y le sobran los motivos. Hasta lo trágico es humorístico. De la tragedia nace la fiesta y de la muerte, también el esperpento. Ni siquiera la comedia clásica griega es tan estrafalaria como nuestra cotidianidad. Un país que, muy diferente del humor negro, no entendieron muchos, solo Quevedo, Valle-Inclán, Wenceslao Fernández-Flórez, Berlanga y pocos más. Tal vez también los tiranos que se mofaron de los españoles, como Fernando VII y Franco. Porque lo sucedido aquella noche hubiera sido una bacanal de carcajadas de no ser porque era tan intenso nuestro miedo que solo después, recordándolo, pudimos compartirlo entre sonrisas y estupefacción.

Y es que al llegar al cuartel de la Guardia Civil nos encontramos con toda la guarnición formada, una banda de tambores y trompetas interpretando una marcha militar y junto a las puertas de entrada, en una hilera marcial de señores ataviados como si asistieran a un entierro, a las máximas autoridades civiles y militares de la ciudad. Chaqués, uniformes de Falange y de requetés, bandas, medallas y estrellas sobre las guerreras de los militares y una sotana al fondo formaban el comité de recepción que, en cuanto descendimos del coche, nos saludaron brazo en alto y con los semblantes tan expectantes como bobalicones, sonrientes, complacidos, afables, deformados por sus sonrisas babeantes. Uno de aquellos hombres, nada más silenciarse la música, se acercó hasta nosotros y volvió a saludar al modo romano.

—Bienvenido a Badajoz, camarada. Se presenta Ramiro García, jefe provincial del Movimiento, a tus órdenes.

—Sí, sí, gracias, gracias... —dije, titubeando. No tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero tampoco sabía qué decir. Por eso me pareció lo más conveniente para disimular el estupor levantar también el brazo con brío, como impulsado por un resorte mecánico, y gritar—: ¡Arriba España!

¡Arriba!, se oyó en un alarido unánime como respuesta entre los presentes, incluidos los guardias civiles que, en formación, no habían abandonado su posición de firmes.

—Ven, camarada —indicó el gerifalte—. Te voy a presentar a...

Y, uno a uno, me fue presentando al alcalde, a un coronel, a un par de capitanes, al jefe local de la Falange, a unos concejales y al cura, un tal don Társilo, que me bendijo allí mismo.

—No tenían que...

—¿Cómo que no? Tu visita es un honor para nosotros. Y lo primero que queremos transmitirte son nuestras condolencias más sentidas por la pérdida irreparable de tu hermano, camarada. Un héroe. Hoy se nos ha comunicado el trágico crimen cometido anoche en Madrid por la horda roja y nos han hecho saber que se procedía a encontrarte, porque se sabía que estabas decidido a hallar a los criminales para que respondieran de tan execrable delito, mancillando el honor de tu hermano, que es también una afrenta a la patria. Por eso, en cuanto el posadero nos ha comunicado tu estancia en su hotel, hemos dispuesto lo necesario para agasajarte y mostrarte nuestro pésame, que es, camarada, el pésame de toda Extremadura y de toda España.

—Gracias, gracias —respondí, humildemente—. No sé cómo corresponder a...

—Pasad. La camarada que te acompaña también. Tenemos dispuesto un austero ágape en tu honor.

—Pero, nosotros...

—Pasad, pasad... Levantaremos una copa en un brindis patriótico por tu hermano, por su ejemplo heroico, que nos alienta a seguir cumpliendo nuestra misión sagrada conducidos por nuestro caudillo, el Generalísimo Franco.

—Ya, pero... hemos cenado ya, camarada. No sé si...

—Entrad, entrad ambos... Y cuéntanos. ¿Alguna pista ya sobre los criminales? ¿Cuándo serán las exequias fúnebres por tu hermano? Es que, nosotros... quisiéramos asistir. Cuéntanos, cuéntanos...

Marbella, agosto de 1999

Cada día me resulta más grato este lugar que he encontrado frente al mar. Pasan los días y no siento nostalgia de mi casa ni de mi pasado. Regresar me parece innecesario, aquí podría culminar mi último deseo.

Siempre pensé que volver a Madrid era un sueño que alguna vez cumpliría y que no entraría en el túnel de la muerte con sosiego si no lo hiciera por su puerta. Lo natural es cerrar el círculo de la vida y acabar donde empezó. Es como el arco vital: el niño se convierte en adulto y el viejo en desvalido, otra vez en un párvulo necesitado de ayuda. La naturaleza nos lo muestra con claridad en el instinto de los animales, que se apartan cuando sienten el fin o se cobijan en un parapeto que les oculte para recibir lo inevitable. También el ser humano quiere encontrar la manera de acabar en el lugar de su niñez, su aprendizaje, y por mucho que se aleje durante la vida, necesita del regreso para recrear la vuelta al útero materno.

Me siento a gusto en este lugar, sí. Tantas horas de libertad y soledad (¿vienen a ser la misma cosa?, a veces lo pienso) me complacen porque descubro lo que la algarabía y las obligaciones cotidianas no me dejaban ver. Por ejemplo, he comprobado que me resulta más fácil recordar mi juventud que lo que comí ayer y no es que mi memoria sea mala ni haya empezado a sembrar lagunas sino que si me aílo lo suficiente puedo recrear hechos de hace sesenta años con una nitidez que ignoraba que fuera posible. Claro que también me hace reflexionar si no serán esos recuerdos una ficción reconstruida con el paso de los años, el poder de los sueños y las travesuras de la mente. Creo recordar aquello de lo que me acuerdo, y eso es la memoria; otra cosa es que dé a la memoria el don de la infalibilidad, cuando sé que está forjada con un andamiaje de recuerdos probablemente reconstruidos. Aun así,

me gusta repasar lo recordado y ya no lamento lo que días atrás me pareció obsesivo: el tiempo del final de la guerra y los inicios de mi amor por Elena.

Debería pedir que retiraran los espejos de mi habitación del hotel porque la única mácula que ensombrece estos días plácidos es contemplarme en ellos. Me desagrada. La vejez es una enfermedad, ya lo sabíamos, pero vivirla en carne propia se lleva peor sobre todo porque he comprendido que es incurable, que no hay marcha atrás. Menos mal que a veces me anima leer algunas cosas que reconcilian con lo que somos y con lo que seremos, porque a esta edad el hecho de encontrarse bien de salud no presagia nada bueno.

Será por aquello que escribió Tomás Moro de que «la naturaleza misma nos manda llevar una vida agradable como finalidad de nuestras acciones, y define la virtud como vivir según ese precepto». Sí, leí estos días todo lo que pasó por mis manos, libros que han sido evasión y también guía en los peores momentos, párrafos y poemas que nos igualan al hacernos ver que no somos únicos ni diferentes y el final es idéntico para todos si se alcanza el límite. Y así no duele tanto el envejecimiento, ni las arrugas, las canas o la debilidad. Lo escribía Rosalía de Castro:

*Hay canas en mi cabeza, hay en los prados escarcha,
más yo prosigo soñando, pobre, incurable sonámbula,
con la eterna primavera de mi vida que se apaga
y la perenne frescura de los campos y las almas,
aunque los unos se agostan y aunque las otras se
abrasan*

Pobre, incurable sonámbula, una vida que se apaga... No hay modo de expresar mejor el aviso de la megafonía del tren anunciando la llegada a la estación de destino. No me gusta el anuncio, pero lo cierto es que no puedo

enfadarme conmigo mismo por envejecer: a mi edad ya no puedo ofenderme ni estar enfadado con nadie. Los malos modos, pasajeros, son naturales a la condición de viejo gruñón, algo que me resulta inevitable como a tantos otros, pero aquellas enemistades del pasado, permanecer enfadado con otros, el rencor... ya no tienen cabida a mi edad. Entre otras cosas porque puedo llegar a recordar que estoy enfadado con este o con aquel, pero la verdad es que ya no sé por qué. Por eso es absurdo sentir rencor sin saber el motivo como también lo es mostrarse molesto por lo que otros digan o hagan. En definitiva, el enfado sería solo mío —los disgustos quebrantan la salud, y a más grandes, mayor es el agravamiento—, y encima los demás no sabrán de mi enfado, o lo ignorarán. No, a mi edad no puedo.

A lo largo de la vida han sido muchas las veces que he sentido la sangre golpear mi cabeza e irritarme hasta perder los nervios y enfrentarme con brusquedad a situaciones que consideraba injustas o malvadas. De algunas me arrepentí después; de otras no. En ocasiones hay que mostrar el carácter con exabruptos cuando no se percibe como resultado de una autoridad moral que emana de la dignidad y de los principios éticos. Recriminar a la vida sus imprevistos es natural, pero también insensato. Enfurecerse por arrancarnos lo que más queremos, como me arrebató a Elena, es comprensible, pero no razonable. Y obligarme a envejecer hasta que un día ejerza de la asesina que lleva dentro (nada ni nadie hay más asesina —criminal— que la vida, que tarde o temprano nos asesta la puñalada definitiva), puede irritar, pero es su naturaleza, como lo es la del escorpión en su pacto con la rana para cruzar el río. Muchas veces me he enfadado, sí, pero aquellos enemigos dejaron hace mucho de serlo, seguramente porque nunca lo fueron de verdad. Los únicos enemigos son los que se enfrentan en una guerra o los que después de ella ejercen la venganza como modo de aplacar su sed insatisfecha contra los supervivientes del bando que han derrotado. Lo comprobé personalmente durante el ágape que nos prepararon en Badajoz por creernos falangistas, por compartir la sangre de un camarada asesinado y por ir a la caza de alguien a quien aplicar garrote. Eso es lo que creyeron quienes todavía eran enemigos porque trataban a los vencidos como enemigos, vencidos y desarmados, inofensivos ya. El premio que nos dieron fue en forma de rodajas de chorizo, cucharadas de ensaladilla rusa (no, perdón, la nueva denominación era

«ensaladilla nacional»), vino tinto y unas copas de *champagne* como el exceso que la ocasión merecía.

—Cuéntanos, cuéntanos, camarada —me pidieron.

Y yo hice lo que pude.

No añoro en forma alguna mis años de juventud. Los posteriores tal vez, alguno de ellos sobre todo, porque en la edad adulta he disfrutado más, he construido más cosas, también me he construido a mí mismo hasta llegar a esta vejez que no está mal porque me está permitiendo superar los días sin soportarlos. Solo desasosiega la posibilidad de lo inesperado, aunque no debería ser así, por definición. Para mí, todo cuanto sucede es natural, forma parte de lo esperable y no sorprende aunque disguste por lo deprisa que se acumulan los achaques previstos y el deterioro anunciado. En unos días cumpliré los setenta y ocho y el balance de la vida es aceptable, aunque a ella le recrimino lo rápida que ha pasado, lo corta que se hace aun siendo larga. Es como el fluir de las estaciones: acaba el verano y ya se vislumbra inminente la Navidad que centra el frío invierno; se inicia la primavera y urge llegar pronto al verano, que después se despacha en un vuelo; estorban el otoño por intruso y febrero por innecesario; marzo invoca junio y abril se asemeja demasiado al otoño. Clima español que se diferencia tanto de las oscilaciones de Latinoamérica o el norte europeo, de Asia central y de la África subsahariana. Por eso comparo la cortedad de la vida con el sucederse de las estaciones en España. Cuando he llegado a esta edad invernal me parece adelantada porque quisiera continuar en el final del verano o entre la hojarasca del otoño; pero no hay marcha atrás. Solo falta por saber cuánto permitiré que dure este invierno, que se anuncia breve.

La primavera será la llegada del año 2000, el inicio de un nuevo ciclo vital que no me interesa, por muchos que sean los adelantos que traiga. Todo lo leído en la ciencia-ficción se irá haciendo cotidiano y real, ya andan por ahí extraños fenómenos tecnológicos que no necesito aprender o habituarme a su manejo porque no se compaginan con lo vivido y con lo que me permitiré vivir. He oído la palabra internet y me ha dejado mucho más indiferente que la visión esta mañana en el paseo marítimo de una mujer hermosísima, la joven de la playa, realmente bella como pocas (ha sonreído al pasar cerca de mí, no entiendo por qué). Y eso que cada vez los cuerpos son más perfectos, los de

las mujeres y también los de los hombres, quizá por la buena alimentación, o por la manera que tienen de utilizar el ejercicio físico para moldear sus cuerpos, o porque ha surgido una nueva generación bendecida por la naturaleza. En las películas de hace años había también mujeres y hombres de gran belleza —si no recordara ahora a Ingrid Bergman y a Cary Grant, por ejemplo, no podría decirlo—, pero hoy son muchos más los actores y actrices deslumbrantes por su atractivo. No es que vaya mucho al cine, pero la televisión es una pasarela para verlo y saberlo todo. Por ella he oído la inminencia de la llegada de futuras maravillas, como la comunicación por internet, la generalización de los teléfonos de bolsillo, las maravillosas posibilidades de la cirugía, los miles de satélites que regirán casi todo, los cotidianos viajes al espacio, el mayor respeto a la diferencia social, sexual y cultural, la extinción de enfermedades seculares y la declaración de nuevas guerras, sin soldados, solo con máquinas y artilugios dirigidos cómodamente desde un despacho militar a miles de kilómetros del frente. Y todo ello me hace preguntarme qué demonios pintaría yo en ese nuevo jardín que para los jóvenes será un edén pero para mí sería una selva inextricable, imposible de encontrar la salida, la huida.

No añoro mi juventud, pero tampoco deseo asistir al futuro. Como mucho, me gustaría permanecer en el presente, sin cambios ni milagros a cada vuelta de la esquina, en estos días calmados en los que solo me altera la soledad de la noche y la continua remembranza del tiempo en que comenzó mi vida, justo cuando la conocí a ella, a Elena; cómo siento que no esté aquí, sentada junto a mí, viendo el mar mecerse enfrente y a la brisa trayéndome recuerdos de su ausencia. Estaría completo. Sí, estaría completo porque un hombre sin amor siempre está incompleto aunque trate de acomodarse en la soledad; qué esfuerzo más difícil e inútil. La vida es más fácil si se cruza entre dos, leí alguna vez, y estoy convencido de que es verdad. A mí me está resultando agónico, en todo caso.

Suena una campana lejana. Será el reloj de alguna vieja iglesia o de un edificio público. Ocho campanadas. Se acerca la hora de cenar pero antes voy a tomar un cóctel para abrir boca. Hoy me apetece algo más fuerte, quizá me ayude a dormir mejor —a dormirme antes, que es lo que más deseo—, así que pediré que me sirvan algo que contenga vodka negro, quizá una Caipiroska, a

base de vodka, jugo de lima y azúcar. Cargadito. Porque hay que seguir, siempre hay que seguir. Lo decía la escritora Harper Lee en la novela *Matar a un ruiseñor*. «Uno es valiente cuando, sabiendo que ha perdido ya antes de empezar, a pesar de todo empieza y sigue hasta el final, pase lo que pase. Uno vence raras veces, pero alguna vez vence». No sé mañana, pero hoy voy a vencer. Me encuentro en forma.

Portugal, jueves 10 de agosto de 1939

Cruzamos la frontera temprano y tomamos rumbo a Lisboa por carreteras que no alcanzaban categoría para ser calificadas así; más bien se trataba de caminos que en algunos tramos parecían pistas allanadas y en otros rutas silvestres que pusieron a prueba la fortaleza del sistema de suspensión del coche que llevábamos y la resistencia de los neumáticos. Hasta que sufrimos el primer pinchazo y después otro. Por fortuna estábamos cerca de un almacén de herramientas y un empleado tuvo la amabilidad de cambiarnos la primera y de poner un parche a la segunda, asegurando que con el arreglo llegaríamos a Lisboa sin más imprevistos.

Quise compensar sus atenciones con un billete de cinco pesetas pero no lo quiso: dijo que el trabajo realizado no merecía el dinero y que además era un honor ayudar a un verdadero español. Un verdadero español, repitió, estrechándome la mano efusivamente. Quizá él había engrosado las filas de los «Viriatos» o acaso fuera que pensaba como ellos. No traté de averiguar más: le di las gracias y con otro apretón de manos nos despedimos.

Seguimos nuestro camino mucho más animados y dicharacheros que el día anterior, cuando cruzamos España. Y revivimos, entre sonrisas y, a veces, risas abiertas, lo sucedido la noche anterior en Badajoz.

Cuando aquel hombre me pidió que le contara cosas me puso en un aprieto. Así es que fingí una gran seriedad y le repliqué que no podía decir nada más. Que me emocionaba el comportamiento de todos ellos, que me llenaba de orgullo la devoción mostrada ante la tragedia de mi hermano, que tenían que comprender que me encontraba muy afectado y que no podía decir más porque mi presencia allí era de paso y estaba cumpliendo la última misión que me había encomendado mi hermano, mi personal homenaje a su memoria; y que

solo podía añadir que me dirigía a Lisboa en un acto oficial del que debía guardar secreto. Volvería de inmediato, eso sí, y al regreso me detendría un poco más en la ciudad y tendría mucho gusto en conversar sobre lo que quisieran saber, las últimas noticias conocidas en Madrid, y me pondría a sus órdenes.

Ante aquellas palabras, y la firmeza con que las pronuncié, todos guardaron prudencia y mostraron su respeto. Como a continuación les hice comprender que el viaje había sido largo y aún nos quedaba otro buen trecho, les rogaba que nos disculparan y nos condujeran de nuevo a nuestro hotel para poder descansar. Y que, por cierto, me encontraba con un imprevisto que no sabía cómo resolver.

—Lo que necesites, camarada. —El alcalde, servicial y solícito, se ofreció a ayudarnos.

—La verdad es que no esperaba que durante el viaje nos recibieran en cada localidad con el enorme afecto mostrado —expliqué—. Y, como todos imaginarán, en correspondencia de patriota tuve que hacer algunos donativos para subsanar penurias en hogares que habían perdido a sus hombres en el frente, buenos camaradas, lo que ha mermado de forma notoria la dieta que se me dio para cumplir mi misión.

—Un corazón falangista es de oro, camarada. —Palmeó mi espalda el jefe provincial, inclinando la cabeza en una reverencia exagerada. Todavía no había comprendido el alcance de mis palabras. Sonrió, eufórico—. Lo entendemos a la perfección.

—Lo sé, señores; lo sé muy bien —asentí—. Todos vuestros corazones son igualmente del más precioso metal, como el de nuestro caudillo. Y por eso os deseo indicar que los fondos para la misión han menguado de tal manera que tenía previsto solicitar un préstamo a las autoridades portuguesas a mi llegada para cubrir algunas necesidades de intendencia; pero ahora creo que, si podemos resolver aquí este asunto, la imagen de nuestra patria brillará como deseamos, no vaya a ser que la petición sea interpretada como minusvalía de la España de Franco, ¿comprendéis, camaradas? Porque no sé yo el modo de pensar de nuestros vecinos de Portugal.

Quedó más que evidente, al instante, que la solicitud de fondos les causó algo más que estupefacción y en todos ellos se hizo visible el gesto de la

ruindad, seguramente acompañado de la búsqueda de una estrategia para abandonar el convite y salir escopetados antes de llevarse la mano al bolsillo. Recordábamos el prolongado silencio que se produjo en la sala y Elena y yo soltamos una carcajada al repetir las palabras que se fueron sucediendo.

—Tiene razón el camarada.

—Sí, es un serio contratiempo.

—Habrà que encontrar un modo.

—Una solución, sí.

—El caso es que..., mirad qué hora es. Se está haciendo tardísimo.

—Y yo a las siete tengo que officiar la santa misa. Si ustedes me disculpan...

—Creo que le voy a acompañar, padre. Mi mujer estará todavía despierta, esperándome para el rezo del rosario.

—No sé si en la caja de la jefatura... —cabeceó el jefe provincial del Movimiento—. ¿Tú dispones de fondos? —se dirigió al jefe local.

—Algo habrá, supongo —respondió su subordinado—. Aunque con los gastos de este convite...

—Pues, hala, no se hable más. Ve a buscarlo y tráelo —ordenó el jefe, resolutivo.

—No sabes lo que te lo agradece la patria, camarada —añadí yo, estrechando su mano con recio ademán.

Ahora, en el coche, Elena contaba las tres mil quinientas pesetas que nos permitían llegar sin apuros a Lisboa y, quizá, adquirir los pasajes que íbamos a precisar.

—Esto del patriotismo es una mina —sonrió Elena mientras ordenaba los billetes según su valor—. Y la mezquindad, la verdadera esencia de la humanidad. Para mí que teníamos que haber recaudado un poco más.

—No seas pedigüeña, Elena —le respondí, sonriendo también—. Que bastante hemos tenido con salir de allí sin ningún disgusto. Porque al principio pensé que nos fusilaban, desde luego.

—Sobre todo cuando llegaron los guardias civiles al hotel. ¿Te acuerdas de la cara que pusiste?

—Sí, sí. Y luego también, no creas —resoplé—. ¿Recuerdas lo que hiciste cuando nos informó el coronel de que iban a cursar de inmediato un

telefonema a Madrid tranquilizándoles porque ya conocían mi paradero y que regresaría a la capital en cuanto culminara mi misión en Lisboa?

—Casi me atraganté. Pero tú te pusiste más pálido todavía sin saber qué responder. —La risa de Elena era tan amplia que no sé si se burlaba de ellos o de mí.

—No tuvo ninguna gracia —dije.

—Menos mal —comentó, tras contenerse—, que se me ocurrió aquello de que era una misión secreta y que nadie debía conocer nuestro paradero.

—Y añadiste: al menos por ahora. Qué lista eres, cariño.

—Pues se me ocurrió así, sin pensarlo, no creas. Que yo también estaba muerta de miedo.

—Lo comprendo.

—Porque mira que si Calatrava había dicho ya algo... Porque sigo sin fiarme de él. —Negó Elena con la cabeza, apesadumbrada y, de repente, volvió otra vez su seriedad.

Podía tener razón, pero yo creía en él. Sobre todo después de la conversación que mantuvimos días atrás y el hecho de que durante el fatal enfrentamiento con mi hermano no se hubiera inmutado, dejándonos huir sin hacer nada por impedirlo.

—Yo confío en él —dije, para tranquilizarla—. De verdad.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Pues me alegro. Porque yo sigo dándole vueltas a por qué llevó a tu hermano anoche al lugar exacto desde donde nos íbamos a escapar. Nos traicionó, y no encuentro la respuesta.

—Seguro que hay una explicación. Porque nos dejó marchar y ha cumplido su palabra de no denunciarnos, ¿no? Por eso tengo que confiar en él.

—Ojalá no nos estemos comportando como unos ingenuos. Pero lo de decírselo a Julián... ¿por qué? ¿Y para qué? Fue una traición.

—Cuando le escriba, se lo preguntaré. Ya verás, estoy seguro de que nos lo explicará.

—Te veo muy convencido...

—Sí.

Sí, porque creía que conocía la razón. De lo que entonces estaba

convencido, tras conocerlo mejor, era de que no se trataba de una mala persona, y mucho menos de un asesino. Con el tiempo conocí los hechos sucedidos el 5 de agosto, los fusilamientos de ese día, y estoy persuadido de que aquello cambió para siempre a Calatrava y la relación con mi hermano y con el trabajo que desempeñaban ambos en la oficina. No es que se convirtiera en un enemigo del Régimen, pero sí en alguien opuesto a los métodos de mi hermano y del modo de impartir justicia en los tribunales. Un día, pasados los años, se lo terminé contando a Elena.

—Calatrava cambió mucho. Por eso nos ayudó.

—¿Cambió? ¿Por qué lo dices? —me preguntó Elena.

—Por lo sucedido el 5 de agosto de aquel año. Tres días antes de irnos de Madrid.

—¿El 5 de agosto? ¿Qué pasó?

Y entonces se lo conté.

Le dije que ese día habían fusilado en las tapias del cementerio de La Almudena a sesenta y tres condenados a muerte. Que, entre ellos, había trece muchachas jóvenes, de la edad de Elena o poco más. Que habían sido condenadas en un juicio sumarísimo celebrado el día anterior. Que la mayoría de las chicas fusiladas no había cometido otro delito que haber pertenecido a las Juventudes Socialistas durante la guerra, y no todas ellas. Y que aquella orgía de sangre, que continuó los días siguientes, 6 y 7 de agosto, tenía su origen en la furia de los vencedores por el atentado sufrido por el comandante Isaac Gabaldón a finales de julio en la carretera de Extremadura, junto a Talavera de la Reina. Además, era evidente que mi hermano Julián había tenido mucho que ver en aquello y estaba convencido de que a Calatrava no solo le indignó sino que la muerte de las trece jóvenes le abrió los ojos y no le gustó nada lo sucedido, algo en lo que de alguna manera también participaba. Añadí que, por lo que había llegado a conocerle, estaba seguro de que él tenía sus propias convicciones y le contrariaba haber combatido en la guerra para tener que asistir después a aquellas salvajadas y verse obligado a cerrar la boca y aparentar compartirlas. Que, en definitiva, en mi opinión, había cambiado su manera de pensar.

Lo que no le pude contar a Elena, porque entonces no lo sabía y solo he conocido después, es que esas trece jóvenes han sido conocidas luego como

«Las Trece Rosas» y forman parte de una de las historias más vergonzosas de la posguerra en Madrid. El 3 de agosto fueron juzgados cincuenta y siete miembros de las Juventudes Socialistas (expediente 30 426), de los que cincuenta y seis fueron condenados a muerte y fusilados al día siguiente, entre ellos «Las Trece Rosas» y luego los tres autores del atentado contra el comandante Gabaldón. Los fusilados que no habían participado en el atentado fueron acusados de cometer actos delictivos contra el «orden social y jurídico de la nueva España», y condenados, por «adhesión a la rebelión» por intentar reconstruir las JSU y el PCE. Nueve de las trece «Rosas» eran menores de edad porque tenían menos de veintiún años, la mayoría de edad por entonces.

Unos hechos que se conocieron en la prensa internacional y ante los que una hija de *madame* Curie promovió una campaña de protesta que tuvo una gran repercusión en Francia, aunque nada impidió que las más de trescientas cincuenta personas detenidas a cuenta del atentado contra el comandante Gabaldón fueran fusiladas.

—¿Comprendes ahora por qué Calatrava no nos ha denunciado nunca? — pregunté a Elena tras detallarle el relato.

—Ahora sí —respondió, a pesar de lo innecesario de hacerlo, pero tenía los ojos llenos de lágrimas y necesitaba decir algo. Y, de alguna forma, liberar la angustia que se había apoderado de ella—. ¿Por qué me has tenido que contar esa historia? Es espeluznante. No, no... No puedo creerlo...

—Todo en la guerra lo es, Elena —reflexioné en voz alta—. Todo. Ya lo viste: yo tuve que matar a mi propio hermano.

—Lo sé.

—Cálmate...

—De todos modos —insistió una vez más—, esa matanza no explica por qué llevó a tu hermano aquella noche a buscarnos. Más bien todo lo contrario.

—Bueno, puede que tengas razón —admití—. No sé, aunque supongo que ya lo sabremos. Seguro.

Camino hacia Lisboa nos detuvimos a comer en un pueblo del que no recuerdo su nombre y luego dos veces más para abastecer de gasolina al Ford T, aprovechando esos momentos para estirar las piernas, deleitarnos con un

buen café y desentumecernos de las horas de conducción. Durante el largo trayecto permanecimos callados muchos ratos y, para animarnos y distraer el tiempo, comencé a hablar del mucho dinero del que disponíamos, para concluir que teníamos que sentirnos afortunados, unos potentados, dije, lo que ayudó a relajarnos también y recuperar la sonrisa. No es que tuviéramos muchos recursos, pero estaba contento seguramente porque debí de pensar entonces que «el pobre solo es rico si está contento con lo poco que tiene y no está quejoso de lo mucho que tienen otros». (Diego de Torres Villarroel) y nuestros dineros parecían buenos para llegar a nuestro destino y también comprar un par de pasajes en una travesía en barco hasta las islas británicas o, incluso, si la ocasión lo permitía, América.

Marbella, al final de agosto de 1999

Llevo más de una hora en la cama y no puedo apartar la mirada de la pared blanca que se levanta frente a mí, sobre la que se deslizan pensamientos diversos que se suceden uno tras otro sin recordar cómo se empezó a formar esta cadena de imágenes que me ata al insomnio. He probado a apagar la luz de la mesilla y he tenido que volver a encenderla porque en la oscuridad me siento todavía más desvalido e inquieto. Y si cierro los ojos es aún peor: me da miedo que se me olvide cómo se abren y me quede así, ciego por olvido. Hay momentos en los que me parece que estoy enloqueciendo y también me asusta. Por eso, cuando he creído que estaba a punto de perder el control me he impuesto regresar al recuerdo de aquel año de juventud cuando nos fuimos de España porque, al menos, seguir sembrando la memoria con los hechos que conservo permite encontrar una cierta lógica en lo racional.

Lo cierto es que no hay mucho que recordar porque llegamos sin incidentes a Lisboa, ya de noche; nos hospedamos en el primer hotel con que nos topamos en el centro de la ciudad y allí tomamos dos habitaciones sin preguntar su precio. Debía de haber pensado que el Hotel Avenida Palace, a la izquierda de la Plaza del Rossio, tenía que ser bastante caro, pero estábamos tan cansados que ni lo consideramos, así es que dormimos hasta muy tarde y dedicamos la mañana siguiente a comprar ropa nueva para quitarnos los uniformes con que viajamos y comer bacalao con patatas en un restaurante pequeño con el que nos encontramos cuando empezamos a tener hambre.

Me desperté bostezando y, como siempre, haciendo coincidir el bostezo con una cruz sobre mis labios dibujada por mi dedo pulgar.

—¿Por qué haces eso? —me preguntó Elena, confusa y curiosa—. Te lo he visto hacer muchas veces.

—¿El qué?

—Lo de formar una cruz con tu dedo mientras bostezas.

—Ah, ¿eso? —Alcé los hombros—. No sé. Por costumbre.

—¿Qué costumbre?

—Lo hacía siempre mi abuela y a mí se me pegó. Ella decía que el diablo aprovecha los bostezos para colarse por la boca, apoderarse del alma y endemoniarnos. Por eso hay que santiguarse y así...

—Tu abuela —musitó, incrédula—. Será verdad.

—Lo decía. Bueno —reconocí—, será una superstición, o una de esas cosas de viejas de pueblo, lo admito, pero se me pegó y yo, sin darme cuenta...

—Vale, déjalo. Vístete y vamos a comprar algo de ropa. Estoy harta de vernos de azul.

Esa misma tarde nos informamos en un tinglado del puerto de los barcos que salían los días siguientes y de su destino y el precio del pasaje. Con lo que pudimos entender en el oscuro acento portugués portuario, que a decir verdad tampoco fue mucho, no tardamos demasiado en decidir adónde ir: según las tarifas, teníamos dinero para embarcarnos en una travesía a México en un camarote con dos literas del último piso. El barco iniciaba su andadura unos días más tarde. Así es que compramos los pasajes, nos mudamos a un hotel más económico —no recuerdo su nombre—, dejamos el coche abandonado a las afueras de la ciudad, compramos un par de maletas pequeñas y dos abrigos de paño grueso y nos embarcamos el día previsto a la hora que nos indicaron.

Fue un viaje inolvidable. Sin pasaportes ni visados, desde el primer momento nos acogieron como exiliados españoles y recibimos un trato que no esperábamos. Hasta el capitán nos invitó a cenar una noche junto a otros españoles que también tomaban el camino del exilio. Y a la llegada a México, sin ningún incidente que recuerde de las dos semanas que duró el viaje, las autoridades mexicanas nos facilitaron, sin preguntas, la documentación necesaria para acceder a la condición de refugiados y nos procuraron de inmediato un trabajo para ambos —Elena de secretaria en una oficina de acogida de inmigrantes y yo de aprendiz de contable en un despacho de una empresa minera—. Un departamento de alquiler barato en el centro y el ofrecimiento de atendernos si precisábamos cualquier cosa fueron también

otras de las muchas facilidades que nos dispensaron. Nunca podré estar más agradecido a un país que a México por lo que hizo por nosotros y, como supe después, por muchos otros compatriotas.

Con el tiempo, todo resultó muy sencillo. Tuvimos tiempo para estudiar, Elena y yo nos casamos unos meses después, unos años más tarde pude crear mi propia empresa de exportación de metales preciosos, oro y plata sobre todo, y compramos nuestra propia casa y un automóvil. Pronto nos rodeamos de un amplio grupo de amigos porque conocimos a un puñado de españoles y mexicanos que nos hicieron sentir como en nuestra propia casa, en un hogar en el que solo había un rincón reservado para la nostalgia y la añoranza de Madrid, emociones que aparecían y desaparecían según cómo se disfrazaran los días. Lo único que nos faltaron fueron los hijos: Elena perdió los dos que esperábamos sin llegar a madurar en su vientre, uno tras otro, y no volvió a quedarse embarazada.

Ahora creo que me hubiera gustado tener alguno. En aquellos días sufrí más por las decepciones de Elena al no conseguir que fructificara su vientre que por mi deseo de ser padre. Al saber cada uno de sus embarazos sentí una emoción difícil de expresar porque la amalgama de la ilusión, el miedo a lo desconocido y la incertidumbre de ignorar si sabría ser un buen padre se fundían en un batiburrillo de sensaciones imposibles de jerarquizar. Luego, cuando nos anunciaron el fracaso del embarazo, ya no sentí nada por mí sino por ella, al observar la tristeza enraizada en la mirada esquiva de Elena, como si se sintiera culpable y temiera estar defraudándome. Entonces era yo el que escondía mi pesar para mostrarme optimista, animoso y seguro de que pronto volveríamos a regocijarnos con el anuncio de un nuevo embarazo. Hasta que, pasados los dos primeros fracasos, ya nunca volvió a suceder. Alguna vez he pensado que para tener un hijo no basta con desearlo, pero para no quedar encinta es suficiente temerlo, desde las entrañas, consciente y emocionalmente. Imagino que Elena no quiso volver a estarlo para no volver a fracasar y decepcionarme. O al menos prefiero creerlo así, de tanto como llegó a amarme.

Al principio seguía casi a diario las noticias de España y más en concreto

las que llegaban de Madrid, por si se producía alguna novedad relacionada con Calatrava, con mi hermano y con nosotros. Por eso me enteré de que el 1 de octubre se empezó a celebrar anualmente el «Día del Caudillo» conmemorando su nombramiento como jefe del Estado. Fue cuando Franco se trasladó a vivir al palacio de El Pardo y, según contó la prensa, su despedida de Burgos corrió a cargo del alcalde de la plaza, que pronunció un discurso tan servicial y rendido que no olvidaré porque decía algo así como que la ciudad, como al caballero de Vivar, le entregaba el corazón y le decía: «Caudillo, aquí está Burgos: gloria a Dios en las alturas y alabanzas a ti, Salvador de España». En efecto, el general Franco se instaló en el palacio de El Pardo como si fuera un rey, con la guardia mora a su servicio exclusivo; un palacio restaurado para que se pareciera a los habitados por la realeza en los siglos pasados y ordenó que a partir de entonces el tratamiento a su esposa fuera el de *La Señora* y que en todos los actos públicos y oficiales a los que asistiera debía escucharse la Marcha Real, como se hacía con las reinas durante la monarquía. España se había convertido en un reino sin rey, con un militar al frente.

Recordando estas cosas pasa el tiempo en esta noche que se anuncia difícil. Una noche de silencio; de soledad y silencio. Y el silencio es una agresión insoportable que desmorona, como hace el tiempo con la vida. Cuando hay silencio es difícil mantener las cosas a distancia, alejar la realidad que nos coloniza y devora, sobreponerse al dolor de los recuerdos y a las amenazas de lo que nos rodea. Está todo ahí, revolviéndose dentro y fuera, y en el silencio es imposible conseguir alejarlo. El silencio multiplica la soledad y afila las sensaciones que hieren. Necesito romper este vacío tan lleno de temores; esta noche necesito oír algo, aunque sea quejarse al mundo. Los estertores de una agonía son más consoladores que la silente nada asediando en la soledad de la noche.

Quiero dormir y no puedo. En vez de contar ovejas, que debe de ser una *boutade* del tebeo porque a mí no me sirve de nada, voy a intentar recordar nombres, nombres de los escritores que he leído estos meses, desde la pasada Feria del Libro, y los que me he traído para leer en las vacaciones. A ver si me acuerdo de todos... Villarroel, Calvino, los dos Roth, Sábato, Yourcenar, Lacios, Rilke, Garrido, Sándor, Lacios..., no, ese ya lo he dicho; Melville,

Kafka... Se me olvidan muchos, seguro. Vuelvo a empezar: Calvino, Roth, Lacios, Rilke, Villarroel... Ya no me acuerdo de más. Antes, hace un momento, recordaba a otros, lo sé. Maldita sea. Como siga así, solo me acordaré de Roth, Lacios, Yourcenar y... O tampoco. No avanzo por mucho que repita la cantilena. El tiempo es el que nos roba la memoria, vertiginosamente, como el viento furioso arrastra los recuerdos y se lleva las hojas muertas en otoño. Ahora lo veo: los años son tiempo, como lo son los días, las horas, los minutos... De uno al siguiente ya ha soplado el vendaval y nos ha quitado el pasado. Y eso que, como escribió Cortázar en *Rayuela*, cada vez iré sintiendo menos y recordando más; pero ¿qué es el recuerdo sino el idioma de los sentimientos?

Cuánta noche queda por delante. Y cuánto silencio.

Necesito recobrar la salud en las noches, como la disfruto durante el día. Alguna vez leí que la salud es el estado más placentero al que podemos aspirar, aunque no la valoremos hasta que no sufrimos su pérdida. Lo escribió Tomás Moro en su *Utopía*, afirmando que «la salud es lo que hace deseable la vida, y sin salud no es posible ningún otro placer». Tenía razón. Es en la noche cuando siento este dolor nacido de la soledad y el silencio, cuando me inunda la realidad de la vejez como enfermedad, aunque no me duela nada, al menos ninguno de esos dolores físicos que se combaten con las invenciones de la farmacopea. Voy a volver a intentar recordar nombres, a ver si logro conciliar el sueño. Veamos: Lacios, Roth, el otro Roth, Sándor, Yourcenar, Melville, Calatrava... ¿Calatrava? ¿A qué viene ahora ese nombre? ¿Y ese rostro? ¿A qué viene, tan inesperado? Pero ¿por qué viene a visitarme ese muerto?

La última vez que lo vi era un hombre gordo, mal trajeado, sudoroso y de pelo grasiento, aunque conservaba sus dientecillos, su sonrisa y sus ojos brillantes. Calatrava nos recibió en un despacho del edificio de los sindicatos verticales del Régimen y fingió sentir un desmesurado agrado al vernos. Habían pasado más de treinta años desde 1939 y había prosperado, sin duda, porque al lado de su puerta se sentaba una ordenanza a una mesa que nos anunció como si se tratara de una visita importante. Mi rostro también se mostró sonriente en el reencuentro, aunque Elena se mantuvo seria, tan

desconfiada como siempre lo fue, y ahora sé que con razón. Hubo un par de frases de bienvenida teñidas de euforia, un apretón de manos (nunca olvidaré lo resbaladizo de la suya, como si se la hubiera bañado en aceite), una invitación a que nos sentáramos a una mesa de juntas alejada de su buró de trabajo y una cordial invitación por si queríamos tomar algo, un café o agua, lo que quisiéramos.

—Te va bien —comenté, repasando con la mirada los rincones de la sala.

—No me quejo, no —respondió, con una sonrisa que era más amplia de la que recordaba, también porque su cara mofletuda era también más ancha—. Ya lo veis: años y más años y seguimos mandando los mismos de siempre. Qué decepción, ¿no?

—Ninguna —replicó Elena, muy seca—. Con tres decepciones ya hubo suficiente.

—¿Tres? —se extrañó Calatrava—. No te entiendo.

—Dejémoslo —intervine yo, recriminando con la mirada la actitud de Elena—. No hemos venido a hablar de eso.

—No, no, yo se lo digo —insistió Elena—. La primera fue cuando las democracias occidentales no apoyaron a la República y miraron para otro lado, dejando que vencieran ustedes.

—Bueno, eso... —sonrió Calatrava, condescendiente—. Al final hubiéramos vencido igual.

—Ya, seguro... —negó Elena. Y siguió—: La segunda cuando, al acabar la Guerra Mundial, condenaron a Alemania, Italia y Japón pero nadie dijo ni mu de España, volviendo a mirar para otro lado. Se ve que les venía bien un país anticomunista en el sur de Europa. Ya se ha visto.

—Sí. —Se encogió de hombros Calatrava, cínicamente—. Así es, en efecto. La política... Y tú lo sentirías mucho.

—No sabe cuánto —asintió ella, desafiante.

—Lo que no entiendo es... ¿Has dicho tres, no? ¿Cuál fue esa tercera decepción, según tú?

Elena me miró, como si no le importara mi gesto de disgusto por seguir hablando de aquello. Y lo hizo:

—Cuando Estados Unidos y los demás países democráticos les reconocieron a ustedes, al régimen, al franquismo, a partir de 1953.

Reconocieron como legítima una dictadura y tuvieron el cuajo de enviar sus embajadores y todo. Decepcionante, ¿no?

—¿Dictadura? —se sorprendió Calatrava—. Pero si España no es una dictadura...

—Dejémoslo, anda —supliqué yo.

—¿Que no lo es? No, si ahora va a ser una democracia, lo que hay que oír —insistió Elena.

—Pues claro. Una democracia, y además orgánica. —Calatrava dejó de sonreír y apretó los ojos mirando enojado a mi mujer—. ¡Y una unidad de destino en lo universal! Vamos, no me vengáis con propaganda comunista a estas alturas, que yo ya tengo los cojones pelados. ¡Si hasta tenemos Cortes y referéndums sobre los principios del Movimiento Nacional que los españoles han aprobado por más de un noventa y nueve por ciento!

—Ya, lo he leído en sus periódicos... —Elena no estaba dispuesta a callarse—. Algunos referéndums han obtenido incluso un ciento cinco por ciento...

—¡Basta ya! —recriminé a Elena—. No estamos aquí para hablar de política.

—¿Y entonces? —Me observó Calatrava, haciéndose el intrigado—. ¿No me digas que es una visita de cortesía a un viejo amigo? Eso me agradaría mucho.

—No. Es para que me expliques qué ha pasado.

—Qué ha pasado y qué pasó —me interrumpió Elena.

—¿Qué pasó? ¿Cuándo? —Las preguntas intrigaron a Calatrava.

—Lo sabe muy bien...

Elena volvió sus ojos hacia mí y afirmó con la cabeza. Yo fruncí el entrecejo, si saber a qué se refería y ella, ignorando que estábamos en presencia de Calatrava, me recordó lo que habíamos hablado de su traición, de por qué Julián estaba esperándonos aquella noche, de la delación de Calatrava, de cuáles fueron sus motivos para conducir a mi hermano hasta el coche en el que nos íbamos a fugar. Porque, continuó Elena, yo había asegurado que algún motivo tendría para actuar así, ¿no?, prometiéndole que algún día lo sabríamos, que nos enteraríamos de lo que realmente pasó. Y que ningún otro momento mejor que aquel para conocerlo.

Calatrava asistió a las afirmaciones de Elena sin inmutarse. La miraba mientras hablaba y de vez en cuando me miraba, por ver cuál era mi reacción. Hasta que al acabar ella, sonrió de ese modo en el que se quita importancia a las cosas y se incorporó, apoyando sus antebrazos en la mesa y entrelazando los dedos de las manos, como lo hiciera un clérigo.

—Ay, Elena. Nunca comprendiste nada. —Negó con la cabeza, con pesar.

—¿Ah, no?

—No. Deberíais agradecermelo y, sin embargo...

—¿Agradecerte? —se extrañó Elena—. ¿El qué?

—Eso, ¿el qué? —repetí yo.

—Pues salvaros la vida, mis queridos amigos. La tuya, desde luego, Vicentito. Y la tuya, supongo que también, Elena.

—Explícamelo —exigí, y mi tono no fue amable.

—Como quieras —asintió Calatrava, conformista—. Ya ha pasado tanto tiempo que no tiene importancia que os lo cuente o no, pero si queréis remover fosas y tumbas, las removeremos.

—Sigue —insistí.

—Bien —Calatrava se reclinó en el sillón y miró a las alturas—. Aquella tarde, si os acordáis, teníamos una reunión Julián y yo con los camaradas. Y en uno de los descansos, tu hermano me dijo dos cosas: la primera, que los rumores eran ciertos, que sabía de buena tinta que le iban a ascender, a promocionar, nombrándole jefe provincial del Movimiento de Madrid, y que me preparara porque yo le sucedería al frente de la Oficina. Y que, a poco que siguiera su labor, pronto sería recompensado con un nombramiento de gobernador civil de la provincia que quisiera, de Salamanca por ejemplo, mi patria chica. ¿Te imaginas?, me dijo. Saliste de allí como soldado raso y volverás de gobernador.

—Ya... ¿Y qué más? —pregunté.

—Ah, claro. Lo otro. Bueno, después de darle la enhorabuena y esas cosas, me dijo que antes tenía que resolver un problema. Matarte, Elena. —Calatrava la miró con fijeza, sin piedad—. Fusilarte a ti y librarse de ti también, Vicente. De ambos.

—¿Matarme? —exclamé, incrédulo—. ¿Mi hermano?

—No, hombre. A ti, no.

—¿Y tú, por qué...? —La irritación de Elena enrojeció sus ojos—. No lo entiendo. Pero, si tú, luego...

—Eso es lo que no entendéis —interrumpió Calatrava—. Te voy a decir algo que hoy no lo siento, Elena, pero entonces sí. Y es que la verdad es que me importaba un pimiento lo que te pasara a ti, nunca me caíste bien, para qué te voy a engañar. Me pareciste siempre una engreída, una comunista engreída, además. Sabía de sobra de quién eras hija y que eras marxista, socialista y atea. Así es que, tanto si te fusilaban como si no, me salía por una friolera. De hecho, Julián me dijo que iba a engatusar a tu marido prometiéndole que se olvidaría de ti y, en cuanto él se confiara y te viera con él, te detendría y organizaría un juicio rápido para que te fusilaran. Te aseguro que no me importó cuando me lo dijo.

—Y entonces, ¿por qué no le ayudaste a hacerlo? —Elena balbució, temblorosa, enervada. Creo que en ese momento se le escapó una lágrima.

—Por ti, Vicente, por ti. —Calatrava me miró, con afecto—. Siempre te consideré mi amigo, un buen amigo, sabes que te tenía un aprecio enorme. Y sabía que si mataban a esta mujer... no sé. Ibas a sufrir mucho.

—Gracias —me limité a decir.

—Y eso no fue todo —continuó—. Me dijo que había pensado enviarte a África, a Fernando Poo o al Sáhara durante tres o cuatro años, a cumplir el servicio militar para la patria, y así deshacerse de ti después de acabar con tu mujer, pero que se temía que podrían no salir bien sus planes. Él te había hecho aparecer en público como un caballero falangista y tal vez te valieras de ello para evitarlo y obtener de los mandos un trato más favorable. O sea que quizá lo mejor era eliminarte también; ya no bastaba hacerte entrar en razón encerrándote en un penal durante unos cuantos meses.

—Pero ¿para qué? —pregunté, sin comprenderlo—. ¿Qué es lo que quería de mí?

—¿Es que no lo entiendes? ¡Cómo iba a llegar a ser una autoridad del régimen con un hermano que estaba liado con una roja! Eras un lastre a su ambición, mancillabas su honor y sus virtudes. Se jugaba su futuro por... ¿Por quién? ¡Por vosotros dos: una roja y un idiota!

—No me lo puedo creer... ¡Cómo podía...! —Cada vez me indignaba más su relato.

—No te quería, Vicente. Tu hermano nunca te quiso. O sea, que ya lo veis. Tuve que hacerlo por tu bien —resopló y se recostó otra vez en su asiento—. Lo pensé, lo pensé mucho, y en el siguiente descanso de la reunión decidí que lo mejor era decirle lo que sabía y hacerle jurar que no haría nada contra ti.

—No lo sabías —intervino Elena.

—Sí —se reafirmó Calatrava—. Por la mañana había visto en los ojos de tu marido, cuando me pidió permiso para usar el coche, que os iríais esa misma noche. No estaba ciego.

—Sí, lo sabía —acepté—. No supe disimular.

—Y por eso lo hice así. Denunciándoos, diciéndole a Julián lo que ibais a hacer, tras obtener su juramento de impunidad para ti, me aseguraba dos cosas: ganar su confianza y salvarte la vida porque te dejaría escapar al extranjero después de matar a tu mujer y nunca volverías a España so pena de ser acusado precisamente de eso, de haberla matado tú. Dejarías de ser para él una piedra en el zapato.

—¿Y yo? —se sobresaltó Elena.

—Ya te lo he dicho, Elena. Lo que te pasara a ti me daba igual. No me caías bien. Ahora ya sí, ¿eh?

Calatrava era como yo: nunca supo disimular. Elena comprendió que no valía nada para él, y no le sorprendió. Los afectos suelen ser mutuos, la empatía es duplicada o no es nada, y Elena y Calatrava sentían el uno por el otro lo mismo que la lluvia y el arcoíris, mostrándose a la vez para tratar de eclipsar al otro. Elena quiso levantarse y abandonar el despacho, pero la calmé poniendo mi mano sobre la suya. Me miró y cerró los ojos, de donde rebosaron dos lágrimas gruesas, azuladas.

—En fin, de todos modos me alegro de que todo sucediera después como ocurrió. Confieso que me quitaste un peso de encima, Vicentito. Nunca imaginé que pudieras llegar a hacer lo que hiciste, pero mira: miel sobre hijuelas. Así salimos todos ganando y aquí paz y después gloria.

—Ya...

No supe qué otra cosa decir.

—En fin. Y eso es todo —concluyó Calatrava—. ¿Era eso lo que queríais? Porque no imagino que hayáis venido a verme solo para saber...

—No —tardé en responder, intentando recuperar un poco de aliento tras

conocer los hechos que respondían a lo que nunca conseguimos comprender. Es cierto que al menos había un motivo, como creía, aunque no tuviera ni idea de la maldad que contenía hacia Elena.

La estancia donde estábamos desprendía aromas rancios a asilo sin flores, a piso carcomido por las humedades.

La luz entraba por el ventanal sin ganas, como si el cielo se hubiera vestido de gris y estuviera decidido a desaguarse sobre la ciudad. Los muebles estaban tan raídos como los soldaos en el Rastro y sobre la desmesurada mesa de Calatrava no había carpetas, solo un crucifijo y una vieja máquina de escribir. Puede que alguna vez hubiera sido alguien en los primeros años de la posguerra pero el declive falangista y el poderío adquirido por los gobernantes católicos habían consolado a Calatrava con un retiro funcional mal pagado en el geométrico edificio sindical, donde las líneas rectas lo cuadrículaban todo y el aire no tenía permiso para ventilar los restos de un galeón imperial que, como un buque fantasma, continuaba su andadura a la deriva sin encontrar el modo de hundirse de una vez por todas. Las paredes, grisáceas, y el techo cuarteado que curaba las heridas del tiempo con dos tubos de neón como tiritas ocultando cicatrices, conformaban un espacio que invitaba a huir. Pero nosotros estábamos allí para resolver una vieja deuda y quería cobrarla. Por eso no satisfice el deseo de Elena y seguí sentado, mirándolo todo como quien repasa las asfixiantes paredes de una celda.

Esperé un tiempo hasta que mi mujer se sosegara un poco también y le hablé de la verdadera razón que nos había conducido hasta él.

—No solo era por eso, Calatrava. De hecho, ni siquiera tenía previsto que habláramos de ello.

—Pues tú dirás.

—Quiero saber acerca de lo mío. Qué ha pasado.

—Han pasado muchas cosas —siguió haciéndose el ingenuo.

—Con mi casa.

—Tú no tienes ninguna casa.

—¿Cómo que no tengo casa? Tú quedaste en...

Calatrava se recostó nuevamente en el sillón y sonrió beatíficamente antes de negar con la cabeza, asombrado de mi ingenuidad.

—Mira, Vicentito. —Ahora su tono se volvió condescendiente, una víspera de amenaza, el preámbulo de levantar la voz y amenazarnos—. La España de Franco no perdona traiciones ni a traidores. Yo olvidé lo que pasó aquella noche porque no me venía mal, mejor dicho, me venía muy bien para, muerto tu hermano, ocupar su puesto. Sabes que sería mucho más tolerante y piadoso que él con vosotros, los rojos.

—Ese no es el caso. Nosotros...

—Olvidemos eso —me interrumpió—. No quiero que te equivoques y que ahora me vengas con casas y cuentos porque tú eres un asesino que mató a su propio hermano y pudiste huir sin que ni yo ni nadie lo impidiéramos. ¿O es que no lo recuerdas?

—Por supuesto que me acuerdo. —Mi tono empezó también a agravarse. Estaba bastante enfadado, aunque aun así procuré mantener la calma—. Me acuerdo muy bien. Como también recuerdo que te escribí diciendo dónde estábamos, como me pediste, y tú quedaste encargado de enviarnos el importe de los alquileres mensuales. Confié en ti.

—Mal hecho. —Volvió a sonreír, mejor dicho a reírse, esta vez con una prepotencia irritante.

—Ya lo he visto, ya —lamenté—. Porque nunca me respondiste las cartas. Te escribí una y otra vez, más de cincuenta cartas, hasta hace bien poco.

—¿Y qué esperabas? ¿Que fuera a seguir pagando un alquiler en otro piso cuando tu hermano y tú me dejabais una casa libre, para mí solito? ¿Crees que era un paleta, un tonto? Por favor...

—Pues ya ha llegado el momento de que me la devuelvas —dije, solemne—. Y, tranquilo, que no te voy a pedir el alquiler de estos años, aunque quizá debiera.

—Veo que sigues sin enterarte de nada, muchacho. —Se removió en su sillón y encendió un cigarrillo con una irritante lentitud, exhalando la primera bocanada de humo sobre nosotros—. Esa casa no es tuya. Ya no. Tómatelo como una recompensa por salvaros la vida y por mi silencio. Hace más de quince años que el juzgado reconoció mi derecho por posesión y por ser *res nullius*, esto es, cosa de nadie, un inmueble abandonado. Y entonces ordenó su inscripción en el registro a mi nombre.

—¿Cómo? —Me indigné, aunque solo lo expresé incorporándome en mi

silla.

—Pero todo legal, ¿eh? ¡Y tanto! Hasta fue publicado en el Boletín Oficial del Estado un requerimiento del juzgado por si existía un propietario legítimo y la reclamaba. Pero tú no lo hiciste, claro.

—Pero ¿cómo iba yo a saber...?

—Pues hay que estar atento, Vicentito. La ley es la ley. Hasta la española, fíjate. Tú ya no tienes nada aquí.

—Eres un ladrón —insultó Elena.

Estábamos todos muy cansados y los nervios ya habían buscado senderos para salir a respirar aire fresco por los poros de la piel de todos nosotros. El aire estaba empachado de electricidad. Y se incendió cuando Calatrava, tal vez deseoso de poner fin al encuentro, comentó, inoportuna y ofensivamente:

—Aunque seguro que en México te habrás forrado, ¿no? —Le observé sudar y no era el sudor lo que me producía más asco. Elena no lo pudo soportar cuando, con los ojos rojos de ira, añadió—: Es lo que habéis conseguido los cabrones y las putas huyendo de la patria.

Elena no pudo contenerse. Y se abalanzó sobre él para abofetearlo. Pero Calatrava esquivó su mano y, aprovechando el ímpetu de su brusco movimiento, la empujó, arrojándola al suelo.

—Pero ¿qué haces? —grité.

Al verla en el suelo, sangrando por la cabeza, con el conocimiento perdido a causa del golpe que se había dado contra el archivador metálico situado tras él, no lo pude evitar: lo agarré por las solapas del traje, lo levanté con una fuerza que desconocía en mí y lo empujé también, haciéndolo rodar por el suelo hasta detenerse su cabeza en el pico de la esquina de una mesa de mármol que, como un descabello, se hundió igual que un puñal en su nuca y lo dejó inmóvil, con los ojos abiertos y esa sonrisa en los labios de la que no pudo desprenderse ni en la hora de la muerte.

El escándalo alertó al ordenanza de la puerta que se asomó al interior para contemplar el espectáculo macabro de dos cuerpos caídos y la sangre extendiéndose por el suelo bajo la cabeza desmadejada de su jefe. Al momento salió corriendo, vociferando gritos de auxilio, y de repente me encontré rodeado de cuatro guardias vestidos de gris, preguntando qué había pasado allí.

Por fin me dormí, recordando la muerte de Calatrava —de la que por supuesto no siento el menor remordimiento—, y hoy me he levantado descansado, tras seis horas de un sueño apacible en el que ninguna pesadilla me ha venido a visitar. Luego he desayunado con apetito un huevo pasado por agua, un café y una tostada con mermelada de melocotón —esa que no le gusta a nadie y la sirven cuando se acaba la de fresa—; y ahora ya he leído el periódico y reposo en esta silla frente al mar, en una terraza de verano cubierta de juncos y paja que la resguardan del sol. Ya no me apetecía seguir bebiendo agua de la botella de Perrier y he pedido al camarero que me sirva un Cosmopolitan, vodka citrón con Cointreau, jugo de lima y de grosellas, coronado con una rodaja de limón y los bordes de la copa humedecidos con zumo de lima y azucarados; esto me servirá de aperitivo hasta que llegue la hora de comer.

Lo apuro con un último sorbo y salgo a estirar un poco las piernas. La playa está muy animada esta mañana. Todo el verano ha estado muy concurrida pero hoy, quizá porque amaneció nublado y no invitaba a ello, hay menos gente y, por lo general, toda muy joven.

Me siento en un banco del paseo, a observarlos. Es curiosa la falta de pudor de estos jóvenes: ellas permanecen tan desnudas como ellos, apenas cubriéndose su intimidad con un tanga minúsculo, y todos se bañan, conversan bajo las sombrillas o juegan al voleibol sin sentir el menor recato por su exposición carnal. Están todos guapísimos así, bronceados y mostrando sus cuerpos tersos y cuidados, como si hubieran sido convocados a una competición de belleza. Las miro más a ellas, pero reconozco que el cuerpo joven de un hombre es tan hermoso que desde los griegos hasta Miguel Ángel supieron cincelarlos para perpetuar las proporciones de su armonía. Y me pregunto por qué esa costumbre universal de esconderlo, de cubrirlo con la lacra del pudor. Una lacra que es, por supuesto, cultural, no natural. Basta compararlo con las costumbres de las tribus primitivas para comprobar que el vestido vino después, tal vez por influencia del cristianismo que vistió a Adán y Eva en el paraíso después de mordisquear la manzana del pecado original o acaso por algo más práctico, la higiene, concedoras las mujeres de que era mejor proteger los pezones con que daban de mamar a su prole y preservar su

intimidad de la visión ajena en sus días menstruales y, después, todos los días, por no saber cuándo se produciría el desbordamiento del mar rojo en su naturaleza de mujer. Influencia cristiana, higiene o a causa del frío, quizá: imposible asegurar los orígenes culturales del pudor, aunque estoy convencido de que ninguno de los motivos era acorde con el estado natural de la anatomía humana. Menos mal que no está mal visto permanecer cubierto, vestido y ocultando el desmoronamiento del cuerpo —me digo—, porque, si fuera obligatorio, yo me moriría de vergüenza al tener que mostrar mi propio cuerpo, tan vencido ya por los años. E imagino que igual les sucederá a tantos otros de mi edad, y aún más jóvenes, que por lo general nos sostenemos sobre un andamio de jácena y escombros, cuerpos que producen pena cuando no repulsa o incluso grima.

Estaba muy sabroso ese cóctel... Un poco fuerte, tal vez, pero me ha gustado. Igual que me gusta volver a ver a la joven que se broncea y se baña a la hora de la siesta, caminando ahora, en este mediodía, como si el mundo no existiera o a ella no le importara que el mundo se detenga un instante para observarla cuando vuelve del agua. Con su caminar felino y pausado, llega hasta la hamaca y se tumba para dejarse secar por el tibio resol del día. Qué extraño: esta mañana también ha bajado a la playa, allí está regresando del alboroto de las olas juguetonas que hoy están más revoltosas que de costumbre; pero su pausado andar es el mismo. Es muy bella, no sé si lo sabe; aunque lo que ignora, seguramente, es que algún día estará sentada aquí, en un banco como en el que estoy ahora, alegrándose de que no esté prohibido permanecer vestido al abrigo de la visión de las brozas de la edad. También Elena se quejaba de los primeros síntomas de su envejecimiento. No es que fuera presumida, nunca lo fue, pero alguna vez comentó que entre las arrugas que le afloraban alrededor de los ojos, las canas inapreciables que solo ella veía y una celulitis incipiente, que nunca supe lo que era, estaba envejeciendo deprisa y mal, y que me acostumbrara porque pronto estaría casado con una anciana y tendría que seguir queriéndola igual, decía. Elena. Pobre.

Ella me ha vuelto a mirar. Al incorporar su cabeza de la tumbona me ha descubierto y ha tardado unos segundos en reconocermé y sonreír. Luego ha

levantado la mano y me ha saludado desde la distancia. Parecía feliz al hacerlo. Yo, todavía incrédulo, he inclinado la cabeza y me he llevado la mano al sombrero de paja blanco a modo de devolución del saludo. Ignoro quién es y no sé con quién me confunde, porque seguro que sigue convencida de que nos conocemos, de que me conoce y que yo también sé quién es ella. Intrigado, me obligo a repasar mentalmente la relación de mujeres de mi entorno para asegurarme de que, en efecto, la confusión es suya. Son tan pocas que no me cuesta trabajo comparar su aspecto con los de las otras mujeres jóvenes que conozco o he coincidido en alguna ocasión. No me concuerdan sus rasgos con los de las habituales dependientas del supermercado donde compro en Madrid, con enfermeras, secretarías de gestoría, empleadas de notaría, huéspedes del hotel donde me hospedo aquí, sus recepcionistas... No. Allá, en Madrid, conozco a muy poca gente, y menos aún a jóvenes de tal belleza. La recordaría. Es bella y su sonrisa es encantadora, imposible de olvidar. Cuando camina felina por la playa, su levedad impávida no lo hace prever, pero al mirarme y saludarme compone un rostro risueño envuelto en tal simpatía que hace de ella la más preciosa de cuantas mujeres jóvenes he conocido nunca. Recapacito si puede ser mexicana, alguna conocida de allí, pero cuando salí de México esta chiquilla sería todavía un bebé o poco más. Imposible. No tengo ni idea de quién pueda ser.

Me desentiendo y vuelvo al libro que quiero leer, un poemario de Antonio Hernández, pero resulta inevitable volver a pensar en ella y mirarla otra vez. Ahora se está vistiendo, preparándose para salir de la playa. Se cubre con una especie de túnica blanca hasta media pierna, se arma con un bolso grande en bandolera en el que guarda la toalla, se esconde tras unas gafas de sol y, mirando atrás por si se olvida algo en la hamaca, echa a andar hacia los peldaños que separan la arena de las baldosas del paseo marítimo. Antes se ha sacudido los pies de arena y, ágilmente, se enfunda las zapatillas deportivas blancas, de una marca que se me antoja conocida. Me mira, vuelve a sonreír, y se dirige hacia mí. Me inquieta. Me remuevo en el banco para erguirme y recibirla con un aspecto más presentable, más juvenil, en el caso de que efectivamente se acerque. Hacía mucho que no sentía hormigas en el estómago. Se entrecorta mi respiración. No puedo dejar de mirarla.

Es cierto. Viene a mí. Sonríe. Se detiene a mi lado, sube un pie al otro

extremo del asiento del banco para empezar a anudarse los cordones de una de sus deportivas y, con un airoso gesto que domina, sin duda repetido muchas veces, sube sus gafas de sol a la cabeza y las patillas quedan entrelazadas en la catarata de su deslumbrante cabellera rubia, natural, que baila ligeramente al ritmo de sus propios movimientos y al de la brisa que parece no existir. Es aún más guapa de lo que parecía desde lejos. No podría decir cuál es el color de sus ojos, tal vez miel o mostaza, pero es que no me atrevo a mirarlos con fijeza porque carezco de entereza para sentir conscientemente su cercanía sin estremecerme.

—Buenos días —me dice, jovial—. O tardes, ya, por la hora...

—Perdón, ¿nos conocemos? —respondo, y sin saber por qué me he sonrojado como un adolescente pillado en una travesura. Por mi cabeza pasa el relámpago de un insulto que me dirijo a mí mismo, y me avergüenzo aún más.

—Yo a usted sí —contesta, sin alterarse—. Usted a mí, no, seguro. Bueno, supongo que no.

—No entiendo...

—¿Sabe? —Se está anudando los cordones de la otra zapatilla y vuelve la cabeza para verme bien, sin dejar de exhibir una sonrisa que no alcanzo a calificar, de tan embriagadora. Añade—: Cuando le conocí, señor, usted me cayó muy mal. Por su culpa tardé una hora más en salir del trabajo.

—¿Por mi culpa? —arrugo el entrecejo, intrigado.

—Sí. Una hora me costó limpiar todo el suelo de su habitación, llena de cristalitos. Hasta me pinché un dedo, mire. —Me muestra la huella, ya casi imperceptible, de un punto enrojecido en la yema de su dedo corazón—. Pensé que podía haber tenido usted un poco más de cuidado, ¿no?

—Ah, la botella del agua. —Entonces recuerdo mi primera noche—. Sí. Se me resbaló, lo siento. Pero de eso hace ya...

—Casi un mes, lo sé. Pero ¿sabe?, a partir del día siguiente ya no me cayó usted mal, todo lo contrario.

—Vaya, me alegro —asiento, sin saber por qué lo hago—. ¿Quiere usted sentarse un momento y me cuenta a qué debo ese agradable cambio de opinión?

—Claro, encantada.

Se sienta a mi lado en el banco. Saca de la bolsa una cajetilla de cigarrillos y me ofrece uno. Lo acepto y ella misma me lo enciende. Luego enciende el suyo. Mira el mar y respira hondo, casi suspirando.

—¿Le gusta, eh?

—El mar —vuelve a suspirar—. Es el lexatín de la vida.

Sonríe. Me gusta oírle decirlo, es una bella frase. Incluso me agrada pensar que alguien como ella sepa lo que es un sedante químico. No imagino que con su perfección tenga necesidad de haber conocido la existencia de esa clase de medicamento. O quizá sea que lo consuma, no sé, no me importa.

—¿Así es que trabaja en el hotel?

—Sí.

—¿Le gusta?

—No está mal el trabajo. Y, ahora, mejor.

—¿Mejor?

—Sí. Porque ¿sabe lo que más me gusta?: limpiar su habitación. De hecho, espero todas las mañanas muy cerca a que salga usted para hacerla. Y le voy a confesar que tardo más que en otras, porque todos los días me entretengo ojeando los libros que tiene. Me encanta su habitación por eso. Miro los títulos, leo las contraportadas, veo las fotos de los autores, me entero de quiénes son. Me gustan mucho los libros, me encantaría saber más y poder escribir también yo, algún día. Debe de ser una maravilla. Y que otros te lean..., uf. En septiembre empiezo un taller de escritura, ¿sabe? Ya me he apuntado.

—Vaya —asiento, sorprendido todavía más. No puedo imaginar algo así en una joven, pensaba que a su generación no le interesaba nada la lectura—. Pues le puedo dejar todos los que quiera. Cuando me vaya, no los llevaré conmigo.

—¿De verdad?

—De verdad. Y le agradezco su trabajo. La habitación está siempre impecable.

—¡Pues claro! —afirma, tajante—. Es lo menos. Usted es un hombre muy atractivo. Me encanta. Y merece que todo quede de acuerdo a su elegancia.

—No me diga.

Espero que este calor que crece en mis orejas no se extienda y vuelva a

sonrojarme.

—¿Sabe? —dice, risueña—. Usted me recuerda a Dick Bogarde en *Muerte en Venecia*. ¿Ha visto la película? —No espera mi respuesta y continúa—: Siempre elegante, con su traje, su sombrero, su manera de andar, su aplomo, su estilo... Y a la vez observándolo todo. Diría que a usted no se le escapa una, ¿verdad?

—Le recordaré a Bogarde por mis muchos años, supongo...

—¡Bueno! ¿Y qué más da la edad? Lo importante es la clase, y usted tiene mucha. Me acuerdo de que el primer día que le vi en la playa le sorprendí mirándome. Y lo hacía como miraba Gustav a Tazio, el muchacho del balneario en la película. Me pareció enternecedor.

—Vaya.

—Sí. Me gustó. Si tuviera un abuelo, me encantaría que fuera como usted. No me despegaría de él en todo el día, presumiría yendo de su brazo.

—Pero yo... no la he seguido, señorita, ni la espío —me defiendo, sin necesidad—. Creo que el barón hacía eso con el muchachito en la película de Visconti, ¿no? Como en la novela. Que, por cierto, no me acuerdo de quién es la novela...

—No, no... Claro que no me espía. En todo caso —sonríe, encantadora—, la que le espía soy yo.

—Bueno, no me importa. Me ha encantado conocerla.

—Y a mí, señor. A mí también. Tenía muchas ganas de hablar con usted, pero no sabía si le iba a parecer una impertinente. Al fin y al cabo yo no soy nadie, solo una camarera de hotel. Y en cambio, usted...

—Ay, hija. No sabes lo que dices. Aquí, el único que ya no es nadie, soy yo. Usted es el futuro, sépalo. A mí solo me queda temerlo. Me da miedo.

—Todo el mundo tiene miedo... —afirma dos veces con la cabeza, alzando un hombro en un gesto de confirmación—, aunque nadie lo diga. Yo lo tengo. Terminé la carrera de Historia y ya ve, de camarera. ¿Soy el futuro? No lo veo. A mí sí que me da miedo lo que será de mí en cuanto acabe la temporada. Porque no se imagina lo que les costó a mis padres pagarme la carrera...

—Vaya, lo siento.

—Bueno, me tengo que ir.

—Adiós —me despido—. Me ha gustado hablar con usted.

Sonríe otra vez. Se levanta y empieza a recoger sus cosas. La Naturaleza, a veces, tiene un día afortunado. Cuando la creó, lo tuvo. Me da pena dejarla ir sin haberla invitado a un aperitivo, o a comer. O a cenar. Hablar con ella. Escucharla. Saber más de ella. Sentirme rejuvenecer en su compañía.

—Uy, qué tarde. No le molesto más. ¡Hasta otro día! —dice mientras gira la cara, alejándose.

Vuelvo a sentir su marcha. Ojalá no tuviera que seguir con su vida, dejándome en esta orfandad que supone la soledad, otra vez. Esa montaña que tanto cuesta escalar por mucho que tenga momentos mágicos como este. Montaña. Mágica.

—¡Ah, señorita! —interrumpo su marcha.

—Dígame.

—Thomas Mann. Es Thomas Mann. Él escribió *Muerte en Venecia*.

Y vuelve a sonreír. Quien no la desee será porque crea que la lujuria es un pecado. «Quien conserva la facultad de ver la belleza no envejece». (Kafka).

Después he compartido los platos de la comida con las hormigas que siguen jugando a corretear por mi estómago.

Otra vez solo, a los postres, no puedo evitar volver a los recuerdos de anoche...

Elena se repuso pronto del golpe que se dio en el despacho de Calatrava, recuperó el conocimiento antes de que llegaran los médicos y, aunque ninguno de los dos dimos importancia a su caída, desde entonces empezó a sufrir unos fuertes dolores de cabeza, unas jaquecas diarias que al poco se volvieron migrañas que en ocasiones llegaban a enloquecerla. Los exámenes de los doctores no acertaban con el origen de tanto dolor, diagnosticando que lo más probable sería que fueran consecuencia del golpe y que terminarían por pasársele; pero lo cierto es que no fue verdad. Elena murió unos meses después, cuatro meses y diecisiete días exactamente, después de perder el conocimiento tres o cuatro veces más y delirar algunas noches a causa de aquel maldito empujón de Calatrava.

Cuando yo me vi rodeado de guardias uniformados de gris que me interrogaban con la mirada sobre qué había sucedido, temí que me detuvieran y me aplicaran garrote, acusado de asesinar a un gerifalte del régimen; pero

nada de eso pasó. Desde el ordenanza, que aseguró que su jefe le había dicho que yo era un buen amigo cuando solicité verlo, hasta mi explicación de que los hechos se habían producido muy rápido y todo había sido el resultado de un desgraciado accidente acaecido entre mi esposa y el señor Calatrava, en el que él había tenido la peor suerte, nadie rechistó. Después investigaron y descubrieron que yo era el único hermano de un héroe falangista vilmente asesinado, que no tenía antecedentes penales, que fui un buen amigo del fallecido, que era un empresario español serio e importante en México y que, de viaje en Madrid, había ido a visitarle después de un largo tiempo sin vernos, así es que no me molestaron en absoluto y se archivó el expediente abierto. Todo el proceso indagatorio se efectuó sin que se me dijera nada, solo al final cuando quedó cerrado el asunto, sin interrogarme más ni venir a verme al Hotel Victoria, en la plaza de Santa Ana, en el que me alojé con Elena el tiempo que pasamos en Madrid hasta que murió.

Quise enterrarla en el cementerio de La Almudena y así lo hice. Fue una ceremonia triste y a la vez consoladora porque estuve solo mientras, sin poder contener las lágrimas que me sazonaron la boca con su lluvia copiosa, su cuerpo descendía a la tierra que la vio nacer y que añoró durante los treinta años que permanecimos lejos. Unas décadas que fueron felices, al menos para mí, y creo poder asegurar que también para ella.

Aunque Madrid seguía siendo el origen de todo y ella la echaba de menos incluso más que yo, a pesar de ser conscientes de aquellos años en los que todo estaba controlado porque «la dictadura lo hacía a través de una tupida red formada por jueces, militares, taxistas, policías, prostitutas y serenos. Calle a calle, portal a portal, la máquina de control “ponía el oído” por todo Madrid, con el propósito de detener, encarcelar y ejecutar a los rebeldes, aislar a sus afines y castigar a quienes les protegían». (Alejandro Pérez-Olivares)^[20]. Elena tenía nostalgia de su Madrid, a pesar de todo, y aunque juntos hicimos de México un hogar, volver era el verbo que siempre estaba presente en nuestras confidencias de medianoche antes de apagar las luces de la mesilla y dormir; y esperábamos a ver cuándo llegaba el mejor momento para regresar y que nuestra visita, o una prolongada estancia, tuviera garantías

de seguridad.

Después de su muerte pasé algún tiempo más en Madrid, retrasando la hora de volver a México porque ir sin ella era como adentrarme en un desierto o en una jungla, como aquella descrita por Joseph Conrad en *El corazón de las tinieblas*; en una ciudad que, sin ella, ya no iba a ser mía; en una soledad que no sabía si podría soportar. Retrasé una y otra vez mi vuelta, gastando las mañanas en las salas de la Biblioteca Nacional leyendo todo cuanto creía que podría ahuyentar los fantasmas del desconsuelo, el desamparo, la melancolía y el duelo, y las tardes en el Café Gijón, observando extasiado a los grupos que se reunían a diario y conversaban, se alteraban, reían o discutían, a voces o levantándose de la mesa con malos modos, unos parroquianos que después supe que eran actores, poetas, músicos, escritores o artistas de toda clase, desde académicos a directores de cine y teatro, desde intelectuales consagrados a perfectos desconocidos. Un espectáculo que me fascinaba hasta que acababa la función. Lo peor, después, era el anochecer y la vuelta a casa —en realidad, al hotel—, hora de regreso que también retrasaba con cualquier excusa, fuera meterme en un cine, ir al teatro o cenar en alguna cafetería concurrida de la Gran Vía o la Puerta del Sol.

En una de aquellas mañanas huecas decidí buscar las huellas de mi madre y, resuelto a conocer qué había sucedido en realidad, localicé el sanatorio en el que la ingresó mi hermano, paré un taxi que me llevara hasta él, a unos cuantos kilómetros de Madrid, y pedí hablar con su directora, una mujer amable que me rogó que le diera algún tiempo para buscar en los archivos de la institución la relación de ingresos del año 1939, que, como podía comprender, estaban archivados en un almacén del sótano y era de suponer que organizados por fechas y nombres, lo que debería facilitar la labor. Me solicitó que regresara otro día, pero le insistí en que, si no le parecía mal, haría tiempo por los alrededores, comería en el pueblo de al lado, conservaría el taxi contratado y volvería a primera hora de la tarde, por si tenía alguna noticia para mí.

—Muy bien —aceptó—. Aunque comprenda que no será sencillo. Me temo que, aunque encuentre algo, los archivadores son viejos y los documentos

pueden estar deteriorados por la humedad, incluso ilegibles.

—Lo comprendo, sí.

—Bien. ¿Puede usted volver a las cuatro?

—Por supuesto.

La directora cumplió el cometido ampliamente porque no solo encontró la documentación del historial médico de mi madre sino también el certificado de defunción y el nombre de la enfermera que compartió con ella los últimos días de su vida. Fue quien, al permitirme visitarla en su casa, me relató la verdad de lo sucedido.

—Sí, me acuerdo muy bien de ella. Era tan dulce... Y cómo murió, qué pena.

—Dígame lo que sepa, por favor.

—Su madre no estaba enferma —empezó por decirme en cuanto nos sentamos en su salita de estar con un café humeante en las manos—. Al menos no le aquejaba ninguna enfermedad del cuerpo cuando se produjo su ingreso.

—No le entiendo.

—Su mal era otro. —Movi6 la cabeza, pesarosa, y sorbió un poco de su tacita—. Les ocurría a otros muchos, a hombres y mujeres internados por motivos..., que no sé cómo calificar. En el caso de su madre, lo recuerdo perfectamente, su cuerpo estaba sano, pero su cabeza ya no quería vivir. Nos dijeron que sufría de tuberculosis, pero los síntomas, sus toses, solo aparecían cuando estaba nerviosa, cuando se mostraba inquieta, asustada.

—Sé lo que quiere decir. Sí, tenía miedo.

—¿A la guerra?

—No, entonces ya había terminado la guerra. O no, puede que no del todo. El caso es que tenía miedo a mi hermano. Todos se lo teníamos.

—¿Usted también?

—Sí. Pero lo maté y se acabó —dije sin inmutarme. Tal vez se me escapó, o mi subconsciente necesitaba decirlo después de tantos años de silencio y encontró en aquella mujer, con la que no me unía nada, la grieta por la que liberar un secreto que posiblemente necesitara expresar. Las razones del cerebro son indescifrables.

—¿Quiere decir mentalmente? —le extrañó, como era lógico, la afirmación.

—Bueno, eso también. —No quise enredar más la historia, dándome cuenta de la brusquedad de lo dicho—. Pero, dígame: ¿Cómo murió?

—Ah, una desgracia. —Volvió a lamentarse—. Durante algunos días estuvo repitiendo que vivir era inútil, que no volvería a verles a ustedes, sus hijos, que ya no podría volver a su casa, que solo le quedaba esperar la muerte allí, en el sanatorio... Repetía que no quería vivir, que no quería... Hasta que una mañana encontramos su cuerpo en el patio. Se había tirado por la ventana durante la noche. Murió defenestrada.

—Pero el certificado de defunción pone... —alegué contrariado, buscándolo entre los papeles que me habían dado en el sanatorio.

—¿Y qué quería usted que se pusiera en él?

—La verdad.

—No. No se podía.

—¿Por qué?

—Porque no se permitía enterrar a los suicidas en un cementerio católico. Y allí no había otro. Acéptelo, en este caso era lo mejor para ella.

—Bien. —Me levanté para irme—. Muchas gracias por decirme la verdad. Ha sido usted muy amable.

—Mi más sentido pésame, señor. Aunque hayan pasado treinta años, me ha alegrado mucho poder decirlo y hablar con alguien de esa pobre gente que nos enviaron. Le aseguro que ha sido un gran alivio. Si supiera lo que vivimos en aquellos años... Lo siento mucho por su madre, don Vicente. Era una buena mujer.

—Sí, gracias. Lo sé.

Me pareció que ya no me quedaba nada que hacer en Madrid y que no podía posponer por más tiempo enfrentarme a lo inevitable. Compré un billete para un vuelo de vuelta a México, al país en el que, como imaginaba, no iba a permanecer mucho tiempo. Aun así tardé más de diez años en poner la empresa en orden para venderla a buen precio, liquidar mis bienes (la casa de la ciudad, la de la costa, los automóviles y los bonos y acciones) y con una pequeña maleta que contenía unas mudas, cuatro camisas y un traje, volver a Madrid para quedarme definitivamente.

Era 1983 y la ciudad era un vaso efervescente de actividades de toda clase. Me sorprendió su modernidad y cuanto vi en ella y, sin dudarlo, compré un piso amplio en mi vieja calle, que ya no se llamaba Torrijos sino Conde de Peñalver, y reinicié una vida que se había interrumpido cuarenta y cuatro años atrás.

Había vuelto a Madrid ocho o diez veces con anterioridad para visitar la tumba de Elena, contarle cómo me iban las cosas, eludiendo entristecerla repitiendo lo que la necesitaba, lo vacío que me sentía sin ella, y limpiar la lápida antes de depositar un ramo de flores junto a su nombre. Pero fueron visitas de uno o dos días, sin reparar en cómo estaba evolucionando la ciudad. Y luego, cuando empecé a reconocerla y asombrarme con su vitalidad y contagiosa alegría, en ocasiones un solo pensamiento doloroso me invadía, el de que lo único que sabía con certeza era que, de uno u otro modo, en aquel año en el que acabó la guerra, todos perdimos algo o a alguien en Madrid.

«No hay en la tierra contento que se iguale a alcanzar la libertad perdida», escribió Cervantes. Ese contento fue el que observé en la ciudad, quizá porque había alcanzado la libertad perdida; un contento similar al que me provoca la llegada del amanecer, tras superar una vez más la emboscada de la noche. Ahora pienso, en este mediodía luminoso junto al mar, que quizá la noche es una metáfora de la muerte porque en ambas se produce la yuxtaposición del silencio y la soledad, y podría ser que el temor universal a la muerte exista porque se piensa que al morir se produce esa soledad silenciosa que dura toda la eternidad. Pero no; la inteligencia humana permite ir más allá. Porque la eternidad es un concepto temporal, imposible de asumir cuando el tiempo no existe, como sucede en la muerte. Y porque morir es detener las sensaciones y los sentidos, de modo que no cabe concebir que en ella habite una sensación como la soledad ni un sentido como el del oído. Ni soledad ni silencio, pues. Ni mucho menos eternidad. Morir no debe provocar angustia, ni siquiera temor. Es dormir, definitiva pero no eternamente. Dormir sin sueños ni pesadillas, simplemente dormir. No ser consciente. No ser.

Hoy estoy contento; me siento bien. Muy bien, creo. Me han ayudado dos cosas: la esperanza de volver a ver a la joven de la playa (y en ese caso me prometo atreverme a proponerle que acepte una invitación a cenar conmigo), y la lectura de unas palabras de Ernesto Sábato que he descubierto hoy, leyendo sus diarios de vejez^[21]. «Estoy en verdad más joven que hace años; si uno no registrara las fechas ni contabilizara los días y los meses, nuestra vida pasaría por épocas de envejecimiento y momentos de increíble lozanía. Nuestra edad no seguiría una línea progresiva sino que oscilaría como los vientos y las estaciones». Estoy tan contento que, aunque en unos días acabarán mis vacaciones aquí, no serán el principio del final suicida que había decidido. No, no pondré término a mi vida en este año de 1999 para evitar adentrarme en un siglo que no me pertenece. Sé que no será mío, ni un tiempo en el que quiera participar, pero puede que sea divertido observar lo que suceda mientras la biología me permita contemplar la evolución que vendrá con las promesas que se deducen de esas cosas que llaman tecnologías de futuro. Con tantos recuerdos revividos me doy cuenta de que puede que me queden muchos momentos de increíble lozanía y de que, si el futuro no existe, el pasado tampoco. Quedó atrás como una película borrosa que se difumina en la lejanía, deshilachándose. Ya no existen las calles tal y como eran; puedes volver a los sitios que te gustaban y ya no están, o han cambiado tanto que no te reconoces en ellos; las máquinas lo disponen todo, omnipresentes, y la cotidianidad es manejada por impulsos técnicos que llaman era digital, dioses nuevos; la mayoría de las personas se han vuelto más insensibles y menos amigables, ensimismadas en sus deberes y anhelos, incapaces de compartir y de compartirse. De comunicarse como se hacía antes. Nada es igual, ni los vestuarios ni las formas de trato, ni lo visible ni lo que, siendo invisible, está presente organizándolo todo desde algún lugar desconocido. El mundo que se va a erigir en la inminencia no será luminoso, aunque todo él se llenará de minúsculos pilotos de luces que indicarán el funcionamiento de las cosas y marcarán los pasos a dar y el camino a seguir. Mi pasado, poblado de recuerdos, virará a sepia como una fotografía antigua, y mi futuro, dure lo que dure, será un continuo de cajas de sorpresas que abriré una a una y me

provocarán una leve sonrisa que esbozaré admirado por cuanto la humanidad sea capaz de crear sin inmutarse, como si dejarlo todo en manos de lo inescrutable fuera el signo de la nueva y gloriosa modernidad.

Será divertido descubrirlo, asistir a ello, si consigo evitar la contaminación, y a convertirme en uno de ellos, a adaptarme. Por eso no voy a retirarme ni a renunciar; no. A la muerte no se la convida a cenar: es un invitado que se presenta de improviso y se adueña del mantel y de todo cuanto en él reposa, sean servilletas, vino, comida, candelabros o vajilla. La dejaré que acuda cuando ella lo crea inevitable. No le franquearé la puerta de casa, no.

Y no, no tengo miedo, me siento bien. Porque he comprendido, como Séneca, que la vida es una obra teatral que no importa cuánto haya durado, sino cuánto bien haya sido representada.

Pero una obra de teatro al fin. Pura ficción.

Madrid, febrero de 2018-enero de 2019

El autor desea agradecer su cercanía, cariño y ayuda durante el tiempo de creación de esta novela a María, su hija; a sus hermanas Cuqui, Begoña y Belén; a su hermana Mercedes (*in memoriam*); a Sonia Bautista; a Carmen Romero, su editora, y a Antonia Kerrigan, su agente literario. También, por sus aportaciones, a Marina Fernández Bielsa, Miguel Blasco, Marga del Moral y, sobre todo, a Nahiara Burgos.



ANTONIO GÓMEZ RUFO (Madrid, 1954). Estudió Derecho y Criminología en la Universidad Complutense. Considerado uno de los mejores escritores españoles, es autor de una docena de novelas, así como de la biografía de Berlanga y de diversos libros sobre Madrid. Su obra, elogiada por la crítica española e internacional, ha sido traducida al alemán, holandés, búlgaro, portugués, francés, griego, rumano, polaco e italiano. Premio Fernando Lara de Novela y Premio Independencia Dos de Mayo por *El secreto del rey cautivo* (2005), fue finalista del Premio Nacional de Narrativa con *El alma de los peces* (2000). También es autor, entre otras, de *Las lágrimas de Henan*, *Los mares del miedo* (2003, Premio de la Asociación de Libreros de Cartagena), *Adiós a los hombres* (2006), *El señor de Cheshire* (2006, Premio Ducal de Loeches), *Balada triste en Madrid* (2007), *La noche del tamarindo* (2008) y *La abadía de los crímenes* (2011).

Notas

[1] Calvino, Italo, *Si una noche de invierno un viajero*, Ed. Siruela 1979, traducción de Esther Benítez. <<

[2] Roth, Philip, *El animal moribundo*, Ed. Alfaguara, traducción de Jordi Fibla, 2002. <<

[3] Martín-Santos, Luis, *Tiempo de silencio*, Ed Seix-Barral, 1962.<<

[4] Rilke, Rainer María, *¿Por qué alborotan los paganos?*, Ed. Herder, 2001, traducción de Ángela Ackermann Pilári. <<

[5] Popper, Karl, *La miseria del historicismo*, Alianza Editorial, 1999, traducción de Pedro Schwartz. <<

[6] Márai, Sándor, *El último encuentro*, Ed. Salamandra, 2012, traducción de Judit Xantus Szarvas. <<

[7] De Lacios, Pierre-Ambroise Choderlos, *De las mujeres y su educación*, Ed. Siglo XXI, traducción de Julio Seoane Pinilla, 2010.<<

[8] Yourcenar, Marguerite, *Memorias de Adriano*, Ed. EDHASA, traducción de Julio Cortázar, 1999.<<

[9] Chirbes, Rafael, *París-Austerlitz*, Ed. Anagrama, 2015.<<

[¹⁰] *ABC*. Diario. Consultados ejemplares comprendidos entre el 1 de abril y el 31 de agosto de 1939 del diario *ABC* para la documentación histórica del conjunto de la obra. <<

[11] *Guerra Garrido, Raúl*, Baroja y yo: Un morroi chino con un higo en la coleta, IPSO Ediciones, 2018. <<

[12] Roth, Joseph, *Zipper y su padre*, Ed. El Acantilado, traducción de Marina Bornas Montaña. <<

[13] Constantini, Luca, «La última trinchera de la Guerra Civil se tapaná al carecer de un plan de protección», *El País*, 25 de julio de 2018. <<

[¹⁴] Domínguez, Nuño, «Un festín de sidra y cordero en la última trinchera de la Guerra Civil», *El País*, 21 de julio de 2018.<<

[15] Rosenberg, Scott. Guionista de *Cosas que hacer en Denver cuando estás muerto*, película dirigida por Gary Fleder, 1995. <<

[16] Romero Dorr, Carmen, *El último regalo de Paulina Hoffman*, Ed. Planeta, 2018. <<

[17] Llamazares, Julio, *El cielo de Madrid*, Ed. Alfaguara, 2005. <<

[18] De Foxá, Agustín, *Madrid, de Corte a checa*, Ed. Jerarquía, Salamanca, 1938. <<

[¹⁹] Del Valle, Ignacio, *Indigo mar*, Ed. Pez de Plata, 2017.<<

[20] Pérez-Olivares, Alejandro, *La victoria bajo control: ocupación, orden público y orden social del Madrid franquista (1936-1948)*, Tesis doctoral, 2017 <<

[21] Sábato, Ernesto, *España en mis diarios de vejez*, Ed. Seix Barral, 2004.

<<